



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Universidad de la República
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Ciencia Política

Tesis Doctorado en Ciencia Política

**Análisis comparativo de la crisis de
los Partidos Comunistas de Chile
(1987-1990) y de Uruguay (1989-
1992)**

Federico Lanza Weismann

Tutor: Daniel Chasquetti

Montevideo

2023



Ciencias Sociales
Universidad de la República
URUGUAY

Análisis comparativo de la crisis de los Partidos Comunistas de Chile (1987-1990) y de Uruguay (1989- 1992)

Autor: Federico Lanza Weismann

“Tesis presentada con el objetivo de obtener el título de
Dr. en Ciencia Política en el marco del Programa de
Doctorado en Ciencia Política de la Facultad de Ciencias
Sociales, Universidad de la República”

Tutor: Profesor Titular Dr. en Ciencia Política

Daniel Chasquetti Pérez

Montevideo

2023

Lanza Weismann, Federico.

Análisis comparativo de la crisis de los Partidos Comunistas de Chile (1987-1990) y de Uruguay (1989-1992). Montevideo: Udelar. FCS, 2023.

349p.

Tesis (doctorado) - Universidad de la República (Uruguay), Facultad de Ciencias Sociales.

1.Partido Comunista. 2.Chile. 3.Uruguay.

I. Título. II.Chasquetti, Daniel, tutor.

CDD: 324.2

Ficha catalográfica elaborada por la Sección Procesos Técnicos de la Biblioteca de Facultad de Ciencias Sociales (Udelar).

Tribunal Evaluador

Dr. Rafael Piñeiro. Director del departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Católica. Uruguay.

Dr. Álvaro Rico. Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República. Uruguay.

Dr. Jaime Yaffé. Profesor agregado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Uruguay.

Dedicada a mis padres, Alcides y Beatriz,

a mis hijas, Julieta y Maite

y a mi esposa, Pilar

Resumen

Esta investigación compara la trayectoria de los partidos comunistas de Chile (PCCH) y de Uruguay (PCU) a fines de la década del 80 y a principios de la década del 90 del siglo XX. La pregunta inicial de este estudio es de tipo explicativa: ¿Por qué dejaron de ser partidos exitosos en términos electorales (como fue el caso del PCU) y/o en términos de arraigo e influencia social (como también fue el caso del PCCH) en un período de tiempo tan breve? Se buscará demostrar que la respuesta no se limita a los efectos de la crisis de la URSS sino que fue un fenómeno multicausal que tuvo características diferentes en ambos casos. La comparación controla la hipótesis que sostiene que la estructura interna de la organización sumada a tres aspectos coyunturales (tensiones provocadas por el cambio en el contexto nacional e internacional, por ciertas decisiones polémicas tomadas por la Dirección, y por el cambio de liderazgo), favorecieron la emergencia de una situación de “crisis”. Si bien el impacto de la crisis del “Socialismo real” fue sufrido de forma similar por ambos partidos comunistas el resto de los factores incidió de forma distinta. En efecto, la estructura centralista no fue un impedimento cuando el PCCH decidió hacer una adaptación en su estrategia contra la dictadura entre 1980 y 1986 ni tampoco lo fue cuando el PCU decidió en 1985 evitar una revisión crítica de su pasado reciente. En cambio, se convirtió en un obstáculo para la adaptación ideológica ensayada en 1990 por la mayoría de los dirigentes del PCU y por una minoría de dirigentes del PCCH. Por otra parte, las decisiones de la dirigencia comunista en las postrimerías de la dictadura explican que el PCU quedara integrado al sistema político mientras que el PCCH quedara aislado. Sin embargo, mientras que éste último tuvo una transición de liderazgo sin sobresaltos en el PCU el fracaso de la renovación ideológica derivó en un dramático cambio del elenco

dirigente cuando casi todos los integrantes del Comité Central, incluyendo el Secretario General, renunciaron al partido.

Palabras clave: Partido Comunista, crisis, Chile, Uruguay

Abstract

This research compares the trajectory of the communist parties of Chile (PCCH) and Uruguay (PCU) in the late 1980s and early 1990s of the 20th century. The initial question of this study is explanatory: Why did they stop being successful parties in electoral terms (as it was the case with the PCU) and/or in terms of roots and social influence (as it was also the case with the PCCH) in such a short period of time? It will seek to demonstrate that the response is not limited to the effects of the USSR's crisis but that it was a multi-causal phenomenon that had different characteristics in both cases. The comparison controls the hypothesis that the internal structure of the organization added to three aspects (tensions caused by the change in the national and international context, certain controversial decisions taken by the Management, and the change of leadership), favored the emergence of a "crisis" situation. Although both communist parties suffered the impact of the crisis of "real Socialism" in a similar way, this did not happen with the rest of the factors. Indeed, the centralist structure was not an impediment when the PCCH decided to adapt its strategy against the dictatorship between 1980 and 1986, nor was it when the PCU decided in 1985 to avoid a critical review of its recent past. Instead, it became an obstacle to the ideological accommodation attempted in 1990 by the majority of the PCU leaders and by a minority of the PCCH leaders. On the other hand, the decisions of the

communist leadership at the end of the dictatorship explain why the PCU remained integrated into the political system while the PCCH remained isolated. However, while the latter had a smooth leadership transition, in the PCU the failure of the ideological renewal led to a dramatic change in the leadership cast, when almost all members of the Central Committee, including the General Secretary, resigned from the party.

Keywords: Communist party, crisis, Chile, Uruguay

Prefacio

Quiero expresar mi agradecimiento a todos quienes han contribuido conmigo en la realización de este trabajo. En primer lugar agradezco a mi tutor, el Dr. Daniel Chasquetti, por acompañarme durante años con sus aportes y sugerencias sin las cuales no hubiera podido culminar este trabajo. También quiero agradecer al Dr. Adolfo Garcé quien antes me acompañó como tutor de mi tesis de Maestría por todos sus aportes y consejos. A su vez quiero agradecer a los integrantes del Departamento de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales que me fueron aportando materiales referidos al tema y valiosas opiniones durante todos estos años de investigación. En especial quiero destacar a la Dra. Ana Laura De Giorgi y al Dr. Jaime Yaffé cuyos aportes me permitieron avanzar y mejorar mucho este trabajo. Para guiarme sobre metodología y sobre el caso chileno quiero especialmente agradecer al Dr. Fernando Rosenblatt y también a Roberto Lagos quien leyó la parte del trabajo sobre Chile y realizó valiosos comentarios.

Asimismo quiero agradecer a la Dra. Carmen Midaglia y al Dr. Daniel Buquet, que han sido los coordinadores académicos del Doctorado en Ciencia Política durante el período en que he desarrollado esta investigación, por toda su labor para que pudiera concluirlo. En especial deseo agradecer a los colegas del Doctorado que realizaron comentarios en las diferentes instancias en que fui presentando los avances de esta investigación.

Por último, y principalmente, quiero agradecer a mi familia por todo su apoyo y sobre todo por la paciencia que me han tenido siempre.

Federico Lanza Weismann

Montevideo, Julio de 2023.

Contenidos

Introducción	12
1. Marco teórico	19
1.1. Acerca de la definición de partidos políticos y de su vigencia	19
1.2. Adaptación, crisis y estructura partidaria	23
<i>Adaptación</i>	23
<i>Crisis</i>	35
<i>Estructuras organizacionales</i>	39
1.3. Definición del problema de investigación	48
2. Modelo metodológico, fuentes y literatura sobre los casos	54
2.1 El modelo metodológico de investigación	54
2.2 Aplicación del modelo de investigación a los casos	59
2.3 Las fuentes analizadas sobre la crisis del PCCH y del PCU	62
2.4 La literatura sobre la crisis del PCCH y del PCU	65
3. La crisis de los partidos comunistas de Europa (1985-1991)	81
3.1 La crisis de los partidos comunistas de los países socialistas de Europa	81
3.2 La crisis de los partidos comunistas de los países capitalistas de Europa	90
4. Análisis del caso del PCCH (1987-1990)	105
4.1 Renovación estratégica, derrota militar y aislamiento político (octubre 1988-mayo 1989)	125
4.2 Entre la renovación ideológica y el continuismo desbolchevizado (mayo de 1989-junio de 1990)	129
4.3 El fracaso de la adaptación ideológica radical (junio de 1990-noviembre de 1990)	144
4.4 Epílogo	155
5. Análisis de la crisis del PCU (1989-1992)	161
5.1 La derrota convertida en victoria: de la reconstrucción al éxito electoral (1985-1989)	165
5.2 La victoria convertida en derrota: auge y crisis de la renovación (1990-1992)	184
5.3 Epílogo	213
6. Enfoque comparativo	217
6.1 Las variables divergentes	217

6.2 El impacto de la crisis del movimiento comunista internacional	234
6.3 La rigidez de la estructura interna	269
6.4 El fracaso de la estrategia política de la Dirección.	275
7. Conclusiones	288
Aspectos a seguir investigando	301
8 Referencias bibliográficas	301
8.1 Metodología de investigación	301
8.2 Ciencia Política e Historia	303
8.3 Chile	307
8.4 Uruguay	310
9. Apéndices	316
9.1 Cuadro comparativo sobre el proceso de ambos partidos	316
Cronología comparada	318
9.2 Siglas y protagonistas del caso chileno	330
Siglas	331
Tendencias internas en el PCCH (1983-1990)	334
Protagonistas principales	336
9.3 Siglas y protagonistas del caso uruguayo	340
Siglas	340
Tendencias internas en el PCU (1989-1992)	342
Protagonistas principales	344
10. Anexos	349
Cuadros sobre el resultado electoral de los principales partidos comunistas de Europa Occidental.	349

Introducción

El Partido levantará la vida hasta el cielo, elevando a todos y a cada uno / El Partido, es la espina dorsal de la clase obrera. / El Partido, es la inmortalidad de nuestra causa. / El Partido, es lo único que jamás me traicionará.

Poema de V. Maiacovski¹

“Todo está en crisis. Que yo sepa, todos los grandes saltos de la teoría y la ciencia son un resultado admirable de las crisis. Luego, las crisis no me inquietan”².

Julio Rodríguez, historiador y dirigente del PCU

Veinticinco años después de que la principal publicación del PCU referida a temas teóricos publicara el poema de Maiacovski, una verdadera declaración de fe, uno de los principales referentes intelectuales marxistas uruguayos reconocía que ya no quedaban certezas. A pesar de su intento de desdramatizar la situación sus palabras no lograron tranquilizar a una masa militante que sintió que los deseos del poeta soviético se incumplían en forma descarnada. ¿Qué relevancia vigencia puede tener un trabajo de investigación sobre los partidos comunistas cuando sólo en un puñado de países son gobierno o son gravitantes en el sistema político? El tema aún despierta el interés del mundo académico nacional e internacional y ha sido motivo de varias publicaciones.

¹ Poema soviético publicado en la revista Estudios n° 45, noviembre de 1967.

² Brecha n° 336, 8 de mayo de 1992, p. 9.

Además, en los países que aún persisten gobiernos comunistas como China, Cuba, Corea del norte y Vietnam, no han quedado marginados de la política internacional a pesar del derrumbe de los regímenes homólogos de Europa del Este. El primero es en la actualidad el principal rival de EE.UU. en la disputa por la hegemonía mundial.

En Uruguay los comunistas siguen manteniendo una importante influencia en el movimiento social y nunca dejaron de tener representación parlamentaria formando parte del Frente Amplio. Han ocupado cargos ministeriales e incluso gobernado Montevideo entre 2010 y 2015. En Chile si bien, sistema binominal mediante, estuvieron mucho tiempo ausentes del Poder Legislativo, los comunistas aún mantienen una fuerte presencia en el movimiento social y recientemente han vuelto a tener representación parlamentaria, gobiernos municipales y, desde 2021, también ministerios luego de haber jugado un papel relevante en la victoria electoral de Gabriel Boric.

Desde el punto de vista de la Historia y de la Ciencia Política el tema también reviste interés. Más allá de la baja gravitación que pueda tener hoy el movimiento comunista en el mundo resulta imposible negar su importancia en la historia del siglo XX como, asimismo, la antigüedad del concepto³. Por otra parte, esta investigación constituye una oportunidad para repasar los principales aportes de la literatura sobre adaptación

³ La palabra “comunismo” designaba en el siglo XII “algunos aspectos de la ley comunal” y en el siglo XIV designaba la “*persona que posee en común una propiedad correspondiente a la categoría de main morte, vale decir que no está sometida a la ley de herencia*” como un monasterio perteneciente a la comunidad de monjes. Más adelante, en 1785, el término aparece también en un texto escrito por Victor d’Hupay de Fuveau, y designa el proyecto de “*fundar una comunidad de vida que supuestamente habría de reemplazar la de los monjes*”. Pocos años después, en plena Revolución Francesa, sería Gracchus Babeuf, el líder de la “conspiración de los Iguales” de 1796 quien “*emplearía en varias oportunidades la palabra ‘comunitario’ y la frase ‘comunidad nacional’ en el contexto de su pensamiento sobre los ‘iguales’*”. Tomado de Jean Luc Nancy: “Comunismo, la palabra”, pp. 145-146, en Analía Hounie (comp.), “Sobre la idea del comunismo”, edit. Paidós, 2010, Buenos Aires.

partidaria de Kirchheimer (1992), Panebianco (1993), Kitschelt (1994), y Levitsky (2005) y ponerlos a prueba a través de un estudio comparativo como el que aquí se presenta.

La crisis a fines de la década del '80 del siglo pasado de los países del autoproclamado “socialismo real” fue de tal magnitud que no debe haber quedado partido comunista en el mundo que no haya sido afectado. Entraron en crisis tanto los partidos prosoviéticos como los partidos eurocomunistas que ya hacía décadas que se habían distanciado de la URSS. Si el origen de los partidos comunistas estaba tan asociado a la creación del Estado soviético es lógico pensar que su caída los situaría en una situación crítica. Los comunistas chilenos y uruguayos estaban entre los más alineados con la política soviética por lo que no resultaba extraño que sufrieran una debacle como sus otros “camaradas” en el mundo. Sin embargo, ambos partidos sudamericanos ya estaban sufriendo una crisis interna antes del derrumbe del bloque soviético que se venía manifestando en forma silenciosa desde la época de las dictaduras. La oportunidad de discutir sobre los eventos internacionales abrió la puerta para el debate sobre asuntos que algunos no consideraban laudados en la interna de ambos partidos. El factor exógeno vino así a superponerse a los factores complejizando el proceso y reforzando la singularidad de cada caso.

El resultado del proceso de debate interno no fue el mismo en ambos partidos porque la situación en la que se encontraban en ese momento (primeros años del retorno a la democracia en Uruguay y últimos años de la dictadura en Chile) y las decisiones estratégicas que tomaron fueron diferentes. En esta investigación nos proponemos poner el foco precisamente en estas diferencias. Diversos hechos internos fueron generando

descontento en algunos sectores de ambos partidos que terminaron por estallar en una forma que sorprendió a propios y extraños una vez que tomó estado público, especialmente por la agresividad con que llegaron a referirse los bandos enfrentados. Este malestar no pudo ser aplacado por el balance autocomplaciente del resultado electoral de 1989 (notoriamente justificado en el caso uruguayo) que las direcciones de ambos partidos realizaron.

El PCU había logrado una votación histórica en las elecciones de octubre de 1989 al ser el sector más votado dentro del Frente Amplio, coalición de izquierda que a su vez alcanzaba por primera vez el gobierno de la capital del país. En contrapartida, las elecciones legislativas realizadas en diciembre de ese mismo año en Chile arrojaron un pésimo resultado para la alianza electoral apoyada por el PCCH que conseguía elegir solo dos diputados (pertenecientes a un partido aliado). Es probable que la dificultad que presentaba el sistema binominal para los partidos pequeños haya afectado el resultado, así como la comparecencia de los partidos anti-pinochetistas en dos listas separadas debido a la negativa de la Democracia Cristiana de incluir a los comunistas en una única lista (Riquelme 2009). Para Álvarez (2007), además de probar el desencanto de muchos votantes del PCCH con las decisiones que su Dirección había tomado en la lucha antidictatorial, el magro resultado podía explicarse por el acuerdo de no presentar candidaturas fuertes que compitieran en los distritos con otros partidos de la Concertación (alianza de los partidos opositores a la dictadura).

La referencia de Álvarez a la estrategia antidictatorial del PCCH se refiere a dos decisiones que terminaron fracasando, la opción por la lucha armada entre 1980 y 1986 y la demora en sumarse a la campaña de los demás partidos opositores en el plebiscito de 1988.

Estas decisiones le significaron quedar aislado del resto del espectro político y también fuertes debates internos. Esta situación contrasta con la lograda por el PCU que no se apartó nunca de su estrategia de construcción de las más amplias alianzas contra la dictadura lo que le permitió quedar integrado al sistema político y contar con un fuerte reconocimiento por su papel en la transición.

Por cierto, que los comunistas chilenos no fueron los únicos en tomar decisiones desacertadas respecto a cómo enfrentar a la dictadura. A diferencia de sus pares chilenos y uruguayos, que se opusieron a las dictaduras de sus países desde su inicio en 1973, sus camaradas argentinos evitaron catalogarla como tal hasta que la misma estuviera culminando. Llegaron incluso a apoyar fervorosamente al gobierno durante la guerra de las Malvinas en 1983. Estas decisiones de la Dirección del Partido Comunista Argentino (PCA) generaron tensiones internas que lo fueron debilitando tanto por la pérdida de militantes como por la caída de su gravitación política (que por cierto nunca fue tan importante como la de sus vecinos chilenos y uruguayos)⁴.

Si bien en su XVI congreso en noviembre de 1986 el PCA realizó una autocrítica por sus posicionamientos durante la dictadura y su fallida estrategia electoral de 1983 (cuando apoyó a los candidatos peronistas por considerarlos “obreristas”) no pudo revertir el proceso de decaimiento, lo cual se vio agravado por la llegada de los ecos de la Perestroika y sus efectos de incertidumbre⁵.

⁴ “A partir de la segunda mitad de la década del 80 se produjeron una serie de desgajamientos que mermaron significativamente su influencia –bastante antes de la crisis del mundo socialista y la caída de la URSS- a la par que daban cuenta de la profundidad de la crisis de la organización” (Aguila:2009:23).

⁵ “Y si la crisis y declinación irremediable del partido puede ser explicada por el impacto que produjo en el PCA -lo mismo que en el resto de los PC del mundo la crisis y caída del mundo comunista-, sería muy

Lo mismo puede decirse del PCU y del PCCH. Sobre temas diferentes tomaron decisiones que terminaron afectando la unidad partidaria. Aunque ambos partidos tuvieron una historia similar sus caminos divergieron desde 1983. El PCCH decidió sustituir su estrategia política de reconstruir la Unidad Popular y hacer un frente antidictatorial que incluyera a la Democracia Cristiana por otra que incluía la lucha armada. En cambio el PCU logró mantener la unidad del Frente Amplio (incluso al precio de rectificar su táctica en las elecciones internas de los partidos en 1982) e incluso logró concretar una alianza más amplia con otros sectores no izquierdistas (llamada Convergencia democrática). En Chile lo que generó tensiones fue el fracaso del viraje hacia la lucha armada en 1986 y el fracaso de su política de alianzas en 1988. En Uruguay lo fue la forma expeditiva de reunificar en 1985 las tres vertientes en las que habían quedado divididos los comunistas, la clandestinidad, el exilio y la cárcel.

De cómo se dio este proceso, de sus causas y de sus consecuencias, trata esta investigación.

El primer capítulo presenta el marco teórico sobre la que se apoya esta investigación. Por un lado se repasa la literatura sobre los conceptos de partidos políticos, crisis y adaptación partidaria y la pertinencia de estos dos últimos para explicar el fenómeno sufrido por los dos partidos en cuestión. Asimismo se analizan los aportes de la literatura sobre las características de la estructura organizacional. Por otro lado se define el problema de este trabajo de investigación.

simplificador no considerar el impacto que las líneas y estrategias desplegadas en el período de la dictadura generaron en la organización y sus militantes” (Aguila:2009:25).

En el segundo capítulo se explicita y fundamenta el modelo de investigación de este estudio comparativo reducido a solo dos casos. También se presentan las fuentes analizadas y se repasa la literatura que ha abordado el estudio de ambos casos.

El tercer capítulo consiste en un análisis resumido sobre la situación que vivían los partidos comunistas de Europa en la década del '80 para tener presente el contexto en que se dio el debate interno. Los comunistas latinoamericanos estaban al tanto de las controversias que se daban en Europa (donde muchos habían estado exiliados) entre partidos pro-soviéticos, eurocomunistas y socialdemócratas que, como veremos, influyeron en sus propios debates.

En el cuarto capítulo se analiza el caso chileno siguiendo un orden cronológico de los hechos y en el quinto capítulo se hace lo mismo con el caso uruguayo. El capítulo sexto consiste en un enfoque comparativo subrayando las diferencias entre las variables explicativas de ambos procesos.

En el capítulo séptimo a modo de conclusión se retoman las hipótesis explicitadas al principio para contrastarlas con las comprobaciones realizadas a lo largo del análisis comparativo. El anexo incluye un glosario de las siglas, un listado de los principales protagonistas de ambos procesos con algunos datos de cada uno, una cronología comparada y dos cuadros sobre el desempeño electoral de los principales partidos comunistas de Europa Occidental.

1. Marco teórico

1.1. Acerca de la definición de partidos políticos y de su vigencia

Un primer asunto a dilucidar es a qué se refieren los diferentes autores cuando utilizan el concepto “partido político”. Una definición mínima es la que lo considera como una organización política de individuos que voluntariamente deciden coordinar acciones para competir por el poder (Schlesinger:1994), es decir con el objetivo de colocar candidatos en cargos públicos (Sartori:1976) y considera al político como office/vote seeker (Downs:1957; Schlesinger:1994).

Una definición más amplia considera a los partidos como un subtipo de vehículo electoral para que políticos puedan competir electoralmente y también para que se expresen intereses colectivos. Para Strøm (1990) los partidos buscan políticas, cargos y votos, y la distribución de la orientación de los líderes —su comportamiento político— está determinada por factores organizacionales e institucionales.

Tanto los comunistas chilenos como los uruguayos, más allá de sus objetivos revolucionarios, han históricamente competido electoralmente cada vez que se les ha permitido y buscado forjar alianzas que aumentara sus posibilidades de alcanzar el acceso a cargos en el Estado.

El enfoque aquí privilegiado, considera a los partidos como actores centrales de las sociedades contemporáneas y por ello se concentra en el análisis del derrotero de un tipo específico de partido en dos países distintos. El tema del papel de los partidos fue debatido por diversos autores (Gunther y Montero:6-7). Algunos llegaron a poner en duda la

capacidad de sobrevivencia de los partidos (Berger, 1979; Offe, 1984; Lawson y Merkl, 1988) y han afirmado que adolecen de falta de legitimidad entre la ciudadanía y que son frágiles organizacionalmente (Hagopian y Mainwaring, 2005; Mainwaring, Bejarano y Pizarro, 2006). Éstas son las conclusiones de académicos y expertos que analizan los partidos latinoamericanos (Piñeiro y Rosenblatt 2017 276). Varios estudios más recientes han abordado los nuevos retos contemporáneos para los partidos pero desde una perspectiva menos radical, como por ejemplo Strøm y Svåsand (1997); Dalton y Wattenberg (2000); Diamond y Gunther (2002); y Gunther, Montero y Linz (2002). Varios autores afirman que la debilidad de las organizaciones partidarias es un fenómeno propio de estos tiempos y que se explica por procesos que ocurren a escala global (Mainwaring y Zoco, 2007; Sánchez, 2008; Inglehart y Welzel, 2005; Webb y White, 2007).

A pesar de los nuevos desafíos que han debido enfrentar, los partidos no han sido reemplazados por otro tipo de organizaciones. Gunther y Montero han reivindicado por esta razón la vigencia de los estudios sobre los partidos políticos. Señalan que los estudios “fatalistas” sobre el debilitamiento de éstos han sobrestimado el papel de los movimientos sociales y subestimado la capacidad de los partidos para adaptar sus estrategias a los nuevos desafíos externos. Por eso Aldrich (Gunther y Montero 2003:8), en un estudio sobre las transformaciones de los partidos norteamericanos, propone sustituir los estudios referidos a “los tres Des” (decaimiento, declive y descomposición) de los partidos por “las tres Erres” (reaparición, revitalización y resurgimiento) de los partidos. Los partidos han logrado sobrevivir como protagonistas centrales de los sistemas democráticos occidentales como reconoce Sartori:

“con independencia de cuán deficientes sea la actuación de los partidos y los sistemas de partidos, las democracias aún no pueden actuar sin ellos” (1992:11)⁶.

Aunque algunos partidos se han tenido que transformar y han sufrido caídas significativas de su electorado su importancia sigue vigente. Como afirman Piñeiro y Rosenblatt:

“La organización política estable, un rasgo definitorio de un partido político, continúa siendo un canal necesario para la salud democrática” (Piñeiro y Rosenblatt 2017:277).

En el caso de los partidos sobre los que trata esta investigación si bien no han recuperado el peso que supieron tener antes de sus crisis, sí han logrado una destacada incidencia política. Precisamente una prueba suficiente de un partido vital es la capacidad de recuperación ante shocks (Piñeiro y Rosenblatt 2017:277). Fernando Rosenblatt identifica cuatro factores que explican que algunos partidos luego de vivir un proceso de consolidación y estabilidad logren mantenerse como organizaciones con vitalidad: propósito, trauma, “canales de ambición” y “barreras de salida moderadas”. La lealtad retrospectiva de los integrantes del partido se crea en referencia a un pasado traumático compartido y se mantiene activa por la existencia de un propósito. Los “canales de la ambición” son los caminos por los que los afiliados pueden seguir una carrera política dentro del partido. Las “barreras de salida moderadas” son reglas que establecen los costos

⁶ Resulta llamativo que en su libro “Partidos y sistemas de partidos” el politólogo italiano no aborde el tema de la crisis de los partidos. Sólo en el capítulo referido a las fracciones advierte del peligro que estas pueden entrañar para el debilitamiento del partido, y por esa razón, analiza los mecanismos utilizados para neutralizar sus efectos negativos y hasta afirma que pueden llegar a tener un valor positivo en algún caso como el italiano (1992:132-146).

de desafección en niveles razonables. El autor advierte de la dificultad de mantener vigente el Propósito en el largo plazo y que el poder del Trauma como forjador de lealtad puede ir disminuyendo con el tiempo. En su estudio comparativo de los partidos de Chile, Costa Rica y Uruguay afirma que los partidos vitales más antiguos se caracterizan por combinar solo “canales de ambición” y “barreras de salida moderadas”, y son menos resilientes que aquellos que también mantienen vigente su Propósito y/o Trauma (Rosenblatt 2018). Si bien la investigación no considera el caso del PCCH ni del PCU en particular (aunque si analiza el Frente Amplio del cual el PCU forma parte) resulta interesante intentar aplicar esos cuatro factores causales para estos dos partidos también. Ambos mantienen su propósito revolucionario anticapitalista (por lo menos en su retórica), su identificación con un pasado traumático (la sangrienta represión sufrida durante la dictadura), flexibilidad para la emergencia de nuevos liderazgos (eran partidos que habían estado caracterizados por tener al mismo líder durante décadas), y “barreras de salida moderadas” (lo que ha evitado “deserciones” a otros partidos).

Luego de una crisis electoral los partidos pueden sobrevivir si logran seguir cumpliendo por lo menos con una de sus funciones primarias. Puede sobrevivir como una entidad subnacional localizada, una entidad subnacional nacionalizada o por su capacidad de incidir en el debate público (Cyr 2016). Esta última modalidad parece cumplirse para ambos partidos, sobre todo a partir de la influencia que han desarrollado en sindicatos y gremios estudiantiles desde donde han logrado atraer la atención de los medios de comunicación bloqueando o dificultando la concreción de asuntos de la agenda política de los gobiernos y promoviendo temas de interés nacional.

Este resurgimiento, al decir de Aldrich, no deja de sorprender luego del impacto negativo que sufrieron treinta años atrás. Sobre todo teniendo en cuenta que partidos importantes han sufrido crisis que los hicieron desaparecer, como por ejemplo en Estados Unidos, Reino Unido, Canadá e Italia cuando se produjo lo que Charles S. Mack llama *disalignment* (desalineación) entre los dirigentes del partido y la masa de votantes tradicionales de base sobre un tema atípico de importancia fundamental (Mack 2010). Según este autor un partido puede sobrevivir a derrotas periódicas, pero no al desalineamiento. Este extremo estuvo más próximo de concretarse en el caso del PCU (cuando la mayoría de la dirigencia pretendió fundar un nuevo partido al que los comunistas se integrarían junto con otros militantes identificados con el socialismo) que en el caso del PCCH (cuando la Dirección incluyó la lucha armada en su estrategia).

1.2. Adaptación, crisis y estructura partidaria

A continuación, revisaremos los aportes de la literatura sobre tres tópicos relacionados con las adaptaciones, crisis y las estructuras de los partidos.

Adaptación

La teoría sobre adaptación partidaria registra dos posibilidades. Puede tratarse de una adaptación exitosa en que el partido va cambiando y logra crecer electoralmente o de una adaptación frustrada en que el partido se estanca electoralmente y va languideciendo. El concepto de “adaptación partidaria” puede definirse como

“una serie de cambios en la estrategia y en la estructura, llevados a cabo como reacción a cambios en las condiciones del entorno, o en previsión de ellos, que favorecen la capacidad de un partido para satisfacer su ‘objetivo primario’” (Harmel y Janda 1994:265).

Se distinguen dos tipos de explicaciones en relación a la adaptación partidaria. Por un lado hay quienes atribuyen los cambios en los partidos y sistemas de partidos a factores externos a la política, mediatos o inmediatos (como la estructura de clases o una crisis económica). Por otro lado hay quienes centran su análisis explicativo en las características del sistema político y en las decisiones estratégicas que toman los partidos. Esta visión “racionalista” puede a su vez dividirse en dos enfoques, la que toma a los partidos como un actor unificado y la que, reconociendo la complejidad interna de las organizaciones, considera la multiplicidad de fuerzas internas que pugnan por imponer sus estrategias (Yaffé 2005:14 y 22).

Levitsky divide los estudios sobre el tema en tres enfoques diferentes, los que se centran en el entorno, en los dirigentes y en la organización. Los autores que ponen énfasis en la reacción de los partidos ante un cambio en el entorno electoral o económico afirman que si cambian las preferencias o estructura de los electores y el partido no hace un cambio que atienda la nueva realidad este reduce sus posibilidades de éxito electoral. También incide la estructura de la competencia electoral. Mientras que, como sostiene Downs, en un sistema bipartidista hay fuertes incentivos para que los partidos se corran hacia el centro en uno multipartidista deberán considerar “la competencia que se da en su propio flanco” (Kitschelt 1994a:128-130). En otras ocasiones el cambio se debe a la reacción ante una

crisis económica, en especial cuando se trata de un partido que está en el gobierno. Tal vez se vea forzado a tomar decisiones que contradigan el programa por el cual consiguió el apoyo de sus electores. La preocupación central para estos autores es el desempeño electoral del partido y la relación del mismo con los electores y sus preferencias.

Otros autores (Rose y Mackie 1988:557; Panebianco 1988 242-44; Harmel y Janda 1994) se centran en los elementos endógenos, en particular en el papel de los dirigentes, ya sea porque adoptaron ideas nuevas o porque fueron sustituidos por otros dirigentes con ideas nuevas. Para que la adaptación partidaria sea exitosa deben cumplirse tres condiciones. En primer lugar, la dirigencia debe reaccionar a tiempo ante el cambio del entorno optando por una estrategia que se muestre eficaz. En segundo lugar, la dirección debe ser capaz de lograr el apoyo, por convencimiento u obediencia, de los demás integrantes del partido. Y en tercer lugar, que como resultado de este proceso de adaptación, el partido sea capaz de aumentar su apoyo electoral (Levitsky 2005:13).

Para Levitsky los enfoques centrados en el entorno resultan insuficientes a la hora de explicar las razones por la cual procesos de adaptación en entornos similares tienen resultados tan divergentes, es decir porque en unos casos logran su objetivo y en otros no. Por otra parte, también afirma que centrarse en los dirigentes y en los cambios en la conducción de los partidos para entender la adaptación partidaria tampoco resulta suficiente si no se tiene en cuenta el contexto organizativo.

El enfoque centrado en la organización parte de la base de que los partidos son sistemas complejos y que no pueden tomarse como actores racionales unitarios. Levitsky sostiene que “aunque los dirigentes fijen estrategias óptimas, la dinámica intrapartidaria

suele limitar su capacidad de ejecutarlas” (2005:16) y cita a Roberts (1998:47-48) quien pone el ejemplo del PCCH cuya organización sumamente estructurada restringió su capacidad de modificar sus estrategias frente a la liberalización política y económica.

En segundo lugar, los estudios de adaptación partidaria “racionalistas” pueden poner énfasis en el liderazgo (Kircheimmer, Kitschelt), en la estructura organizacional (Kircheimmer, Panebianco, Levitsky), o en las raíces sociales del partido (Levitsky). Veamos más detenidamente los aportes al respecto de cada uno de estos autores.

Kircheimmer estudió la transformación de los partidos que se dio a principios del siglo XIX cuando el “partido de integración” (surgido en sociedades con profundas diferencias de clase) de Europa Occidental y de América (como Uruguay)

“renuncia a los intentos de incorporar moral y espiritualmente a las masas y dirige sus atención ante todo hacia el electorado; sacrifica, por tanto, una penetración ideológica más profunda a una irradiación más amplia y a un éxito electoral más rápido” (Kirchheimer:1992:44).

Este proceso se habría desarrollado en Europa en tres etapas (aunque reconoce que no se puede generalizar para todos los casos). Hasta la Primera Guerra Mundial se registró un crecimiento permanente, luego en los años 20 y 30 asumieron cargos de gobierno, y finalmente en la posguerra se intenta llegar a todo el cuerpo electoral sin descuidar su electorado particular. En los partidos se pospone “de modo radical los componentes ideológicos”, las acciones de los dirigentes son “considerados desde el punto de vista de su aportación a la eficacia de todo el sistema social, y no a partir de la coincidencia o no coincidencia con los fines de la organización del partido”, se produce una “desvalorización

del miembro individual”, se aplica una “propaganda electoral encaminada a abarcar a toda la población”, y se realiza un “esfuerzo por establecer lazos con los más diferentes grupos de interés” (Kirchheimer 1992:49). Pero Kirchheimer advertía que “sólo los grandes partidos pueden convertirse con éxito en partidos de todo el mundo” (Kirchheimer 1992:46) ya que los pequeños se caracterizan por buscar proteger a un determinado sector social o alcanzar (o impedir) determinada reforma.

Los partidos comunistas, a quienes Kirchheimer calificaba de “restos de los partidos de masas de base clasista”, no formaron parte de esta transformación. Observaba que “la experiencia revolucionaria, cada vez más en segundo plano y menos utilizable, es arrastrada como una carga ceremonial” y que

“no pueden hacer de la necesidad virtud y acomodarse por completo al estilo del nuevo partido de todo el mundo. Este rasgo conservador no les cuesta la confianza de su clientela electoral. Por otra parte, la lealtad de sus seguidores, probada en cada nueva elección, no supone un nexo tan fuerte que pudiese servir de base a acciones políticas más amplias” (Kirchheimer:1992:50).

Sin embargo reconocía que en los años 60 en Italia y Francia los comunistas “se vieron forzados a acomodarse al nuevo estilo”. Los elementos que caracteriza a un partido “catch-all” son para Kirchheimer una marcada desideologización, la disminución del peso político de los militantes de base, el fortalecimiento del poder organizativo de los líderes y un debilitamiento de las relaciones del partido con las viejas organizaciones sociales afines al mismo y también con su electorado (Kirchheimer:1992:65).

Preocupado también por el desempeño electoral, en un sentido similar al de Kirchheimer, Panebianco advierte que “ningún partido puede permitirse borrar por completo su propia identidad frente a las organizaciones rivales” (Panebianco 1992:65) y agrega al modelo de análisis de Kirchheimer la progresiva profesionalización de las organizaciones. En el partido de masas juega un rol fundamental, de nexo entre los dirigentes y la base, y a través de ésta, con el grupo social de referencia (la “clase gardée”). Panebianco prefiere llamar “profesional electoral” al nuevo tipo de partido, “no sólo para acentuar el aspecto de la profesionalización sino también para subrayar que el aspecto básico es el organizativo y no el de representación social” (Panebianco 1992:67).

El partido burocrático de masas se caracterizaba por el “papel central de la burocracia” y de “los creyentes dentro de la organización”, por tener “fuertes lazos organizativos de tipo vertical que se dirige sobre todo a un electorado fiel, posición de preeminencia de la dirección del partido, dirección colegiada, financiación por medio de las cuotas de los afiliados y mediante actividades colaterales”, y por la “acentuación de la ideología”. En cambio el partido profesional electoral se caracteriza por el papel central de los profesionales, ser electoralista, tener débiles lazos organizativos de tipo vertical, dirigirse ante todo al electorado de opinión, tener una posición de preeminencia de los representantes públicos, dirección personificada, financiación a través de los grupos de interés y por medio de fondos públicos, y la acentuación en los problemas concretos y en el liderazgo (Panebianco 1992:68). Panebianco advierte que “lo ‘viejo’ y lo ‘nuevo’ tienden a superponerse y a coexistir en toda organización (y a generar tensiones y conflictos en su seno)”. Señala dos variables como las que más influyen en la rapidez y profundidad en que se puede dar este cambio. Éste será más difícil cuanto más alto sea el nivel de

institucionalización que el partido haya alcanzado en el período anterior. La segunda variable, también destacada por Kirchheimer, es el grado de fragmentación del sistema de partidos. Si este es excesivo se dificultará el cambio. También advierte que los partidos con un apoyo electoral amplio son los más proclives a iniciar un proceso de transformación.

Panbianco subraya dos transformaciones de las sociedades occidentales. Una es la importancia del hecho de que el peso del electorado obrero ha disminuido porque ha cambiado su fisonomía. Antes había una división entre obreros calificados y no calificados y ahora la división pasa entre los obreros de la industria básica organizados en fuertes sindicatos y los nuevos obreros marginales de los sectores industriales periféricos. El otro cambio importante, que comenzó en la segunda mitad del siglo XX, es el creciente impacto de los medios masivos de comunicación, en especial de la televisión. Los partidos empiezan a realizar campañas más personalizadas, centradas en los candidatos, y disminuye el peso de los dirigentes del partido en desmedro de los representantes públicos que ocupan cargos electivos, y de los militantes-funcionarios en detrimento de los especialistas en publicidad. El autor afirma que “los cambios en la estructura social y en los sistemas de comunicación política, contribuyen a erosionar las subculturas políticas tradicionales” y “aumenta de este modo la ‘turbulencia’, la inestabilidad potencial del escenario electoral” (Panbianco1992:71).

Kitschelt estudia a los partidos socialdemócratas entre la década del '70 y del '80 a través de tres casos “ganadores” (Italia, España y Francia), tres “perdedores” (Reino Unido, Austria y Alemania) y tres “estabilizadores” (Suecia, Bélgica y Holanda). Los cambios estructurales, en especial en las relaciones de trabajo, registrados en Europa occidental

sustituyeron el tradicional eje izquierda-derecha en la competencia política por un nuevo eje que va desde la izquierda libertaria a la derecha autoritaria. Descarta a las teorías sociológicas del cambio de los sistemas de partidos porque considera que tienen poco valor explicativo por no ser suficientes para explicar la dinámica de los sistemas de partidos. En cambio propone centrar el análisis en el papel que desempeña la estrategia partidista y en el carácter interdependiente de las decisiones que se toman en el sistema de partidos. Como al aplicar su teoría de análisis estratégico de la acción racional se encontró con casos con resultados ambiguos o incluso contradictorios complementó su estudio “con las teorías del comportamiento y con la reconstrucción de las razones que guían la elección humana” (Kitschelt:1994a:169).

De acuerdo a su teoría de formación de preferencias, los partidos socialdemócratas deberían atender a dos variables a la hora de decidir su estrategia: qué tan fragmentada está la izquierda del espectro político y cuán movilizada está la izquierda libertaria. Con esta información se le abren un abanico de posibilidades. Pueden buscar maximizar su votación a corto plazo realizando un corrimiento hacia el centro, pueden aplicar una transformación semimoderada que aunque no les asegure la victoria electoral les permita convertirse en socios de coalición, o pueden intentar disputar el espacio de izquierda con los partidos de ultraizquierda, una estrategia que puede dar sus frutos a largo plazo. Este último camino de radicalización es el que se debe dar en países con una izquierda libertaria grande y la fragmentación de la izquierda es alta. Si por el contrario la izquierda libertaria es débil la estrategia debería ser la segunda. Y finalmente en los países donde la capacidad de movilización de la izquierda libertaria es débil y la fragmentación es baja, los partidos socialdemócratas deberán seguir el camino de la moderación.

Esta teoría de la competencia racional de los partidos se cumple en más de la mitad de los casos estudiados (Kitschelt 1994b). Para explicar los otros casos, Kitschelt elabora una teoría intrapartido que tiene en cuenta el rol desempeñado por los militantes en la adopción de las estrategias de sus partidos. Si su poder es importante en la organización entonces se dificultará mucho la estrategia de moderación impulsada por los dirigentes (partiendo de la premisa de que estos buscan más maximizar los votos que seguir las orientaciones de los afiliados). Clasifica a los activistas en tres grupos de acuerdo a los beneficios que esperan obtener del partido. Distingue a los ideólogos (buscan satisfacer sus preferencias personales), a los pragmáticos (prefieren bienes colectivos), y quienes hacen lobby persiguiendo bienes selectivos. El peso de estos grupos, ya sea por separado o en las alianzas, (por ejemplo de los *lobbyists* con los ideólogos o los pragmáticos) inclinará el partido hacia la moderación (si prevalecen los pragmáticos) o hacia la radicalización (si prevalecen los ideólogos).

Para aplicar estas teorías -pensadas para Europa- en el estudio de América Latina en general, y en particular de Chile y Uruguay, dos son los aportes de Kitschelt que pueden ser interesantes. Definir cuáles son los conflictos políticos que determinan la competencia de partidos y cómo la estructura interna organizacional puede incidir en la definición de la estrategia del partido. Para esto último se debe definir qué motivaciones (ideológicas y materiales) tienen los afiliados y qué tanto pueden diferir con las de los líderes.

Levitsky aplica las teorías de los autores europeos al estudio del justicialismo argentino analizando su enraizamiento social y el grado de rutinización de los mecanismos que inciden en la toma de decisiones del partido. A los dos tipos de partidos propuestos por

Panebianco, Levitsky agrega otros dos, los que además de tener una baja rutinización tienen enraizamiento social y los que los no los tienen. El proceso de adaptación y flexibilización estratégica se vería facilitado en el primer caso ya que los dirigentes tienen un mayor margen de maniobra y se logra retener un electorado cautivo.

¿Qué incidencia tiene la estructura organizativa en la capacidad de adaptación del partido en períodos de crisis en el entorno? Levitsky señala como rasgos que contribuyen en este proceso la flexibilidad estratégica y el arraigo que el partido tenga en la sociedad. Sobre el primer aspecto hay que considerar la autonomía de los dirigentes, si sus iniciativas son limitadas por procedimientos de rendición de cuentas a los organismos esto limitará la capacidad adaptativa del partido. Esta también se incrementará en partidos que favorecen la renovación de su dirigencia. Sobre el arraigo social se debe tener presente el encapsulamiento organizativo. Al “incorporar al partido la mayor cantidad posible de actividades cotidianas de sus miembros” (a través de sectores sindicales, juveniles, femeninos, deportivos, culturales, etc.) los partidos de masas generaron subculturas partidarias. El sentimiento de pertenencia que se fomenta a través de la inclusión en estas entidades hace más difícil al militante la toma de decisión de dejar el partido. Panebianco (1988 267) define el “electorado de pertenencia” como

“la porción del electorado del partido que se ha integrado a su subcultura. Este tipo de votante es, virtualmente, un seguidor ‘nato’. (...) Su lealtad al partido y su identificación con éste, son tan fuertes que vota por él independientemente de la estrategia que adopte” (1988 278, nota 38).

Levitsky disiente con los autores que sostienen que existe una disyuntiva entre flexibilidad estratégica y estabilidad resultante del arraigo social del partido. Por ejemplo, Panebianco (1988 264-267) distingue a los partidos de masas burocráticos (más estables por poseer poderosas burocracias y “electorados de pertenencia” pero menos flexibles) de los partidos electorales-profesionales (centrados en campañas realizadas a través de los medios de comunicación centradas en los candidatos). Por su parte Levitsky, basado en su investigación sobre el peronismo, afirma que

“pueden existir organizaciones de masas carentes de una fuerte burocracia central, de carreras políticas seguras o de mecanismos institucionalizados para la rendición de cuentas de los dirigentes” (Levitsky 2005:19).

Es más, estas estructuras partidarias informales y con un débil grado de institucionalización son bastante comunes en América latina, en particular en los partidos populistas y clientelistas. Por eso es que rechaza aplicar los mismos supuestos utilizados para el estudio de los países europeos que para el caso latinoamericanos.

Uno de los aspectos en que se puede abordar el estudio de la institucionalización de las organizaciones es a través de la “rutinización”, es decir el “proceso por el cual las normas y procedimientos se difunden entre los actores y son aceptados, acatados y hasta ‘dados por sentados’”. Para Levitsky ésta

“limita la capacidad de las organizaciones para responder con rapidez a los cambios en el entorno y que aquellas que están débilmente rutinizadas quizá se encuentre en mejores condiciones para adaptarse a los rápidos cambios”.

La rutinización puede ser formal (“donde haya una estrecha correspondencia entre normas sancionadas oficialmente –por lo general, escritas- y las pautas de conducta efectivas”), informal (“donde, si bien la conducta de los actores se ajusta a pautas muy conocidas y aceptadas, tales pautas se apartan de las normas formales o están desvinculadas de éstas”) o débil (cuando las normas y procedimientos –tanto formales como informales- son fluidos, cuestionados y habitualmente soslayados o ignorados” (Levitsky 2005 20).

La rutinización afecta a la flexibilidad estratégica en tres dimensiones: la renovación de los dirigentes, su autonomía y la flexibilidad estructural. La flexibilidad estratégica aumenta si hay renovación de los dirigentes, si estos y los organismos de bases tienen autonomía y si la estructuración de la organización es escasa (Levitsky 2005 22-25). Cuando las direcciones partidarias están rutinizadas los procesos de renovación suelen ser lentos. Los afiliados que aspiran a ascender a dirigentes tienen más posibilidades de éxito cuanto más leales se muestren a los líderes y consecuentes a las reglas de juego. Por eso se “dejan cooptar por el centro” (Panebianco 1988:61). Por el contrario, las organizaciones que no tienen una jerarquía burocratizada son más permeables a las influencias exógenas (Kitschelt 1994 214) facilitando el intercambio de ideas y el ascenso de nuevos dirigentes con planteos renovadores.

Hasta en los partidos de matriz leninista donde la rutinización incluye un fuerte poder central de la dirigencia (Kitschelt 1994 213-216) hay una tendencia a “limitar drásticamente los márgenes de maniobra de los actores internos” (Panebianco 1988:58) como por ejemplo por la norma de que las decisiones sean avaladas por órganos de menor nivel. A su vez estos también están limitados en su capacidad de innovar debido a la

estructura vertical del partido. En cambio, en organizaciones con menor rutinización los dirigentes tienen más libertad a la hora de pensar y aplicar cambios y los organismos subalternos tienen más margen de maniobra para ensayar cambios sin el riesgo de ser obstaculizados por los dirigentes conservadores superiores. En una organización fuertemente rutinizada es probable que la resistencia a cambiar la estructura y las reglas de funcionamiento sean muy altas entre los dirigentes que temen que una modificación los termine debilitando. El que el partido esté débilmente rutinizado no asegura que asuma una estrategia exitosa frente a una crisis externa pero le puede otorgar mayores oportunidades de adaptación (Levitsky 2005 25).

En síntesis, para Levitsky los partidos con vínculos fuertes con las masas y con bajo nivel de rutinización como los partidos populistas de masas están mejor preparados para encarar con éxito un proceso de adaptación partidaria.

Crisis

La literatura sobre partidos políticos no ha desarrollado el concepto de crisis partidaria. Son escasas las referencias a las crisis partidarias (Aldrich 1995; Lawson y Merkl 1988; Gunther y Hopkin 2002; Morlino 1998; Puhle 2002), siendo más frecuente el uso del concepto de “decadencia” o de “debilitamiento” de los partidos.

Intentaremos a continuación aproximarnos a una definición del concepto de crisis partidaria. Si por “crisis económica” suele definirse a un período de recesión y por “crisis de las instituciones” políticas puede entenderse un trastocamiento del orden establecido,

¿qué significado tiene el concepto “crisis partidaria”? Podemos empezar por definir connotativamente a una crisis como un momento de incertidumbre, de conflicto o de quiebre en que se modifican las estructuras ideológicas y organizacionales, el peso electoral y la inserción social de un partido.

¿Qué está incluido y que está excluido de esta definición? Para una definición denotativa del término podemos recurrir al diccionario de la Real Academia Española que indica que la palabra “crisis” (cuyo origen se remonta al griego y al latín), puede definirse de muchas formas, según el contexto en que se la aplique. Puede significar un “cambio brusco” (en términos médicos), una “mutación importante” (en procesos físicos, históricos o espirituales), una situación “difícil o complicada” de un proceso cuya “continuación, modificación o cese” está en duda, un “momento decisivo”, un “juicio” que se hace sobre algo, o hacer referencia a una situación de escasez y carestía. Prescindiendo de esta última definición economicista las demás pueden perfectamente ser utilizadas para el caso de los partidos. Pero la complejidad del término requiere que se separen las características definitorias (necesarias) de las características contingentes, las cuales intentaré reducirlas al mínimo necesario.

La crisis podría definirse como un caso extremo de fracaso de la adaptación partidaria. Esta definición puede resultar clara y sencilla, sin embargo adjudica una connotación negativa al término crisis e impone a los partidos el mandato de la adaptación. Un cambio en la estrategia puede interpretarse como una crisis aunque sus impulsores logren imponerla. En este sentido el concepto no debería estar asociado tanto al éxito o al

fracaso sino a la dimensión del cambio mismo y a sus consecuencias en términos de ruptura con el pasado inmediato. Morlino define así el concepto de crisis de un partido:

“By crisis of a party, as an intermediary and representative structure, I mean the process by which one or more factors of a social, cultural or even economic kind produce a detectable inconsistency between the existing party - characterized by a well-defined identity, organization and policy positions - and a broadly established electorate, together with supporting interest groups. The main empirical expressions of party crisis are: poorer electoral performance, which must be analysed from a systemic perspective; changes in one or more organizational dimensions; and leadership turnover, not only at a national level but also at middle and local levels. The crisis of a party and, even more likely, of more than one party, causes or is caused by changes in features within the existing party system. That is, although the causality may be unclear and work in both directions at once, it is important to identify the systemic aspects involved; these provide us with the evidence of what has changed in the system. The outcomes of the process, characterized by the unavoidable interweaving of crisis of party/ies and changes in the party system, may be: (1) simply, the overcoming of the inconsistency and crisis without any change; (2) adaptation to the change in one or more dimensions, and to different degrees; (3) splitting of the party with the concomitant creation of a new party; (4) the disappearance of the party; (5) the emergence of a new party or parties” (Morlino 1996).

La definición de Morlino pone el énfasis en comprender como la crisis de un partido puede afectar al sistema de partidos. La crisis en esta perspectiva es entendida como el

alejamiento de la base respecto al partido, traducido en una disminución del apoyo electoral. En este sentido las crisis partidarias están muy vinculadas a los sistemas de partidos y a los desempeños electorales, quedando fuera del análisis otros procesos de crisis. Entre las consecuencias que enumera no incluye la posibilidad de que la crisis se supere a pesar de una disminución de la influencia política o que el partido se fracture y no surja un nuevo partido. El caso uruguayo presenta una característica singular debido a que los partidos principales están integrados en estructuras mayores (registrados en el sistema electoral como “lemas”), verdaderos partidos de coalición, y que las rupturas partidarias pueden generar nuevos partidos que siguen permaneciendo a la misma coalición que el partido original. Los casos de cambio de un sector desde un partido de coalición a otro partido de coalición han sido excepcionales⁷.

Podemos afirmar entonces que un partido atraviesa una crisis cuando tiene una transformación profunda en la que están presentes los siguientes tres aspectos:

- I. El partido sufre una pérdida de la posición hegemónica en instituciones y grupos sociales (como por ejemplo en los sindicatos, gremios, la intelectualidad y la cultura), de la cantidad de aliados y en la cantidad de votos en sucesivas instancias electorales.

⁷ El término crisis es utilizado coloquialmente para referirse al momento en que un partido vive algún cambio que es percibido como negativo por propios y ajenos. Generalmente se hace referencia a una caída fuerte de su electorado y/o militancia, a un recambio de líderes o a la intensidad que adquieren los debates internos. El orden en que estos aspectos se manifiestan puede variar. En efecto, un retroceso electoral puede derivar en fuertes debates internos sobre la responsabilidad que se le atribuye al líder que puede llegar a ser sustituido. El liderazgo emergente puede consolidarse si el resultado electoral se revierte en los siguientes comicios. También puede suceder que los líderes proponga una adaptación estratégica y/o ideológica que provoque una lucha fraccional que derive en una pérdida de su electorado y militancia.

- II. Los líderes o una fracción con un poder significativo de incidencia intentan sustituir radicalmente la matriz ideológica o principios programáticos fundacionales que distinguieron al partido de otras organizaciones (como el concepto de dictadura del proletariado tan caro para un partido comunista) provocando el rechazo de una parte del mismo.

- III. Se produce una sustitución del líder histórico por un nuevo liderazgo que es resistido por una parte significativa del partido.

Al analizar la crisis de un partido hay que considerar como pudieron haber influido sus características organizacionales, cuánto es el peso de su matriz ideológica, y como es la relación entre los líderes y las bases. Revisemos a continuación los aportes de la literatura académica sobre estos aspectos.

Estructuras organizacionales

Un eje de análisis es la capacidad de los dirigentes de diseñar y ejecutar estrategias óptimas ante los desafíos del entorno teniendo en cuenta todos los elementos de la estructura de la competencia política. En el éxito o fracaso a la hora de intentar convencer a afiliados y votantes de la certeza de la nueva estrategia juegan un papel fundamental las características organizacionales del partido. Según Kitschelt (1994) en un partido caracterizado por una fuerte institucionalización pero donde los líderes tienen amplia libertad de acción la probabilidad de que triunfe un proceso de adaptación es mayor que en un partido donde los militantes tienen un peso determinante. Por el contrario, para

Panebianco (1982) y Levitsky (2005) en una estructura partidaria excesivamente burocratizada es mayor la probabilidad que líderes innovadores no logren impulsar sus estrategias renovadoras que en un partido con baja rutinización.

Analizar la forma en que se creó un partido y cómo éste se fue consolidando es para algunos autores el principal elemento a tener en cuenta para entender la persistencia de ciertas características organizacionales (Panebianco:1988:50) o ideológicas (Ware 1996:47). Según el marco teórico del llamado Institucionalismo Histórico

“el momento de formación del partido es una ‘coyuntura crítica’. A partir de ese momento, la identidad del partido se reproduce siguiendo una lógica predefinida. (...) Desde este punto de vista, las instituciones son ‘path dependent’: una vez que adoptaron cierto diseño (o cierto rumbo) tienden a reproducirlo. Una vez que toman por cierto camino el costo marginal de abandonarlo tiende a ser más alto que el de mantenerse en él. (...) El pasado importa porque actúa como freno, conspirando contra la innovación. Sin embargo, como ha observado con agudeza Thelen, generalmente las instituciones van cambiando sin que nos demos cuenta. Gracias, además, a esos procesos de cambio, las instituciones logran adaptarse a nuevos desafíos y sobrevivir (...). El Institucionalismo Histórico, por tanto, no ofrece solamente pistas para entender la continuidad de una institución. También ayuda a entender los cambios” (Garcé 2012:15).

El grado de inserción que el partido tiene en la sociedad, además de la organización y del liderazgo, es otro factor que puede explicar la transformación partidaria. Pero tampoco sobre este punto hay consenso. Algunos autores afirman que cuanto mayor sea la inserción, más difícil será que el partido logre transformarse sin perder el apoyo de su base

electoral (Panebianco 1982; Harmel y Janda 1994; Kitschelt 1994). Por el contrario, Levitsky (2005) demuestra a través de su investigación del peronismo que su profunda raigambre social no fue un impedimento para que el menemismo (y luego el kirchnerismo en un sentido opuesto) lograra una adaptación exitosa. La clave está en comprender qué incentivo puede tener un partido en arriesgarse por un viraje que puede significar una pérdida de su posición hegemónica. La decisión puede tener dos tipos de causas. Puede deberse al temor en perder esa influencia si no se decide emprender un cambio estratégico. Si el partido no cambia en un mundo que está en transformación, no será capaz de retener su base de apoyo. O la creencia en que el costo, la pérdida de inserción social, vale la pena si se cree en la necesidad de adoptar nuevos principios. Resulta muy difícil continuar defendiendo ideas en las que no se cree. En otras palabras, la cuestión pasa por comprender si se trata de una decisión racional o una de carácter principista.

Así como hay estructuras organizativas que facilitan más los cambios que otras, también hay configuraciones ideológicas que son más permeables a aceptar virajes estratégicos que otras. Desde esta perspectiva, la matriz ideológica fundacional de un partido puede constituir un ancla demasiado pesada para permitir un cambio de rumbo institucional. Por ejemplo, en su estudio sobre el PCU, Garcé afirma que el internacionalismo, el doctrinarismo y la aversión al disenso interno, aspectos que distinguían el bagaje ideológico de los comunistas desde los orígenes de la organización, no eran las condiciones necesarias para permitir un viraje estratégico (Garcé, 2012:17). El argumento vale también para el PCCH ya que tuvo los mismos principios fundacionales. Los militantes de los partidos socialistas o socialdemócratas calificados por Panebianco como “creyentes” y por Kitschelt como “ideólogos” son menos proclives a aceptar una

modificación del discurso si consideran que ésta atenta contra la tradición ideológica del partido. También Levitsky reconoce que los activistas más identificados con la tradición partidaria pueden ser un serio obstáculo a un proyecto de transformación del partido. En este punto si parece haber un acuerdo en la literatura sobre adaptación partidaria. Un partido tendrá mayor posibilidad de recorrer con éxito un proceso de adaptación cuanto menor sea el peso de su ideología. Para Kitschelt no hace falta acudir a la ideología para explicar procesos de adaptación exitosos. Pero la ideología ayuda a entender por qué un partido eligió una estrategia adaptativa subóptima. Hall sostiene que la probabilidad de que un nuevo paradigma sea adoptado por una organización depende del grado de compatibilidad entre las nuevas ideas y la tradición ideológica de dicha institución⁸.

Es por esto que es necesario tener presente en cualquier análisis sobre la capacidad de adaptarse de un partido el perfil de sus integrantes. Son estos los que, como afirman Piñeiro y Rosenblatt,

“dan vida a la organización, o su deserción en masa la que determina su final” (Piñeiro y Rosenblatt 2017 277).

Los miembros de los partidos no son una masa homogénea. Pueden dividirse en diferentes tipos (Selle y Svåsand, 1991; Heidar, 1994). No ha perdido vigencia la tipología establecida por Duverger (1954) que los clasificaba de acuerdo al grado en que estuvieran comprometidos con el partido en votantes, adherentes, miembros y activistas. Entre estos

⁸ “La mayoría de las ideas tienen cierto poder en sí mismas: persuadirán a una cantidad de personas. Pero el poder social de cada *set* de ideas aumenta cuando ellas son recogidas por una organización política poderosa, integradas con otras propuestas ideológicas, y ampliamente difundidas. La probabilidad de que esto ocurra dependerá, al menos en parte, de la congruencia entre un nuevo set de ideas económicas y otras facetas de los rasgos ideológicos más persistentes de una organización”. Ver Garcé (2002:18).

últimos Art (2011) ha distinguido tres tipos en los partidos políticos de derecha radical a quienes ha llamado “moderados, extremistas y oportunistas”. Piñeiro y Rosenblatt reconocen que “su tipología representa un avance en el análisis de las organizaciones partidarias”, pero afirman que “su foco en partidos de ‘nicho’ y en el éxito electoral como variable dependiente, no permite generalizar su enfoque a otro tipo de organizaciones partidarias” (Piñeiro y Rosenblatt 2017 278). En cambio proponen distinguir entre “leales, ambiciosos y leales-ambiciosos”.

Los militantes calificados como “leales” son los que tienen un fuerte involucramiento en un partido destinando muchas horas a la participación política sin esperar a cambio la obtención de un cargo. Son más frecuentes en partidos con pocas posibilidades de conseguir un buen resultado electoral. Continuarán participando mientras consideren que el partido conserva su identidad ideológica y principios programáticos. Ante un cambio en el contexto no suelen aportar a la capacidad de la organización para reaccionar y construir una nueva estrategia. En momentos de crisis no estarán dispuestos a hacer lo necesario para que el partido se recupere. Según Piñeiro y Rosenblatt

“es menos permeable a eventuales necesidades de adaptación estratégica del partido. Asimismo, son los más sensibles a cambios programáticos significativos que los líderes puedan adoptar como estrategia electoral o de gobierno” (Piñeiro y Rosenblatt 2017 282).

El militante calificado como “ambicioso” es el que considera que el partido es un instrumento que le permitirá alcanzar sus ambiciones personales. Reaccionará con menor capacidad de resiliencia ante shocks externos que perjudiquen las posibilidades electorales

del partido y no estará dispuesto a invertir su tiempo en la reconstrucción del mismo. Probablemente abandone el partido en búsqueda de uno donde puedan canalizar sus aspiraciones de carrera individual. Solo responderá positivamente a los cambios de programa si considera que aumentan las probabilidades de éxito electoral y, por ende, de su carrera política individual.

Los “leales ambiciosos” son los integrantes del partido que consideran su participación tanto como inversión como consumo. Ante un shock externo negativo responden mejor que los leales o los ambiciosos. Son más proclives a permanecer en la organización y a aceptar cambios programáticos o ideológicos. Son los únicos preocupados en la reorganización y recuperación del partido. A diferencia de los “ambiciosos” están más dispuestos a permanecer en el partido ante un contexto negativo. Sus posibilidades de lograr rearmar a su partido, e incluso hacerse cargo del mismo, dependerá de la cantidad que sean en relación con los otros y si están en posiciones relevantes en el momento de la crisis (Piñeiro y Rosenblatt 2017 286-291). Esto les permitirá tener cierta capacidad de veto e influencia sobre las decisiones del partido para que aumenten sus posibilidades de resistir a la crisis.

Uno de los elementos que puede hacer variar la cantidad de los diferentes tipos de militantes es el tipo de estructura organizacional. Por ejemplo, un partido electoralmente exitoso que permite canalizar la ambición de los individuos (Strøm:1990; Schlesinger:1994) en función de la existencia de reglas internas de competencia abiertas para los cargos, será atractivo para un activista “ambicioso”. Distintas estructuras organizativas tienden a ofrecer a sus miembros oportunidades diferenciales para seleccionar

liderazgos y tomar decisiones estratégicas (Wills-Otero 2015). Según este autor las organizaciones más horizontales y democráticas permiten que estas se adapten mejor porque tienen canales que facilitan que el descontento se pueda traducir en la renovación de liderazgos y la aceptación de nuevas estrategias políticas. Este tipo de partidos son propicios para sumar militantes con altos niveles de lealtad y ambición. Por otro lado, un cambio en el partido, como el acceso al gobierno, modificará la cantidad de activistas de los diferentes perfiles. Por ejemplo el acceso del partido al gobierno puede aumentar el número de integrantes “ambiciosos”.

El partido en crisis puede verse afectado de diferente forma dependiendo de qué tipo de militantes son los que lo abandonan. Si se reducen sus resultados electorales al punto de que no se asegure satisfacer ambiciones de carrera tenderá a conservar únicamente militantes “leales”, caracterizados por tener poca vocación para tomar decisiones estratégicas que mejoren el desempeño electoral como podría ser moderar o modificar el programa por “leales ambiciosos”. A su vez estos dos tipos de miembros probablemente dejen de sentirse parte de un partido dominado por una reducida elite que lo hace pasar por un proceso de oligarquización (Michels 1999) y de vaciamiento programático por entender que ya no representa los valores a los que dirigían su lealtad (Piñeiro y Rosenblatt 2017 292-294).

Esta interpretación sobre el carácter de los activistas de los partidos en general es perfectamente aplicable a los dos casos sobre los que trata este trabajo. Su carácter de comunistas no significa que en todos sus integrantes tengan el mismo peso las razones que les da sentido su pertenencia al partido. Sin embargo es cierto que el peso de la ideología en

este tipo de partidos es mayor que en otros y por ende, el significado que tiene para sus integrantes. Por eso resulta muy útil tener en cuenta investigaciones que han tomado a los partidos comunistas como su objeto de estudio.

Para Almond (1954 244) en los partidos comunistas se puede distinguir entre una doctrina “exotérica” (accesible para la masa partidaria) y una “esotérica” (de carácter más compleja, inteligible para el círculo de los más informados). En su investigación halló que los comunistas integrantes de la clase media habían tenido acceso a la doctrina esotérica antes de afiliarse y tendían a permanecer menos adoctrinados luego de afiliarse que los comunistas obreros. Pero los intelectuales de clase media sentían una fuerte tensión entre esta doctrina esotérica, uno de los elementos que los había atraído al partido, y el antiintelectualismo atribuido por el autor a los obreros. Estos últimos habrían sido los menos afectados por los vaivenes ideológicos de los partidos comunistas y por ende los que menos abandonaron sus filas. Su confianza ciega en el partido no podría ser alterada por una repentina asunción de que el partido no defendía los principios humanistas y liberales. Esto explicaría por qué (en los casos que estudió) mientras los partidos socialistas estaban dirigidos preferentemente por intelectuales, los comunistas en general sustituyeron a sus líderes intelectuales por trabajadores. El hecho que estos últimos tengan más posibilidades de acceder a cargos de Dirección en el partido comunista que los afiliados de clase media se debe

“probablemente tanto a la política partidaria, que siempre ha manifestado una mayor confianza en el apoyo de la clase trabajadora, como a las dificultades de

asimilación dentro del partido que generalmente experimentan los miembros de éste perteneciente a la clase media” (Almond 1954:190)⁹.

Los afiliados de la clase media

“tendían a llegar al partido con normas de valores y expectativas más complejas que podían obstruir más fácilmente la asimilación al mismo... Por otra parte, el miembro de la clase trabajadora se halla relativamente exento de las molestias del aparato doctrinario, menos expuesto a los medios de comunicación, y su imaginación y poderes lógicos se hallan relativamente no desarrollados” (Almond:1954:177).

Este tipo de abordaje sociológico que Almond realizó en la primera mitad del siglo pasado en su análisis de algunos partidos comunistas de los países industrializados más avanzados desborda los objetivos de este trabajo pero sería interesante considerarlo en futuras investigaciones sobre el tema.

La composición de la base social puede ayudar a explicar una crisis partidaria si la identificación con las distintas posturas de debate internas coincide con la pertenencia a diferentes estratos o recorridos. Podría ser que funcionarios y militantes no rentados insertos en organizaciones sociales tengan diferentes visiones debido a su experiencia disímil. O que militantes clandestinos tengan posiciones que difieran con las de los militantes que están en el exterior del país debido a que tienen prioridades diferentes. Considerar esta variable implica arriesgarse a establecer relaciones mecanicistas pero no

⁹ Almond analizó 123 biografías de dirigentes del Comité Central del partido en tres países y realizó 221 entrevistas a ex comunistas (tanto dirigentes y militantes de base) de Francia, Italia, Gran Bretaña y EE.UU.

por eso se puede soslayar. En especial, si los propios protagonistas lo consideran un factor relevante.

Otro eje de análisis se refiere al aspecto cultural. Un partido heterogéneo en cuanto su integración social puede mantenerse unido en torno a ciertos principios ideológicos y valores básicos consensuados y por ciertas prácticas y hábitos compartidos. Cuando se impulsa un cambio en este sentido, ya sea por una fracción o por la mayoría de los dirigentes, que puede ser interpretado por una parte del partido como un cuestionamiento a la cultura identitaria del partido la tensión puede llegar a un enrarecimiento en las relaciones humanas y hasta terminar en una escisión.

Los cambios en el caudal electoral y en el número de afiliados, mencionados anteriormente como componentes de una crisis partidaria, más que causas explicativas pueden ser considerados como factores que podrían influir en la decisión de los dirigentes de emprender un cambio estratégico. Cambio que a su vez puede tener como consecuencia una importante variación en la cantidad de votos y de militantes.

1.3. Definición del problema de investigación

Tomando en cuenta los aportes de la literatura en torno a la adaptación, la crisis partidaria y las estructuras organizacionales, procederemos a definir con precisión nuestro problema de investigación. Tanto los comunistas chilenos como los uruguayos se caracterizaron por una extensa historia partidaria sin rupturas. En el PCCH las expresiones de descontento comenzaron a manifestarse con fuerza en 1987, tres años antes de la caída

de la dictadura militar, cuando se evidenció el fracaso de la opción por la lucha armada que el partido había asumido como estrategia para combatir al régimen de Pinochet a partir de 1980. Pero las raíces de las tensiones internas se remontan a 1973 cuando fue derrocado el gobierno de la Unidad Popular del cual formaban parte los comunistas.

En el caso del PCU la crisis se inició en 1989, cuatro años después de finalizada la dictadura cívico-militar cuando desde la Dirección se comenzó a impulsar una renovación ideológica que terminó siendo derrotada. Pero al igual que en el caso del PCCH los problemas se remontan a la época de la dictadura. Ya en 1985, primer año de democracia, primó en el PCU la decisión de limitar a una comisión interna de notables (la “comisión de control”) el análisis de lo actuado durante la dictadura. Cuando los dirigentes creían haber logrado cerrar sin traumas la posibilidad de un revisionismo histórico debieron enfrentar un nuevo desafío, tomar posición frente a la perestroika soviética y sus consecuencias. Durante el transcurso del debate afloraron los malestares previos que no habían sido discutidos en su momento provocando una virulencia nunca vista antes entre los comunistas. Se formaron corrientes de opinión que disputaban abiertamente el control del partido y que terminaron derivando en la formación de fracciones a pesar de su prohibición estatutaria.

Así como en dictadura ambos partidos adoptaron estrategias divergentes, ante la crisis del socialismo real volvieron a recorrer caminos diferentes. El PCCH buscó renovarse sin perder sus marcas identitarias mientras que la Dirección del PCU hizo un llamado a la formación de una nueva estructura política “socialista y democrática” dentro del Frente Amplio en la que el partido se fundiría. Aunque la propuesta no renegaba del pasado partidario, así fue vista por muchos militantes quienes además la consideraron una capitulación ante sus compañeros socialistas, que igualmente no aceptaron la propuesta. A

la postre ambos partidos comunistas terminaron adoptando muchas de las ideas de los renovadores, pero ya sin su presencia. Estos terminaron abandonando el partido o en el caso chileno también siendo expulsados. Algunos intentaron luego crear una nueva organización política. En Chile dirigentes disidentes crearon el Partido Democrático de Izquierda y en Uruguay la Confluencia Frenteamplista, formaciones políticas que más tarde terminaron integrándose en organizaciones mayores (al Partido Socialista y al Partido Por la Democracia en el primer caso y a la Alianza Progresista, sector del Frente Amplio, en el segundo caso). Otros se sumaron a organizaciones de izquierda ya existentes o siguieron militando como independientes, No faltaron quienes abandonaron toda actividad política desencantados por la forma despiadada en que se dieron los debates.

Si bien los comunistas no fueron ajenos a los cambios sociales, económicos y culturales que caracterizaron la década del 80 el conflicto interno que vivieron se explica principalmente en clave política. Por esto es que el marco analítico de este estudio es más “racionalista” que “estructuralista”¹⁰. Se trata de comprender qué lectura hicieron los actores de la situación, cómo se posicionaron ante las oportunidades y obstáculos que surgían del entorno, y cuáles fueron sus objetivos y estrategias. Hablamos de “actores” en plural evitando la simplificación de tomar a estos partidos como un actor unificado. En su

¹⁰ “Por un lado están las interpretaciones que fundan la parte principal de la explicación fuera de la política, en la demografía, la economía, la sociedad, la cultura. Mirando el lado de la demanda política (lo que los ciudadanos requieren para tomar sus decisiones de voto), encuentran en esas dimensiones de la realidad la explicación del comportamiento electoral de la ciudadanía y, por tanto, los resultados de la competencia política en esa arena. Por otro lado, están las que lo hacen en la propia política, basándose en el análisis de las variables estructurales e institucionales del sistema político y en particular del sistema de partidos. (...) Las estructuras (económicas, sociales, culturales y políticas) no determinan el resultado de la competencia. Por el contrario, los actores, tomando nota de las posibilidades y limitaciones que dichas estructuras les plantean, escogen metas y definen cursos de acción estratégica. La capacidad de los partidos –como protagonistas principales del juego político– para adaptarse ante los cambios en las estructuras que delimitan el contexto de la acción política y formular estrategias adecuadas es, entonces un factor fundamental para explicar los resultados” (Yaffé 2005:12-14).

seno, como en todas las organizaciones, hubo múltiples protagonistas con diferentes metas y estrategias que compitieron por hacer prevalecer sus opciones.

También se registraron diferentes interpretaciones acerca de los acontecimientos internacionales ocurridos en ese período, diferencias que terminaron mezclándose con el debate ideológico. Entre estos hechos cabe destacar la Perestroika soviética iniciada en 1986, la masacre de Tian'anmen en China en 1989, la derrota del FSLN en Nicaragua en 1990, la caída del llamado “socialismo real” en el este europeo en 1989-1990, y el fin de la URSS en 1991. De estos tal vez los más significativos fueron el caso nicaragüense y el soviético, por el compromiso de apoyo permanente hacia ambos (junto con Cuba) que el PCCH y el PCU siempre manifestaron. Como ningún otro sector de la izquierda había hecho de la defensa de la URSS uno de sus principales pilares, como lo hicieron los partidos comunistas, resultaba lógico que su crisis y derrumbe los afectara. Nacieron identificados con su lealtad a la URSS y el seguimiento a las estrategias establecidas por el PCUS marcó sus trayectorias. El impacto generado por la Perestroika, el derrumbe de los gobiernos comunistas de Europa del este, el intento de golpe de Estado por una parte del PCUS contra Gorbachov, la ilegalización posterior del PCUS y la implosión de la URSS, todo en tan sólo seis años, fue un golpe “*demoledor en el sistema de creencias*” de los comunistas (Garcé 2012). Por eso no se puede comprender el conflicto interno del PCCH y del PCU sin considerar como los afectó el shock externo. La razón por la cual éste fue tan gravitante tiene que ver con las características ideológicas de los partidos comunistas, con su doctrinarismo teórico y su genética prosoviética. Los factores endógenos y exógenos interactuaron y explican aspectos diferentes del conflicto. El golpe externo puede explicar el momento del estallido de la crisis y la profundidad de su impacto. Los problemas

internos no resueltos (o mal resueltos) en ambos partidos antes de la crisis comunista internacional, sumado a la falta de cultura del debate, explican la estridencia del mismo.

La decidida disponibilidad de Gorbachov de cuestionarse todo (menos la convicción de que el socialismo era mejor que el capitalismo) legitimó un movimiento revisionista también en los partidos comunistas pro-soviéticos. Esta flexibilidad llegaba en momentos en que los comunistas chilenos y uruguayos estaban emergiendo de la más dura experiencia de su historia, interpretada por muchos de ellos como una derrota, el haber sufrido más de una década de una dictadura que los tuvo como uno de los principales objetivos de la represión. No es de extrañar que tales acontecimientos se reflejaran en una necesidad de muchos comunistas de realizar un análisis crítico de algunas decisiones tomadas por la Dirección y hasta que se llegara a poner en cuestión la propia confianza en algunos dirigentes. El hecho de que se enteraran de las nuevas propuestas por la prensa y que buena parte de debate se hiciera a través de los medios de comunicación antes que en los organismos partidarios no hizo más que aumentar este malestar. Este sentimiento enturbió la discusión al interpretar muchos que los que se identificaban como renovadores estaban en verdad cuestionando la historia e identidad cultural comunista.

Parecería que los que impulsaron la adaptación ideológica fracasaron en su intento de renovación porque si bien aprovecharon las oportunidades de un contexto cambiante no adoptaron una estrategia adecuada frente a la más exitosa de sus contrincantes internos. El desenlace fue el resultado de la competencia de los elementos intrapartidarios. Estas premisas llevan a dilucidar algunas preguntas: ¿Qué factores incidieron en que los actores

se inclinaran por unas estrategias y no por otras? ¿Cómo influyeron estos factores para que el intento de adaptación ideológica no se concretara?

2. Modelo metodológico, fuentes y literatura sobre los casos

2.1 *El modelo metodológico de investigación*

Esta investigación combina un diseño comparativo del tipo *most different cases* (Gerring y Cojocarú 2016) con la estrategia de identificar los factores que conducen a ambas crisis partidarias. Esto implica realizar un análisis intensivo de los casos con el objetivo de arribar a inferencias causales al interior de ellos.

Podríamos seguir el método de las semejanzas propuesto por John Stuart Mill para poder comparar casos diferentes. La variable independiente que ambos casos tienen en común es el efecto de la caída de los regímenes comunistas de Europa Oriental. Pero la existencia de este factor común no explica por sí solo la variable dependiente, la coyuntura conflictiva que vivieron ambos partidos comunistas casi simultáneamente. Al comparar solamente casos con el mismo valor de la variable dependiente, el método de similitud nos permite establecer las condiciones necesarias, pero no las condiciones suficientes para la emergencia del fenómeno. Para resolver este problema de inferencia causal es preciso primero conceptualizar los mecanismos causales en que intervienen múltiples variables independientes (Pérez Liñan 2009).

El método de la similitud ha sido criticado con diferentes argumentos por diversos autores. Se ha afirmado que los “diseños sin varianza” en la variable dependiente impiden realizar inferencias causales ciertas (King, Keohane y Verba 1994) y que esta estrategia

presenta un grave problema de sesgo en la selección de casos (Collier, Mahoney y Seawright 2004; Geddes 2003).

King, Keohane y Verba (1994) reconocen que cuando en una comparación, la variable dependiente asume el mismo valor, las inferencias causales pueden ser débiles. En un mismo sentido, Geddes (2003) destaca que el problema fundamental de esta estrategia - variable dependiente con un mismo valor- consiste en la introducción de un sesgo en la selección donde el investigador es incapaz de controlar lo que ocurre cuando la variable dependiente adquiere un valor distinto.

Podríamos proponer un enfoque contrafactual (Alonso-Borrego y Carrasco 2009 26) haciendo el ejercicio de comparar los casos seleccionados con otro que no se hubiera visto afectado por los mismos factores. Pero resulta bastante difícil encontrar en esa coyuntura un caso de “no-crisis de un partido comunista”.

Ragin (2000) afirma que la elección de casos similares (con un mismo resultado en la variable dependiente) puede ser consistente con un análisis basado en las condiciones necesarias y suficientes para que el fenómeno ocurra. En otras palabras, las variables independientes más que contribuir a establecer porciones de la explicación de un fenómeno, pasan a ser consideradas factores necesarios o suficientes que impactan en la probabilidad de que este ocurra. El sesgo de selección puede ser superado si el investigador es consciente de los límites de su análisis, sobre todo cuando las unidades de estudio no surgen por doquier. Por lo cual nuestro estudio está forzado a lidiar con el problema del sesgo de selección. Es importante que los casos seleccionados sean comparables y compartan su pertenencia a una categoría definida empíricamente que sea relevante (Ragin 2007:189).

Como estrategia alternativa, Collier (1993) recomienda reducir el número de variables independientes, en lugar de aumentar el número de casos, ya sea a través de la combinación de las mismas en una sola escala (“reducción de datos”) o mediante el uso de teorías más sencillas.

A pesar de que se trata de dos partidos que tenían muchas características en común también tenían aspectos cruciales que los diferenciaban. Nos proponemos por tanto demostrar la inutilidad de la hipótesis que establece una relación causal entre la variable independiente (la crisis del bloque soviético) y la variable dependiente (crisis en los partidos comunistas). Es una suposición débil y poco creíble sostener que una sola condición causal es suficiente para explicar un fenómeno. Otra hipótesis posible sería que la combinación de dos factores (el efecto de la crisis del comunismo internacional sumado a la rigidez de la estructura interna) produce el valor de la variable dependiente. Es lo que se conoce como “efectos compuestos” (Mill) o “causalidad coyuntural” (Ragin:1987). Pero la hipótesis que consideramos más sólida incluye tres variables independientes. A las dos ya mencionadas (la crisis de la URSS y la rigidez de la estructura) le sumamos la estrategia política aplicada por los líderes partidarios que llevó a una situación de desalineamiento respecto a sus bases. Es lo que se denomina “causalidad múltiple” (Ragin:1987).

Este trabajo consiste pues en identificar la semejanza crucial entre diferentes. En la siguiente tabla pueden observarse las variables independientes que según nuestra hipótesis provocaron la variable dependiente junto a otras variables que incidieron en los casos particulares pero con valores diferentes. Como puede comprobarse los casos tienen en común solo tres variables independientes (el contexto internacional, la rigidez de la

estructura organizacional y el fracaso de la estrategia política de la Dirección partidaria) y muchas diferencias (el contexto nacional, el resultado de la estrategia aplicada contra la dictadura, la decisión de revisar o no el pasado reciente, la consolidación de liderazgo, el enraizamiento social y el último resultado electoral previo al inicio del conflicto interno.

Tabla comparativa: método de la similitud. Información cualitativa

Variables		PCCH	PCU
Dependiente	Y Conflicto interno	Crisis	Crisis
Independientes	X ₁ Afectado por el contexto internacional	Si	Si
	X ₂ Afectado por el contexto nacional	Si	No
	X ₃ Estructura organizacional rígida	Si	Si
	X ₄ Resultado de la estrategia contra la dictadura	Fracaso	Exitoso
	X ₅ Revisionismo del pasado reciente	Realizado	Inexistente
	X ₆ Liderazgo	Consolidado	Cuestionado
	X ₇ Enraizamiento	Débil	Fuerte
	X ₈ Resultado electoral	Fracaso	Exitoso
	X ₉ Estrategia política de la Dirección	Fracaso	Fracaso

Tabla comparativa: método de la similitud. Versión binaria

	Y	X ₁	X ₂	X ₃	X ₄	X ₅	X ₆	X ₇	X ₈	X ₉
PCCH	1	1	1	1	1	0	0	1	1	1
PCU	1	1	0	1	0	1	1	0	0	1

Ambos casos coinciden en tres de las variables independientes, los ecos de la crisis del movimiento comunista internacional, la rigidez de la estructura interna y el fracaso de la estrategia de la Dirección. Sin embargo es necesario destacar dos singularidades respecto al PCCH. En primer lugar la estructura interna no fue obstáculo para que se formulara una adaptación de la estrategia en 1983. En segundo lugar el conflicto interno en el mismo comenzó dos años antes del derrumbe de los regímenes comunistas en Europa del Este. En 1987 comenzaron a manifestarse las primeras rispideces precisamente a raíz del fracaso de la estrategia insurreccional en 1986.

Más allá de coincidir en estas variables ambos procesos estuvieron marcados por importantes diferencias. Las variables independientes que explicarían exclusivamente la crisis del PCU serían el malestar interno provocado por su negativa a revisar su pasado reciente y por la iniciativa del nuevo líder de aplicar una renovación ideológica. En cambio en el PCCH ocurrió exactamente lo contrario. Ya en 1980 se realizó un proceso de autocrítica de lo ocurrido en 1973 que derivaría en una adaptación de la estrategia antidictatorial. El nuevo liderazgo identificado con este viraje resultó tan fuerte que sobrevivió al fracaso de su aplicación. Las variables independientes singulares que provocaron tensiones en parte de los integrantes del PCCH fueron el fracaso de la estrategia

aplicada durante la transición hacia la democracia y el magro resultado electoral. Por el contrario, el PCU fue exitoso en ambos aspectos, permaneció integrado al sistema político y aumentó su caudal electoral.

2.2 Aplicación del modelo de investigación a los casos

Siguiendo el método de las diferencias de Sturt Mill identificamos que las semejanzas cruciales entre los dos casos fueron los factores contextuales vinculados al derrumbe del socialismo real, la estructura interna de ambos partidos y la estrategia adoptada por sus organismos dirigentes. Nuestra hipótesis sostiene que

las tensiones vividas por el PCU y el PCCH se explican básicamente por sus características estructurales, propias de los partidos comunistas, combinadas con una coyuntura de cambio adverso (relacionada con la transición democrática y con el revisionismo ideológico) y con la toma de ciertas decisiones por parte de sus líderes.

La variable dependiente para ambos casos es una crisis como resultado de un intento de adaptación que resultó frustrado. Distinguimos tres variables independientes:

La coyuntura de cambio adverso (como por ejemplo el proceso de transición democrática chileno y el intento de revisionismo ideológico para ambos casos). En un escenario de incertidumbre generado por las consecuencias en Europa Oriental de la Perestroika y por la transición democrática (especialmente en el caso chileno) los debates estuvieron influidos por el temor para los renovadores de que el inmovilismo o para otros el radicalismo de la renovación llevaran al fin de la organización.

Las características estructurales internas (como por ejemplo la pérdida o debilitamiento del líder aglutinador en el caso del PCU y el desafío de una fracción opositora a la Dirección en ambos partidos, no habituados a la lucha por el poder entre corrientes). Cuanto más vertical es la estructura interna de un partido menos probable es que se adapte a cambios de estrategia e ideológicos.

Las tensiones internas se agudizaron por las consecuencias derivadas de *decisiones de la Dirección* (en el PCCH su estrategia en su lucha contra la dictadura y en el PCU la forma de resolver la amalgama de los afiliados provenientes del exilio, la clandestinidad y la cárcel). En una organización acostumbrada a la creencia en la infalibilidad de los dirigentes la sucesión de decisiones que despertaron disconformidades en ciertos sectores del partido pueden terminar enrareciendo las relaciones personales y debilitando la unidad.

Siguiendo los aportes de la teoría de la Elección racional trataremos de comprender las creencias, motivaciones y alternativas que estuvieron presentes en la toma de decisiones de la Dirección y en sus oponentes internos para poder maximizar sus preferencias (Shepsle:1997[2016]). Podemos aplicar la lógica del juego de la democratización de Acemoglu y Robinson para intentar comprender las acciones que tomaron los protagonistas durante la crisis (Serra 2016 23). Los integrantes de la Dirección del PCU y los renovadores del PCCH creyeron que si no hacían un cambio ideológico al partido perderían a sus seguidores por lo que decidieron emprender una renovación programática. Sus opositores, parte de las bases del PCU y la Dirección del PCCH, consideraron que sus propuestas renovadoras eran demasiado radicales por la profundidad y por la rapidez en que quisieron implementarlas.

Los componentes contextuales fueron la crisis de los regímenes comunistas en Europa del Este (1989-1991) y la transición a la democracia en Uruguay y Chile (1980-1990). Los componentes relacionales fueron los vínculos internos entre los diferentes organismos partidarios. Los componentes cognitivos fueron los principios organizacionales, los principios teóricos fundacionales y las características del liderazgo. En el nivel macro están los componentes contextuales (nacionales e internacionales), en el nivel meso los componentes relacionales (que se manifiestan a través de las tensiones internas) y en el nivel micro los componentes cognitivos (como afectan a los individuos y colectivos la aversión al disenso, el apego al centralismo organizacional y el vínculo con el liderazgo partidario). Los cambios en el nivel macro “activaron” los componentes de los otros dos niveles.

El siguiente paso es identificar en cada etapa del proceso descrito las entidades sociales intervinientes y las actividades que cada una desarrolla. El cuestionamiento interno a decisiones estratégicas tomadas por los dirigentes de ambos partidos en el contexto de la dictadura y la pérdida del referente internacional llevaron a los dirigentes a asumir decisiones que cuestionaron las bases ideológicas tradicionales del partido. Las entidades fueron los organismos de Dirección, los organismos intermedios y los organismos de base. Las actividades fueron los cambios programáticos y organizacionales propuestos, los pronunciamientos realizados en relación a estos y las acciones realizadas para lograr imponer sus posiciones (creación de fracciones, debates públicos en la prensa, recolección de firmas en el PCU, sanciones en el PCCH, etc.).

2.3 Las fuentes analizadas sobre la crisis del PCCH y del PCU

Las fuentes con las que se ha trabajado pueden dividirse en dos tipos de categorías: documentos y artículos de prensa y la literatura sobre el tema. Para estudiar el caso uruguayo se pudo también realizar a entrevistas. En el caso chileno a los documentos partidarios y a la prensa no hubo un acceso directo sino que se limitó a lo que transcriben los autores que investigaron el tema citados anteriormente. Este aspecto, y la ausencia de entrevistas directas, marca una diferencia importante con respecto a la variedad de fuentes utilizadas para investigar el caso uruguayo pero no creemos que esta asimetría afecte nuestras conclusiones dado la solidez académica de los trabajos estudiados sobre Chile y el especial cuidado que se tuvo por evitar que su interpretación sobre las mismas impida otro punto de vista.

Sobre Chile se analizó artículos de prensa comunista como *El Siglo* y también de publicaciones ideológicamente opuestas como los diarios conservadores *El Mercurio*, *La Nación* y el diario *La Época*, cercano a la gobernante Concertación. Para Uruguay se realizó un análisis de diversos documentos partidarios, así como entrevistas y artículos publicados tanto en la prensa partidaria (la revista *Estudios*, el diario *La Hora Popular*, el semanario *El Popular*), como en otras publicaciones de izquierda (*La República*, *Alternativa Socialista*, *Mate Amargo*, *Brecha*, *5comentario*) y medios no identificados con la izquierda (*El País*, *La Mañana* y *Búsqueda*). También se consultaron entrevistas realizadas en medios digitales (*Vadenuevo.com.uy*; *Montevideo.com.uy*).

En segundo lugar se estudiaron las fuentes secundarias como la bibliografía sobre la historia de cada uno de los dos en general y sobre la etapa de la crisis en particular. En la literatura que aborda el análisis de la crisis se pueden distinguir cuatro tipos principales de obras: las memorias, las historias oficiales, las historias independientes de izquierdas, y las realizadas por académicos sin lealtades políticas declaradas.

Las características del tema orientaban más hacia un análisis cualitativo que cuantitativo sin desmedro de coincidir con los autores que sostienen la pertinencia de utilizar métodos cuantitativos y cualitativos en una misma investigación (Bryman, 1988; King, Keohane y Verba, 1994; Corbetta, 2007). Para el planteamiento de la investigación se utilizó un enfoque neopositivista al seguir una secuencia lógica. La teoría precedió a la observación y se trató de comprobarla empíricamente a través de la operacionalización de los conceptos (transformándolos en variables observables). Para poder elaborar las hipótesis fue fundamental analizar antes la literatura existente sobre el tema.

En cuanto a la recopilación de los datos las técnicas utilizadas para la investigación se identifican con la investigación cualitativa, consciente del riesgo de la “reactividad” del objeto de estudio, es decir que este cambie como consecuencia de la intervención del investigador. Se realizaron veintiún entrevistas a diversos actores del período buscando contemplar diferentes realidades (dirigentes superiores e intermedios, militantes de los distintos sectores, rentados y honorarios, etc.), recorridos (provenientes del exilio, de la cárcel, la militancia clandestina o legal; de afiliación reciente o antigua) y posiciones durante la crisis (partidarios o contrarios a la renovación).

Para reducir la reactividad se compararon, cuando se pudo, los puntos de vista de los protagonistas con la que tenían en el momento en que ocurrieron los hechos, publicados en la prensa o en documentos. Se le dio más prioridad a comprender a estos sujetos estudiados que a buscar una muestra estadísticamente representativa capaz de ser generalizable. Por eso no se utilizó cuestionarios con preguntas cerradas sino que las entrevistas tuvieron distinto nivel de profundización según lo pertinente de la información. No se buscó la homogeneidad en la información ya que el objetivo no era descubrir las uniformidades sino comprender las expresiones individuales. El análisis de los datos también siguió una impronta cualitativa al basarse más en casos en lugar de variables. La presentación de los datos se hizo en forma de narración, sin desmedro de poder trasladar parte de los resultados en forma de tabla como sigue la tradición cuantitativa, como variables secundarias y descriptivas.

La entrevista cualitativa se puede definir como

“una conversación: a) provocada por el entrevistador; b) realizada a sujetos seleccionados a partir de un plan de investigación; c) en un número considerable; d) que tiene una finalidad de tipo cognitivo; e) guiada por el investigador, y f) con un esquema de preguntas flexible y no estandarizado” (Corbetta, 2007:344).

Si bien hubo algunas preguntas que se reiteraron en la mayoría de las entrevistas estas no seguían una secuencia rígida, sino que más bien se adaptaban a las personalidades diferentes de los entrevistados. La prioridad no era sólo obtener datos (muchos de los cuales ya se habían conseguido a través del relevamiento de prensa) sino comprender las motivaciones, pensamientos y la perspectiva de los entrevistados. En otras palabras se

buscó que los protagonistas reconstruyeran sus historias para luego poder reconstruir un modelo de crisis partidaria. Por eso las entrevistas tuvieron un formato semiestructurado, es decir, que si bien se partía de un guión mínimo la entrevista era lo suficientemente flexible como para que el entrevistado se sintiera con libertad de manifestar sus opiniones. Las variables giraron en torno a la concepción que tenían los protagonistas acerca de la democracia interna (grados de amplitud, duración y profundización de los debates), las relaciones con otras fuerzas políticas (grados de tolerancia) y posicionamientos frente a temas de la agenda política y que formaban parte del debate público, y de la izquierda en particular, de ese entonces (democracia, revolución, Estado, mercado, dictadura del proletariado, socialismo, etc.).

Con esta investigación se buscó, además de describir como prioriza el enfoque cualitativo, también encontrar, comprender y explicar las causas, los efectos y las condiciones en que se dieron los hechos, como procura el modelo cuantitativo (Corbetta, 2006:31-63).

2.4 La literatura sobre la crisis del PCCH y del PCU

Para el caso chileno he accedido a algunos de los trabajos de investigación (Álvarez 2007, Arrate y Cuellar 2003, Grez 2012, Roberts:1994, Riquelme 2009, Riquelme y Casals 2010, Pairicán 2016, Navarro 2017) de los muchos que han abordado el tema (Arrate 2006, Cifuentes:1997, Herreros 2003, Ljubetic 2002, Loyola y Rojas: 2000, Miliband:1993, Moulian y Torres:1988, Palacios:1990, Ulionova y Fediakova:1988, Whelan:1993).

Álvarez señala dos defectos de la historiografía chilena respecto al estudio del

PCCH. Por un lado hay un énfasis en lo conspirativo, atribuido al secretismo con el que los comunistas trataron todo lo referido a su aparato armado (una situación similar se da en el caso uruguayo). Esto derivó en la creación de múltiples versiones basadas en mitos y testimonios contradictorios entre sí. En segundo lugar denuncia la falta de problematización de los enfoques que se limitan a señalar el dogmatismo teórico comunista. Por el contrario su investigación se centra en *“los factores subjetivos de la política (el miedo, el odio, los estados de ánimo, etc.) para entender el cambio de línea del PC en 1980”* (Álvarez 2007 20).

En línea con la tesis de Álvarez este trabajo busca enfocarse en un análisis comparativo entre los casos chileno y uruguayo *“desde ángulos no tradicionales, enfatizando sus tensiones internas, que derivaron en crisis teóricas y políticas”*. Las variables utilizadas por este autor son la identidad y cultura política comunista¹¹, comparando sus configuraciones y características entre el período previo y posterior al

¹¹ Según el autor chileno la identidad comunista se basaba hasta el inicio de la dictadura en *“la creencia en el supuesto inevitable triunfo del socialismo sobre el capitalismo y un orgullo partidario que ligaba al PC a la historia del país”* mientras que la cultura política comunista se caracterizaba por *“su relación pragmática con la realidad, enfatizando su inserción social por sobre su doctrinarismo discursivo”*.

La identidad puede abordarse desde perspectivas teóricas diferentes. Un enfoque conservador sostiene que ésta se mantiene prácticamente idéntica a lo largo del tiempo. Un enfoque constructivista por el contrario reconoce la posibilidad de que cambie o se adapte a las diferentes coyunturas históricas. Álvarez cita a Manuel Castells quien *“ha destacado la centralidad de la pregunta sobre la identidad, visualizándola como la fuente de sentido de la existencia humana”* (Álvarez 21). Para hacer posible la conformación de su identidad los individuos y grupos eligen algunos hechos de la realidad social y descartan otros. El estudio de como se constituye la identidad puede abordarse desde un enfoque psicológico o dialéctico. En el primer caso se pone el énfasis en como influye en el sujeto su historia de vida, la búsqueda de la coherencia personal y el tiempo histórico que le tocó vivir. Desde una visión dialéctica de la identidad se resaltan también los factores externos. Álvarez, basándose en Pierre Taps sostiene que las *“miradas del otro”* pueden ser decisivas en la autopercepción de los grupos sociales (Álvarez 2007 22).

El abordaje teórico respecto a la cultura política puede ser antropológico (como las redes sociales y los sistemas simbólicos que sustentan los grupos e individuos), o centrarse en el estilo político (en el cual influye el contexto histórico en que se desarrolla la práctica política y cuyas acciones sociales específicas conforman un imaginario colectivo para todo el grupo), o destacar la relación dialéctica entre lo institucional y la práctica social (es decir entre lo que la institución partidaria quería construir y la influencia que la experiencia cotidiana de sus militantes tenía sobre ésta). Este último enfoque es el que Álvarez sigue al analizar la cultura política del comunismo chileno.

golpe militar de 1973. Si bien sus caracterizaciones sobre el PCCH respecto a la identidad y la cultura también se pueden aplicar para el PCU creemos que es más pertinente para entender este proceso centrar el análisis en el tipo de estructura propia de los partidos comunistas.

Ese es el enfoque utilizado por Kennets Roberts (1994) que en su investigación atribuye a la rígida estructura partidaria un papel determinante en la tardía renovación del PCCH¹². Al comparar los cambios sufridos por el Partido Socialista de Chile (PSCh) y el PCCH luego de 1973 el autor concluye que

“la autonomía relativa del partido socialista y la flexibilidad de su estructura organizativa facilitaron la 'renovación' ideológica y estratégica bajo el régimen autoritario, mientras que la rigidez organizativa y la dependencia del partido comunista se combinaron con las restricciones de su entorno para producir un proceso de radicalización”¹³.

¹² This comparative study extends the concept of political learning from individual elites to political parties as organized groups and tries to explain the mechanisms of change and continuity within such complex organizations. In so doing, it highlights the importance of internal organizational characteristics in the study of political parties and political change. Finally, it provides insight into the different ways in which Left parties in Latin America have responded to the generalized crisis of their political project. In the wake of Communism's collapse in the former Soviet bloc, there has been widespread speculation regarding the future directions of Left-Wing political movements in Latin America and other regions. The Chilean case is instructive, as it offers competing examples of self-critical reassessment and redefinition in Left parties that long predated Soviet leader Mikhail Gorbachev's perestroika. The political learning of the Chilean Left was rooted in the traumatic domestic experience of having tasted political power and suffered a crushing defeat accompanied by military repression. Patterns of political learning and adaptation were then reinforced by a series of international events and influences, including the crisis of bureaucratic collectivism in the Soviet bloc, the exposure of political exiles to Eurocommunism and social democracy, the Central American revolutionary movements, and the wave of democratic transitions in Southern Europe and Latin America. Long boasting the strongest Socialist and Communist parties on the South American continent—indeed, recognized as the first nation to democratically elect a Marxist head of state—Chile makes an important case study for those who seek to understand how Left parties in Latin America are responding to crisis and defeat by rethinking traditional identities and political projects”. (p.6).

¹³ “As will be seen, the ideological autonomy and relatively loose organizational structure of the Socialist Party facilitated interaction with other political forces and opened the party to diverse external influences, making it highly adaptable and prone to change in response to exogenous pressures. However, the diffusion

Esta transformación llevó a que los dos partidos cambiaran su posición relativa dentro del sistema de partidos en Chile, en una especie de enroque donde el PCCH se radicalizó en relación con el PSCh, lo que explicaría sus distintos derroteros durante la transición democrática. También puede aplicarse para el caso del PCU su análisis sobre la interacción de los diversos factores organizativos y estratégicos.

Roberts distingue tres dimensiones en la crisis sufrida por los partidos de izquierda en América Latina en la década del 80, una teológica, una estratégica y otra organizativa. La primera se refiere a la deslegitimación de los modelos de socialismo existentes y a la dificultad de construir un consenso sobre un nuevo proyecto socialista como modelo alternativo al capitalismo. El segundo componente es sobre la incapacidad de llevar a la práctica un plan de acción que transforme el ideal socialista en realidad política. Finalmente el tercer aspecto es sobre el problema de construir una organización capaz de movilizar las fuerzas sociales y políticas detrás de un proyecto político socialista¹⁴. En el caso de los partidos comunistas de Chile y Uruguay el derrumbe de los regímenes socialistas en la

and consolidation of the ideological and tactical changes associated with the ‘renovation’ of the PSCh were contingent upon the existence of an external strategic environment that encouraged and rewarded them in the late 1980s. In contrast, the rigid organizational structure of the Communist Party and its lack of ideological autonomy narrowed its range of political interaction and comparative referents, thus discouraging any process of ‘renovation’ comparable to that of the PSCh. Instead, the PCCH retained its ideological orthodoxy while experiencing a tactical radicalization as a result of political defeat and strategic constraints”. (p.5).

¹⁴ “Renovation, then, is a multidimensional phenomenon that corresponds to the multifaceted crisis of Left parties in Latin America. This crisis has three principal components—that of teleology, of strategy, and of agency. The crisis of teleology is perhaps the most fundamental, as it refers to the delegitimation of existing or historical models of socialism and the inability to build a consensus around a new vision of socialism as an alternative to capitalism. It is, in essence, a conceptual problem in which the ultimate objectives or content of socialism are left opaque or undefined. Whereas the teleological crisis pertains to the ends of socialism, the strategic crisis pertains to its means—that is, to the problem of developing a plan of action to transform the socialist ideal into a political reality. This crisis is indicative of an inability

to identify and implement a viable strategy to translate the social majority represented by popular sectors into a majoritarian political force capable of transforming society. Finally, the crisis of agency refers to the problem of constructing an adequate political or organizational agent for the strategic task of mobilizing social and political forces behind a socialist project. This crisis focuses attention on the process by which collective political subjects are created, mobilized, and endowed with organic structures by political parties or social organizations within civil society”. (p.7)

URSS y en Europa del Este derivó en la decisión explícita de no tener modelos como referencia. Esto no impidió para ambos continuar defendiendo sin condiciones al gobierno cubano justificando todas sus decisiones como lo habían hecho antes con la URSS y sus aliados. En cuanto a los otros dos aspectos señalados por Roberts, la referencia al plan de acción y a la organización que tenga como objetivo realizable el socialismo, es posible marcar una diferencia entre el PCCH y el PCU. Al estar integrado este último en una estructura política mayor con el resto de las organizaciones de izquierda, el Frente Amplio, que no tiene un proyecto socialista, no se le puede definir como una insuficiencia. Diferente es el caso de Chile donde socialistas y comunistas, las principales organizaciones de izquierda, no solo permanecieron separados sino que desde 1986 impulsaron estrategias políticas contrapuestas en su lucha contra la dictadura primero (pacifista y militar respectivamente) y la posición asumida ante el gobierno democrático (colaboracionista y opositora respectivamente).

Los socialistas chilenos integraron esa parte de la izquierda que decidió, luego de un proceso de renovación ideológica, política y cultural participar en la Concertación de Partidos por la Democracia

“De otra parte, la transición y sus bases institucionales excluyeron a otro sector de la izquierda, muy relevante por su desarrollo histórico, pero que fue duramente golpeada tanto por los efectos represivos del Golpe de Estado y la instalación dictatorial, así como por la propia crisis que experimentó de manera evidente el socialismo real en los años 80. Esta izquierda, constituida fundamentalmente por el Partido Comunista, mermó considerablemente sus bases de apoyo electoral y aunque vivió un proceso de renovación ideológica, bastante desconocido y poco estudiado, no logró estructurarse como un actor

clave en los inicios de la transición, fluctuando incómodamente entre posiciones de “crítica blanda” al nuevo gobierno concertacionista, y posiciones de “crítica frontal” que les ayudará a mantenerse en el debate, pero que generó cada vez mayores bajas en los resultados electorales” (Moyano 2012).

La historiadora Cristina Moyano distingue dos procesos de renovación vividos por los comunistas chilenos, uno entre 1973 y 1987 y otro entre 1990 y 1998. En el primero el PCCH logró así mantener la unidad de la organización y “una identidad resignificada en el nuevo contexto” en un contexto adverso. Pero mientras que este proceso solo tuvo efectos sobre sus militantes el segundo significó un proceso de renovación ideológica hacia afuera que

“dotó de un nuevo sentido a los viejos conceptos y resignificó sus prácticas, al alero de la relectura de los nuevos conflictos sociales emergidos en esos años y que puede ser observado a través de la forma en que se semantizaron dichos procesos, particularmente los vinculados al mundo del trabajo” (Moyano 2012).

En efecto, la movilización obrera provocada por la crisis de la industria del carbón en la década del '90 permitió al PCCH reposicionarse como referente de los excluidos de la aplicación del modelo económico neoliberal. Así logró mantenerse como una fuerza política y electoral significativa, aunque por cierto muy mermada.

El artículo de Moyano se centra en esta segunda etapa que queda fuera del marco temporal de nuestra investigación. Su artículo forma parte del libro “El siglo de los comunistas chilenos” publicado en ocasión del centenario de la creación de Partido Obrero

Socialista por Luis Emilio Recabarren que, diez años después, pasó a llamarse Partido Comunista de Chile. Resulta curioso que su autor, Sergio Grez, no haya incluido ningún artículo referido al período 1987-1990. Solo hay un artículo de Rolando Álvarez sobre Rolando Millas, ex diputado y ministro de Hacienda del gobierno de Allende y uno de los principales opositores en la década del '80 en la Dirección del PCCH de la tesis militarista que terminaría por imponerse. El artículo se centra en analizar los argumentos de Millas basados en su interpretación del pensamiento de Recabarren para justificar su crítica a que adoptar la Política de la Revolución Popular de Masas (PRPM) propuesta por, la también exdiputada, Gladys Marín traicionaba el estilo recabarrenista basado en el trabajo de masas. Al respecto Álvarez concluye que

“es probable que en los 80 haya surgido un híbrido entre la tradición recabarrenista y las nuevas praxis que trajo lo militar al PC. Si esto fue así, es necesario responder a la interrogante sobre qué es lo que entró en crisis en el PC a fines de los 80: ¿el estilo recabarrenista al modo definido por Millas?, ¿el abandono del recabarrenismo por parte de la dirección del PC en los 80?, ¿el híbrido entre “lo nuevo” y “lo viejo”?, o más bien, ¿el conjunto del proyecto histórico del PC? Futuras investigaciones deberán intentar responder estas cruciales preguntas sobre la historia reciente del Partido Comunista de Chile”. (Álvarez 2012)

Investigaciones posteriores asumieron el desafío planteado por Álvarez. Para el historiador Fernando Pairicán Padilla fueron varios los motivos que explican la crisis del PCCH y de su organización juvenil (“la Jota”) de los cuales destaca las

“diferencias sobre cómo afrontar el nuevo contexto histórico que se abrió con el retorno a la democracia, especialmente un debate no zanjado en torno a la adopción de la PRPM. En cambio, en la Jota -sin desconocer lo anterior-, tomó ribetes de pugnas por la conducción, escalando a una lucha por el poder al cuestionar e intentar paralizar la Dirección encabezado por Manuel Guzmán, uno de los hombres de confianza de Gladys Marín. Esta última era el verdadero poder en las sombras del Partido Comunista de Chile. Asimismo, en ambos casos (adultos y jóvenes), la crisis mundial del modelo socialista, coadyuvó a profundizar la crisis”. (Pairicán 2016).

La adopción de la PRPM y la negativa a realizar una autocrítica de su aplicación luego de que esta fracasó ha sido la causa de que se le haya atribuido a los propios comunistas la responsabilidad de su aislamiento del resto del sistema político¹⁵. Sin embargo para el historiador Jorge Navarro López:

“el panorama no está completo si no se entiende la coyuntura del término de la dictadura en donde se reordenó el mapa político. El fin de la Guerra Fría encontró a los comunistas en plena lucha por sobrevivir a los efectos de la dictadura y también a las consecuencias de la transición. Es decir, el aislamiento del PC no se explica sólo en los términos de Maira, también hay que prestar atención a un espacio mayor como la política internacional y, cómo no, a la tradición anticomunista chilena. La conjunción, en un periodo relativamente corto de tiempo, del colapso de los socialismos reales, de la transición democrática y del reordenamiento de las históricas alianzas políticas, entregan

¹⁵ Así lo entendía Luis Maira, uno de los impulsores de la reunificación de las agrupaciones socialistas lo que aparejó la pérdida de su principal grupo aliado por parte de los comunistas. (Luis Maira y Guido Vicario, *Perspectivas de la izquierda latinoamericana. Seis diálogos*, Santiago, FCE, 1991, pp. 94-102. Citado por Navarro 2017:58)

un cuadro más completo de la situación que enfrentaban los comunistas en la década del noventa. Las consecuencias de este proceso fueron de mayor alcance que el aislamiento del PC, también produjo un quiebre orgánico que afectó tanto al partido como a su juventud, crisis que si bien excede el tema de este trabajo, puede entenderse asimismo bajo el influjo de los tres factores antes mencionados” (Navarro 2017:58).

Como se puede observar en este breve recorrido los autores que han investigado el tema destacan los factores endógenos tanto o más que los exógenos para comprender la crisis del PCCH: Según Navarro “la trayectoria del PC en la transición ha sido un tema poco tratado por la historiografía” (Navarro 2017:55) y con diferentes explicaciones sobre su capacidad de pervivencia. Mientras que para Alfredo Riquelme (2009) el PCCH pudo sobrevivir a su crisis y aislamiento político al aferrarse a su dogmatismo para Navarro

“hacia el fin de la dictadura y comienzos de la transición el PC se embarcó en un proceso de redefinición política de la «democracia», influenciado por un contexto internacional y nacional adverso. Una de las respuestas del PC fue rescatar su propia historia. Para ello, recurrieron al Partido Obrero Socialista (POS), en el cual vieron elementos y prácticas que conectaron con su realidad contemporánea. La necesidad de restituir la lucha democrática como un elemento central de la política del PC, fue la clave desde donde se rescató la experiencia del POS (1912-1922)” (Navarro 2017:55).

* * *

La literatura sobre el PCU ha sido bastante escasa en comparación con la abundancia de investigaciones y publicaciones referidas a la izquierda armada, y en particular sobre el MLN. Tal vez se deba al ascenso de su figura más mediática, el expresidente José Mujica, o por el halo romántico que ha rodeado a algunos de sus métodos de lucha o porque muchos de sus integrantes se han interesado por difundir sus testimonios. Los comunistas, en cambio, han sido renuentes a hablar de sí mismos y la academia y el periodismo recién en los últimos tiempos han abordado su estudio. El tema ha sido analizado desde un enfoque periodístico (Barros Lemes:1990, Mañana 2009, Legnani 2010), testimonial (Pérez:1996, Martínez J. 2003, Turiansky 2007 y 2010), Ciganda, Martínez F., Olivari 2012), académico (López:1992, Gallardo:1995, Martínez V. 2003, Yaffé J. 2005, Silva 2009, Alfonso, Sosa 2010, De Giorgi 2011 y 2012, Leibner 2011, Garcé 2012, Rico 2021) y ensayístico (Toledo 2008, Yaffé C. 2007 y 2010).

En la literatura que ha tratado el tema se pueden observar dos hipótesis que no son contrapuestas. La diferencia radica en donde se pone el énfasis. Por un lado están los que explican la crisis del PCU más como un resultado de la crisis de los países socialistas del Este europeo que por los factores endógenos, y quiénes, por el contrario, sostienen la preeminencia de estos últimos por sobre el impacto de la situación internacional.

Desde el ámbito académico se ha subrayado la importancia del contexto internacional. Para el historiador Fernando López D'Alesandro “la sintonía permanente con los objetivos del movimiento comunista y con la URSS determinó el proceso histórico del PCU e inclusive su crisis final” (López, inédito:88). Por su parte el politólogo Javier Gallardo destacaba que

“junto a la pérdida de significación de un relato explicativo de la época, del mito referencial de las conquistas del ‘socialismo real’ y la crisis de un régimen de ‘certezas históricas’, el PC enfrentó, desde sus múltiples recursos y antecedentes reconocidos de acción, serias dificultades para reponer sus cuadros de conducción, recomponer, el vasto aparato organizativo y actualizar las fuentes de su poder motivador. Asimismo encontró firmes resistencias para renovar el contenido de las adhesiones a nivel de los círculos comprometidos con el histórico ‘credo’ partidario o entre sus adherentes ‘desmovilizados’, en medio de una severa depresión de la vida interna de partido y de una fuerte contracción de sus recursos materiales y financieros. Las dificultades para reemplazar los códigos ideológicos y principios estratégicos que legitimaron la ‘ruptura’, los ‘filtros’ y una recomposición unificadora y disciplinante de las diversas ‘mediaciones’ o intervenciones múltiples del PC, afectaron sus capacidades dirigentes de conjunto llevando a fuertes desmembramientos y desarticulaciones de su organicidad o una ‘diáspora’ y centrifugación de la militancia comunista” (Caetano, Gallardo, Rilla:1995).

También el politólogo Adolfo Garcé y el politólogo e historiador Jaime Yaffé, han enfatizado la relevancia del factor exógeno tanto en las investigaciones realizadas en conjunto como por las realizadas por separado (Garcé-Yaffé 2004; Yaffé 2005; Garcé 2012). Según Yaffé,

“a partir de la disolución de la URSS en 1991, la incidencia del contexto internacional en la evolución ideológica y programática de la izquierda fue muy importante. (...) El PCU afrontó una profunda crisis interna de la que sobrevivió absolutamente disminuido en su peso político, social y cultural” (Yaffé 2004:85).

Para ambos autores

“la capacidad catalítica del contexto internacional en la evolución ideológica y programática de la izquierda fue mucho mayor aún a partir de 1989, cuando se derrumbó el ‘socialismo real’. Dos años después de haber obtenido la mejor votación de su historia, el poderoso PCU se desmoronó abruptamente” (Garcé-Yaffé 2005:46).

Y para Garcé

“la crisis, que se venía gestando dentro del partido a partir de las tensiones disimuladas (o reprimidas) durante el período anterior, estalló cuando Jaime Pérez instaló la discusión sobre la ‘dictadura del proletariado’ (...), y se fue profundizándose a medida que el ‘socialismo real’ se derrumbaba. (...) El PCU, que había nacido al calor de la Revolución de Octubre e inspirándose en el PCUS, parecía condenado a morir con él” (Garcé 2012 225 y 228).

Entre los autores que priorizan los factores endógenos sobre los exógenos para explicar la crisis del PCU figuran tanto comunistas (Aníbal Toledo Casanova, Carlos Yaffé) como excomunistas (Juan Pedro Ciganda, Federico Martínez, Fernando Olivari, Wladimir Turiansky). Para Toledo que “la ‘crisis’ en el PCU no surgió luego de la desaparición de la URSS” y que en su seno se vivió

“la confrontación de dos grandes líneas de pensamiento respecto a las perspectivas de la acción del Partido y que ‘grosso modo’ pueden resumirse en: a)- la disolución de su identidad histórica; b)- reafirmación de los principios esenciales de su basamento filosófico/ideológico y de su práctica política” (Toledo 2008 207 y 232).

Turiansky reconocía que

“esta crisis se inscribía en la del movimiento comunista internacional derivada del derrumbe de la URSS y los socialismos europeos, y por su contenido ideológico, trascendía ese marco y terminaba involucrando a todo el pensamiento de izquierda”.

Pero también advertía que

“contenía ingredientes propios (...). Un postergado balance del papel de los comunistas en la dura batalla contra la dictadura, imprescindible a la hora de enfrentar las nuevas responsabilidades derivadas de un proceso político que abría tantas perspectivas, una llamada reconversión, más bien integración, de las vertientes partidarias provenientes de la cárcel, del exilio y de la acción clandestina o legal, en particular del último período dictatorial, no bien resuelta, más diferencias políticas en torno a no pocos aspectos del pasado vivido, fueron generando tensiones a las que el derrumbe de la URSS y el campo socialista hizo estallar” (Turiansky 2007:172).

En otra publicación posterior el exdirigente sindical y partidario desarrolló más su análisis de que en el PCU

“se vivía larvadamente en el seno del partido una crisis latente derivada de la falta de balance, crítica y autocrítica, de su actuación en el complejo período que va desde el pacheato hasta la dictadura (17 años en total, de los cuales 10 por lo menos se vivieron en la clandestinidad), así como una no bien resuelta síntesis de las vertientes del exilio, de la cárcel y del trabajo cotidiano fronteras adentro, de las que se nutrió el partido a la salida de la dictadura. (...) El derrumbe de la URSS obró a la manera de un detonante. La

confusión ideológica ganó terreno, y buena parte no sólo de los dirigentes históricos, sino también de los nuevos cuadros surgidos en el proceso de apertura democrática, terminaron por abandonar las filas de un partido con el que dejaron de sentirse identificados. En este proceso de crisis y fractura, todos los ingredientes no resueltos adecuadamente en su momento, y que ya fueron mencionados en párrafos anteriores, quedaron sumergidos ante la dimensión del derrumbe del campo socialista y de la Unión Soviética...” (Turiansky 2010:155).

La relevancia de las tensiones internas previas a la crisis del socialismo real quedó manifiesta en la investigación realizada por Ciganda, Martínez y Olivari que concluyen que

“en los testimonios se llega a afirmar categóricamente que todos los problemas mal resueltos del PCU en cuanto a su vida interna, podían ser absorbidos con cierta armonía si el desplome del socialismo real no hubiera sido el contexto en el que el mundo y el PCU vivían. En todo caso, la opinión no es unánime y los autores pensamos que es equivocada. (...) Falta de autocrítica, el asunto del aparato armado, la forma de encarar las conductas de los prisioneros, la mala preparación para la clandestinidad, la ausencia de mirada retrospectiva sobre actitudes tácticas en los primeros tiempos de la dictadura –“el asunto de los cuatro y siete”- desfilaban por ese terreno farragoso. Todo ello estuvo presente en la ausencia. Fue parte de los silencios poblados de voces susurradas, de gestos inentendibles, de abandonos de filas, de resentimientos, de desconfianzas. Nada de todo ello tuvo que ver con las buenas o malas punterías de Gorbachov y su equipo o con el muro berlinés.” (Ciganda et al 2012 229-230).

Desde una posición muy crítica con la Dirección del PCU de ese entonces Carlos Yaffé entendía que

“Desde el inicio de la discusión quedó claro que la renovación que se le proponía al PCU, era la expresada en “El ocaso y la esperanza” el 1° de septiembre de 1991, e impulsada por el Comité Central el 25 de septiembre: su liquidación, siguiendo mansamente el camino emprendido por el PCUS. Claramente, esta situación formó parte de la profunda crisis del Movimiento Comunista Internacional, que en el marco de la lucha a muerte contra el Imperialismo a escala mundial, provocó la derrota de la experiencia socialista en la Unión Soviética y Europa del Este”.

Precisamente la responsabilidad que le atribuye a la Dirección es la causa que destaca entre las varias que enumera:

“el corte brutal de la dictadura con todas sus repercusiones en la vida del mismo, pero y fundamentalmente, en la vida de cada uno de sus miembros. La imposibilidad de ensamblar experiencias vitales traumáticas y disímiles, más allá de los propósitos de la llamada reconversión del Partido. Metodologías de trabajo preponderantes en el período postdictadura que en nombre del centralismo democrático lo violaban sistemáticamente. Carencias en la elaboración teórica producto del desconocimiento colectivo de las transformaciones sufridas por la sociedad uruguaya. Falta de discusión política en los organismos y el consecuente resecamiento de su funcionamiento, y la incapacidad posterior de asumir colectivamente la lucha ideológica desde un ángulo constructivo. La derrota de los países del Este europeo, con sus repercusiones teóricas, políticas y anímicas. Anestesiamiento del pensamiento dialéctico, sustituido por superficialidad en el

análisis, iniciativas puramente tácticas o recursos propagandísticos. El no ser ajenos a una tendencia mundial de retroceso de las fuerzas progresistas y revolucionarias” (Yaffé, C. 2010).

En resumen, mientras desde la academia se destaca más la relevancia del factor exógeno, el resto de los autores resaltan más los aspectos internos de la crisis. Este trabajo, sin pretender desmerecer la incidencia que tuvo el escenario internacional, especialmente en la crisis ideológica y en el estado anímico de los protagonistas, intenta desarrollar la postura que enfatiza los factores endógenos ya que, como puede comprobarse al analizar las fuentes, las tensiones internas comenzaron a manifestarse antes de la crisis del socialismo real.

3. La crisis de los partidos comunistas de Europa (1985-1991)

3.1 La crisis de los partidos comunistas de los países socialistas de Europa

Cuando en marzo de 1985 Mijaíl Gorbachov fue designado secretario general del PCUS tenía 53 años, era el miembro más joven del Politburó. No solo contrastaba por su edad con sus inmediatos antecesores (Breznev, Chernenko y Andropov) que asumieron y fallecieron en el cargo a una edad mucho mayor sino que enseguida destacó por su disposición abiertamente reformista.

Estas reformas estaban destinadas a fortalecer al sistema soviético pero terminaron logrando el objetivo inverso. La *glasnot*, la política de transparencia informativa, tenía como objetivo difundir la verdadera situación del sistema (abandonando la práctica de manipular y falsificar los datos económicos) y fomentar la libertad de expresión para lograr aportes desde la sociedad para modernizar al régimen. Así se conoció que la tasa de crecimiento era próxima a cero y que la productividad de la economía soviética estaba muy baja en comparación a las otras potencias, incluyendo a China (La Parra-Fuentes 2001).

Menos la URSS, todos los países del bloque oriental habían obtenido créditos de bancos occidentales y, a pesar de haber aumentado sus exportaciones, la ineficiencia de sus industrias les dificultaba pagar sus deudas. En 1979 el servicio de la deuda polaco llegaba al 92% y el de la RDA, del 54%. (Priestland 2017:856). La decisión del gobierno de Ronald Reagan de aumentar la tasa de interés para atraer capitales extranjeros para financiar su incremento del gasto militar provocó una escasez de capital que perjudicó a los países más endeudados. Polonia y Rumania debieron renegociar su deuda con el consecuente deterioro

del nivel de vida de la población, especialmente de los obreros. Los demás países comunistas sufrieron un deterioro similar.

La toma de conciencia de la gravedad de los problemas que tenía la URSS servía de justificación de la *perestroika*, la política de reestructuración del régimen comunista, que tenía como objetivo revertir la falta de motivación de los trabajadores. En la reunión del CC del PCUS realizada en junio de 1987 Gorbachov propuso los “principios de reestructuración radical de la gestión económica” que consistían en conceder autonomía de gestión a las empresas soviéticas e incentivos a la productividad (Romero 2018). Se buscaba que las empresas pasaran a ser competitivas para así poder eliminar los subsidios estatales.

Al darle más autonomía a los directores de las empresas perdieron poder los planificadores a quienes Gorbachov descalificó como burócratas que obstaculizaban las reformas. Estas resistencias también se reflejaron en el interior del PCUS. Por eso Gorbachov buscó nuevas alianzas permitiendo la organización de grupos de discusión por fuera del partido (Priestland 2017:879).

La política exterior soviética también tuvo un viraje aperturista. Por un lado se comenzaron a concretar acuerdos con EE.UU. para reducir significativamente el arsenal nuclear (cumbres de Washington y Moscú en 1987 y 1988) y por el otro se dejó de subvencionar a los países aliados y a los partidos “hermanos” del mundo. Además de buscar sentar las bases para una paz duradera también se tenía el objetivo de reducir el alto costo que le significaba a la economía soviética mantener el alto coste de la Guerra Fría. La URSS invertía el doble de su PNB en gastos militares que EE.UU. y también el doble de

dinero en ayudar a sus aliados del Tercer Mundo (La Parra-Fuentes 2001). No era de extrañar que Gorbachov decidiera en 1989 poner fin a la intervención militar en Afganistán aunque eso derivara pronto en la caída del gobierno aliado.

Gorbachov dio también señales claras de que la URSS abandonaría su política intervencionista en Europa Oriental. En septiembre de 1988 eliminó el comité de enlace establecido entre el PCUS y los partidos comunistas y en diciembre anunció en la Asamblea General de la ONU un retiro significativo de las tropas soviéticas de Europa Oriental (Romero 2018). El primer país en tomar nota del cambio fue Polonia. Allí existía una oposición organizada desde la década del setenta representada por el sindicato Solidaridad liderado por Lech Walesa. La clase obrera y los intelectuales estaban unidos por la Iglesia Católica y el gobierno debió enfrentar un importante desafío a su autoridad (Priestland 2017). El golpe de Estado del general Jaruzelski en 1981 para poner fin a las movilizaciones de protesta no impidió que el prestigio del líder obrero siguiera aumentando tanto dentro de fronteras como a nivel internacional. En 1987 Jaruzelski visitó al Papa Juan Pablo II, el polaco Karol Wojtyla, quien había visitado Polonia en 1983, año en que Walesa recibió el premio Nobel de la paz. Luego de arduas negociaciones, iniciadas en 1988 tras una serie de huelgas, en abril de 1989 el gobierno y Solidaridad acordaron la realización de elecciones libres que se realizaron en junio. Los comunistas no consiguieron ninguna banca en el Senado. La aplastante victoria opositora no impidió que convivieran por un tiempo Jaruzelski como presidente con un primer ministro de Solidaridad, Tadeusz Mazowiecki, y que se incluyeran cuatro ministros comunistas en el nuevo gabinete. Walesa fue electo presidente en 1990.

El derrumbe de los demás gobiernos comunistas de Europa del Este fue mucho más rápido. En Hungría en enero de 1989 el parlamento aprobó la libertad de reunión y de asociación para las organizaciones no comunistas. En abril Janos Kadar fue sustituido en el gobierno por Imre Pozsgay quien inició una serie de reformas para liberalizar la economía y entabló negociaciones con la oposición. Estas dieron como resultado la realización de elecciones libres en abril de 1990 en las que venció el partido de centro-derecha Foro Democrático. El nuevo Partido Socialista creado por los reformistas del gobierno obtuvo solo el 9% de los votos.

La decisión de Hungría en mayo de 1989 de permitir la salida hacia Austria provocó que miles de alemanes orientales llegaran para poder acceder por esa vía a la RFA. Para impedir este éxodo masivo el gobierno de la RDA cerró sus fronteras con Hungría lo que provocó manifestaciones multitudinarias que llevaron a que en octubre el presidente Erik Honecker fuera sustituido en la presidencia por el reformista Egon Krenz. Éste resolvió la apertura del histórico muro de Berlín cuya caída el 9 de noviembre se convirtió en símbolo del fin de la Guerra Fría. En las elecciones de marzo de 1990 triunfó la Democracia Cristiana. En octubre se concretaría la reunificación alemana auspiciada por los dos gobiernos y respaldada por EE.UU. y la URSS. Gorbachov en un primer momento intentó impedir la unificación pero luego terminó cediendo ante las promesas del canciller Helmut Kohl de otorgar ocho mil millones de dólares para el mantenimiento y retirada del Ejército rojo de Alemania y de que no habría armas biológicas, nucleares ni químicas (Romero 2018).

En Checoslovaquia luego de la renuncia del presidente Gustav Husak había asumido el cargo Milous Jakes sin que mostrara signos de querer introducir cambios. En noviembre se realizaron multitudinarias manifestaciones que reclamaban elecciones libres. Tras una huelga general el gobierno autorizó la existencia de organizaciones no comunistas y comenzaron las negociaciones. Se formó un gobierno provisional presidido por el opositor Vaclav Havel en diciembre de 1989 quien convocó a elecciones para junio del año siguiente. Los comunistas obtuvieron solo el 14% de los votos mientras que el Foro Cívico de Havel recibió el 47% de los votos, lo que le permitió formar un gobierno de coalición con los democristianos que habían conseguido el 12% de los votos. En Bulgaria las presiones soviéticas (Romero 2018) y las manifestaciones (Priestland 2017) tuvieron como resultado que el 9 de noviembre el politburó del partido comunista sustituyera al presidente Todor Zhivkov por el reformista Petar Mladenov, el ministro de Relaciones Exteriores. El cambio no impidió que al año siguiente los comunistas, bajo la nueva denominación de Partido Socialista, perdieran las elecciones.

Estas transiciones pacíficas contrastaron con lo sucedido en Rumania y en Yugoslavia, dos países socialistas que se habían mostrado independientes del PCUS. El presidente rumano Nicolae Ceaucescu y su esposa Elena fueron fusilados el 25 de diciembre de 1989 por las Fuerzas Armadas responsabilizándolos por la matanza de cientos de manifestantes por parte de las fuerzas de seguridad. En Yugoslavia se inició un proceso de desintegración en 1989 que derivó en una larga y sangrienta guerra civil. El primer ministro Ante Markovic presionado por el FMI aplicó un programa neoliberal que pronto lo volvió impopular. En las primeras elecciones libres triunfaron los partidos nacionalistas en Croacia y Eslovenia que en junio de 1991 proclamaron la independencia. El presidente

serbio Slobodan Milosevic intentó impedir la desintegración de la Federación iniciándose una guerra que se expandió a otras regiones como Bosnia-Herzegovina y Kosovo que terminó en 1999 luego de una intervención militar de la OTAN.

Aunque era pro-chino y no pro-soviético también cayó el gobierno comunista albanés. Manifestaciones estudiantiles en 1990 llevaron al gobierno de Ramiz Alia, que había sustituido como presidente en 1985 a Enver Hoxha, a convocar a elecciones libres en marzo de 1991. Aunque el gobernante Partido del Trabajo fue el más votado debió formar un gobierno de coalición que duró un año. En las siguientes elecciones los comunistas, que habían pasado a llamarse Partido Socialista, fueron derrotados por un partido de derecha conservadora.

Ya sea como resultado de impulsos desde abajo (como Polonia) o desde arriba (como Hungría), de forma violenta (como Rumania y Yugoslavia) o pacífica (como en el resto de los países), por presión soviética (como en Bulgaria) o por inacción de la URSS (como en la RDA) todos los gobiernos comunistas de Europa Oriental que se habían instalado hacía cuarenta años se desplomaron en 1989 (Romero 2018). En Hungría y Polonia resultó clave la tradición reformista que tenían sus partidos comunistas para facilitar transiciones negociadas. En Checoslovaquia y en la RDA en cambio la dirección de sus partidos comunistas se mostró más unida y conservadora, y fue recién de muchas manifestaciones que cedieron el poder. En Hungría y en la RDA, donde el gobierno había procurado ganarse la el apoyo de la clase obrera mejorando su nivel de vida, la oposición estaba sobre todo arraigada en la intelectualidad y en los trabajadores de cuello blanco. En cambio en Checoslovaquia y en Polonia el descontento era más policlasista (Priestland

2017:893-894). En 1990 la URSS decidió evacuar sus ejércitos de los países del Pacto de Varsovia, alianza que se terminó disolviendo en julio de 1991.

Mientras la URSS se quedaba sin aliados en el mundo las tensiones internas continuaban agravándose. Las elecciones en marzo de 1989 para el nuevo Congreso de Diputados del Pueblo de la URSS demostraron la falta de apoyo hacia el PCUS. Éste era el que mantenía unidas a las quince repúblicas y al declinar su poder las fuerzas separatistas aumentaron su influencia. Las mismas aprovecharon las elecciones libres para los parlamentos de las repúblicas para conseguir su objetivo. En marzo de 1990 el parlamento de Lituania proclamó la independencia. Pronto siguieron su ejemplo Letonia, Estonia, Ucrania, Bielorrusia y otras repúblicas de Asia. En junio Rusia decidió que sus leyes tendrían prevalencia por sobre las de la Unión.

En algunos casos, como el de los tres países bálticos, las aspiraciones separatistas coincidieron con los reclamos de democratización y autodeterminación nacional. En otros pareció más una forma que encontraron las elites locales para conservar su poder (Romero 2018). Lo cierto es que la celeridad de los cambios políticos contrastó con la lentitud de las reformas en la economía. Ahora que había libertad para expresar el descontento el mismo comenzó a dirigirse contra el propio gobierno. Unos lo criticaban por la lentitud de los cambios anhelando el fin del sistema comunista y otros por el contrario pretendían conservar su situación de privilegio en la burocracia. Entre la política de choque neoliberal recomendada por el FMI y la política china de liberalización económica sin liberalización política Gorbachov prefirió mantener el nivel de vida de la población aunque eso le significara aumentar la deuda exterior (Prestland:1983). Al estar las empresas libres de

presión tanto del Estado como del mercado siguieron siendo ineficientes en la producción lo que provocó desabastecimiento e inflación.

Las elecciones al Parlamento de la Federación Rusa significaron una contundente victoria para el ex jefe del PCUS Boris Yeltsin, partidario de cambios más radicales. Electo presidente de la Federación Rusa en mayo de 1990 y abandonó el PCUS en julio. Fue quien lideró la resistencia en Moscú al intento de golpe de Estado contra Gorbachov entre el 19 y el 21 agosto de 1991 mientras estaba de vacaciones en Crimea por parte de miembros del Gobierno, del partido y de las Fuerzas Armadas. Unos días después ambos negociaron el traspaso de poderes que se concretó en diciembre al asumir Yeltsin el cargo de presidente de la Unión luego de la renuncia de Gorbachov. Antes Yeltsin había prohibido el PCUS en Rusia y nacionalizado sus bienes como represalia por el intento de golpe de Estado. La Unión se convirtió en la Comunidad de Estados Independientes integrada por once exrepúblicas soviéticas pero a los pocos meses terminó disolviéndose como resultado de las fuerzas centrifugas.

En suma, la crisis de la URSS se debió a la combinación de *glasnost*, que provocó la desintegración de la autoridad, con una *perestroika*, que destruyó los antiguos mecanismos que hacía que la economía funcionara, sin lograr ofrecer un sistema alternativo que evitara el consecuente deterioro del nivel de vida de la sociedad. La desintegración económica aceleró la desintegración política y fue alimentada por ésta. (Hobsbawm: 1999). Las reformas resultaron ineficaces para resolver los problemas que tenía el sistema soviético. No lograron reactivar la economía y contribuyeron a destruir el sustento ideológico del régimen (Romero 2018). La política fiscal fue contraproducente ya que los controles de

calidad de las empresas públicas provocaron importantes pérdidas financieras. Se les permitió exportar y acumular ganancias pero no se les facilitó la provisión de bienes de consumo accesibles. Además se les obligó a transparentar sus cuentas eliminando el sistema de doble contabilidad lo que trajo como consecuencia la inflación.

Si bien es correcta la afirmación de que la implosión de la URSS fue la consecuencia de “una revolución interna no violenta, organizada por la propia dirección del PCUS” (Priestland 2017:871) también es cierto que tres decisiones de las potencias capitalistas tuvieron un impacto importante. Por un lado facilitaron el endeudamiento de los aliados de la URSS con bancos occidentales, préstamos que luego no pudieron pagar. Por otro lado EE.UU. presionó a Europa Occidental para que rechazara la construcción de gasoductos desde la URSS impidiéndole obtener nuevos ingresos. Además el gobierno de Reagan aumentó significativamente el presupuesto militar y logró convencer a Gorbachov que tenía el poder de concretar el proyecto IDE (Iniciativa de Defensa Estratégica) que le daría un escudo que haría inútil un ataque de misiles en su contra. La URSS ya no se encontraba en condiciones económicas de poder seguir compitiendo en la carrera armamentista con EE.UU. Pero el fin de la Guerra Fría no tenía porque derivar en el fin de la URSS. El sistema cayó por el colapso económico y porque las elecciones permitieron la victoria de los reformistas radicales como Yeltsin y la derrota de los conservadores como el vicepresidente Guennadi Ianaiev y el jefe de la KGB Vladimir Kriuchkov. Al fracasar el golpe de Estado contra Gorbachov estos últimos perdieron los enclaves de poder militar y partidario que les quedaba y terminaron precipitando la victoria total de los reformistas radicales.

3.2 La crisis de los partidos comunistas de los países capitalistas de Europa

Llamativamente no sólo los partidos gobernantes del este europeo estaban en crisis sino también los partidos comunistas de Europa Occidental, incluso los que se habían identificado desde fines de la década de los 70 con el llamado “eurocomunismo”. Los partidos comunistas de Italia, Francia y España asumieron una actitud crítica al modelo soviético, rechazaron el concepto de dictadura del proletariado y adherían al sistema pluripartidista. Para Forner y Sanante su declive

“se produjo en una situación previa de crisis, anterior a la caída del Muro, que se agudizó con el colapso de los Estados comunistas, y tuvo muy distintos efectos debido a la distinta trayectoria histórica de los diversos partidos nacionales en relación con la Unión Soviética”. (Forner y Sanante 2015:303).

Los partidos prosoviéticos como por ejemplo el portugués (PCP) y el griego (PCG) tuvieron una disminución de sus votos a fines de la década del '80 pero sorprendentemente tuvieron una caída electoral menor que los partidos críticos con la URSS (ver cuadro en el anexo). El eurocomunismo pareció haber agotado su impulso inicial. El Partido Comunista Italiano (PCI), su principal exponente, luego de lograr su mejor resultado electoral histórico en 1976 con un 34,37 % de los votos, iniciaba en las elecciones de 1979 una progresiva caída electoral. El Partido Comunista Francés (PCF), que tuvo un período de adhesión al eurocomunismo, luego de lograr mantener un caudal electoral cercano al 20% comenzó a decaer a partir de las elecciones de 1981 y terminó perdiendo casi la mitad de sus votos en las elecciones de 1988. El Partido Comunista Español (PCE), luego de ser legalizado había obtenido cerca de un 10% de los votos en las elecciones de 1977 y de 1979

cayendo a menos de la mitad de ese porcentaje en las elecciones de 1982 y 1986 (Forner y Sanante 2015:309).

La perestroika tuvo dos efectos paradójales en los partidos comunistas prosoviéticos y eurocomunistas. Por un lado se produjo una inversión en la relación entre estos y la URSS. Tanto los eurocomunistas como los renovadores en los partidos prosoviéticos pasaron a identificarse con el PCUS que a su vez privilegió su trato con ellos en detrimento de los prosoviéticos¹⁶. A pesar de que Moscú les instaba a revisar sus principios ideológicos históricos los partidos prosoviéticos continuaron en general por inercia declarando su apoyo incondicional a la URSS, sin alterar tampoco sus estructuras organizativas.

En segundo lugar a pesar de que las reformas democratizadoras impulsadas por Gorbachov parecía confluir con las aspiraciones de los eurocomunistas y renovadores también dejaban en evidencia

“las debilidades teóricas de la estrategia eurocomunista y las contradicciones de la denominada «tercera vía», es decir, de un modelo intermedio entre el comunismo ortodoxo y la socialdemocracia” (Forner y Sanante 2015:315).

El eurocomunismo había criticado tanto al bloque soviético por la falta de democracia y de respeto a los Derechos Humanos como también a la socialdemocracia por su aceptación de la economía de mercado. Cuando la Glasnot dejó en evidencia las fallas del sistema basado en la planificación estatal y la perestroika incluyó abrir la economía a

¹⁶ Resulta ilustrativo que mientras que Alessandro Natta, líder del PCI, se reunía tres horas con Gorbachov, el encuentro de éste con Marchais duraba apenas media hora (al revés que en la época de Breznev). Idéntica situación se dio en la época de Kruschev en que Maurice Thorez, secretario general del PCF de la época, se le opuso. Brecha nº 301, 6 de septiembre de 1991. Artículo de Daniel Gatti “Los partidos comunistas europeos y la crisis. La ola de choque”, pp. 28-29.

las leyes del mercado los eurocomunistas quedaron mal posicionados respecto a su propuesta de modelo económico.

Ante la crisis ideológica los partidos comunistas decidieron tomar uno de tres caminos posibles. Unos volvieron al tronco común de la socialdemocracia de donde se habían desprendido en 1919 para adherir a la III Internacional. Los eurocomunistas compartían con los socialdemócratas la adhesión a la democracia liberal, al pluralismo y a la vía pacífica para llegar al gobierno. Solo los había diferenciado la crítica al sistema capitalista y una retórica revolucionaria. Al quedar en evidencia el fracaso del sistema comunista en Europa Oriental y al desaparecer la URSS, el referente que había otorgado identidad particular al movimiento comunista solo se podía mantener la diferenciación con la socialdemocracia si se mantenía el discurso anticapitalista. La nueva coyuntura pareció ameritar revisar también esta posición. Así lo entendió la mayoría del PCI cuando en su XX Congreso decidió su disolución y la creación del Partito Democratico della Sinistra (PDS) que se integró luego a la Internacional Socialista.

En el diario L'unitá, órgano de prensa del ex Partido Comunista Italiano bajo el título: *“el comunismo ha muerto, su historia ha concluido”* su líder, Achille Occhetto justificaba la resolución declarando que el

“... comunismo es hoy sinónimo o de opresión, miseria, corrupción. Los símbolos son también importantes. ¿Por qué no permitir el nacimiento de algo nuevo?” (...) *“el colapso del socialismo real en Este y en la URSS en el fondo es una buena cosa porque*

permitirá liberar al pensamiento comunista de sus escorias autoritarias, opresoras, reaccionarias, burocráticas”¹⁷.

Los italianos fueron los únicos comunistas en seguir este camino. La singularidad del caso italiano puede explicarse que el PCI tenía una posición hegemónica en la izquierda ya que el Partido Socialista Italiano (PSI) tenía un caudal de votos muy reducido, especialmente luego de los casos de corrupción en los que se vieron envueltos varios de sus dirigentes en la década del '80.

Otro camino fue el que recorrió el sector minoritario del PCI al crear el partido Refundación Comunista (RC), que mantuvo incambiada la ideología y simbología comunista al igual que los partidos comunistas de Austria, Francia, Grecia, Irlanda, Portugal y Suiza. El PCP apoyó el intento de golpe de Estado en la URSS. Alvaro Cunhal, el veterano Secretario General del partido (que con sus 77 años ocupaba el cargo desde 1942) declaraba que “pese a lo que está pasando en la URSS y en el Este, el socialismo real sigue siendo la única alternativa seria al capitalismo”. Uno de sus opositores internos, José Miguel Judas, el principal líder sindical del país, le retrucaba que “si no se transforma, el PCP seguirá el camino de los otros partidos comunistas europeos, porque no estamos aislados del mundo”¹⁸. Sin embargo, varios partidos comunistas europeos lograron sobrevivir a la crisis del movimiento comunista internacional.

Para explicarlo se puede recurrir a las categorías de análisis de Stephane Courtois y Marc Lazar de las dimensiones teológica y social en la que está constituido el comunismo.

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Brecha nº 301, 6 de septiembre de 1991. Artículo de Daniel Gatti “Los partidos comunistas europeos y la crisis. La ola de choque”, pp. 28-29.

La teológica tiene que ver con el proyecto revolucionario original basado en el compromiso con la doctrina marxista-leninista, con el modelo de organización (un partido revolucionario conducido por un grupo de revolucionarios profesionales) y con una estrategia (el apoyo incondicional a la URSS y a los otros países comunistas). La dimensión social refiere a todos los elementos específicos de cada sociedad en la que se encuentra cada partido. La dimensión teológica tiene un efecto centrípeto al aportar homogeneidad y cohesión a los partidos comunistas del mundo. La dimensión social tiene un efecto diversificador dada las diferentes condiciones sociales, económicas y políticas de existentes en cada país. Los partidos comunistas tratan de conectar las dos dimensiones pero cuando esto se vuelve muy difícil o imposible siempre prevalece la dimensión teológica por sobre la social¹⁹. Luego de la caída de la URSS en 1991 la dimensión teológica recibió un golpe fatal. Los partidos comunistas solo podían sobrevivir si se aferraban a la dimensión social. Mientras que algunos partidos comunistas renunciaron a su identidad comunista (como el italiano, el finlandés y el sueco) y otros intentaron tomar distancia de su pasado (como el francés), portugueses y griegos se mantuvieron leales a su pasado sin mostrar arrepentimientos.

Para el PCG esto fue posible porque en su caso no hubo contradicción entre ambas dimensiones. Se refugiaron en la dimensión social, el etnopopulismo. Luego de la dictadura militar (1967-1974) y la invasión a Chipre (1974) la sociedad griega desarrolló un sentimiento antinorteamericano que se sumó a un antioccidentalismo que tenía raíces más antiguas, fomentado incluso por la Iglesia Ortodoxa. La retórica antinorteamericana y de

¹⁹ Courtois-Lazar, Historia del partido comunista francés, p. 12, citado por Marantzidis (2008 250-251). Marantzidis utiliza estas categorías para explicar la sobrevivencia del Partido Comunista Griego.

antiintegración con Europa occidental que había sido utilizada exitosamente por el líder del partido socialista (PASOK) Andreas Papandréu luego de 1974 para poder ganar las elecciones (e incumplida luego de llegar al gobierno en 1981) fue continuada por los comunistas. El sentimiento antiimperialista no se vio alterado luego de 1989. La opinión pública griega se mostró contraria a la intervención de la OTAN en Yugoslavia y de EE.UU. en Afganistán. Además de encausar este descontento el PCG siguió apoyando activamente las protestas sociales antiglobalización y anticapitalistas protagonizadas por los obreros, estudiantes y campesinos. Si bien ha logrado sobrevivir como partido no ha tenido mucho éxito electoral (no ha superado el 6% de los votos), por carecer de un líder carismático (Marantzidis 2008).

Esta parece ser la explicación del éxito singular del partido comunista de Chipre (AKEL). El carisma de su líder, Dimitris Khristofias, le facilitó convertirse en presidente de la Cámara de Representantes en 2001 y 2006 y ganar las elecciones presidenciales en 2008 con el 53.37% de los votos en la segunda vuelta tras recibir 33.3% en la primera vuelta. Gobernó hasta 2013 siendo el único presidente comunista en Europa luego del colapso del comunismo. Con sus 42 años se había convertido en el secretario general más joven de los partidos comunistas europeos cuando en abril de 1988 fue electo por el Comité Central de su partido para suceder en el cargo tras su fallecimiento a Ezequias Papaioanno que lo había ocupado desde 1949. Khristofias fue reelecto en 1990, 1996 y 2000.

No tuvo un comienzo fácil. Las disputas internas derivaron en que en enero de 1990 seis miembros del CC de la facción reformista fueran expulsados y terminaran creando un nuevo partido, el Movimiento Renovador Democrático Socialista (ADISOK). Pero

mientras éste se mantuvo como un partido electoralmente insignificante el AKEL con el estilo de su nuevo líder y sus posiciones moderadas aumentó su apoyo electoral. En 1991 se convirtió en el segundo partido más votado con 30.6% de los votos en las elecciones parlamentarias, en 1996 aumentó a 33,0% y en las elecciones presidenciales de 2003 obtuvo un 34,7%. Hizo una alianza con el partido Diko para apoyar a su candidato, que resultó ganador, y lograr a cambio mantener la presidencia de la Cámara de Representantes. Bajo su liderazgo el partido hizo una significativa renovación ideológica. La más importante fue aceptar la integración de Chipre a la Unión Europea. Puede considerarse un partido socialdemócrata pero que mantiene la retórica marxista-leninista por “puras razones populistas” (Stergiou 2008 274).

Si bien en el 17º congreso del partido celebrado en octubre de 1991 se había reafirmado la lealtad ideológica también se había enfatizando la vía pacífica al socialismo y proclamado su interés en buscar alianzas con todos los que quisieran transformaciones sociales. No solo no rechazaba a la socialdemocracia sino que le reconocía el haber difundido los valores e ideas socialistas y el haber hecho reformas sociales que favorecieron a la clase obrera. Se evitaba usar palabras como “revolución” o “procedimientos revolucionarios” y se subrayaba que el socialismo solo sería posible si así lo querían la mayoría de los chipriotas, expresándose democráticamente, algo que solo sería posible luego de la independencia total de Chipre.

El fuerte arraigo social del AKEL se explica en primer lugar por su influencia entre la clase obrera. Históricamente cuanto mayor era el número de obreros mayor era la influencia del partido comunista. Tenía apoyo en las ciudades puerto industriales y entre los

campesinos de las regiones cercanas. En segundo lugar también ha logrado tener apoyo en la clase media y alta. Esto se debe a que durante décadas el AKEL envió a miles de jóvenes a estudiar a los países socialistas que luego ascendieron socialmente y que no olvidaron esta ayuda. En tercer lugar ha tenido mucho apoyo entre los refugiados. En mayo de 2001 recibió 39% de los votos entre los refugiados, cuatro puntos más que en el electorado total. Muchos refugiados vienen de la ciudad de Famagusta ocupada luego de la guerra de 1974 por los turcos donde el voto de izquierda ya era alto antes de la misma. Además logró conservar la lealtad de la población mayor y captar, aunque en menor medida que en el electorado total, apoyo entre los jóvenes.

En suma, no solo ha sido importante el factor liderazgo sino también la capacidad del partido para representar los intereses de diferentes sectores sociales, su habilidad para hacer alianzas electorales, y la ausencia, como en Italia, de otro partido de izquierda poderoso que le significara una competencia.

“By surveying the electoral evolution of AKEL we can argue that AKEL's success is a product of its historical ability to represent and integrate this particular segments of society within organizational structure, as well as its wider appeal which is not limited to the working class. However, the existence of a large working class and the absence of a powerful and influential socialist party as the late emergence and ineffective campaign of the new left can also be mentioned as factors that explain the AKEL's continuous success since the 1970's” (Stergiou 2008 280).

Otros partidos tomaron una postura intermedia, la de disolverse y fusionarse con otras organizaciones que reivindicaban el altermundialismo, ecologismo, el feminismo, el

pacifismo y la antiglobalización. Fue lo que hicieron los partidos comunistas de Holanda y de Finlandia luego de disolverse en 1991 y 1992 respectivamente. En 1990 el Partido Comunista de Izquierda sueco de orientación eurocomunista eliminó la palabra comunista de su nombre.

Al comparar el desempeño electoral de los principales partidos comunistas europeos antes y después de la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 es claro que se agravó el deterioro electoral que ya estaban sufriendo antes (ver cuadro en el anexo).

El PCE conservó su estructura organizativa pero se integró junto a otros partidos a una nueva formación política, Izquierda Unida (IU). Esta estrategia le permitió ser el único partido comunista de Europa Occidental en evitar una caída electoral. En efecto, en las elecciones de 1989 logró obtener un mejor resultado que en las de 1982 y 1986. Sin embargo a partir del 2000 volvió a declinar su caudal electoral. La nueva estrategia electoral fue producto de la presión de la oposición interna al líder Julio Anguita. Francisco Frutos, seguidor de Anguita, defendía la postura oficialista recordando que “hace años y años que el PCE defiende ideas y un tipo de sociedad que no tiene nada que ver con lo que estaba vigente en la URSS”. Desde la oposición Nicolás Sartoris señalaba que había que convertir a IU en una “nueva fuerza alternativa, liberada de las ataduras comunistas, capaz de aglutinar a todos los sectores a la izquierda del gobernante PSOE” y Antonio Gutiérrez, Secretario General de Comisiones Obreras (en vías de emancipación de la tutela del

partido) sentenciaba que “a esta altura, el comunismo no es recuperable y a partir de él no se puede construir nada nuevo”²⁰.

Los comunistas griegos y portugueses también se integraron en la década del '90 a coaliciones de izquierdas pero no tuvieron tanto éxito como los españoles.

El PCF que se siguió presentando a las elecciones en forma independiente debió enfrentar una continua caída de sus votos. La adhesión al “eurocomunismo” por parte del PCF fue muy breve y menos profunda que en el PCI y en el PCE. Tal vez por eso la condena al golpe de Estado contra Gorbachov en agosto de 1991 hecha por su Secretario General George Marchais, fue ambigua y tardía. Según Marchais

“desde 1976, el Partido Comunista se ha distinguido de las practicas del PCUS, abandonó el principio de la dictadura del proletariado, proclamó la necesidad de una democracia pluralista, propuso un camino nacional para llegar a un socialismo a la francesa. ¿Por qué deberíamos aceptar ahora seguir el ejemplo del PCUS?”²¹

El PCF seguía manteniendo en 1991 que «*el leninismo era un ideal siempre vigente, no desacreditado por el colapso de la URSS y que las previsiones de Lenin sobre la evolución del capitalismo continuaban siendo correctas*»²². El 25 de diciembre de 1991, tras la implosión de la Unión Soviética, Marchais dirigía una carta a Gorbachov en la que manifestaba que «el fracaso histórico de la experiencia comunista no significaba el fracaso de la idea comunista» y afirmaba la decisión del partido francés de continuar siendo

²⁰ Brecha n° 301, 6 de septiembre de 1991. Artículo de Daniel Gatti “Los partidos comunistas europeos y la crisis. La ola de choque”, pp. 28-29.

²¹ Brecha n° 74, 27 de marzo de 1987, p. 21, artículo de Daniel Gatti titulado “El ocaso del PC”.

²² Hudson (2000:90), citado por Forner y Sanante (2015:319).

comunista²³. No fue sino después de la sustitución de Marchais por Robert Hue el PCF abandonó el leninismo.

Del que alguna vez fuera el principal partido comunista de Europa occidental quedaba muy poco. Del 21% obtenido en las elecciones de 1978 el PCF cayó a un 15% en 1981 (cuando el líder socialista François Mitterrand fue elegido presidente), y a un 10% en las elecciones legislativas de 1986 (que confirmaron la tendencia descendente de las elecciones municipales de 1983 y las regionales de 1985). En contraste el Partido Socialista Francés (PSF) alcanzaba un 33% del electorado.

Ante esta debacle para las elecciones de 1988 Pierre Juquin, miembro del CC y ex portavoz del PCF presentó su candidatura presidencial disidente, apoyado por el sector reformista y también por otros partidos de extrema izquierda. Marchais decidió renunciar a ser candidato y apoyó la candidatura de André Lajoinie. Éste obtuvo 2.056.261 votos, 6,76%, mientras que Juquin obtuvo 2,08%. Muchos votantes comunistas prefirieron votar a Mitterrand para que no ganara Le Pen, el candidato del ultraderechista Frente Nacional.

“The rate of de labor vote placed the communitis behind the PS and the Front national. This is one of the mayor reasons for the breach between the party and society: The maintaining of the vision of a labor world at the center of an industrial society, while in reality the post-industrial era has begun” (Courtois y Andolfatto, 2008:96).

Francia había cambiado mucho y, según denunciaban los comunistas críticos a la Dirección, el PCF no había logrado adecuarse a la situación²⁴. Según Marcel Rigout, ex

²³ L'Humanité.fr, <http://www.humanite.fr/node/15516>, pp. 5-6, citado por Forner y Sanante (2015:319).

ministro entre 1981 y 1984 durante el gobierno en coalición con el PSF, el PCF había conservado

“un funcionamiento antidemocrático, reminiscencia de las épocas del estalinismo triunfante, no ha hecho su Glasnost y Perestroika internas y se ha opuesto a la Perestroika y a la Glasnost llevadas a cabo en la URSS”.²⁵

Según el historiador François Hincker el grueso del electorado comunista había sido el proletariado de las periferias de París, Marsella, y de Lyon, la intelectualidad de la generación de la Guerra Fría y el campesinado de algunos departamentos del sur. Con la modernización del país y la reestructuración del aparato industrial desapareció el electorado de las minas carboníferas y de los altos hornos. Para el filósofo Oliver Schwartz en los 60 los obreros accedieron a la esfera del consumo gracias a la generalización del crédito: *“el*

²⁴ En el 27 congreso de diciembre de 1990 se hizo una encuesta entre los delegados que permite conocer la composición social de los principales activistas y tener una idea de que pensaban. El 47% provenía de las clases bajas, sobre todo de la clase obrera (23%). Si bien había una presencia obrera mucho mayor que en el PSI (en cuya convención solo el 1% eran trabajadores) también es significativa que en 1976 la cantidad de delegados comunistas obreros había sido el doble. El 84% consideraba apropiada la definición de “partido de clase obrera”. El 25% tenía educación superior frente al 64% de los socialistas.

Había tres valores de la ideología de la mayoría de los dirigentes comunistas franceses que no concuerdan con el mundo que estaba cambiando. En primer lugar se seguían declarando anticapitalistas y partidarios de la propiedad colectiva en momentos en que la economía planificada de la URSS estaba en crisis y que China estaba incorporando la economía de mercado socialista. Por su parte el PSF ya había aceptado el mercado como regulador de la economía en 1983. La mayoría de los delegados declararon que leían solo se informaban por el periódico comunista L' Humanité, lo que no les preparaba para comprender los complejos cambios mundiales. Solo el 9% daba importancia a la modernización del país pero la mayoría estaba a favor de un aumento de los impuestos, de apoyo a los trabajadores en conflicto.

El segundo valor ideológico que se mantenía era el pacifismo y el antimilitarismo a pesar de que la industria bélica es una de las principales fuentes laborales de los obreros. Siguiendo estos principios fue que el PCF exigió reducir el gasto militar y se opuso a la intervención de la ONU en Irak durante la Primera Guerra del Golfo.

El tercer punto era el internacionalismo. El 58% de los delegados consideraron anticuada la expresión “internacionalismo proletario” pero la mayoría tenía una opinión positiva sobre la URSS, Lenin y Krushev, y negativa sobre Stalin y Breznev. El 89% se declararon antigermánicos, a contramano de la política practicada por Francia luego de 1945 entendimiento con Alemania, motor de la integración europea. (Courtois y Andolfatto, 2008).

²⁵ Brecha n° 74, 27 de marzo de 1987, p. 21, artículo de Daniel Gatti titulado “El ocaso del PC”.

ascetismo, tan exaltado por la literatura comunista, ya no es el modelo de la cultura comunista, ya no es el modelo de la cultura obrera". El acceso al status de propietario de su vivienda y de habitante de la ciudad contribuyó a separar al proletariado de su ambiente tradicional. A ello contribuyó paradójicamente el enorme poderío municipal conquistado por el PCF después de 1945 integrando a la clase obrera al espacio urbano. Los años 80 por el contrario significaron la generalización de la desocupación y del subempleo:

“la desocupación reorganiza el espacio social. El obrero se retrae, se refugia en la familia y consagra su tiempo a la búsqueda de trabajo. El deslizamiento de la sociedad hacia la precariedad alejan aun más al proletariado de su mundo natural”.

Sin embargo el PCF continuó *“dirigiéndose a la clase obrera con un lenguaje radical que ésta no podía asumir. En los años 60, los comunistas se negaban a sumir las consecuencias de un período de prosperidad; hoy no ven que la sociedad es demasiado rica en algunos puntos y demasiado débil en otros. Su discurso, sin embargo, es unívoco”*.

A diferencia del PCI, que supo *“integrar en un combate progresista a vastos sectores obreros con otros de clase media, el PCF sigue una línea de fortaleza sitiada. Meramente defensiva, reivindicativa pero sin perspectivas: una línea “de retaguardia”*. Perdió influencia entre los jóvenes porque

“no vio el surgimiento de nuevas figuras, producto de la crisis: el joven delincuente, el toxicómano. No supo ver sus aspiraciones ni contemplar sus valores. Los intelectuales, por último, abandonaron el PCF en olas sucesivas: tras el apoyo a las intervenciones soviéticas en Hungría y Checoslovaquia en un primer tiempo, y en Afganistán luego”.

En los 70 durante el auge del “eurocomunismo”, hubo un período de acercamiento de los intelectuales pero fue rápidamente olvidado. Para los comunistas renovadores la dirección era

“incapaz de comprender la evolución de la sociedad francesa. El PCF insiste en sostener que la sociedad se ha derechizado. Las recientes movilizaciones estudiantiles y obreras demuestran que existen nuevos espacios de solidaridad. La gente se plantea objetivos progresistas de liberación individual y colectivos de rechazo al autoritarismo anacrónico. (...) la autogestión se ha convertido en el eje central de los conflictos. Pero el partido ha abandonado esta bandera.”

Acusaban a Marchais, de aislar al partido, de no proponer

“ninguna perspectiva posible. Se ha vuelto a utilizar el lenguaje de la época estalinista: el Partido Socialista (PSF) es tratado de ‘traidor’. El PCF se está quedando solo, reducido a un rol de partido que se limita a defender a los excluidos de la sociedad sin ofrecerles posibilidades de evolución”.

Denunciaban que la organización se había convertido en un mero partido “de protesta”, quedándose en una posición siempre “defensiva”²⁶.

Este debate entre comunistas europeos no les era ajeno a sus camaradas latinoamericanos. Muchos chilenos y uruguayos habían estado exiliados en Europa Occidental durante el apogeo del eurocomunismo. Pero su principal preocupación en la década del '70 pasaba por derrotar las dictaduras de sus propios países más que la de

²⁶ Ibid.

involucrarse en la controversia ideológica. Tanto el PCU como el PCCH se mantuvieron leales a la línea del PCUS y sus aliados hasta el final. Cuando esta posición fue puesta en cuestión por parte de algunos militantes ambos partidos se encontraban en situaciones muy diferentes. Cuando en noviembre de 1989 cayó el Muro de Berlín Uruguay ya estaba desde hacía cinco años en democracia, los comunistas habían logrado su mejor votación histórica y el Frente Amplio, la coalición de izquierda que integraban, había ganado las elecciones municipales de Montevideo hacía pocos días. En cambio los comunistas chilenos aún estaban ilegalizados y si bien habían colaborado en el triunfo opositor en el plebiscito de 1988 estaban aislados del resto de las fuerzas opositoras.

El debate sobre los principios eurocomunistas de pluripartidismo y de abandono del concepto de dictadura del proletariado se mezcló con otros temas particulares vinculados con el derrotero que ambos partidos recorrieron en su lucha contra la dictadura todo lo cual le imprimió una impronta muy distinta al que tuvo en Europa. Y cuando estos principios fueron planteados no fueron por influencia del eurocomunismo sino como consecuencia de haber revalorado la democracia luego de tantos años de dictadura. Es más, cuando se llegó a calificar a alguien como eurocomunista era para descalificarlo lo que llevó a que los renovadores debieran aclarar que sus ideas no tenían ese origen. Sin embargo, como veremos a continuación, los argumentos de los renovadores a fines de la década del '80 sobre estos aspectos resultaron muy similares a los esgrimidos por los eurocomunistas a mediados de la década del '70.

4. Análisis del caso del PCCH (1987-1990)

"Primero se fueron los renovadores de derecha, pero a mí no me importó, porque yo no soy renovador de derecha; luego se fueron los ultraizquierdistas de la fracción, a mí no me importó porque yo no soy ultraizquierdista; luego se fueron los personalistas, pero a mí no me importó, porque yo no soy personalista; luego se combatió el liquidacionismo, al fraccionalismo, al tendencialismo y otros, pero a mí no me importó, porque yo soy de cuero duro. Y ahora estoy aquí en el bar de la esquina porque ya no llega nadie a la reunión de la célula".

Mauricio Redolés, poeta y cantautor. Abandonó el PCCH en 1990. (Piricán 2016)

El PCCH comenzó luego del golpe de Estado de 1973 un proceso de renovación política y cultural que derivó en que, a partir de un viraje estratégico adoptado en 1980, pasara de ser el partido más moderado de la izquierda chilena, a convertirse en el más radical y violento de la oposición a la dictadura militar. El fracaso de esta estrategia en 1986 significó una crisis interna que se manifestó primero en una ruptura del Frente Popular Manuel Rodríguez (FPMR), el brazo armado del PCCH, y luego una fractura del propio partido en sucesivos desprendimientos entre 1987 y 1990. A esta crisis de raíces endógenas se le yuxtapuso la crisis del Movimiento comunista internacional a fines de la década del '80, complejizándola y potenciándola. Para poder comprender este desenlace es necesario analizar el proceso previo por el cual el PCCH llegó a convertirse en un partido relevante en la escena política chilena.

Luego de la derrota electoral de Salvador Allende en las elecciones de 1964 frente al candidato democristiano hubo sectores de la izquierda que cuestionaron la estrategia comunista de la “vía pacífica al socialismo”. En 1965 se creó el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) mientras que el Partido Socialista (PS) adoptaba la tesis de la lucha armada en 1967. Pero el PCCH persistió y logró imponer su línea política frentepopulista a sus aliados socialistas, a los que tuvo que conceder que en el programa de la coalición izquierdista Unidad Popular creada en 1969 se incluyera el concepto de “etapas socialistas”, lo que contradecía la tradicional concepción comunista de etapas progresivas previas al socialismo.

El PCCH tenía un gran peso en el movimiento sindical y estudiantil, poseía uno de los principales diarios del país, además de contar con una red nacional de emisoras y una empresa editorial propia. A mediados de la década del '60 inició un proceso creciente de amplitud de su apoyo entre las clases medias, en los sectores profesionales, intelectuales y artísticos, convirtiéndose en un factor fundamental para el triunfo electoral de Allende cinco años después. De esta forma logró un gran crecimiento cuantitativo al duplicar sus afiliados entre 1965 y 1965, obteniendo su mejor votación histórica en 1971 (superando la de 1947) y la mayor cantidad de diputados (26 en 1973). Pero tal vez lo más destacable fue que también logró un aumento cualitativo al integrar a sus filas a prestigiosas figuras de la cultura como el músico Víctor Jara, el pintor José Balmes, los poetas Juvencio Vallejos y Pablo Neruda (precandidato a la presidencia en 1969 y premio nobel de literatura en 1971), y conjuntos musicales como Inti-Illimani y Quilapayún. Este éxito no solo se explica por la persistencia de los comunistas en su estrategia política, a pesar de las derrotas y cuestionamientos recibidos, sino también en que aprovecharon las condiciones históricas

que Chile vivía en ese momento. La existencia de una democracia plena permitió la libre difusión de su propaganda. La eliminación del latifundio por la Reforma Agraria ejemplifica el ambiente favorable hacia políticas progresistas. Podía apreciarse también la existencia de un sentimiento anti-capitalista predominante en la población (Álvarez 2007). Para Álvarez resulta sorprendente que en una época marcada por el radicalismo político los comunistas hayan mantenido su moderación. Estos alcanzaron su mayor protagonismo en dos momentos históricos: durante el gobierno de Salvador Allende (1970-1973) y durante la resistencia a la dictadura de Augusto Pinochet (Riquelme 2009:321).

El golpe de Estado encontró al PCCH en su máximo punto de influencia política, social y cultural, y significó un duro golpe a su orgullo partidario y en la fe de sus certezas previas. Por tercera vez en su historia debía pasar a la clandestinidad (las etapas anteriores fueron 1927-1932 y 1948-1958). El PCCH atribuyó en un principio la derrota del gobierno de la Unidad Popular al aislamiento político de su gobierno, particularmente en relación con la clase media, y responsabilizó a los sectores 'ultraizquierdistas' dentro y fuera de la coalición de la Unidad Popular por exacerbar los conflictos y polarizar la arena política empujando a la clase media hacia la derecha. Sin embargo, pronto esta interpretación sumó un nuevo elemento, el factor militar y las dificultades que tuvo el gobierno de Allende para hacer frente a los ataques de la derecha. En la reunión del Comité Central del PCCH realizada en el exilio en 1977 se enfatizó en el “vacío histórico”, es decir, el fracaso histórico para diseñar una 'política militar' que implicara una estrategia para influir (o al menos neutralizar) a las fuerzas armadas chilenas y, de desarrollar la propia capacidad del partido para operar dentro del terreno militar de acuerdo con los cambios en el contexto político. (Roberts:1994:10).

Este cambio en acentuar la importancia del factor militar por sobre el político allanó el terreno para la decisión de postular en 1980 la estrategia de la “Revolución Popular de Masas”. Los siete años previos fueron dedicados sin éxito a construir un frente antidictatorial lo más amplio posible que incluyera a la Democracia Cristiana y a todos los sectores antidictatoriales del espectro político.

En 1978 la Dirección del partido en el exterior decidió enviar a algunos de sus integrantes a Chile para intentar superar algunas tensiones que habían surgido con la militancia clandestina desde donde se había criticado la comodidad en que se encontraban los exiliados y, cosa más importante desde el punto de vista político, los duros pronunciamientos contra la Democracia Cristiana en un momento en que se procuraba un acercamiento para hacer un frente unido antidictatorial). Sin embargo, el Equipo de Dirección Interior (EDI) que se instaló con las nuevas incorporaciones, encabezado por la exdiputada Gladys Marín, no tardó en retomar las críticas a la Dirección del exterior. Ambos grupos partían de diagnósticos diferentes respecto a la situación de Chile. Desde el exterior se evaluaba que la dictadura estaba debilitada y que la sociedad estaba mayormente descontenta con la misma. Por el contrario desde el EDI se tenía una visión más pesimista. Consideraba que la situación económica estaba consolidada y que las medidas de lucha (huelga de hambre de familiares de desaparecidos, movilizaciones sindicales, manifestaciones en conmemoración del triunfo de Allende), fuertemente reprimidas, tenían poco apoyo. Advertían que las negociaciones con la Democracia Cristiana no fructificaban en el ansiado frente “Antifascista”. El fracaso del acuerdo con la Democracia Cristiana a pesar de las concesiones comunistas de no formar un frente opositor y quedar afuera del gobierno que se instalaría luego de la dictadura se debió a que el resto de las exigencias

democristianas eran opuestas a su cultura política (el marxismo-leninismo y el apoyo a la URSS) y a su estrategia política (la insistencia en mantener el proyecto de la Unidad Popular, aunque en los hechos su funcionamiento estaba muy debilitado). El riesgo de perder el apoyo de sus adherentes de centroderecha por haber acordado con los comunistas terminó pesando más en los dirigentes democristianos que las ventajas que podrían obtenerse de aliarse con el PCCH. Como corolario de este proceso desfavorable la dictadura lograba triunfar en el plebiscito constitucional de 1980.

El debate interno provocado por esta crisis derivó en una nueva estrategia política surgida desde los aparatos internos. En septiembre de 1980, Luis Corvalán, secretario general del PCCH, realizó un discurso en que señalaba que “todas las formas de lucha” eran válidas para poder derrocar a Pinochet. Se iniciaba así el camino de construcción de lo que se llamaría unos años después la “Política de Rebelión Popular de Masas” (PRPM), de la cual la lucha armada sería el componente más destacado. Se logró así hacer “renacer el orgullo partidario de la identidad comunista y agregó a la cultura política del PC formas armadas de lucha” (Álvarez). A pesar de que este proceso de transformación implicó dejar de lado el histórico rechazo a la estrategia insurreccional se evitó romper con la tradición partidaria ya que “se mantuvieron las creencias políticas del PC y su tradicional pragmatismo de masas”. Roberts también coincide con que el cambio estratégico si bien desafió las prácticas políticas tradicionales del PCCH, no significó un cambio importante en principios o identidades ideológicas. Por el contrario, fue justificado como una recuperación de un principio básico leninista que el partido había descuidado por largo tiempo: la necesidad de adaptar tácticas y formas de luchar de acuerdo con los cambios en

el contexto político²⁷

Entre los exiliados el viraje dividió aguas. Un sector proveniente de las Juventudes Comunistas, simpatizante con las posturas del “eurocomunismo” y, por ende, crítico de los regímenes del “Socialismo real”, se van oponer a la nueva estrategia y terminarán abandonando el partido, algunos en 1980 y otros durante la crisis de 1990. Por el contrario otro sector se manifestó entusiasta, entre los que se destacaban algunos con formación militar en Cuba y participación en la última etapa de la revolución sandinista. Dentro del país también las reacciones fueron diversas. Algunos recibieron con satisfacción el nuevo impulso subjetivo para intentar terminar con la dictadura mientras que otros sintieron dudas y manifestaron objeciones por un discurso y una práctica que les parecía ajena a las tradiciones partidarias. La mayoría de la militancia, acostumbrada a acatar a las resoluciones de la Dirección, no cuestionaría el tema hasta que no se evidenció su fracaso en 1986²⁸.

²⁷ “The strategy of popular rebellion and the decision to create military forces linked to the PCCh represented a fundamental strategic reorientation for a party renowned for its historical concentration on electoral politics and trade union representation. But if this strategic shift challenged the party’s traditional political practices, it did not require any major changes in ideological principles or identities. Indeed, the strategic shift was portrayed as a recuperation of a basic Leninist tenet that the party had long neglected—the need to adapt tactics and forms of struggle in accordance with changes in the political context. It was, then, the party’s reassessment of the strategic context and of its own limited options and political constraints that brought about the strategic shift, rather than any fundamental changes in political beliefs. The new strategic orientation was not seen as a disavowal of the party’s traditional forms of political struggle but as a supplement required for a more flexible and integral revolutionary strategy that would be applicable under different conditions”. (Roberts 1994:11)

²⁸ “Many Communist militants had been uncertain or wary of the abrupt shift to a strategy of popular rebellion in 1980; few party members had been privy to the internal debates that precipitated the policy shift, and the tactical use of violence entailed major changes in the party’s political culture and practices even if it was congruent with Leninist ideological principles. The vast majority of militants, however, adhered loyally to the party’s decision; the explosion of popular protests in 1983 seemed to vindicate (and provide content to) the new strategy, and the party’s youth and shantytown sectors, in particular, became active protagonists of popular rebellion. Nevertheless, some militants were uneasy with the growing military emphasis within popular rebellion, fearing that the mass mobilization component of the strategy was becoming subordinated to guerrilla operations such as bombings and the assassination attempt against Pinochet. As the strategic

¿Qué llevó a los comunistas chilenos a este giro tan radical? Algunas explicaciones destacan la influencia de la situación internacional (la crítica recibida públicamente por el PCUS por no haber previsto el factor militar, la influencia de Cuba en la formación militar de algunos militantes, y el impacto del triunfo revolucionario nicaragüense en 1979). Otros resaltan los factores internos como el fracaso de las negociaciones con la Democracia Cristiana y el triunfo pinochetista en el plebiscito de 1980²⁹.

Para Álvarez la Dirección partidaria entendió que debía levantar el ánimo de una militancia muy golpeada por la represión dictatorial y también dar respuesta a una consolidación de la situación económica.

“Tanto la dinámica interna del Partido, como la influencia internacional, fueron decisivas para su surgimiento, combinadas con la subjetividad de un Partido que había sido derrotado políticamente en 1973 y prácticamente aniquilado físicamente en 1976, dio paso a cuestionamientos inéditos tanto de su línea política como a sus órganos de Dirección. El éxito de la dictadura, al consolidar su proyecto de revolución capitalista, terminó de catalizar la necesidad de buscar nuevas formulaciones teóricas y políticas. Es decir, planteamos que la PRPM fue una línea que amalgamó la vieja tradición “recabarrenista” del PC, caracterizada por la primacía del trabajo de masas y no una desviación militarista como decían los opositores internos a ella, con una explosión de

environment changed in 1986-1987, prominent cultural, intellectual, and political figures in the party began to express dissent, arguing that the party had to adapt its

tactics to a new context, avoid political isolation, and join the other opposition parties in the ‘No’ campaign to deliver a political defeat to the dictatorship” (Roberts 1994:17).

²⁹ “Frustrated by the Christian Democrats’ intransigent opposition to any alliance with the PCCh, inspired by the Sandinista victory in Nicaragua, and fearful of Pinochet’s attempt to institutionalize his authoritarian regime with a new 1980 constitution, the PCCh abruptly declared its support for popular insurrection in September 1980” (Roberts:1994:10)

creatividad teórica inédita en la historia del PC” (Álvarez 2007 245).

La Dirección, en un hecho inédito en su historia, terminaba aceptando cambiar su diagnóstico respecto a la situación interna del país y sustituir lo que hasta entonces había sido su política por otra surgida desde debajo de la estructura partidaria. La nueva línea surgió desde fuera de la Dirección, más precisamente desde un grupo de intelectuales exiliados en la República Democrática Alemana (RDA) y si bien fue rechazada la primera vez que la expusieron ante los dirigentes en 1977, terminó por ser aceptada en 1980, aunque no en forma consensuada. Destacados dirigentes en el exilio de la Comisión Política (CP) como Volodia Teitelboim y Américo Zorrilla, y el propio Corvalán, se apresuraron en aclarar que el partido no asumía posiciones de ultraizquierda sino que solo había integrado al menú de estrategias posibles el tema militar. Por el contrario en el interior dirigentes como Gladys Marín y Guillermo Teillier, también integrante de la CP, se entusiasmaban con el viraje. Las dudas y la oposición que la opción por la lucha armada generó en la Dirección en el exterior llevaron a que la nueva política demorara en ser aplicada lo que no impidió que el principal exponente de la estrategia insurreccional, el sociólogo Manuel Fernando Conteras fuera enviado desde su exilio en la RDA a ingresar clandestinamente a Chile en noviembre de 1980. Desde entonces encabezaría una serie de “acciones audaces” como encargado del Frente 17 (llamado luego el “Frente Cero”) que buscaban apoyar las movilizaciones populares.

Según Álvarez resulta paradójico que tanto entre los impulsores de la nueva línea como sus detractores predominara una visión crítica de los regímenes del “socialismo real”, donde la mayoría de estos estaban exiliados y donde pudieron comprobar que la realidad

era muy distinta a la visión idealizada que habían tenido desde la distancia. No resulta extraño que los ideólogos de la PRPM se mostraran luego entusiasmados con la “Perestroika” y decidieran promover también una “renovación” teórica y política del PCCH. Era parte de su rebelión contra los integrantes de la “Vieja Guardia” (los dirigentes que estaban al frente del partido en el momento del golpe de Estado) a los que asociaban a los regímenes de Europa del Este. La vía armada era concebida como una vía para derribar a la dictadura, no para realizar una revolución socialista. Ni siquiera se planteaba una participación comunista en el gobierno democrático posterior. Si bien su reclamo de renovación no iba en la línea de la socialdemocracia ni del eurocomunismo se planteaba repensar el camino chileno al socialismo, en particular el vínculo con la democracia. Pero lo que para sus impulsores originales era el comienzo de una renovación de toda la política partidaria para la mayoría de la Dirección en el exilio era solo agregar “acciones audaces” a la política de acciones de masas que se venía aplicando para fortalecer el ánimo de los militantes clandestinos. La estrategia de los comunistas giraban alrededor de tres ejes: la confianza en el movimiento obrero como fuerza determinante, lograr la unidad de la oposición, y la convicción de la necesidad de la violencia como método de lucha. Se rechazaba cualquier tipo de salida pactada con el régimen de Pinochet porque se consideraba que esto lo legitimaría. Los años siguientes demostrarían que en ninguno de los tres ejes se cumplieron las expectativas de los comunistas y su alegría por el final de la dictadura vino acompañada con la amargura de que terminara imponiéndose la salida pactada.

En 1981 Contreras publicaba en nombre de la mayoría del EDI, un documento titulado “Las nuevas condiciones de la lucha política. Cuestiones generales” (más conocido

como el “libro rojo”, por los colores en que fue editado). En el mismo proponía claramente cambiar la línea partidaria al propugnar que las acciones militares no podían ser “meros arranques audaces ni simples detonantes, sino que son parte de una perspectiva nueva del desarrollo de la lucha de clases” (Álvarez 2007:321). En otro documento posterior ampliaba los objetivos de la nueva estrategia, que no se limitaría a derrotar la dictadura y recuperar la democracia sino también instalar un gobierno de “democracia avanzada”. Esta posición, defendida duramente en el tercer Pleno del Comité Central (el tercero desde 1973) en mayo de 1981 por Marín, la responsable del EDI (que llegó a calificar de “derechizantes” a sus opositores), resultó en minoría en ese momento pero el debate entre las dos posiciones continuó. El resultado de las discusiones entre la Dirección partidaria del interior y la del exterior derivó en la creación de la fórmula PRPM, que sustituiría la Política Insurreccional de Masas propuesta por el EDI y la adopción en 1984 de la tesis de la “Sublevación Nacional”.

Las consecuencias sociales de la crisis económica de 1982 aumentaron el descontento contra el gobierno y su modelo económico neoliberal. Entre mayo de 1983 y octubre de 1984 Chile se vio conmocionado por once movilizaciones sociales organizadas denominadas “Protestas Nacionales” que incluían diversas manifestaciones de “violencia popular”. Fueron precedidas por las “Marchas del Hambre” de 1982 pero, a diferencia de aquellas, contaron con mucho más participación popular, tanto que sorprendieron hasta a los propios movimientos opositores. Hasta entonces estos no habían logrado que el descontento contra la dictadura se tradujera en acciones que dañaran la estabilidad del régimen (Álvarez 2014 215).

El nuevo contexto que se vivía en Chile hizo que la situación de tablas en que había concluido el debate interno en 1981, y que mantuvo la indefinición de la política del PCCH, se reabrió en 1983. Para la mayoría de la Dirección en el exterior la línea política que el PCCH había seguido hasta entonces no estaba equivocada y atribuían los fracasos a errores en su aplicación. Por el contrario la mayoría de los integrantes del EDI defendían la idea de que si la realidad cambiaba también debía cambiar la línea política. Más allá de las diferentes opiniones el debate dejaba en claro que la creencia en la infalibilidad de los dirigentes, una característica que formaba parte de la cultura comunista, estaba debilitándose. Un cambio en la tradición que los debates posteriores demostrarían que había llegado para quedarse. Este hecho, sumado a que la mayoría de la base militante no conocía a la “Vieja Guardia” que hacía años estaba exiliada, terminó por inclinar la balanza a favor de los defensores de la “perspectiva insurreccional”.

En diciembre de 1983 se producía el primer apagón nacional provocado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), lo que sería el inicio de una serie de acciones que destacarían por su espectacularidad y audacia. El nombre elegido para la organización, un homenaje a uno de los héroes de la independencia, buscaba lograr una convocatoria más amplia que las de los comunistas, lo que también explica porque no se declaró marxista-leninista. Ésta, además de evitar represalias contra los dirigentes públicos, fue una de las razones por las que el PCCH no reconoció al FPMR como su aparato armado (lo que recién asumió luego de terminada la dictadura) a diferencia de otros organismos militares como las “Unidades de Combate”, (integrado por militantes sin ningún entrenamiento en el exterior o una preparación mínima de curso de seis meses en Cuba) y las “Milicias Rodriguistas” (pensadas para la autodefensa del pueblo y para ser integradas también por

no comunistas).

La decisión no estuvo exenta de polémica. Provocó el descontento entre algunos afiliados que veían debilitada la identidad comunista. Se le terminó dando una autonomía a la organización militar que derivaría en una fractura de la misma. Por lo pronto en la génesis del movimiento convivían tres corrientes internas, una que Álvarez califica de “derecha” constituida por la Dirección en el exterior con sede en Moscú, una “centrista” identificada con la Dirección interna, y una situada a la izquierda formada por algunos de los oficiales formados en Cuba. Los primeros no aceptaban ubicar a lo militar como eje de la política del partido. Los segundos defendían el carácter estratégico de lo militar en la política pero compartían con los primeros su preocupación por evitar “desviaciones militaristas”. Finalmente los últimos desconfiaban de las vacilaciones de la Dirección y creían en el papel determinante de la lucha armada. El PCCH optó por dirigir el aparato militar desde una comisión y no, como en el caso de los comunistas salvadoreños, directamente por el Secretario General. Esto se debió a que predominó una visión técnica y no política de las acciones militares. Pero en los hechos la Comisión Militar terminó elaborando una fundamentación política propia generando una tensión que derivaría en la división del FPMR en 1987, Sobre este escenario es que estallará la crisis del PCCH ese año y que se extenderá hasta 1990 (Álvarez 2014 215).

El éxito del Paro Nacional del 29 y 30 de octubre de 1984, apoyado por toda la oposición, marcó un punto de inflexión en la situación de Chile. Para el PCCH significó decidirse por impulsar desde diciembre la “Sublevación Nacional” como salida insurreccional. El objetivo, además de tirar abajo al régimen, era instalar “un poder

democrático avanzado con miras al socialismo” o, de no ser posible, reinstaurar un “régimen burgués”. Esta definición dificultaba la intención de lograr un acuerdo con toda la oposición, ya que quedaba en evidencia la contradicción de pretender al mismo tiempo un Gobierno Provisional y buscar instalar un régimen socialista. Además no aclaraba (en momentos en que la crisis política polaca demostraba los límites de las “democracias populares”), a sabiendas que hacerlo podría dividir a los comunistas, si el socialismo que se buscaba seguía identificándose con los modelos de Europa del Este.

Pero la radicalización de la estrategia llegaba justo cuando el momento de mayor fuerza de las movilizaciones había concluido. En efecto, la dictadura decidió endurecer la represión a tal punto, estado de sitio de por medio, que no se repetiría una nueva instancia de protesta masiva hasta septiembre de 1985. También se inició una etapa de recuperación económica lo que le permitió al régimen retomar la iniciativa política insistiendo en que debían respetarse los plazos establecidos en la constitución aprobada por el plebiscito de 1980 para la transición.

La opción por la lucha armada de los comunistas fue rechazada por la mayoría de la oposición a la dictadura incluyendo a democristianos y socialistas³⁰. Quedaba así frustrada la pretensión perseguida por el PCCH de crear un “frente antifascista”. Sin embargo su aislamiento político partidario contrastaba con el arraigo que comenzó a cosechar la nueva estrategia en las movilizaciones populares aunque en estas el protagonista no fuera el sector que esperaban los comunistas.

³⁰ La fracción del PSCH liderada por el secretario general Carlos Altamirano, con mayor presencia en el exilio, formalizó en 1983 una alianza con la Democracia Cristiana llamada Alianza Democrática. En cambio, la fracción liderada por Clodomiro Almeyda, el ex ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Allende, con mayor arraigo en el interior del país, se mantuvo aliado al PCCH aunque “puso menos énfasis en los aspectos militares” (Roberts:1994:14).

Las jornadas de protesta que se reiniciaron en septiembre de 1985 y siguieron en julio de 1986 demostraron el protagonismo de las movilizaciones en las “poblaciones” en contraste con el frente sindical, debilitado por las reformas laborales impulsadas por el gobierno, por la desocupación, y por la represión. La apuesta por la movilización obrera organizada, otro de los ejes de la estrategia comunista en la lucha antidictatorial (y de toda la historia del comunismo chileno), era desbordada por la nueva realidad del país. “Esta mutación que ponía como centro de gravedad de la política a lo poblacional por sobre lo sindical, formaba parte de la reconfiguración identitaria que la PRPM estaba generando en la cultura política comunista” (Álvarez 2007:380). Se estaba gestando una nueva forma de hacer política por parte de un partido tradicionalmente obrerista, monolítico y legalista que ahora comenzaba a tener más incidencia en las “poblaciones”, se acostumbraba a tener disidencias internas y al uso de las armas.

En agosto de 1986 era descubierto el arsenal de armas del PC y el mes siguiente del mismo año fracasaba el atentado perpetrado a Pinochet (acción que había sido decidida por el FPMR sin consultar a la Dirección del PCCH). En solo tres meses, julio y septiembre, se pasaba de alcanzar el cenit de la movilización de masas al más profundo fracaso de la estrategia insurreccional.

Como sostiene Álvarez “hacia el fin de esa fase (1986), la ausencia del debate a fondo de la propuesta que implicaba la PRPM, que como hemos visto no se reducía solo a la incorporación de lo militar en la política, sino a modificar la hechura partidaria comunista, le pasó su cuenta. Lo que había sido una fortaleza en sus inicios, se convirtió en debilidad a la hora de hacer cambios a la línea política. Opositores al giro militar y

partidarios de continuar con dicho giro durante la coyuntura del Plebiscito de 1988, hicieron emerger las subterráneas diferencias políticas al interior. El núcleo ideológico que había dado origen teórico a la PRPM, por su parte, inició su batalla por la “democratización” o “aggiornamiento” del Partido, tal como lo visualizaban desde mediados de los setenta” (Álvarez 2007:313).

Entre 1987 y 1990 los comunistas chilenos se enfrascaron en una discusión interna sobre el planteo de fondo de la renovación comunista, pensar un nuevo socialismo democrático para Chile. El momento no podía ser más crítico (fracaso de la tesis insurreccional en 1986 y debacle de los regímenes comunistas en 1989, reveses que se sumaban a la derrota de la Unidad Popular en 1973, las caídas de las direcciones partidarias en 1976, y la errática política durante la transición pactada en 1987 y 1988) al punto de que no hubiera sorprendido el fin de la existencia del Partido Comunista (como por ejemplo sucedió con el partido Comunista mexicano que se disolvió y muchos de sus integrantes se terminaron incorporando al Partido de la Revolución Democrática (PRD). Pero éste logró sobrevivir luego de que lo abandonaran el ala de izquierda, los renovadores más radicales, y también el ala de derecha, los que habían criticado a la PRPM por considerarla una desviación militarista. Si bien no ha recuperado el peso que supo tener antes de la dictadura, su accionar fue fundamental para lograr los triunfos electorales de la Concertación de Partidos por la Democracia en 1999 y en 2005 y de la Nueva Mayoría en 2013, coalición de la que forma parte junto con los partidos que formaban parte de la Concertación.

La renovación comunista llegó a su límite “cuando sus promotores quisieron

refundar el Partido, cambiando la esencia de ser comunista en Chile. Este hecho, unido a la rigidez de abandonar la línea que había recuperado el orgullo partidario, devenido en nuevo conservadurismo, desembocó en la peor crisis de la historia de PC. Sin embargo, la renovación comunista alcanzó a modificar viejas premisas, sentando las bases de la sobrevivencia política de los comunistas chilenos en la actualidad” (Álvarez 2007:11). La Dirección partidaria les dio la espalda a los impulsores de la PRPM cuando estos atacaron las creencias más arraigadas del ser comunista. Los que habían sido calificados de ultraizquierdistas en 1980 fueron etiquetados como “amarillistas” a fines de la década. “Si bien el camino de los orígenes de la PRPM y luego los debates para implementarla permitieron avanzar en hacerlo menos dogmático y ortodoxo, los renovadores comunistas no pudieron llegar a modificar el fondo de la creencia” (Álvarez 2007:318). Si las tensiones internas que se vivieron durante todo el período en que se implementó la PRPN no provocaron una ruptura fue porque todos priorizaron la unidad de la acción frente a la dictadura (con la excepción de algunos simpatizantes del eurocomunismo que se alejaron del PCCH en 1980). Cuando en 1986 se llegó a la conclusión de la imposibilidad de derrotar a la dictadura las tensiones salieron a flote y comenzaron a resquebrajar la unidad.

La crisis se manifestó con una intensidad y agresividad en las declaraciones que sorprendió a propios (acostumbrados a la fraternidad de la “gran familia” comunista) y extraños (habituados a la unidad monolítica de los comunistas). Es que no era solo sobre política sobre los que se debatía. Se estaba poniendo en cuestión las bases sobre las que se cimentaba toda la fe del ser comunista en un progresivo e irreversible camino triunfante del comunismo sobre el capitalismo guiado por dirigentes infalibles. Según Álvarez

“la pugna al interior del PC no debe ser entendida como las que ocurren en cualquier partido acostumbrado a entender la política de una manera laica. En el PC se discutía la permanencia y el sentido de una vida o décadas dedicadas a una causa que había hecho sentirse a sus militantes parte de un mesías colectivo, que liberaría de su yugo a todo el pueblo chileno. De ahí lo desgarradora y dolorosa que resultó esta crisis. Ninguno de sus protagonistas ha escrito sobre ella así como tampoco existen trabajos historiográficos de carácter monográfico que la analicen en profundidad”

por lo que el historiador chileno debió recurrir a los documentos internos y las publicaciones de la época para reconstruir los hechos.

La primera etapa de la crisis se dio con la ruptura del FPMR en 1987 cuando la dirección del partido decidió remover a su jefe, Raúl Pellegrín y controlar mejor a la organización militar luego de criticarlo por su “aventurerismo” (calificativo que los comunistas utilizaban contra la ultraizquierda, como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria-MIR). Solo dos de su Dirección Nacional se quedaron en el partido. Los demás formaron el FPMR-Autónomo. El divorcio se dio en buenos términos y ambas partes se comprometieron no solo a no enfrentarse sino a colaborar entre sí. La mayoría de los oficiales habían sido integrantes de la Juventud Comunista que habían sido enviados a en 1975 para formarse militarmente en Cuba, algunos habían combatido en Nicaragua, y habían entrado clandestinamente en Chile para desplegar la lucha armada en la década del ’80. Se sentían mas “rodriguistas” que comunistas, portadores de un espíritu de cuerpo que debió pesar en su decisión de romper con el PCCH cuando consideraron que no era lo suficientemente revolucionario como ellos se sentían.

En 1987 el régimen inició el proceso de registro electoral de aquellos que quisieran votar en el plebiscito de 1988. Mientras que el resto de la oposición estaba dispuesta a impulsar un registro masivo que dificultara un eventual fraude el PCCH se negó por entender que eso legitimaría la dictadura y se mantuvo en la tesis de que ésta solo caería por las movilizaciones populares. A pesar de que seguía sosteniendo que su propósito era instalar un gobierno provisional y una Asamblea Constituyente el resto de la oposición le seguía cuestionando haber optado por la vía militar. Cuando la dirigente comunista y actriz María Maluenda declaró públicamente su discrepancia con la línea política oficial del PCCH y se sumó al Movimiento por Elecciones Libres, la Dirección del partido primero la cuestionó y luego aceptó que podía haber decisiones personales diferentes a del partido. Finalmente en octubre de 1987 el PCCH decidió sumarse al resto de la oposición en su llamado a la inscripción electoral dejando de lado su advertencia de “no generar falsas ilusiones”. Esto no impidió que finalmente Maluenda fuera expulsada por haber actuado públicamente en contra de la línea oficial del partido. Al año siguiente sería una de las fundadoras del Partido Por la Democracia (PPD) junto con el sector socialista de Altamirano, un partido “instrumental” para eludir la prohibición legal dictatorial sobre los partidos de izquierda históricos.

Si bien el PCCH quedó aislado políticamente por su decisión de intentar derrocar la dictadura por la fuerza no dejó de intentar reconstruir la alianza de la izquierda marxista que había sido la base del gobierno de la Unidad Popular de Allende.

“Sin embargo, existía un problema fundamental: sólo los comunistas y grupos marginales de militantes socialistas se consideraban todavía marxistas, el resto de los

militantes de la izquierda institucional en el exilio había abandonado esta ideología y a fines de los ochenta se encontraban en un intenso proceso de renovación bajo las banderas de la socialdemocracia. A pesar de esto, la dirección comunista en el exilio intentó revivir los rescoldos políticos bajo la forma de una alianza anti-dictatorial de izquierda. Sin embargo, el camino a la transición había tomado su curso definitivo” (Navarro 2017:57).

En el año 1988 el debate pasó por convocar o no a votar en el plebiscito de octubre. En enero se creó el “Comando por el No” (que estuvo integrado por los aliados más cercanos del PCCH, sectores socialistas y el MIR) y un mes después trece organizaciones políticas creaban la “Concertación de Partidos por el No”. Esta estructura fue la base de la futura Concertación de Partidos por la Democracia, que gobernaría el país entre 1990 y 2010.³¹ Nuevamente el PCCH se aislaba del resto de los partidos de oposición con el argumento de que el plebiscito no se realizaría, y en caso de hacerse, se desconocería la voluntad popular. Primero intentó, con algunos sectores socialistas minoritarios, crear un “Comando contra el fraude” que tuvo poca vida, lo que lo llevó a sumarse en junio a la campaña por el No. Pero lo hizo marcando su impronta diferencial con el resto de la oposición al reivindicar un “No total” a cualquier tipo de cesión a la dictadura y también preveía la realización de movilizaciones al otro día del plebiscito en contra del probable fraude. El triunfo del No en el plebiscito del 5 de octubre, su reconocimiento por parte del

³¹ El sector del PSCH liderado por Almeyda decidió en 1987 participar en la coalición Concertación y en la campaña 'No' contra Pinochet. Aunque el partido no rompió formalmente su alianza con el Partido Comunista, sí lo hizo pasar a una alianza táctica de facto con los demócratas cristianos y los socialistas de Altamirano, lo que agravó el aislamiento del PCCH con su insistencia en mantener una estrategia de insurrección militar. El cambio estratégico de este sector socialista (que en realidad nunca había sido en su interna tan homogéneo como su discurso) se debió a varios factores: la penetración de las ideas asociadas con la renovación, la persistencia de la tradición allendista de reconciliar democracia y socialismo, la influencia de la Perestroika, y la toma de conciencia de que Pinochet había logrado revertir la situación crítica de la economía y resistir la movilización popular en su contra (Roberts:1994:16).

régimen, el festejo popular en las calles (que incluyó abrazos con la policía) dio por tierra a los pesimistas augurios comunistas. El fin de la dictadura significó el inicio de un intenso debate interno, que se hizo público, buscando los responsables de la errática y fallida estrategia aplicada hasta entonces.

La crisis que sacudió a los comunistas chilenos entre 1989 y 1990 se puede dividir en tres etapas: La primera abarca del Plebiscito de 1988 al XV Congreso del PCCH, realizado en mayo de 1989 en Chile. La segunda etapa abarcó hasta la Conferencia Nacional del PCCH en junio de 1990. La última etapa se extendió hasta fines de 1990, momento en que la crisis alcanzó su punto más álgido. Si bien durante estos periodos las posiciones políticas de los principales protagonistas fueron modificándose se pueden visualizar claramente las distintas corrientes internas que se expresaron públicamente.

A raíz de la fractura del FPMR en 1987 se retiró el ala con posiciones más radicales de la izquierda partidaria. Luego de la victoria del No en el plebiscito la vía insurreccional ya no encontraba defensores dentro del PCCH. De los antiguos principales impulsores de la PRPM del EDI se desprendió un grupo que se identificaría con la versión más radical de la renovación aliándose circunstancialmente con la derecha partidaria, lo que le permitió a esta última solidificar su posición. A riesgo de ser simplista podría definirse que durante la crisis se enfrentaron dos bandos, la “ortodoxia” de la Dirección contra la “renovación” de la disidencia, conflicto que concluyó con la retirada de estos últimos de la organización partidaria. Los que se quedaron con el control del partido a la postre fueron la mayoría de los antiguos dirigentes del EDI y algunos integrantes de la Vieja Guardia, antiguos adversarios en la década de los ‘80 y aliados en la década siguiente. A ambos sectores los

unía la persistencia de la fe en el proyecto comunista, algo que los disidentes habían perdido tras la derrota de la estrategia insurreccional y la debacle del “socialismo real”.

4.1 Renovación estratégica, derrota militar y aislamiento político (octubre 1988-mayo 1989)

El último congreso del PCCH se había realizado en 1969. Se pensó en realizar el siguiente en 1983 pero las diferencias entre el EDI y la Dirección en el exterior llevaron a su postergación. Pero dadas las circunstancias su realización no podía demorarse más. El partido debía hacer un balance de su política durante el gobierno de Unidad Popular, durante el período de la dictadura y tomar posición sobre los cambios que se vivían en la URSS en los países del “socialismo real”. Los dos bandos enfrentados en el XV Congreso por la PRPM compartían su admiración por la Perestroika impulsada por Gorbachov y se mostraban expectantes de que pudiera solucionar los problemas de la URSS. Por eso no es de extrañar que los documentos que llegaban a las bases para la discusión previa se centraran más en las cuestiones internas. Estos, aunque breves, reflejaban la postura del EDI. Se enfatizaba en los errores que llevaron a la caída del gobierno de Allende (excesiva confianza en el legalismo, en la evolución económica, y en el comportamiento de las FF.AA.), en la estrategia antidictatorial (creencia en la pronta caída de Pinochet, el haber retrasado la implementación de la PRPM y de no haberla colocado como eje central de la política del partido). Proponía mantener la política militar para hacer frente a un eventual retroceso en la transición hacia la democracia a la par de que se reclamaba democratizar

aún más la estructura partidaria. Se criticaba a la Dirección en el exterior por antidemocrática y por ejercer un “control ideológico sobre la dirección interior”. Se llegó a afirmar que “nunca debió funcionar fuera de Chile la Dirección del Partido”. Los principales voceros de esta tendencia eran la exdiputada Gladys Marín y dos intelectuales, el historiador Augusto Samaniego y el sociólogo Manuel Fernando Contreras. Este último criticó el “obrerismo” dominante en el partido en detrimento de los intelectuales que se expresaba por ejemplo en cuidar que determinada cantidad de los cargos estuviera ocupados por obreros para cuidar la concepción clasista del partido.

Desde el otro bando se insistía en abandonar la perspectiva militar en aras de lograr la unidad con el resto de la oposición. El error cometido durante el gobierno de la Unidad Popular no había sido no tener una fuerza militar sino no haber podido lograr un entendimiento con la Democracia Cristiana sostenía el principal vocero de esta corriente de opinión, el exdiputado Luis Guastavino (Álvarez 2007:428).| Este había tenido siempre sus reservas sobre la estrategia insurreccional. Augusto Samaniego y Manuel Contreras, ambos miembros del CC y arquitectos intelectuales de la estrategia de rebelión popular a fines de los 70 y principios de los 80 creían que el PCCH no había sido capaz de adaptarse a la nueva situación política de fines de los 80. Los disidentes coincidieron en que para que el PCCH lograra salir de su aislamiento político debía renunciar a sus pretensiones insurreccionales y construir puentes hacia la Alianza de la Concertación.

Para "Carmen Gloria", una de las expositoras del XV Congreso, la PRPM

“no era solamente una estrategia política, "era una forma de vida" y un elemento para profundizar la democracia. No fue una opción diría 'Fernando', "fue una necesidad".

Tal vez por ello 'Camilo Contreras'-seudónimo de Lautaro Carmona y Secretario General de las Juventudes Comunistas entre 1979-1989-, señalaba con mucha "honra" que la Jota eran "Hijos de la Rebelión, formados en este duro tiempo y en esta justa política". Sin embargo, y a pesar de que 'Fernando' sostuviera que más de mil jotosos habían participado en la discusiones y que no existían opiniones "que pongan en cuestión la vigencia, validez y efectividad de la Política de Rebelión Popular de Masas", los años 90' demostraron que el consenso al interior del PCCh era más bien en un plano retorico que real" (Piricán 2016).

Esta creciente disidencia sobre cuestiones estratégicas se enmarcó en un contexto de crisis de los gobiernos comunistas en la URSS y en Europa del Este. Identificado históricamente por su lealtad al PCUS el PCCH debió hacer frente simultáneamente al desafío ideológico proveniente de la Perestroka y los errores cometidos en la política interna a fines de la década del 80. A juicio de Roberts las reformas de Gorbachov minaron la certeza ideológica del PCCH y ofreció un manto de legitimidad a la disidencia ideológica, permitiendo que las críticas internos pasaran rápidamente de cuestiones estratégicas a los principios ideológicos más fundamentales como la dependencia filial del partido en Moscú, su leninismo rígido y doctrinario, y el concepto de la dictadura del proletariado (Roberts:1994:18).

Al mismo tiempo que el PCCH cuestionaba al PCSH por su abandono de los principios marxistas, las identidades de clase y los objetivos revolucionarios, se declaraba partidario de la Perestroika considerándola necesaria para corregir la burocratización y las deficiencias democráticas en el bloque soviético. Sin embargo, se identificó más con el

modelo ortodoxo de Cuba y conservó los principios ideológicos centrales, proclamando que la "renovación" era necesaria principalmente para consolidar un "centralismo democrático perfecto" y reforzar, no renunciar, los compromisos revolucionarios del partido. El colapso de los gobiernos comunistas en Europa del Este no fue atribuido al sistema sino a errores humanos. Mantuvo la prohibición al fraccionalismo interno y la disidencia pública. Los críticos internos fueron descalificados como "socialdemócratas", acusados de pretender abandonar el carácter revolucionario de la organización. Algunos de ellos fueron víctimas de sanciones lo que provocó un cisma del partido durante la segunda mitad de 1990 (Roberts:1994:19). No es de sorprender que estos disidentes no solo pretendieran renovar los principios ideológicos y estratégicos sino también los principios de la estructura partidaria a la que responsabilizaban por carecer de una cultura democrática interna que dificultaba los debates abiertos, desalentaba la participación desde las bases y formaba militantes del partido para ser obedientes receptores de las directivas emitidas desde arriba. En contrapartida promovieron revisar el centralismo democrático para eliminar lo que calificaban como el autoritarismo 'estalinista' y "aumentar el potencial transformador del partido" al abrirlo a la energía creativa de la libre expresión y la participación directa (Roberts:1994 20). En otras palabras, para poder cambiar la estrategia y la ideología del PCCH los renovadores tenían necesariamente que cambiar la rígida estructura centralizada partidaria que obstaculizaba el flujo de información, eliminaba el pluralismo interno y bloqueaba el debate abierto de los temas estratégicos e ideológicos. Esto explica que los temas organizativos, que en otros partidos suelen ser temas secundarios, se hayan convertido en un aspecto central del conflicto interno.

Luis Corvalán, el secretario general, a pesar de ser integrante de la "Vieja Guardia"

(aunque no había sido uno de los que más críticos al EDI), se puso a tono con el reclamo democratizador del congreso al cuestionar su permanencia de treinta años en el cargo y criticar el excesivo poder que la Comisión Política tenía en detrimento del Comité Central. A la hora de la elección del nuevo Comité Central fueron desplazados todos los dirigentes identificados con la derecha partidaria y con la Vieja Guardia con excepción de Volodia Teitelboim, que lograba reunir simpatías entre todas las corrientes, lo que le permitió ser elegido como el nuevo Secretario General. Sin embargo el liderazgo real ya lo tenía la futura Secretaria General.

Marín, sin bien aún no era Secretaria General del PC, se había convertido en una líder indiscutible del comunismo chileno al decidir retornar de manera clandestina al país y reconstruir al conglomerado en los años de consolidación del régimen dictatorial. En los albores de 1990, Marín oficializaba su poder construido a lo largo de la década de los 80'. Si bien en las sombras, en ese proceso, Marín había destronado a parte de la Vieja Guardia del Partido, como Luis Corvalán y Orlando Millas en el XV Congreso. Así, en el ocaso de la Guerra Fría, asumía Volodia Teitelboim como Secretario general, exsenador, escritor y voz de Radio Moscú. Estaría a cargo de mantener el consenso, unidad y cohesión del Partido. Una tarea titánica en los meses que se avecinaban (Piricán 2016).

4.2 Entre la renovación ideológica y el continuismo desbolchevizado (mayo de 1989-junio de 1990)

Era tan fuerte la necesidad de definir un debate interno tanto tiempo postergado que

no extraña que la discusión sobre la posición que debería adoptar el PCCH ante el futuro gobierno democrático no tuviera el mismo grado de intensidad. Sin embargo la insistencia en mantener la PRPM sería uno de los desencadenantes de la siguiente fase de la crisis que adquirió un carácter muy diferente a la primera. Derrotados en el congreso, el ala derecha decidió hacer públicas sus posiciones contradiciendo la tradición comunista de ventilar hacia afuera los asuntos internos. Pero lo más llamativo de este periodo fue la ruptura entre los que habían triunfado en el congreso (los renovadores y la Dirección), derivando en una nueva alianza de los renovadores con la derecha partidaria. La Dirección, luego de haber desplazado a la “Vieja Guardia” y a la derecha partidaria hizo lo propio con los renovadores que pretendían derribar principios fundamentales del ser comunista.

En la convocatoria para el Octavo Congreso de las JJCC, realizada a mediados de 1989, las contradicciones del XV Congreso del PCCH llegaron a su apogeo al interior de la organización juvenil. En la misma se mantenía la retórica de la lucha contra la dictadura, centrada en la PRPM. Se afirmaba que la PRPM

*"aspira a fundir la solución de la contradicción principal del período, terminar con el fascismo y la profundización de la democracia en la perspectiva socialista"*³².

No es de extrañar la persistencia de continuar esta política en la década del '90 si se tienen en cuenta que es la única que muchos de los jóvenes comunistas conocían y que además había sido impulsada por Gladys Marín, ex Secretaria General de la organización. Esta estrategia impulsada en la década anterior fue la que

³² JJCC, "Jóvenes: de cara al futuro a luchar a unir por Chile y la democracia hasta vencer". Convocatoria al 8 Congreso, sin fecha de edición, p. 4. Citado en Piricán 2016.

“dio coherencia a la Jota para recomponerse, luego de los golpes represivos que exterminaron a dos direcciones en la década del ‘70” (Piricán 2016).

El remedio encontrado para superar la crisis anterior causada por la dictadura podía volver a ser útil para cerrar filas ante una nueva crisis, esta vez de carácter interno, que ponía en riesgo la existencia del partido. Sin embargo a la par con esta retórica radical hacia dentro los comunistas, aún ilegales, apoyaban públicamente la campaña electoral de Patricio Aylwin (aunque no había sido su favorito entre los precandidatos), candidato de la Concertación por la Democracia y dirigente del Partido Demócrata Cristiano, a quien incluían entre las organizaciones responsables de la caída del gobierno de Salvador Allende.

“Ese equilibrio entre pragmatismo y convicciones como hijos de la rebelión, era el difícil buque a mantener a flote en el primer año de transición” (Piricán 2016)

El 14 de diciembre se realizaron las elecciones presidenciales y parlamentarias que sellaron el triunfo de la Concertación con el 55% de los votos. Dado la negativa del PDC de integrar a comunistas en las listas de candidatos al parlamento el PCCH presentó candidatos propios en trece distritos de diputados (de un total de sesenta) y en tres distritos de senadores (de un total de diecinueve). Lo hizo integrando el Partido Amplio de Izquierda Socialista (PAIS), formación política que formó junto con algunos aliados, principalmente socialistas almeydistas. El magro resultado electoral, un 4,2 %, lo dejó sin ningún parlamentario. Los dos diputados electos por el PAIS eran socialistas y se sumaron a su partido cuando este reunificó. El dirigente socialista Ricardo Lagos atribuyó el mal resultado electoral alcanzado por los comunistas como un “voto castigo, por no compartir la

ciudadanía buena parte de sus planteamientos”³³. En la misma línea se expresó el político derechista Andrés Allamand, quien explicaba la derrota del PC más bien por “un desplazamiento del electorado hacia las posiciones de centro y una votación de castigo hacia las posiciones de izquierda” que por los efectos del sistema electoral binominal, muy criticado por la izquierda³⁴.

De haber existido un sistema proporcional el PCCH habría obtenido a lo menos dos diputados (Riquelme 2009 200 y Navarro 2017:61). El sistema electoral binominal³⁵

“sumado a la división de las fuerzas antipinochetistas en dos listas, resultó sumamente perjudicial para los candidatos del PAIS” (Riquelme 2009 200).

Sin embargo, el CC hacía en diciembre un balance positivo del desempeño electoral del partido destacando que en algunos lugares se había alcanzado superar el 20% de los votos y rechazando explícitamente que se hubiera tratado de una derrota:

*“[...Los chilenos hemos conquistado un gran triunfo democrático con la elección presidencial de Patricio Aylwin. La derrota político-electoral de Pinochet y del continuismo constituyen un avance histórico para cambiar decididamente hacia el término de la dictadura y todo un andamiaje institucional y terrorista”*³⁶.

³³ La Nación, 16/12/1989. Citado por Navarro 2017:61.

³⁴ La Nación, 19/12/1989. Citado por Navarro 2017:62.

³⁵ Este sistema persistió hasta las elecciones del 2013. Se elegía por circunscripción a las primeras mayorías de las dos listas más votadas. A diferencia del sistema proporcional que elige a los candidatos con más votos, sin mediación de la suma de votos de las listas. Se reparten dos escaños por circunscripción entre las dos listas más votadas. La lista que tuvo la mayor cantidad de votos solo se queda con los dos cargos si logra duplicar a la que le sigue en votos. En tres de los cuatro distritos en que PAIS presentó candidatos a senadores, logró ser la segunda mayoría pero no fue suficiente como para lograr el escaño.

³⁶ “Declaración del Comité Central del PC. Por una ofensiva dirigida a destruir el poder fascista paralelo”, en El Siglo, 25 de diciembre al 7 de enero de 1990. Citado en Riquelme 2009 201.

Y advertía de las consecuencias de la decisión de la Democracia Cristiana de no presentar una lista única de la Concertación junto a los comunistas:

“[... las mayoritarias fuerzas que han llevado al triunfo a Patricio Aylwin no contarán con un Parlamento para una democracia más plena. El tránsito democrático se verá seriamente dificultado por ello”³⁷.

Durante los últimos días de la dictadura el PCCH debía hacer frente a un triple escenario desfavorable. Las elecciones lo dejaron fuera de los poderes del Estado, la reunificación del PSCH en diciembre de 1989 lo dejaba sin sus aliados almeydistas, y la crisis de los países del “socialismo real” debilitaba a su referente internacional histórico. Privado de poder usar el parlamento como tribuna política, de aliados importantes y de apoyo externo el PCCH se enfocó en tres objetivos, reclamar por la libertad del millar de presos políticos que aún existían³⁸, por justicia para los crímenes cometidos por la Dictadura y por poner fin vestigios del autoritarismo. Esto último se traducía en reformar la constitución de 1980, aprobar una nueva ley electoral y una nueva ley de partidos políticos, eliminar los senadores y alcaldes designados y, sobre todo, destituir a Pinochet como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas³⁹.

El Secretario General del PCCH, Volodia Teitelboim, declaraba que su partido no haría una oposición franca al nuevo gobierno pero si procuraría la “movilización de masas, la defensa activa del proceso democrático y el impulso a la ofensiva dirigida a destruir el

³⁷ Ibid.

³⁸ El 30 de enero cuarenta y nueve presos del Frente Patriótico Manuel Rodríguez lograron escaparse a través de un túnel que venían construyendo desde 1987 respaldados logísticamente por el PCCH. En los días siguientes se realizaron diversos actos en su apoyo (Piricán 2016).

³⁹ Pluma y Pincel, "La rebelión hizo su camino". N°110, Enero de 1990. P 6-8. Citado en Piricán 2016.

poder fascista paralelo, apoyando y exigiendo el cumplimiento del programa y la democratización a fondo del país”⁴⁰.

La derrota electoral de PAIS derivó en su disolución en enero de 1990.

“fue otro ingrediente que se acumuló en el estallido de la crisis del Partido Comunista y sus Juventudes durante este período” (Picarán 2016).

En efecto, si bien era meramente un partido instrumental con el cual el aún ilegalizado PCCH pudo competir electoralmente también agrupaba a otros sectores de izquierda que terminaron ingresando a la gobernante Concertación de Partidos por la Democracia. Esto terminó de configurar el aislamiento político de los comunistas dentro del sistema político, lo que no inhibió al PCCH de inscribirse el 7 de marzo de 1990 en los registros electorales.

Gran parte de este aislamiento puede explicarse por el sentimiento anticomunista arraigado en amplios sectores de la sociedad chilena, un fenómeno existente desde antes de la Guerra Fría y potenciado durante la Dictadura (Navarro 2017:60). El temor por el comunismo era expresado por partidos de todo el espectro político⁴¹ e inclusive por movimientos sociales⁴². Luis Maira, presidente del PAIS reconocía a los comunistas su

⁴⁰ La Nación, 20/12/1989. Citado por Navarro 2017:62).

⁴¹ El partido Social Demócrata reconocía con estupor «el avance político y las acciones terroristas de los sectores revolucionarios que sólo buscan el enfrentamiento para establecer en Chile un régimen como el cubano» (La Nación, 6/11/1988), Tres días después el diario La Nación en su editorial instaba los partidos de oposición a aislar al PCCH debido a su casi genética propensión a los medios violentos al carecer de una , «“vocación democrática” [ya] que siempre ha utilizado simultáneamente la vía política y la violentista» (La Nación, 9/11/1988). Un dirigente socialista denunciaba que la creación del partido PAIS significaba la claudicación del histórico dirigente socialista, Clodomiro Almeyda, calificándolo para la ocasión como un «fiel servidor del PC [y] de la RDA» (La Nación, 22/11/1988). Citado por Navarro 2017:59-60).

⁴² La Federación Nacional de Estudiantes Secundarios llegó a denunciar al PCCH de instrumentalizar y manipular a los estudiantes para que cometieran actos de violencia y con ello desestabilizar a la dictadura (La

esfuerzo al principio de la dictadura por unir a toda la oposición pero a fines de la década de los '80 “si no estaba el PC todos los entendimientos eran posibles”⁴³.

A esta coyuntura adversa en el campo electoral se sumó la crisis de los regímenes comunistas que pareció dio sustento a la idea de la superioridad del sistema capitalista y la democracia liberal sobre el socialista. La primera reacción del PCCH ante la debacle de los regímenes comunistas en Europa del Este fue defender la vigencia de sus principios ideológicos identitarios aunque se reconocía que

*“en el Partido hay una gran inquietud por el problema internacional, en algunos incluso confusión y desconcierto, honda preocupación”*⁴⁴.

Teitelboim intentó transmitir un mensaje tranquilizador al afirmar que

*“lo que está en desarrollo es un proceso de renacimiento del socialismo, que vuelve a sus fuentes originarias [...] lo que acontece es una crisis necesaria para que el socialismo sea lo que debe ser, más conforme con la visión trazada por Marx y Engels que tampoco fijaron esquemas ni modelos”*⁴⁵.

Reafirmaba el compromiso con el socialismo y con la democracia al anunciar que el PCCH

“quiere ir más allá del régimen burgués, cuando la mayoría popular y nacional así lo determine democráticamente, avanzará hacia la meta del socialismo, conforme a las

Nación,13/11/1988). Citado por Navarro 2017:59).

⁴³ Maira y Vicario, op. cit., p. 134, citado por Navarro 2017:60)

⁴⁴ Intervención de Volodia Teitelboim, secretario general del PCCH en el 68° aniversario del partido titulado “Lucha entre progreso y reacción continúa agudamente”, enero de 1990. Publicado en El Siglo, 8 al 21 de enero de 1990. Citado en Riquelme 2009 203-206.

⁴⁵ Ibid.

características específicas del país”⁴⁶.

Como señal de los nuevos tiempos el concepto de Dictadura del Proletariado, tan caro a la tradición ideológica comunista, comenzó a ser públicamente cuestionado por integrantes de las diferentes corrientes internas. El primero fue el ex encargado de Relaciones Políticas del PCCH Patricio Hales, identificado con el ala derecha, y le siguieron los dirigentes Volodia Teitelboim y Gladys Marin. Ésta reconocía, en un discurso realizado en el acto por el 68° Aniversario del PCCH que

“no es...el término adecuado para señalar la fuerza democrática que una revolución debe ejercer, más ahora que, con esta realidad fantástica de la revolución científico-técnica, hay cambios profundos en todas las sociedades, en todas las clases, en las formas de ejercer los gobiernos” (Álvarez 2007:447).

A la vez que rechazaba las acusaciones de Hales (expresadas en una entrevista dada a un periódico no identificado con la izquierda, lo que volvía más rechazable sus declaraciones) de que el partido fuera antidemocrático, convocaba al partido

“a la más amplia y activa discusión. Que cada organismo partidario ejerza sus derechos y deberes. Una discusión franca, sana, que es necesaria y que se debe realizar dentro del Partido...”.

Sobre la continuidad o no de la PRPM la dirigente dejaba la puerta abierta para su debate al expresar en forma un tanto ambigua que

“es evidente que nuestra actitud frente al gobierno democrático de Aylwin no puede

⁴⁶ Ibid.

ser la misma que ante la dictadura de Pinochet”.

Para Riquelme la autocrítica de Marín sobre el uso del término Dictadura del proletariado

“quedaba limitada al plano retórico, al tomar distancia de la palabra sin referirse al concepto del poder y del cambio social involucrado en ella” (Riquelme 2009 207).

Entre los dirigentes del PCCH primaba la

“visión de una sociedad escindida entre grupos antagónicos en pugna por la totalidad del poder, en la cual predominaba en definitiva aquél que tenía la capacidad de ejercer la fuerza”,

lo que resultaba contradictorio con el concepto de democracia pluralista y la universalidad de los derechos humanos (Riquelme 2009 209). Era sobre esta contradicción que más insistían los renovadores que criticaban a la Dirección partidaria.

En enero de 1990, mientras todo Chile vivía con expectativa la asunción del gobierno de Aylwin el 11 de marzo, los comunistas se enfrascaban en una nueva fase de su crisis. Algunos referentes de los renovadores realizaron declaraciones que, para la Dirección partidaria habían ido demasiado lejos porque cuestionaban principios muy caros para la identidad comunista. El más radical en sus planteos fue Álvaro Palacios que llegó a calificar al marxismo-leninismo

“como una estrecha camisa de fuerza en el pensamiento teórico del PC y le impide construir una teoría”,

lo que le valió el rechazo incluso de otros dirigentes renovadores. También convocaba a refundar el partido sobre nuevas bases donde las minorías tuvieran derecho a expresarse públicamente y que la Dirección ya no fuera el organismo que generara las proposiciones para crear las direcciones inferiores, entre otras medidas que apuntaban a democratizar la estructura. Manuel Fernández Contreras, criticó el balance positivo que la Dirección había hecho del resultado electoral de 1989 y adjudicó el fracaso en los errores políticos cometidos en los dos años previos.

En febrero un grupo de ex militantes del PCCH publicaban un manifiesto donde denunciaban “los errores de la política comunista” en la última década y la incapacidad del PCCH de “marchar con los tiempos” al tiempo que saludaban el proceso de reconstitución del PSCH y valoraban la existencia del PPD⁴⁷. Algunos meses después algunos de los firmantes de este manifiesto se terminarían incorporando al PSCH⁴⁸. En abril se retiraba, entre otros, Patricio Hales y el exsenador Alejandro Toro. En ese mes se realizaba el IX pleno del CC que decidió responder firmemente a la propuesta de los renovadores de sustituir la postura oficial de “independencia constructiva” asumida ante el gobierno de Aylwin por un apoyo incondicional. El CC advertía de confundir renovación con refundación y revolución con reformismo. Atribuía a los disidentes como Hales intenciones “liquidacionistas” con respecto al partido y se advirtió a Guastavino, Samaniego y Contreras que se habían extralimitado con sus declaraciones públicas críticas a la Dirección. Se recordaban los límites de la democracia interna al advertir que

⁴⁷ “Manifiesto por la Democracia y la Renovación del Socialismo”, inserción en Apsi, Santiago, marzo 1990. Citado en Riquelme 2009 207.

⁴⁸ “Siete ex comunistas del Grupo Manifiesto se integraron al PS”, en La Época, Santiago, 8 de agosto de 1990. Citado en Riquelme 2009 209.

“la expresión de discrepancias fuera de los marcos del Partido después de culminada la discusión democrática constituye una violación de las normas partidarias, daña la unidad y la influencia de masas del Partido”⁴⁹.

El periódico comunista El Siglo informaba que, luego de un proceso de consulta a los organismos de base estos se manifestaron opuestos que el PCCH se transformara en un partido de "tendencias o corrientes" y favorables en cambio de mantener el carácter marxista y el principio del centralismo democrático como "forma de vida del partido, dotándolo del máximo de democracia en todas las instancias de discusión partidaria". También se pronunciaban por mantener la oposición crítica al gobierno de Aylwin a la vez que se planteaba la necesidad de agrupar un referente de izquierda para lograr avanzar en la democratización del país⁵⁰.

Pero el debate también se desarrolló sobre cuestiones de forma. El Congreso había decidido que el nuevo programa partidario se discutiría en una Conferencia Nacional pero Hales propuso, teniendo en cuenta la importancia de los cambios sucedidos últimamente a nivel mundial y nacional, que fuera en un Congreso Extraordinario donde se tratara el tema. Tal vez en la creencia de que la verdadera intención de Hales era revertir el resultado del evento anterior (dado que solo los congresos pueden elegir a las autoridades nacionales) y mejorar la representatividad en el CC del ala de derecha su propuesta fue desechada por la Dirección en enero, aunque sí logró que el tema se instalase en el centro del debate partidario. En su lugar el CC convocó a una Conferencia Nacional a realizarse en mayo.

⁴⁹ “Declaración Pública. CC del PCCH”, en El Siglo, Santiago, 20 de abril de 1990. Citado en Riquelme 2009 211.

⁵⁰ El Siglo, "Construyendo un partido revolucionario". N° 27, mayo de 1990, p. 5 (Picarán 2016).

Entre el 29 de mayo y el 2 junio de 1990 se realizó la esperada Conferencia que decretó concluir el debate y ratificó en todos sus términos la posición mayoritaria de la Dirección.

“Para los ‘renovación’, fue la última apuesta para impulsar un giro en la conducción del PCCh, alejarlo de la PRPM e insertarlo a las nuevas condiciones políticas inauguradas bajo la transición. Para la ‘renovación revolucionaria’, era la ratificación del poder construido en el transcurso de la década del 80, basado en prolongar la identidad política construida alrededor de la PRPM” (Piricán 2016). Piricán califica como “renovadores” a los que se oponían al centralismo democrático y a los “renovadores revolucionarios” a

“la corriente que prolongó la Política de la Rebelión Popular de Masas como la estrategia política que, adaptándose a las nuevas condiciones políticas, tomaría ribetes distintos a la de la década de los 80' sin perder su potencial revolucionario, entendido esto como planteamientos que se renovarían de manera permanente con el objetivo de construir el socialismo”.

Identifica a Guastavino y Samaniego como los principales integrantes de la primera tendencia y a Marín como la vocera más destacada de la segunda. También destaca la existencia de una tercera corriente de opinión, el Grupo Manifiesto,

“un minoritario grupo de exmilitantes, partidarios de que el PCCh ingresara a la Concertación Democrática y respaldara irrestrictamente al Presidente Aylwin. Habían sido férreos opositores a la línea de la "Rebelión Popular”.

Durante la Conferencia Teitelboim criticaba el continuismo económico del gobierno de la Concertación y la “democracia de los acuerdos” ya que resolvía las medidas “por arriba, sin buscar la presencia del pueblo, ni su participación”. El secretario general denunciaba la actitud de los socialistas integrantes del mismo por pretender “poner en práctica cambios graduales que bloqueen un proceso revolucionario”⁵¹. A diferencia de sus exaliados los comunistas no luchaban por “una democratización que conduzca a la estabilidad indefinida del capitalismo”. También advertía que “ciertos sectores democráticos, incluso de izquierda, nos requieren para una renovación no revolucionaria, que nos conduzca a ser en definitiva un partido del sistema”. Reconocía la existencia de “compañeros que se desalientan, incluso se marginan de la actividad o piensan en abandonar el Partido”. Si bien decía comprender las razones de ese sentimiento de frustración no dejaba de advertir la preocupación de que “ciertos compañeros, entre nosotros, sugieren y defienden una llamada refundación del Partido, una transformación que lo conduzca a su disolución en un frente u organismo de izquierda heterogéneo, sin mantener su propia identidad revolucionaria”.

En un intento por aproximar a las tendencias contrapuestas apeló a la moral y al deber ser de un comunista.

"No hemos asumido una posición política por interés personal, por un proyecto individualista, sino por servicio a una causa que es superior a todos nosotros, que anima nuestras vidas y se convierte en una segunda naturaleza".

En la misma línea reiteraba los objetivos partidarios probablemente confiando en que

⁵¹ “A la democracia ahora: fuera Pinochet”, en El Siglo, 3 al 9 de junio de 1990. Citado en Riquelme 2009 (212-217)

lo que había mantenido unido a los comunistas podía continuar haciéndolo. Recordaba al Congreso que el Partido se había comprometido con liberar a Chile de la dictadura, democratizarlo y "en una escala posterior arribar al puerto del Socialismo". No se podía perder la brújula en tiempos de tormenta hasta llegar al puerto "que nos hemos propuesto"⁵².

Esta etapa de la lucha por el poder terminó con la derrota de los renovadores y la renuncia de cuatro titulares del CC (Fanny Pollarolo, Leonardo Navarro, Samaniego y Contreras) y un suplente (Manuel Riesco). A diferencia del PCU, donde casi todo el CC terminó renunciando a sus cargos y abandonando el partido en el PCCH fueron solo cinco dirigentes los que dejaron sus cargos. En el caso chileno la crisis, y su corolario la diáspora, se manifestó más en las bases que en los organismos de dirección (Álvarez 2007). Samaniego y Contreras, ideólogos del viraje político que el PCCH realizó en 1980, renunciaron denunciando que fueron víctimas de los métodos estalinistas⁵³. Pollarolo, médica psiquiatra que había alcanzado destacada notoriedad durante las protestas sociales realizadas entre 1983 y 1986, alegó en su renuncia "la inexistencia de un clima de debate interno"⁵⁴.

Más allá de que los integrantes de la corriente renovadora perdió la disputa interna la Conferencia resolvió una importante modificación en el campo de lo simbólico. Con la intención de "retomar una raíz nacional" se decidió cambiar la fecha de nacimiento del PCCH para el 4 de junio de 1912, cuando Luis Emilio Recabarren fundó el Partido Obrero

⁵² Pluma y Pincel, "fin a la discusión ensimismada". N°123, junio de 1990. P 3-6. Citado en Piricán 2016.

⁵³ La Época, Santiago, 21 de junio de 1990. Citado en Riquelme (2009 221).

⁵⁴ La Época, Santiago, 14 de julio de 1990. Citado en Riquelme (2009 222).

Socialista⁵⁵. Se buscaba así, en plena crisis del modelo soviético, que había significado asumir las 21 condiciones de la III Internacional creada en 1919 por Lenin desbolchevizarse y asumir un nuevo sentido para ser comunista vinculado a la realidad nacional. Para Piricán

“más que un detalle cosmético, era un paso esencial de una política a largo plazo, la que partió por alejarse del socialismo real e insertarse como parte de la lucha por abrir la democracia a lo largo de la historia de Chile” (Piricán 2016).

Este interés de los comunistas en recuperar el legado de Recabarren y el POS “significaba el reconocimiento de que la lucha obrera y socialista tenía, incluso antes de que se produjera la Revolución bolchevique, una matriz nacional” (Navarro 2017:64). El culto al histórico fundador el PCCH no era nuevo. Hasta el golpe de Estado el PCCH tenía un museo dedicado a él y su imagen aparecía junto a la de Marx, Engels, Lenin y de Stalin. En la década del '30 sin embargo su figura fue cuestionada por la dirigencia partidaria, a instancias de la Internacional Comunista) debido a su “apego por las formas institucionales de hacer política” (Navarro 2017:64). Este rechazo se revirtió a mediados del siglo XX al punto que su forma de hacer política también fue reivindicada, y disputada, por otros sectores de la izquierda por “basada en la autonomía de la clase obrera, la organización de ésta en partido político y la búsqueda de la democratización y el socialismo” (Navarro 2017:64).

Curiosamente en esta reivindicación de su pasado recabarrenista coincidían tanto la Dirección partidaria encabezada por Teitelboim como los dirigentes renovadores Orlando

⁵⁵ La Tercera, "PC dice no al extremismo". 04 junio de 1990. P 7. Citado en Piricán 2016).

Millas, Augusto Samaniego y Álvaro Palacios. Para el Secretario General el PCCH debía tener como objetivo inmediato la restitución de un Estado democrático, al igual como lo habían hecho los fundadores del partido. Millas, que se había opuesto a que el partido adoptara la estrategia del PRPM, destacaba que a diferencia de lo que ocurría en otras partes los comunistas chilenos «no era un grupo de sectarios que soñara con copiar el asalto al Palacio de Invierno, sino que era un partido decididamente proletario y de masas y con una efectiva democracia interna”. Samaniego y Palacios reivindicaban a Recabarren como un ejemplo para “nacionalizar” el marxismo y lograr así revertir la crisis del movimiento comunista internacional. Entendían que el PCCH luego de la dictadura debía priorizar la democratización de la sociedad, sin renegar de su objetivo socialista.⁵⁶. Así como el POS a principios del siglo XX procuraba democratizar el sistema político chileno en un contexto de fuertemente anticomunista el PCCH se proponía eliminar los vestigios de autoritarismo en una situación de fuerte aislamiento político.

4.3 El fracaso de la adaptación ideológica radical (junio de 1990-noviembre de 1990)

La Dirección intentó dar muestras de que el debate interno se había terminado. El X del CC realizado en julio de 1990 respectivamente se abocó a organizar la recolección de

⁵⁶ Teitelboim, Volodia: “Democracia, socialismo y renovación del PC de Chile”, en VV.AA., Crisis y renovación, Santiago, Ediciones Medusa-ICAL, 1990, pp. 203-231.

Millas, Orlando: Memorias, 1957-1991. Una digresión. Volumen IV, Santiago, Ediciones ChileAmérica CESOC, 1996, p. 338. 38

Samaniego, Augusto y Palacios, Álvaro: “Pensando una “perestroika” para la izquierda chilena”, en VV.AA., Crítica y socialismo: una reflexión desde Chile, Santiago, Ediciones CISPO, 1989, pp. 193-217. Citados por Navarro 2017:64-65).

firmas para lograr el reconocimiento legal del PCCH, tarea que resultaba imperiosa luego de la disolución de PAIS. Pero la dinámica de la crisis resultó imposible de frenar por decisión unilateral de la Dirección. Los renovadores siguieron haciendo declaraciones en la prensa y realizando reuniones donde públicamente se desafiaba a las autoridades partidarias⁵⁷. En agosto el 40 % de los integrantes del CC de las Juventudes Comunistas ("la Jota") decidía renunciar denunciando la falta de democracia interna y el haber recibido numerosos descalificativos por el hecho de haber expresado opiniones diferentes⁵⁸.

138 militantes de la organización juvenil suscribieron una carta en la que pedían la reincorporación de Pollarolo y llamaban a sus pares a desobedecer a la Dirección, pues ante su posición pasiva no se permitía consolidar una "verdadera renovación que nos ponga a la altura de los desafíos que los tiempos actuales imponen"⁵⁹.

Al regreso de una gira por la URSS y por Cuba (en la que participaron en los festejos por el aniversario del Asalto al Cuartel Moncada escuchando a Fidel Castro reafirmando el modelo comunista a pesar de la crisis del Socialismo real) que Marín realizó junto a Teitelbolm la dirigente comunista le respondió con dureza a las críticas internas. Proclamó la consigna "socialismo o muerte" y aclaró que no había vuelta atrás, que no habría abandono de las "antiguas posiciones". Y, si alguna duda quedaba, remataba

⁵⁷ El primer acto público de la disidencia del PCCH se realizó en un restaurante de Santiago. La cena fue convocada con el sugestivo nombre de "Provocación Democrática". La Época, Santiago, 4 de agosto de 1990. Citado en Riquelme (2009 222).

⁵⁸ Veintidós integrantes del CC de las JJ.CC. renunciaron. Diecinueve hicieron una declaración pública en que argumentaban que luego de haber exigido "la necesidad de democracia efectiva" se los había "descalificado de forma infundada con términos tales como contrarrevolucionarios, reformistas, hippies, pequeño burgueses o vanguardistas". La Época, Santiago, 7 de agosto de 1990. Citado en Riquelme (2009 223).

⁵⁹ La Época, "carta abierta de 138 jóvenes comunistas". 27/07/1990. P 11. Entre los firmantes hubo dirigentes de las Federaciones Universitarias de la Chile y Santiago; miembros de la Comisión Política, del Comité Central de la Jota, dirigentes de los regionales. En otras palabras, una rebelión en las esferas dirigenciales; El Siglo, "Dolorosos desafíos para los jóvenes comunistas". 12/08/1990. P 5. Citado en Piricán (2016).

diciendo:

"Nuestra opción es la renovación revolucionaria: no nos renovamos para dejar de ser comunistas, nos renovamos para ser mejores comunistas"⁶⁰.

Reunido el 4 y 5 de agosto el XI Pleno del CC se decidió actuar con firmeza contra cuatro de los disidentes, expulsándolos de la organización (como al exdiputado Luis Guastavino y al dirigente sindical Alejandro Valenzuela) o separándolos de sus cargos partidarios (como al integrante de la Comisión de Relaciones Internacionales Antonio Leal), acusándolos de fraccionalistas⁶¹. La gran atención que recibían de los medios de comunicación demostraba, a su juicio, la existencia de un complot⁶² y que “la dirección de esta actividad la lleva el imperialismo y las fuerzas más reaccionarias de nuestros países, pero también confluyen a ella otros sectores internacionales, como la SD, la DCI, y locales como sectores de la propia izquierda, centros de investigación social, etc.” (Álvarez 2007:468). El hecho de que se presentaran casi medio millar de firmas para pedir la revocación de las sanciones confirmaba, a juicio de la Dirección, la existencia de una organización fraccional, algo inadmisibles en la cultura comunista.

En su intervención en el Pleno Edgardo Díaz, subsecretario general de la JJCC, advirtió que con la forma en que la corriente hegemónica se estaba imponiendo la crisis se

⁶⁰ Pluma y Píncel, "En Cuba está firme la bandera del socialismo". N°128, Agosto de 1990. P 4 a 5. Citado en Piricán 2016.

⁶¹ La Época, "El PC acuso a Guastavino de intento de caudillismo". 12/08/1990. P 10. Citado en Piricán 2016.

⁶² El miembro de la Comisión Política Martín Pascual en un acto público denunciaba así esta supuesta campaña contra el PCCH desde la prensa: “La época editorializó afirmando que bastaba con que el PC se renovara si seguía insistiendo en las viejas tesis de la revolución; la revista Hoy propuso explícitamente a Guastavino como líder de una nueva y deseada versión del PC”. También señaló que los disidentes “utilizaron métodos de propaganda negra como la delación de miembros de la JJ.CC. como informantes de El Mercurio”. La Época, Santiago, 11 de agosto de 1990. Citado en Riquelme 2009 225.

estaba potenciando y llegando a un nivel impredecible. Se lamentaba que ni en el XV Congreso del Partido ni en el VIII Congreso de las JJCC se fracasó en evitar la ruptura. Calificó a la PRPM como una consigna sin contenido, incapaz de afrontar la crisis comunista tanto a nivel internacional como a nivel nacional. Y a continuación proclamaba

*"mi renuncia tiene una intencionalidad política, restablecer la representación real del Comité Central no ocupando espacios que no me corresponden"*⁶³.

La renuncia de Díaz fue imitada por otros catorce miembros del Comité Central de las JJ.CC. y también por siete suplentes. Para respaldar la posición del Secretario General Manuel Gúzman el Comité Central del PCCH decidió seguir actuando con mano dura. Gladys Marín advirtió que "se tomarán medidas disciplinarias a los militantes que no respetan la decisión mayoritaria del Partido". Edgardo Díaz y Marcela Palma Salamanca no sólo se les aceptó su renuncia al Comité Central sino también fueron dejados de lado. Esta decisión provocó una nueva oleada de renuncias⁶⁴. Días después argumentarían que la imposibilidad de debatir impedía cualquier tipo de representatividad y reconocían que detonar la crisis tenía como objetivo "convocar al IX Congreso Nacional organizado por una comisión que dé reales garantías"⁶⁵. Pollarolo, junto a un centenar de militantes, hacían pública una carta firmada por 488 afiliados enviada a Teitelboim, en la que rechazaban las

⁶³ Carta de renuncia del subsecretario Edgardo Díaz, sin título, fechada como agosto de 1990. Mecnografiado. Citado en Pircán 2016.

⁶⁴ "Lista de renuncias al Comité Central". 6/08/1990. Mecnografiado. Los nombres de los militantes son: Sergio Echevarría encargado estudiantil, Claudio Aros encargado de la V región, Gonzalo Alberto, Patricio Varela, Leonel Acuña, Isolda Zamorano, David Escanilla, Luis Carrasco, Álvaro Toro, Alejandro Millán, Pablo Martínez, Edgardo Díaz, Marcela Palma, Eugenio Marcos, Lucio Cuenca, Viviana Zamorano, Mario Insunza, Jaime Salazar, Renán Álvarez y Pablo Cottet. Cottet, suplente del CC, renunció a la organización. Citado en Pircán 2016.

⁶⁵ El Siglo, "Se nos ha descalificado de forma infundada". 12/08/1990. P 6. Citado en Pircán 2016).

intenciones de "asalto al poder" de parte de la Dirección, exigiendo un congreso extraordinario para solucionar la crisis partidaria.

En contrapartida Gúzman, interrogado por los periodistas, informaba que 47 Comités Regionales de la JJ.CC., de un total de 51, habían apoyado las decisiones tomadas por el CC⁶⁶. El 17 de agosto convocó a una nueva Conferencia Nacional, en a la que asistieron Jorge Insunza y José Ortíz, enviados por el CC del PCCH para intentar superar la crisis en la organización juvenil. En tono condescendiente Guzmán expresó que

"Nadie puede alegrarse por las renunciaciones y particularmente por las del compañero Leo (seudónimo de Edgardo Díaz); y esto afecta fuertemente a este Comité Central y es previsible que también a toda la Jota. La entiendo pero no la comparto, me quedo con lo planteado por el propio compañero Leo en la Comisión Ejecutiva: 'una renuncia que no signifique traumas para el Comité Central y la Jota'"

Y a continuación informaba que el CC de las JJ.CC. había decidido pronunciarse por la unidad "como condición de la renovación y la renovación nos dará un nuevo nivel de la calidad en la unidad del partido". Para preservar al unidad se justificaban las sanciones ante lo que consideraba la "cristalización pública de un trabajo fraccional en el partido a través de lo que hemos conocido en las últimas noticias". Y finalizaba advirtiéndole que "esa es la piedra de tope que hoy día hay que superar para hacer avanzar la renovación"⁶⁷.

⁶⁶ La Tercera, "Disidentes emplazan al PC". 17/08/1990. P 8; "PC: todos contra Guastavino". 21/08/1990. P 10. La Época, "Reacción de Jorge Insunza a firmas por las medidas". 17/08/1990. P 7. Citado en Picarán 2016)

⁶⁷ "Intervención de Manuel Guzmán en pleno". Mecanografiado, agosto de 1990. Citado en Picarán 2016.

Jorge Insunza, en su intervención, probablemente dolido por tener a su hijo Mario entre los díscolos, defendió las medidas tomadas por la Dirección. Recordó su experiencia al evitar la ruptura del FPMR en 1987, "discutimos 8 meses con los compañeros para tratar de salvar a todos y a cada uno para el partido", e informó que antes de sancionar a Guastavino se había dialogado con él en una Comisión durante cuatro meses. Pero como se entendía que "efectivamente hoy día hay ciertos riesgos para la unidad del partido" lo que justificaba a su entender que los integrantes del CC estuvieran "resueltamente decididos a batirnos contra un partido de tendencias"⁶⁸.

Al terminar el Pleno Gúzman informó a la prensa que la ruptura había sido el fin de un largo proceso de diferencias ideológicas cuyo origen se remontaban a la década del 80'. A ellas se había sumado la crisis de los países socialistas, que afectó las convicciones de algunos militantes. Declaraba que quisiera quisiera mantenerse en la organización debía acatar lo que había sido resuelto por consenso en el Pleno, a saber, la mantención de los principios ideológicos fundadores del partido (como el marxismo y el centralismo democrático) y el posicionamiento crítico a los acuerdos entre el gobierno de Aylwin y el pinochetismo⁶⁹.

Con esta postura el PCCH y su brazo juvenil terminarían así políticamente aislados y disminuidos numéricamente pero fortalecidos ideológicamente al depurar a los integrantes que manifestaban críticas o dudas. Esta parece haber sido la clave para permitir la sobrevivencia de ambas organizaciones en un contexto nacional e internacional tan desfavorable.

⁶⁸ "Intervención de Jorge Insunza en pleno". Mecanografiado, agosto de 1990. Citado en Picarán 2016.

⁶⁹ La Época, "Nueva Conferencia Nacional en J.J.C.C". 18/08/1990. Citado en Picarán 2016.

Ante la dureza de la nueva Dirección Luis Corvalán, que había evitado hasta entonces expresarse públicamente declaró que si bien reconocía como correcta la decisión de sancionar a algunos militantes consideraba también que el partido debía proponerse conservar a sus integrantes:

*"barrer hacia adentro y no hacia afuera, reconquistar la plena adhesión de aquellos que tienen algún grado de desacuerdo"*⁷⁰.

Marín salió al cruce de estas declaraciones conciliadoras del quien había dirigido al partido por tres décadas, aunque sin nombrarlo⁷¹. El tiempo del diálogo se había terminado, afirmaba la dirigente, era hora de concentrarse en los objetivos inmediatos.

La última batalla interna se produjo en la Segunda Conferencia Nacional de las JJ.CC., que para evitar la influencia externa se mantuvo en secreto el lugar de la reunión. Lo que quedaba de la oposición difundió sus críticas previas a la instancia insistiendo en que había que dejar sin efecto las sanciones y en la reunión elevaron la apuesta exigiendo la renuncia de todos los integrantes del CC, que se eligiera a otro Secretario General y que se convocara a un congreso extraordinario⁷². Los reclamos fueron desoídos. Guzmán declaró en forma categórica que las sanciones se mantenían porque los implicados habían atentado "contra la vida democrática de nuestro Partido, poniéndose al margen de la legalidad y los acuerdos colectivos" y advirtió que cualquier participación de estos en actividades de la organización "contraviene las decisiones democráticamente adoptadas por esta

⁷⁰ La Nación, "La crisis nos tocó hasta la pepa del alma". 19/08/1990. P 9-11. Citado en Picarán 2016.

⁷¹ La Tercera, "Guastavino puede opinar lo que quiera, pero el Partido define". 26/08/1990. P 10. Citado en Picarán 2016.

⁷² La Nación, "JJCC a conferencia nacional. Comunistas adelantaron evento de análisis interno" y "En forma secreta la JJCC inició ayer su conferencia". 25 y 26/08/1990. Citado en Picarán 2016.

Conferencia”⁷³.

Las principales víctimas de la purga eran integrantes de la derecha partidaria opacando de esta manera protagonismo de los renovadores, si bien es cierto que a la larga el PCCH terminó asumiendo muchos de sus postulados (abandonar la política militar en democracia, sustitución del “marxismo-leninismo” por referencias a muchos pensadores nacionales e internacionales, renunciar a la pretensión de ser el partido “Vanguardia de la clase obrera”, ampliar las alianzas (como el pacto “Juntos podemos” del 2000), mayor democracia y tolerancia hacia la disidencia interna). Según la interpretación de Álvarez “el debate en 1990 dentro del PC no consistía en si era o no necesario renovarse, sino en la profundidad que ésta debía tener y los ritmos de su implementación” (Álvarez 2007:469). A fines de agosto el PCCH comenzaba a debatir su nuevo programa. En el proyecto aprobado en la Conferencia Nacional se reafirmaba la vigencia del marxismo-leninismo y el carácter revolucionario del partido a la vez que se reconocía la importancia de la democracia, el pluripartidismo y la alternancia en el gobierno. El uso de la fuerza quedaba limitado a la defensa de la legalidad frente a acciones contrarrevolucionarias. Para revertir lo que se definía como “un peso injustificado de la derecha continuista y las debilidades del gobierno de la Concertación” se proponía como estrategia la formación de una “nueva mayoría nacional”. La política de alianzas desplazaba así a la política militar como tema central de la estrategia del PCCH⁷⁴.

⁷³ "Resoluciones de la Segunda Conferencia Nacional de las Juventudes Comunistas de Chile". 27/08/1990. Mecanografiado. Se dieron a conocer además los nuevos integrantes del Comité Central: Juan Carrión, Manuel Valenzuela, Mario Yáñez, Cristián Palma, Roberto Manríquez, Alejandro Fuentes, Mauricio Suy, Raúl Ortiz y Francisca Rojas. Citado en Paricán 2016.

⁷⁴ Artículo del dirigente y economista José Cademártori. El Siglo, Santiago, 26 de agosto al 1 de septiembre de 1990. Citado en Riquelme 2009:31.

Sin embargo los puentes de acercamiento con los socialistas, sus antiguos aliados, parecían cortados. Luego de haber apoyado a Aylwin en la campaña electoral de 1989 el PCCH a través de su CC reunido en noviembre de 1991 decidió asumir un papel opositor lo que lo alejaría de cualquier entendimiento con el Partido Socialista. Este último criticó a los comunistas porque “carece de toda ética autoatribuirse, sectariamente, el legado de Allende” y por preferir “parapetarse en posiciones pretéritas en su incapacidad de sobreponerse al fracaso del socialismo real”⁷⁵.

Tras un año y ocho meses de gobierno los comunistas denunciaban la conservación de “elementos claves de lo creado por la dictadura en la economía, en lo social y en el desarrollo internacional” todo lo cual había “generado un profundo descontento” en “importantes sectores sociales, en especial los más pobres”. Criticaban la continuidad de “una política económica neoliberal” mientras que “la deuda social permanece prácticamente impaga”, la permanencia de los senadores designados, del Consejo de Seguridad Nacional, del Tribunal Constitucional y el sistema electoral “absolutamente antidemocrático”. Además cuestionaban la ausencia de “voluntad política para resolver las graves violaciones a los derechos humanos ocurridos bajo la dictadura”, la permanencia de Pinochet en la Comandancia en Jefe del Ejército y de “decenas de presos políticos”. Todo esto demostraba a juicio de los comunistas que se estaba viviendo una “democracia tutelada” en la que se incumplió el programa de gobierno lo cual justificaba su viraje hacia la oposición. Anunciaban su oposición “frente a este régimen, al conjunto del sistema”, a “la derecha y el pinochetismo con todo su andamiaje institucional antidemocrático”, al “gobierno, que siendo de origen democrático, fue asimilado y se fusionó con los elementos

⁷⁵ *El Mercurio*, Santiago 7 de enero de 1992.

más permanentes del Estado neocapitalista, y aplica una política que consolida el sistema”⁷⁶. Denunciaban que “el compromiso de ciertos sectores de la izquierda contribuye a la implementación de este proyecto estratégico burgués”⁷⁷.

Esta firme declaración frente al gobierno pudo haber estado justificada por una recuperación del enraizamiento social de los comunistas. En noviembre de 1990 los comunistas habían conseguido dos triunfos electorales importantes para mantenerse como una fuerza gravitante en los movimientos sociales. En una elección muy reñida lograron vencer a la lista de la Concertación de Partidos por la Democracia en la Universidad de Santiago de Chile. Por otro lado el sector sindical triunfó en las elecciones de la Federación Metropolitana de Salud⁷⁸.

Estos éxitos electorales se vieron opacados por una disminución de los afiliados. Las posturas que iba tomando el PCCH también fueron provocando la retirada de muchos de sus integrantes. El grupo principal de disidentes se retiró del partido en noviembre de 1990. Hubo un intento de estos de crear algún tipo de organización política que lograra unirlos pero las diferencias internas terminaron por disgregarlos por diferentes caminos. Luego de la efímera Asamblea de Renovación de los Comunistas (ARCO) creada en noviembre de 1990, algunos crearon el Partido Democrático de Izquierda (PDI) o se integraron en el PPD o al PSCH recientemente reunificado, pero muchos abandonaron la militancia política. Se fueron muchos profesionales e intelectuales del partido y se fracturó la Dirección de su organización juvenil, pero la mayoría de los dirigentes del partido se

⁷⁶ “P.C. De la independencia a la oposición”, en *El Siglo*, Santiago, 1 al 7 de diciembre de 1991.

⁷⁷ *Proyecto del nuevo programa del Partido Comunista de Chile*, noviembre de 1991, folleto.

⁷⁸ La Tercera 17/11/1990. Citado en Paricán 2016.

quedaron.

Aunque el número de militantes durante la crisis se redujo notablemente conservó los suficientes como para poder registrar para su proceso de legalización en 1990 a más de 58.000 militantes y simpatizantes, casi el doble de los 30 mil requeridos.

Para intentar salir del aislamiento en el que el partido se encontraba desde 1986 los comunistas crearon junto con otros pequeños grupos políticos (Movimiento de Izquierda Revolucionaria, Movimiento de Acción Popular Unitario, Acción Proletaria e Izquierda Cristiana) el Movimiento de Izquierda Democrática Allendista (MIDA). La novel formación tuvo su bautismo en las elecciones municipales en junio de 1992 obteniendo apenas un 6,5% de los votos válidos. Su máxima votación, 23,1%, la obtuvo en la I Región donde fue electo su único alcalde, un caudillo regional socialista de Iquique. También logró treinta y cinco concejales de un total de mil setecientos cuarenta y ocho. Si bien el resultado estaba por debajo del nivel histórico del partido fue sorpresivamente alto teniendo en cuenta las sucesivas derrotas nacionales y el desfavorable contexto internacional. El resultado, apenas por debajo del 8 por ciento alcanzado por el PSCH y el 9 por ciento logrado por el PPD, puede explicarse por la “fuerza perdurable de las identidades subculturales del partido, así como su capacidad para movilizar un voto de protesta entre los chilenos desilusionados con el curso de la transición democrática pactada de Chile” (Roberts:1994 21).

En las elecciones presidenciales y parlamentarias (con la lista Alternativa Democrática de Izquierda) de diciembre de 1993 el PCCH postuló al sacerdote Eugenio

Pizarro consiguiendo un porcentaje algo menor y no obteniendo ningún escaño (ni siquiera en la XI región en que alcanzó su máxima votación, 24%).

Durante la campaña los dirigentes comunistas calificaron al régimen como no democrático y continuista de la política aplicada por la dictadura. En sus discursos fustigaron especialmente a los sectores de izquierda, socialistas y excomunistas, que lo apoyaban⁷⁹. Sin embargo su prédica no tuvo éxito. A pesar del esfuerzo de sus dirigentes y militantes el PCCH no solo logró un pobre resultado electoral sino que tuvo que presenciar como era electo presidente el candidato del gobierno saliente, el democristiano Eduardo Frei Ruiz-Tagle con el 58% de los votos.

Tras la derrota electoral el PCCH emitió una declaración en la cual si bien reconocía que “se optó por consolidar y desarrollar el sistema impuesto por la dictadura” también manifestaban que conservaban su “disposición a apoyar medidas democráticas y populares” que el gobierno quisiera impulsar para erradicar enclaves autoritarios.⁸⁰

4.4 Epílogo

El estancamiento electoral comunista se vería en parte compensado por el peso creciente que tendrían los comunistas en el movimiento estudiantil universitario durante las

⁷⁹ Gladys Marín en la Asamblea Nacional del Pueblo: “La izquierda tiene un compromiso con el pueblo”, en *El Siglo*, Santiago, 23 al 29 de enero de 1993.

“Manifiesto al pueblo de Chile”, en *El Siglo*, Santiago, 3 de junio de 1993.

“Comunistas en su 81° Aniversario: Pinochet: “Una tranca para la libertad y la democracia”, en *El Siglo*, Santiago, 2 al 18 de junio de 1993.

“Volodia Teitlhoum: ‘La Izquierda es la única alternativa’”, en *El Siglo*, Santiago, 6 de octubre de 1993.

“Un paso adelante por la Izquierda, la Democracia, la Libertad, los Derechos Humanos y la Justicia Social”, en *El Siglo*, Santiago, 24 de noviembre de 1993.

⁸⁰ “El PC sobre la transmisión del Mando. Declaración Pública”, en *El Siglo*, Santiago, 11 de marzo de 1994.

protestas sociales desarrolladas entre esas elecciones y las parlamentarias de diciembre de 1997. También los comunistas mantuvieron la conducción de sindicatos importantes como el de la Salud y de la Educación. Sin embargo, según Riquelme “este respaldo no se ha extendido a los planteamientos políticos de los comunistas ni a su discurso ideológico” (2009:305). Finalmente esta realidad fue considerada cuando en junio la II Conferencia Nacional del PCCH elegiría a Rodrigo Rocco como uno de los diez nuevos integrantes del CC al presidente de la Federación de Estudiantes de Chile.

Antes, en abril de 1994, los comunistas habían propugnado un Acuerdo Democrático Nacional que entre otros aspectos proponía sustituir el sistema binominal por uno proporcional. Según Marín con el nuevo sistema los comunistas podrían acceder a por lo menos siete parlamentarios⁸¹. La propuesta, luego de un interés inicial de los socialistas fue finalmente rechazada por los partidos de la Concertación. Un nuevo ofrecimiento acuerdista realizado en octubre de 1997 también fue rechazado que consistía en que los comunistas se abstendrían de presentar candidatos al Senado para apoyar a los candidatos del ala izquierda de la Concertación si esta a su vez apoyaba a un número determinado de candidatos a diputados a convenir. Si bien tenía sentido el planteo comunista para poder sumar fuerzas para desbloquear en el Congreso la aprobación de reformas democráticas también es cierto que para la Democracia Cristiana no parecía convenirle que ganaran más apoyo comunistas y socialistas, más teniendo en cuenta la constante prédica opositora de los primeros.

Las elecciones parlamentarias de 1997 significaron el mayor éxito político para el

⁸¹ *El Siglo*, Santiago, 4 al 10 de abril de 1994.

PCCH desde 1986 (Riquelme 2009:309). Aunque continuó sin poder conseguir ni un solo escaño la lista “La izquierda” obtuvo un 7.5% de los votos válidos. Marín consiguió 15,7% de los votos en su circunscripción, apenas 0,2% menos que Camilo Escalona, el presidente del PS. Otro dato interesante de estas elecciones fue que cerca de un 40% de los mayores de edad prefirieron no participar ya sea porque no se inscribieron, o porque se abstuvieron, o porque anularon su voto o no marcaron preferencia. Los comunistas de propusieron intentar canalizar esta aparente muestra de descontento con el sistema hacia su propuesta electoral para las siguientes elecciones presidenciales. Para lograrlo propugnaron la creación de un “Frente Amplio por un Chile Democrático, instancia coordinadora de organismos sociales, de derechos humanos y partidos políticos sin exclusiones”⁸².

Una vez más su propuesta no recibía apoyos de los demás partidos. Sin embargo, dos acontecimientos dieron esperanza a los comunistas de revertir esta situación, uno referido a la lucha por la Justicia para las violaciones a los Derechos Humanos durante la dictadura y el otro a la situación socioeconómica. Con respecto al primer tema el PCCH había sido el partido que “más había intentado mantener viva la memoria de los crímenes de la dictadura y la demanda de juicio y castigo a sus perpetradores” (Riquelme 2009:318). En enero Marín, esposa del detenido desaparecido Jorge Muñoz, presentó una querrela contra Pinochet. En marzo se realizaron multitudinarias movilizaciones callejeras en contra de la asunción del mismo como senador vitalicio luego de su retiro como Jefe del Ejército. En octubre, mientras los comunistas estaban reunidos en su XXI Congreso Nacional se enteraban de la detención de Pinochet en Londres por orden del Juez Baltasar Garzón (ante

⁸² “Convocatoria al XXI Congreso del Partido Comunista de Chile”, en *El Siglo*, Santiago 10 al 16 de abril de 1998.

el cual Marín había declarado en mayo). Desde entonces y hasta marzo de 2000 en que Pinochet regresó al país las movilizaciones antipinochetistas ganaron peso y dieron más relevancia al reclamo por justicia por las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura, una de las ideas fuerza de la campaña de la candidata presidencial comunista Gladys Marín, nominada en mayo de 1998. Consciente de que no tenía posibilidades de ganar las elecciones el PCCh admitía que su objetivo era en realidad “reunificar una gran izquierda”⁸³ y “recuperar la conciencia democrática de la ciudadanía”⁸⁴.

El otro acontecimiento que pudo haber favorecido electoralmente a los comunistas fueron los efectos de la crisis económica mundial, que se había iniciado en Asia. El aumento de la desocupación y el empobrecimiento de los trabajadores reforzaba sus críticas al modelo económico neoliberal de los últimos gobiernos.

Para aumentar su poder de convocatoria electoral pero también como prueba del aggiornamento político de los comunistas a las reivindicaciones de sectores que se sentían excluidos en la sociedad chilena Marín incluiría en su discurso también otros temas como el reclamo por la autonomía de los pueblos indígenas, el cuidado del medio ambiente, la perspectiva de género y la valoración de la diversidad sexual. Como señal de los nuevos tiempos se podía leer en la prensa comunista apoyos a su candidatura de homosexuales⁸⁵.

A todos los que podían estar descontentos la candidata comunista continuaba presentando como “la verdadera solución a los problemas creados por el capitalismo, agravados al extremo [...] hoy, a 150 años de la publicación del Manifiesto Comunista

⁸³ *El Siglo*, Santiago, 3 al 9 de julio de 1998.

⁸⁴ *La Época*, Santiago, 2 de junio de 1998.

⁸⁵ *El Siglo*, Santiago, 3 al 9 de julio de 1998.

[...] con una razón válida para todos los tiempos, [...] el padre del socialismo científico de nuevo recorre el mundo diciéndole a la humanidad sufriente que el siglo XXI será el siglo del socialismo”⁸⁶. Los resultados de las elecciones presidenciales de diciembre de 1999 demostrarían que este mensaje aún no tenía aceptación en la mayoría de la sociedad chilena. A pesar de la crisis económica y del acercamiento con el ala izquierda de la Concertación durante el proceso del caso Pinochet, el PCCH no solo no logró aumentar su votación sino que disminuyó lo conseguido en las elecciones presidenciales por su candidato en 1993. Marín consiguió apenas un 3.19% y negó su apoyo al candidato de la Concertación, el socialista Ricardo Lagos, en la segunda vuelta lo que no impidió que muchos de sus votantes si lo hicieran para asegurar su victoria frente al derechista Joaquín Lavín.

Aunque se mantuvo marginado del parlamento el PCCH continuó teniendo peso en algunas organizaciones sociales como gremios estudiantiles y sindicatos participando activamente en diversas movilizaciones donde estos sectores protestaban por sus reclamos además de mantener su lucha por el tema de los Derechos Humanos. En su intento por revertir su aislamiento político en enero de 2006 decidió apoyar en la segunda vuelta a la candidata presidencial socialista Michelle Bachelet representante de la Concertación para asegurar su triunfo frente al candidato de la derecha, Sebastián Piñera. En 2010 logró, luego de 37 años, volver a tener representación parlamentaria cuando fueron electos tres diputados, Hugo Gutiérrez, Lautaro Carmona y Guillermo Teillier. Que este último haya sido el Jefe de la Comisión Militar del PCCH en 1985 puede ser considerado una prueba de

⁸⁶ *Ibid.*

“la capacidad relativa para adaptarse a nuevos marcos políticos sin abandonar sus principios fundadores” (Álvarez 2011:308). Una capacidad que también ha mostrado el PCU como veremos a continuación.

5. Análisis de la crisis del PCU (1989-1992)

“Dudar ahora es romper con las tradiciones, es renunciar a lo que somos, quedar a la intemperie”

Rodney Arismendi, en ocasión de la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968⁸⁷

Esta cita del histórico conductor del PCU, aunque dicha en otro momento histórico, perfectamente resume lo que muchos comunistas sintieron ante las propuestas renovadoras impulsadas por Jaime Pérez desde 1989 en un contexto de crisis del referente histórico. Este desalineamiento del líder respecto a una buena parte de las bases partidistas derivó en la crisis de la organización.

El período de la historia del PCU sobre el que trata esta investigación puede dividirse en dos etapas. La primera está marcada por un proceso de reconstrucción de la organización y auge electoral y se extiende desde el fin de la dictadura hasta el comienzo de la crisis en 1989. La segunda etapa podría delimitarse entre abril de ese año en que se produce el anuncio público de Jaime Pérez de renunciar a la defensa del concepto Dictadura del Proletariado hasta el Congreso Extraordinario de 1992 donde el sector renovador pierde el timón del partido.

Desde los años sesenta puede observarse un proceso ascendente del PCU tanto en su

⁸⁷ Citada por Manuel Laguarda, La República 18 de junio de 1990.

número de afiliados y votos como en su incidencia en el movimiento sindical. Comenzó a erosionar las bases del bipartidismo al conformar con sectores provenientes de otros partidos el Frente Izquierda de Liberación (F.I.de L.) para las elecciones de 1962, fue protagonista esencial en la unificación del movimiento sindical con la (Convención Nacional de Trabajadores (C.N.T.) en 1965, y de la izquierda en 1971 con el Frente Amplio (FA). Su lista, la 1001, fue aumentando sus votos en cada elección hasta llegar en 1989 a constituirse en la fracción mayoritaria dentro de la coalición de izquierda⁸⁸.

Para los comunistas estos avances eran el fruto de la aplicación de una teoría de cómo debía ser el camino de la revolución que empezó a ser formulada luego del viraje de 1955 en que un grupo de dirigentes liderados por Arismendi se hicieron del control del partido. Esta teoría estaba basada en una estrategia de “acumulación de fuerzas” durante el cual se irían construyendo alianzas en el plano social y político-partidario para romper el aislamiento en que se encontraba el partido con respecto al resto de la sociedad. Los comunistas debían desarrollar “los tres círculos de la táctica” (un gran partido, una amplia alianza de los sectores de izquierda y un unificado movimiento sindical) hasta lograr construir un Frente Democrático de Liberación Nacional integrado por todos aquellos que compartieran un programa de transformaciones estructurales y antiimperialistas (Garcé 2012:58-59).

El viraje no significó un revisionismo en el plano internacional. Se seguía considerando que la principal contradicción era entre el “campo capitalista” y el “campo

⁸⁸ Los resultados electorales de la lista del PC, solo o con aliados (FIDEL y D.A.), muestran un crecimiento sostenido desde 1954 hasta 1989 si medimos los porcentajes sobre el nacional: 2.2 en 1954, 2.7 en 1958, 3.5 en 1962, 5.7 en 1966, 6.0 en 1971 y en 1984, y 9.9 en 1989 (tomado de “La izquierda uruguaya...” de Caetano, Gallardo y Rilla).

socialista” y que por ende cualquier crítica a la URSS beneficiaría a sus enemigos. No fue hasta que Kruschev, el nuevo líder soviético luego de la muerte de Stalin, denunciara en 1956 las prácticas de su antecesor que el PCU se posicionó como antistalinista. Sin embargo, el PCU se adelantó al PCUS en la denuncia del culto de la personalidad que se atribuía al entonces líder Eugenio Gómez.

La crisis socioeconómica iniciada a mediados de la década del '50 que marcó el fin del modelo de sustitución de importaciones y las consecuencias de la aplicación de las políticas liberales desde 1959 recomendadas por el FMI fue un marco propicio para que creciera la movilización sindical y los sectores de izquierda adaptaran nuevas estrategias. En los años 60, al calor del ejemplo cubano, surgieron en varios países latinoamericanos movimientos guerrilleros y Uruguay no fue la excepción. Los comunistas uruguayos sin dejar de apoyar a la revolución cubana intentaron desmarcarse del “cubanismo” que distinguió a otros sectores de izquierda. El PCU continuó defendiendo la “vía legal” para la revolución, incluso animándose a criticar a sus aliados cubanos, lo que no impidió que creara un “aparato armado” para cuando se dieran las condiciones revolucionarias (tan secreto que sólo un puñado de sus afiliados conocían su existencia) y también para enfrentar un posible golpe de Estado como el que sufrió Brasil en 1964 (Leibner 2012:478-484). En algún momento pudo predominar la política militar (como en la actitud expectante tomada ante los comunicados 4 y 7 en febrero de 1973) y en otro la línea de masas (como durante la huelga general iniciada en respuesta al golpe de Estado del 27 de junio de 1973) (Leibner 2012:491). Esto no significa que existieran dos tendencias internas que disputaban el poder para imponer su estrategia, una militarista y otra más política como sucedería luego en el PCCH. La estrategia militar implicaba tratar de influir en la interna de

las FF.AA. ya sea desde dentro (fueron varios los militares comunistas o progresistas) o desde fuera (como los intentos de diálogo entre la CNT y las FF.AA., y desde la prensa partidaria) para apoyar la posibilidad del surgimiento de un sector “peruanista”. Esta estrategia era perfectamente compatible con el esfuerzo simultáneo de influir en las organizaciones sociales de masas como los sindicatos.

Desde otros sectores de izquierda se veía a los comunistas con admiración por su capacidad organizativa pero también con temor y rechazo por su tendencia a acaparar los espacios políticos. Una actitud que no disminuyó luego de la dictadura a pesar del prestigio ganado por los comunistas por su resistencia a la misma⁸⁹.

Los comunistas fueron víctimas de ataques de grupos de ultraderecha y de la represión policial desde mucho antes del golpe de Estado. Desde el incendio en 1961 de uno de sus locales que terminó con la vida de un bebé de cinco meses (Ciganda el al 2012:45), pasando por los primeros tres mártires estudiantiles asesinados en manifestaciones callejeras en 1968 y alcanzando su máxima expresión con la matanza de ocho de sus militantes en el local de la seccional 20 acribillados en 1972. La dictadura se ensañó especialmente con los comunistas, incluso hasta el último año de 1984 en que se produjo el asesinato del Dr. Vladimir Roslik. Unos 12.500 comunistas pasaron por la cárcel desde el inicio de la dictadura, pero en especial desde 1975 en que se inició la llamada

⁸⁹Jaime Pérez recordaba que al salir de la cárcel “veía que había decrecido enormemente el anticomunismo en el pueblo y sin embargo en sectores de la izquierda estaba fortísimo todavía. Esto hizo, me refiero al 84, que muchos compañeros nuestros que venían de la clandestinidad con la mística partidaria, al chocar con esa realidad en la izquierda los hiciera sectorizarse. Y conste que yo no soy de los que confundo opiniones diferentes con anticomunismo. Yo creo que hay lugares, hay zonas determinadas, donde el anticomunismo tiene una virulencia muy pronunciada” . Semanario Alternativa Socialista, 22 de diciembre de 1988.

“operación Morgan”⁹⁰.

A pesar de la represión dictatorial y estar aún proscrito en las elecciones de 1984 el conglomerado electoral del que el PCU era el centro denominado Democracia Avanzada (que debió usar el número de lista 10001 por encontrarse proscrito el número 1001) logró aumentar su caudal en 14586 votos respecto a las elecciones de 1971, las últimas realizadas antes del golpe de Estado (Martorelli, 1989:97). Pero fue desplazado como sector mayoritario dentro del FA por la lista 99 del Movimiento por el Gobierno del Pueblo (MGP) liderada por Hugo Batalla.

5.1 La derrota convertida en victoria: de la reconstrucción al éxito electoral (1985-1989)

Terminada la dictadura el principal desafío para el PCU era lograr hacer confluir en forma armoniosa a los comunistas provenientes de cuatro vertientes: los que regresaban del exilio, los que salían de la cárcel, los que emergían de la clandestinidad (muchos con reducida formación teórica y política) y los “legales”⁹¹. Pero la Dirección del partido, tal vez para simplificar, al definir la “reconversión” omitía incluir a los militantes no clandestinos⁹². Esto dejó un profundo malestar que no se manifestó en ese momento⁹³. La

⁹⁰ La represión contra el aparato clandestino del PCU se inició en octubre de 1975, al caer preso el ex diputado José Luis Massera, secretario general del PCU en el interior. Búsqueda, 29 de junio de 1989, p. 13.

⁹¹ Para una aproximación a la idea de cuánto pesaba cuantitativamente cada una de estas vertientes resulta útil el informe de la comisión de poderes de la Conferencia Nacional del PCU realizada en 1985. El 20% de los delegados dijo haber estado en prisión, 14% provenían del exilio, 38% había permanecido clandestino, y 17% manifestaron no haber tenido vínculos con el partido durante la dictadura. De estos datos se deduce que el sector proveniente de la clandestinidad estuvo subrepresentado en la Dirección conformada luego de la dictadura. Algunos de los exclandestinos entrevistados nos confesaron haber sentido su malestar por considerarse desplazados por sus compañeros que provenían del exilio, a quienes reconocían su formación académica (que ellos no pudieron obtener por quedarse en el país) pero no conocían lo que era arriesgar sus vidas a diario por la causa militante. Hay que tener presente también que muchos exiliados y presos vivieron antes un tiempo en la clandestinidad.

⁹² Jaime Pérez declaró que al salir de la cárcel encontró al partido “muy entusiasta, muy joven en edades y bastante chico. Sin embargo en muy poco tiempo hubo en proceso de recuperación partidaria casi asombroso, por el hecho de que habíamos salido con heridas gravísimas, algunas irreparables que se referían a muertos,

alegría colectiva por la recuperación democrática inhibió los reproches particulares. Entre estos militantes había destacados dirigentes del PIT (Plenario Intersindical de Trabajadores) y de ASCEEP (Asociación Social y Cultural de Estudiantes de la Enseñanza Pública), organizaciones creadas durante los últimos años del régimen de facto autorizados por éste con la esperanza de arrebatarse estos espacios a la izquierda. La fusión entre el PIT y la vieja CNT, y de la ASCEEP con la FEUU, terminó de echar por tierra estas intenciones, pero implicó en la práctica un desplazamiento de los más jóvenes (la llamada “generación del 83” protagonista de las movilizaciones convocadas por las organizaciones sociales en momentos en que estaban estancadas las negociaciones entre los partidos tradicionales y los militares) por los dirigentes más veteranos luego de recuperar su libertad o regresar del exilio⁹⁴. Lo mismo sucedió en la interna del partido donde los dirigentes veteranos

desaparecidos, compañeros muy queridos. Fue necesario reencontrar las diversas partes del Partido, es decir lo que salíamos de presos, los que venían de la clandestinidad, los que volvían del exilio. Y bueno, creo que resolvimos acertadamente el entrelazamiento de esas tres vertientes”. Semanario Alternativa Socialista, 22 de diciembre de 1988.

⁹³ Documento publicado en la revista Tesis XI el 6 de Junio de 1997 y firmado por Abdala Marcelo, Abero Beatriz, Abero Stella, Alfonso Gabriel, Armespo Mario, Ayala Gustavo, Brasesco Juan, Cal Ruben, Calcione Hugo, Canessa Juan, Castellano Milton, Castellano Héctor, Castro Jorge, Colombo Alba, Fernández Julio, Ferrari Magdalena, Fuentes Ismael, García Daniel, García Julio, García María del Carmen, García Pedro, Guido Jorge, Guido Mónica, Israel Guillermo, López Ruben, Massera José Luis, Musto Héctor, Pérez Daniel, Pernas María, Piriz Mario, Ruiz Celia, Rimedio Fernando, Seco Héctor, Jorge Seco, Suarez María, Techera Beethoven, Trinidad Carlos y Turiansky Wladimir.

⁹⁴ Jaime Pérez fundamentó esta situación de restauración de la dirigencia sindical: “no hemos estado concentrados sólo en la labor partidaria. Los comunistas en el movimiento sindical han dado una batalla realmente emocionante.(...) Los viejos obreros, los antiguos obreros de la huelga general y de los enfrentamientos de la década del 60 y principios del 70, una parte grande de ellos se habían jubilado y en los últimos años habían aflorado a la clase obrera generaciones de trabajadores jóvenes, combativos, participativos, formidables compañeros, pero con una experiencia limitada en relación a lo que había sido el pasado del movimiento sindical. Y todo esto lo tuvimos superar en 9 meses. Y en 9 meses nuestros compañeros en el movimiento sindical lograron revertir la situación del mismo. No lo hicieron con maniobras, no lo hicieron con imposiciones, lo hicieron sobre la base de las mismas normas democráticas que reglan para todos, del estatuto de cada organización sindical. Y esto posibilitó que se reflejara una determinada mayoría en el 3er. Congreso del PIT-CNT”. Discurso de Jaime Pérez en Conferencia Nacional, en El Popular 27 de diciembre de 1985, p.17.

recuperaron los puestos claves de la Dirección⁹⁵ y de los organismos intermedios. Algunos de los que habían luchado en la clandestinidad se sintieron desplazados frente a los exiliados⁹⁶ y también sentían que el sufrimiento de los excarcelados era más reconocido que el de ellos⁹⁷. A su vez estos últimos sentían que después de todo lo que el partido les había exigido en su conducta frente a la tortura luego de la dictadura no parecía tener importancia revisar el comportamiento de cada uno⁹⁸. Para muchos

“las tres vertientes partidarias y su reconversión, camino de encuentro, armonía, desarrollo “pacífico”, no fue más que un deseo sin correlato en la realidad. Las raíces de cada experiencia personal, la participación en las diversas formas de lucha contra el fascismo, dentro y fuera del país, hacían imposible las homogeneidades” (Ciganda et al, 2012:97).

⁹⁵ Arismendi (primer secretario), Alcira Legaspi (responsable del frente de Educación) y Esteban Valenti (secretario de propaganda) provenían del exilio. El Dr. Ormachea (secretario de finanzas) y Jorge Mazzarovich (secretario de organización) eran ex - presos.

⁹⁶ *“Los que estuvieron en la clandestinidad no fueron tenidos en cuenta a la salida de la dictadura. Los desexiliados se formaron, estudiaron, pero no tenían la misma experiencia que los que salieron de la cárcel. El partido dijo que eran todos iguales”* (Ruben Abrines, entrevistado para este trabajo).

⁹⁷ *“Aparentemente’ el PC salió unido de la dictadura. Creíamos que la dictadura no había cambiado la cabeza pero si había cambiado a las tres vertientes. Pero no todos pensábamos igual. Los que luchamos en la clandestinidad nos sentimos relegados por los que salían de la cárcel y por los que regresaban del exilio. Cuando vuelve al país la dirección del exilio sacaron a mi esposa de su puesto en el frente de educación y la mandaron a la base siendo sustituida por compañeros que se habían podido formar en el exilio. Ese tema hirió mucho. Se le daba todo el valor al que estuvo preso y no a los que habían estado en la clandestinidad. En un acto realizado en el club Defensor se hizo sentar en la platea a los presos y el resto fue destinado a la tribuna. Cuando en los discursos se referían a algunos compañeros se destacaba que había sido ‘preso y torturado’ y no al que había militado en la ilegalidad. No quisieron dar a conocer su malestar por temor a plantear la realidad. No había ambiente de discutir lo que había pasado. La dirección se negó a decir quienes ‘batieron’ durante la dictadura”* (Entrevista a Mario García).

⁹⁸ *“No se hablaba de los DDHH los presos no existimos, si las otras vertientes. (...) El comunista tenía que ser el hombre fuerte, no lloraba el fuerte, no podía cantar en la tortura, nos prepararon para ser muy deshumanizados, los DDHH no nos importaba y le molestaba a algunos dirigentes porque algunos de ellos cantaron en la tortura. Yo creía que tenían que ser expulsados. Ahora comprendo la diferencia entre traición y debilidad. Le pregunté a un dirigente porque no les expulsaban. ‘Nos quedaríamos con cuatro’ me respondió (él también había ‘cantado’). El tema de los DD.HH. se diluyó en esa concepción del partido. La dirección pensaba que había que movilizarse por otras cosas”* (Entrevista a Mirta Macedo).

Al reencuentro de las cuatro vertientes se le superponía el encuentro entre antiguos y nuevos afiliados. La mayoría de las nuevas incorporaciones provenían de los exiliados y de los “legales” y posiblemente eran portadores de diferentes expectativas. No era lo mismo hacerse comunista en los sesenta, bajo el influjo de la revolución cubana que, en los setenta, dominado por la lucha contra la dictadura, o que en los ochenta, bajo la inspiración de la revolución sandinista nicaragüense de 1979 (Garcé 2012: 121). El partido tuvo un crecimiento exponencial a la salida de la dictadura convirtiéndose en la fuerza política con mayor cantidad de militantes. En la Conferencia Nacional de 1985 Arismendi anunciaba que el PCU había logrado triplicar el número de afiliados y la UJC los había duplicado (PCU 1985:314). El 34 % de los delegados participantes a la Conferencia se habían afiliado en ese año o en el anterior. Si bien se afiliaron a un partido que tenía como objetivo declarado hacer una revolución socialista la prioridad para los comunistas de entonces era la lucha por la democracia. Sólo el 55 % se había afiliado antes de 1973, algunos marcados por la lucha de los obreros frigoríficos y los estudiantes de 1958, otros por la revolución cubana y la lucha sindical y estudiantil contra el pachecato en 1968. En 1988, en los documentos del XXI Congreso se informaba que en los últimos cuatro años habían ingresado a las dos organizaciones cincuenta mil nuevos afiliados. Según informó Jaime Pérez al XXII congreso de 1990 el partido había pasado de tener 5000 afiliados a la salida de la dictadura a entregar 50.000 carnés en 1990⁹⁹ a los que había que sumar a unos 20 mil de la UJC. En 1990 tan sólo en Montevideo se realizaron 8500 afiliaciones¹⁰⁰. Este crecimiento desproporcionado fue interpretado positivamente por la Dirección, pero también generó temores en algunos afiliados de que pudiera resultar contraproducente para

⁹⁹ Informe de Jaime Pérez al XXII Congreso del PCU, octubre de 1990.

¹⁰⁰ La República, 29 de setiembre de 1990, p. 9.

una organización que aún no había realizado una revisión de su pasado reciente¹⁰¹. El partido estaba cruzado por una serie de tensiones que, aunque no ponían en riesgo la unidad partidaria, creaba un escenario que no era el mejor para dar un debate ideológico como el que se daría pocos años después¹⁰².

Las prioridades establecidas por la Dirección no eran las mismas que tenían todos los afiliados¹⁰³. Algunos plantearon la necesidad de que el partido discutiera algunas decisiones que la Dirección había tomado en los últimos años (respecto a los comunicados 4 y 7 de las FF.AA. en 1973, al levantamiento de la huelga General de 1973, ante el voto en blanco en 1982¹⁰⁴, al llamado “aparato armado”, la mala preparación para la vida clandestina, el comportamiento que tuvieron los comunistas durante la Dictadura (los que no soportaron la tortura y brindaron información sobre sus compañeros, los que no esperaron la orden del partido para salir del país, los que facilitaron la captura del fichero

¹⁰¹ “Un ejemplo del choque entre idea y acción es que se utilizaba la misma metodología de antes, el reclutamiento. Yo creía que había que parar y pensar que hacer en la nueva situación. No veía bases para sostener ese crecimiento. No se analizó los nuevos sectores que había. Seguían diciendo que éramos la vanguardia de la clase obrera en lugar de pensar en las alianzas” (Entrevista a Mirta Macedo).

¹⁰² “Noté una mirada diferente en la línea exterior con la de la interna. Por ejemplo, cuando el voto del ‘82, acá estaban con Seregni, y afuera con Convergencia Democrática. Había tensiones entre el partido organizado con control de movimiento estudiantil y obrero, que tenía dialogo con los demás partidos y por otro lado una necesidad de marcar la presencia y la identidad del partido como cuando la vuelta de Arismendi. Recuerdo también que un grupo de maestros minoritario del PCU no estuvieron de acuerdo con el levantamiento de la huelga general de 1973. Tampoco se terminó de procesar la posición del partido en febrero de 1973. Era un partido esquizofrénico, porque era abierto hacia afuera pero no hacia adentro. De un partido más de cuadros pasó a ser más de masas luego del ‘85. Había gente que no quería volver a militar porque quedaron dolidos con el partido” (Entrevista a Luis Garibaldi).

¹⁰³ “No hubo una autocrítica de los errores para no repetirlos, se promocionó a gente que se había comportado mal en la cárcel. Hubo manoseo de compañeros, se los sacaba de sus cargos” (Entrevista a Mirta Macedo).

¹⁰⁴ “La UJC estaba apoyando a Pita y Flores Silva, con locales, la creación de CBI en la casa de Salto. En el Cerro y La teja ganó ACF (Adelante Con Fe, el sector de Wilson Ferreira Aldunate). Una semana antes vino la orden de votar en blanco pero la gente ya estaba convencida de votar a las listas progresistas, era la política real. La gente no son máquinas que pudieran cambiarse de un día para el otro” (Entrevista a Ramón Cabrera, último en ocupar la secretaría general del PCU durante la dictadura).

por parte de las fuerzas represivas)¹⁰⁵. Pero la Dirección decidió cerrar filas evitando así el riesgo de entrar en un proceso de debilitamiento interno. Las críticas y denuncias fueron escuchadas por una Comisión Especial¹⁰⁶ pero no hubo rectificación de la línea adoptada hasta entonces ni sanciones¹⁰⁷. El CC aprobó el documento presentado por esta comisión en octubre de 1988. En el mismo se reconocía “autocríticamente que la preparación del Partido para una batalla tan larga, difícil y dura, fue insuficiente”. Se distinguía entre los que “traicionaron al partido”, los que tuvieron “una conducta que, frente a la tortura, supo de debilidades” y los que, “se desmovilizaron y abandonaron sus responsabilidades en el momento más duro de la lucha”. Se informaba que los primeros ya habían sido expulsados. A los segundos se les reconocía que “no se pasaron a filas del enemigo ni colaboraron con su obra destructiva” y se esforzaron por recuperarse y sumarse a la militancia cuando salieron de la cárcel. Los terceros “merecían una seria observación”. Se decidió que en estos dos últimos casos no ocuparan cargos de Dirección importantes (en el CC, en la Comisión de control y de gobierno)¹⁰⁸. Sin embargo, no fueron pocos que consideraron que

“el documento llegó tarde y no resolvió el problema. (...) La formulación de 1988, resultado del trabajo de la comisión especial, no tuvo resultados positivos. De algún modo aumentó los grados de disconformidad” (Ciganda et al 2012 256).

¹⁰⁵ “La dinámica de la vida que se dio durante la dictadura generó otros problemas. Generó el problema de que hubo gente que, en la tortura y en la represión violenta, habló. En el 85’ –aunque en parte la discusión había comenzado antes- también se plantea para muchos militantes de izquierda en general pero en particular para los comunistas, la discusión de qué trato mantener con la gente que habló” (Pérez 1996:97).

¹⁰⁶ La misma estuvo integrada por Alberto Altesor, Rita Ibarburu y Hugo Sacchi. Ciganda et al 2012 255.

¹⁰⁷ Puede parecer contradictorio que mientras en el plano nacional el partido se opusiera activamente a la decisión de los sectores mayoritarios de los partidos tradicionales de garantizar la impunidad para los convocados a declarar ante la justicia por violar los derechos humanos (rechazando el epíteto de “de tener los ojos en la nuca” que le adjudicaban sus detractores), en el ámbito interno se relegara el revisionismo con el mismo argumento de que había que mirar hacia adelante.

¹⁰⁸ El documento está fechado el 2 de octubre de 1988. Ciganda et al 2012 259-260. Según Marina Arismendi “se decidió en el XXI Congreso que los que habían colaborado no podían ser dirigentes ni ocupar cargos de gobierno” (Martínez, V. 2003:133).

Esto ocasionó que algunos disidentes¹⁰⁹, en su mayoría integrantes de la generación genéricamente llamada “del 68” (que incluía a los afiliados en la década del ‘60 y principios del ‘70), comenzaran a distanciarse de las estructuras partidarias¹¹⁰ y quienes se quedaron conservaron un sentimiento de resentimiento que puede explicar, en parte, la virulencia con que se manifestaron los debates durante la crisis iniciada en 1989¹¹¹.

El dirigente Enrique Rodríguez, que estuvo a cargo de una comisión especial para auscultar las causas del alejamiento de muchos miembros del partido, reconocía que “hay heridas de la dictadura, parejas deshechas, niños separados, la duda sobre quién te puede haber batido”¹¹².

Jorge Suárez, ex yerno de Arismendi y encargado de logística del “aparato”, fue uno de los que intentó infructuosamente iniciar un debate sobre el tema del “aparato armado” pero “la dirección del partido se había opuesto a cualquier tipo de discusión formal del tema, siquiera en los planos más genéricos y abstractos”¹¹³. Tampoco se daba una

¹⁰⁹ “Al salir de la cárcel estaba por desafiliarme enojada por la conducta de algunas que hablaron o se ablandaron. Arismendi me dijo que me fuera a la URSS. Vi como vivían los dirigentes nuestros y los de ellos y me llevé otra decepción” (Entrevista a Ofelia Fernández).

¹¹⁰ En la crónica del XXII Congreso del PCU que realizó María Urruzola publicada en Brecha el 11 de octubre de 1990 destacaba la ausencia de esta generación en esa instancia: “esa generación fue la que integró las estructuras “armadas” del Partido, la que protagonizó en primera fila el inicio de la clandestinidad, la que se zambulló en la huelga general del 73 creyendo estar al borde de la insurrección y la que recibió con toda contundencia el golpe de la represión. Fue una generación preparada para una “guerra” que no dio y que durante muchos años ni siquiera se reconoció a sí misma que no se había dado. Analizar las causas de su ausencia exigiría inevitablemente analizar lo dicho, lo hecho y lo no hecho entre el 70 y el 80 y evidentemente el actual PC, integrado por un 84% de afiliados ingresados después del 84, no puede o no quiere hacerlo”.

¹¹¹ En la sesión del CC del 6 de septiembre de 1991, en que se debatía la propuesta de Jaime Pérez de crear un nuevo partido, Liliam Kechichián aún recordaba la falta de debate sobre este tema: “yo lo planteo desde que ingresé al CC, que seguimos teniendo la asignatura pendiente de un estudio detenido, profundo y crítico del papel de Partido Comunista durante la dictadura, del balance de la labor y el papel del conjunto de los que militamos durante la dictadura”. La Hora Popular, 8 de septiembre de 1991.

¹¹² Alternativa Socialista, n° 197, 1/11/1989, artículo de Carlos Montero.

¹¹³ Según Jorge Suarez, en 1964 considerando que en Uruguay podría haber un golpe de Estado similar al de Onganía en Argentina y al de Costa e Silva en Brasil, el CC del PCU toma dos resoluciones para hacerle

explicación del por qué del silencio ya que eso hubiera significado “entrar a discutirlo”. En 1990 en una entrevista radial el Ing. José Luis Massera, integrante del Comité Ejecutivo del PCU, aceptaba que el tema había “que estudiarlo a fondo y con cabeza clara y fresca” Pero los que guardaban con expectativa el comienzo de ese análisis vieron pronto frustradas sus aspiraciones. Como señalan Ciganda, Martínez y Olivari

“los miembros del PCU nunca tuvieron una explicación de las decisiones de la dirección y de las premisas en las que ellas se sustentaron. Los principales dirigentes no hicieron autocrítica alguna sobre errores cometidos, en especial, en lo atinente a normas de seguridad y a casos de infiltración que importaron resultados trágicos, así como al mantenimiento dentro del territorio nacional de hombres y mujeres que integraban el aparato armado que se había decidido no utilizar. Los elementos anteriores confirman,

frente: “por un lado, preparar la huelga general como respuesta de masas; por otro, formar grupos de combate, capaces de organizar la resistencia y combatir junto a los sectores civilistas y democráticos de nuestras FF.AA. que se opusieran al golpe”. La tarea fue encomendada a Arismendi y a Pérez. Se llegó a contar con “un número no despreciable de combatientes básicamente entrenados; con un arsenal suficiente de armas personales y municiones compa pertrecharles; con artillería liviana antiblindados de fabricación propia; con servicios de transporte de personal, de sanidad militar y de comunicaciones; con relevamientos minuciosos, palmo a palmo, de los centros neurálgicos con fines de defensa y resistencia”. No haber dado la orden de entrar en acción es considerada por Suárez como un acierto (“la única decisión lucida y racional que se tomó en todo este tema”) ya que así “se evitó un baño de sangre”.

Suárez enumera una serie de errores que cometió el partido: “haber creído que aquellos sectores civilistas y democráticos que en el 64 se opusieron al golpe de Estado no sólo permanecerían sino que crecerían; (...) no haber comprendido que se establecería una relación directamente proporcional entre nuestro crecimiento como aparato militar y el crecimiento de los sectores golpistas. Sin duda que es una de las varias razones que forman el complejo proceso de unificación de las FF.AA.” Por último señala que “por acumulación de circunstancias que desconozco en sus detalles, los aspectos más sensibles de la vida interna y de las relaciones políticas del partido con sectores y personalidades fueron quedando en manos de un solo hombre, que tenía bajo su responsabilidad la estructura logística del aparato e interinamente desempeñó la responsabilidad de todo el aparato armado. Sobre este oscuro personaje hay dos opiniones. Hay quienes piensan que fue apresado, quebrado y luego reclutado por los servicios de inteligencia militar; otros opinamos que desde siempre, o al menos desde mucho antes del golpe de Estado, ya era sirviente de inteligencia militar. (...) Tuvo conocimiento desde el principio de la participación de los miembros de nuestro partido en la brigada internacionalista que encabezaría el “Che” –y a mi juicio, sería entonces uno de los responsables de su muerte”. Carta de Jorge Daniel Suárez Cabrera publicada en el suplemento El semanario de La Hora Popular el 20 de octubre de 1990, pp. 6-7.

otra vez, la existencia de temas subyacentes al proceso de discusión de la renovación partidaria, que lo condicionaron” (Ciganda et al 2012 286).

La confesión de Pérez de que nunca se pensó en utilizar el “aparato armado” en una huelga insurreccional (Pérez 1996 27-28), como muchos comunistas creían, y que fue sólo una forma de evitar que los militantes jóvenes se fueran al MLN profundizó más la decepción que parte de la generación “del 68” sentía respecto al PCU. Hasta hoy el PCU no ha realizado ninguna declaración oficial ni debate al respecto¹¹⁴. Como señaló uno de los entrevistados, integrante de esa generación: “mientras que las acciones del MLN contribuían a unir a las FF.AA. el PCU hacía un meticuloso trabajo por intentar dividirlos”¹¹⁵. Es plausible la hipótesis de que la Dirección estuviera dispuesta a utilizar las armas sólo en un escenario en que las FF.AA. estuvieran divididas. Tal vez por eso el PCU se mostró tan expectante ante los comunicados 4 y 7 de 1973.

Hubo quienes señalaron que Arismendi cometió un error cuando declaró que el proceso de reconversión había terminado a dos o tres años de haberse iniciado. Para otros ni siquiera tuvo lugar (Ciganda et al, 2012:70). No faltaron quienes vieron con desconfianza a los que volvían del exilio¹¹⁶, especialmente de aquellos que se sospechaba que podían haber sido influenciados por el eurocomunismo (como Esteban Valenti que había vivido en Italia).

¹¹⁴ Sobre el tema del aparato armado del PCU ver Garcé 2012: 72-86 y Piccardo, José Luis, “El Partido Comunista y la lucha armada”, Revista digital Vadenuevo.com.uy, n° 21, 2 de junio de 2010.

¹¹⁵ Testimonio de Ramón Rivarola.

¹¹⁶ “Del exilio vinieron cosas que no tenían que ver con nosotros. Hubo muchos compañeros viviendo en realidades que nada tenían que ver con las nuestras y algo de todo ello vino embarcado con el desexilio. A los operativos de la propia dictadura hay que sumar otros que no supimos que iban a entrar sin permiso en la vida partidaria” Testimonio de Carlos “Púa” Tutzó, en Ciganda et al 2012:76.

Más allá de estas diferencias internas el partido logró mantener la unidad. La Conferencia Nacional de 1985 eligió un nuevo Comité Central (el anterior había sido electo en el último congreso, en 1970) manteniendo (al igual que en el Comité Ejecutivo) a la mayoría de los dirigentes veteranos¹¹⁷, e incorporando algunos dirigentes jóvenes. Sus militantes seguían siendo mayoritariamente obreros, y con un importante nivel de educación formal¹¹⁸. El PCU contaba con una radio de alcance nacional (CX 30), un diario (La Hora), un semanario (El Popular) y una revista (Estudios). Para la prensa escrita se contaba con la donación de toneladas de papel por parte de la URSS¹¹⁹.

¹¹⁷ Las ausencias más llamativas de la dirección del PCU fueron las de los dirigentes sindicales y exdiputados Vladimir Turiansky y Enrique Pastorino. Según algunos testimonios la razón del alejamiento de Pastorino no habría sido por un problema con Arismendi sino con el PCUS, con el cual habría tenido diferencias en la Federación Sindical Mundial, de la cual había sido secretario general entre 1978 y 1980, año en que se retira de la organización. Daniel Mañana, en su libro sobre el mismo, se limita a decir que al regresar a Uruguay en 1986 “intentó reincorporarse a su sindicato de origen (el del Cuero), pero pronto comprendió que su época se había acabado y que debía llegar otra generación de dirigentes” y “se retira definitivamente” (Mañana 2009:34 y 73). Desde su regreso de su exilio en México hasta su fallecimiento en 1995 permaneció al margen de la vida política. Por su parte el ingeniero Turiansky luego de recuperar la libertad (fue uno de los últimos presos en ser liberado) prefirió radicarse en Cuba donde vivía su familia. En ese momento “calificó de ‘especulaciones’ comentarios tejidos en medios de izquierda acerca de su marginamiento de la dirección del PCU y del movimiento sindical por sus posturas críticas. Consideró que ‘es realmente una casualidad’ que viaje a Cuba semanas previas a la realización del XXI Congreso del PCU” (Búsqueda, 20 de octubre de 1988, p. 14). Regresó en 1994 al Uruguay y a la vida partidaria hasta 1998 en que se retiró definitivamente del partido. Entrevistado para este trabajo señaló que “*luego de la dictadura no había voluntad de hacer un balance. Cuando propuse a la dirección del partido que se discutiera todo lo hecho desde 1968 me respondieron “escribí algo vos”. Hubo un choque entre los viejos cuadros y los nuevos. La dirección que provenía del exilio tenía desconfianza de no poder dominar la situación. La reconstrucción quedó en una consigna. Es discutible la decisión de mostrarse victorioso a la salida de la dictadura. Era una olla hirviendo con la tapa cerrada que explotó durante la crisis, lo que explica la virulencia que alcanzó el debate*”.

¹¹⁸ Otros datos, aparte de los ya citados, del informe realizado por la “Comisión de Poderes” de la Conferencia Nacional del PCU de 1985 son que el 60 % de los participantes eran obreros, el 14% profesionales, el 10% desocupados, el 9% amas de casa, el 6% empleados, y el 1% empleados rurales. En relación a la educación el 25% sólo hizo primaria, el 46% primaria y secundaria y el 29% primaria, secundaria y educación terciaria. El 55% se afilió al partido antes del golpe de Estado, el 11% durante la dictadura y el 34% se integró en 1984 y 1985. El 30% de las participantes eran mujeres. Para un país donde la política aún es dominada por los hombres este resulta un porcentaje muy significativo del peso femenino en el PCU. No es de extrañar que se formara por entonces una comisión especial a nivel central para trabajar sobre el tema. La relevancia dada a las mujeres no era novedad para los comunistas uruguayos, baste recordar que la primera senadora, Julia Arévalo, fue comunista. Sin embargo el Comité Ejecutivo estaba integrado casi solo por hombres.

¹¹⁹ Dato aportado por Esteban Valenti, por entonces secretario nacional de propaganda.

Tras doce años de dictadura el caudal electoral del PCU no solo no se redujo sino que, cinco años después, logró su máximo histórico. De los 100.211 votos obtenidos en las elecciones de 1971 (6% sobre el total de votantes) se pasó a 113.216 votos en 1984 (6%) y a 196.046 en 1989 (10%). En relación al total de votos del FA esto representaba el 32%, 28,2% y 46,9% respectivamente (Garcé 2012:145).

La dictadura tampoco logró afectar la hegemonía comunista dentro del movimiento sindical. Tanto en el III Congreso realizado en diciembre de 1985 como en el Congreso Extraordinario realizado en mayo de 1987 del PIT- CNT los comunistas lograron volver a ser la corriente mayoritaria, como antes de la dictadura¹²⁰. Sin embargo, no había sido así en el PIT, donde, por lo menos hasta fines de 1983 hubo un cuidado especial por parte de todas las corrientes en mantener el pluralismo, o como preferían decir los sindicalistas de esa época, la no partidización. El cambio en la correlación de fuerzas estuvo a punto de romper con la unidad de la central sindical entre un congreso y otro¹²¹. Como resultado de todo este proceso los dirigentes sindicales comunistas ganaron autonomía respecto a la dirección partidaria¹²².

¹²⁰ El primer Secretariado Ejecutivo de la CNT estuvo integrado por diez miembros, de los cuales la mitad eran comunistas: Gerardo Cuesta, Luis Iguini, Alcides Lanza, Wladimir Turinansky y Enrique Pastorino. (Rodríguez et al, 2006:80). En el I Congreso de la CNT en 1969 16 dirigentes comunistas formaban parte de la Mesa Representativa de un total de 24. En el II Congreso en 1971 esta cifra se amplió a 19 de un total de 29. Las otras corrientes (MLN-26 Marzo, PSU, anarquistas, ROE, GAU, e independientes) tenían de uno a tres representantes cada una. En 1985 el secretariado Ejecutivo del PIT-CNT quedó integrado por 16 dirigentes de los cuales nuevamente la mitad eran comunistas (Doglio, Senatore y Yaffé 2004: 258). En 1987, tras el I Congreso Extraordinario se mantuvo la correlación. Entre los comunistas había veteranos dirigentes de la CNT como Ramón Cáceres, Alcides Lanza y Eduardo Platero, y jóvenes dirigentes surgidos en el PIT como Ruben Villaverde, Thelman Borges, Manuel Barrios, Óscar Groba y Víctor Rossi (Rodríguez, Universindo 2006 238).

¹²¹ Sobre la interna sindical de esos años ver Rodríguez, Roger en Chagas et al:1991, y Rodríguez, Universindo et al 2006. Sobre el Congreso de 1985 ver Pérez:1996:99, Garcé 2012:110, Semanario Búsqueda, 5 de diciembre de 1985, p. 10, 12 de diciembre de 1985, y 4 de junio de 1987, pp. 4 y 15. Sobre el balance de esos hechos por parte del PCU ver la intervención del dirigente sindical Félix Díaz en la Conferencia del PCU de 1985, Documentos de la Conferencia Nacional, p. 134.

¹²² *“Una de las condiciones que yo puse antes del Congreso Extraordinario es que el congreso lo dirigiáramos*

Entre el 7 y el domingo 11 de diciembre de 1988 se realizó el XXI congreso del partido donde participaron unos tres mil delegados (dos mil delegados titulares y alrededor de seiscientos “delegados fraternales” de la UJC) y decenas de invitados internacionales¹²³. Habían pasado 18 años desde el último congreso por lo que había grandes expectativas por la evaluación que se iba a hacer de lo actuado durante ese período. Las sesiones fueron abiertas (salvo la elección del nuevo CC).

En el proyecto de tesis se reafirmaba el objetivo de instaurar un sistema socialista, mediante una vía propia que incluyera “una revolución agraria y antiimperialista” a cargo de un “frente democrático de liberación nacional”, pero se excluyó en los documentos toda referencia a la instauración de una “dictadura del proletariado”. Se declaraba la aspiración de que en el socialismo “el poder del Estado sea ejercido de manera ampliamente democrática por el pueblo trabajador con la más plena libertad”. Se reafirma la idea de un proceso político en que ese confrontan dos proyectos de país –uno conservador encabezado por el Partido Colorado y sectores nacionalistas, y otro progresista, con el Frente Amplio como impulsor- y se daba cuenta de una gran crecimiento del PCU que habría incorporado 50 mil afiliados desde 1985¹²⁴.

El informe central, que fue leído durante tres horas y media por el secretario general adjunto Jaime Pérez, reivindicó “al menos en su contenido fundamental”, las posiciones

nosotros, la sección sindical. Ellos aceptaron” (Testimonio de Juan Ángel Toledo).

¹²³ Participaron delegaciones de partidos comunistas de países socialistas (la U.R.S.S., Corea del Norte, Hungría, Polonia, la RDA, Bulgaria, Checoslovaquia, Cuba, Rumania, y Vietnam) y capitalistas (Argentina, Brasil, España, Colombia, Ecuador, Francia, Italia, Japón, Venezuela, Angola, Paraguay, México, Bolivia, Panamá, Perú y Chile).

¹²⁴ Búsqueda, 6 de octubre de 1988, p. 7.

asumidas por el PCU ante los comunicados 4 y 7 de las FF.AA. de febrero de 1973 como un esfuerzo válido por incidir en la “puja real que se libraba dentro de las Fuerzas Armadas”, reconociendo que el mismo “no siempre fue bien resuelto en el plano publicitario”, en lo que constituyó un matiz importante respecto a las posiciones oficiales anteriores sobre el “apoyo crítico” que El Popular, el periódico comunista, había expresado en aquel entonces. La caracterización del golpe de Estado como una “derrota de la democracia y de las fuerzas populares” implicó también una variante de importancia en relación con el énfasis del PCU, desde 1973 en adelante, sobre la importancia de la huelga general de ese año para que la dictadura “naciera muerta”. Sin poner en tela de juicio tal afirmación, la definición transmitida por Pérez muestra una flexibilización importante en uno de los temas en los cuales la versión comunista de la historia difería más notoriamente de otros sectores de la izquierda.

En cuanto al estalinismo, admitió que “cuando defendíamos a la URSS del nazismo, éramos solidarios con la causa contra el nazi fascismo, y no conocíamos no imaginábamos estas cosas”¹²⁵ (pasó por alto el hecho de que las peores matanzas realizadas por Stalin se realizaron antes de que empezara el enfrentamiento bélico entre la URSS y Alemania). Una parte del discurso estuvo dedicada a revalorizar a la democracia. Recordó que Lenin decía que “la clase obrera nunca será capaz de resolver las tareas revolucionarias si no toma en sus manos la defensa de las libertades y la democracia”. Reconoció que el PCU tenía

“retrasos serios en la elaboración teórica del tema del Partido de los años ’80, en relación no sólo a nuestro crecimiento, a los problemas internos, sino a las nuevas

¹²⁵ Brecha, 16 de diciembre de 1988, p. 11.

tendencias ideológicas, a la sociedad uruguaya. Y también en la teoría del partido, debemos transitar por un camino difícil. Porque un partido que intenta convivir con el confort ideológico y teórico, que considera que la verdad está siempre pronta y que no hay que descubrirla a diario, corre el riesgo de perder el prestigio político, espiritual y moral, y su propia naturaleza revolucionaria”¹²⁶.

No explicitó los alcances que tendría su intención de sacar al PCU de su “confort ideológico y teórico” pero era consciente que implicaba “transitar por un camino difícil”. Tal vez quiso postergar el debate para cuando su liderazgo estuviera más afianzado o simplemente aun no tenía definido que tan profunda iba a ser la renovación.

El informe sobre la situación internacional fue expuesto por Arismendi quien destacó la importancia que la perestroika tenía para el movimiento comunista internacional ya que fortaleció la tendencia autocritica que hoy también se ve expresada en los procesos de “rectificación” en Cuba y los cambios en China. El informe resaltaba que para cumplir el objetivo de “salvar a la humanidad”, deberían corregirse entre los comunistas los errores de “la autocomplacencia, la adaptación, el espíritu de secta, el estilo escolástico, e incluso las grandes deformaciones del socialismo, como en el período del estalinismo”, pero advertía que no debe interpretarse esta revisión como “una vuelta al capitalismo”.¹²⁷

Ambos informes y la declaración general del congreso fueron votados afirmativamente en general por unanimidad. Pero el consenso se rompió en relación con la expresión “derrota de la democracia” incluida en el primer informe. Algunos sindicalistas

¹²⁶ Búsqueda, 29 de junio de 1989, pp. 12 y 13.

¹²⁷ Búsqueda, 15 de diciembre de 1988, p. 13. Brecha, 16 de diciembre de 1988, p. 11.

interpretaron la afirmación como una referencia a la derrota de la huelga general realizada inmediatamente como respuesta al golpe de Estado. Pérez aclaró que existía una confusión: “Nosotros nunca dijimos que la huelga general fue derrotada”¹²⁸, palabras que igualmente parecieron no conformar a 21 delegados que votaron en contra del punto y 7 que decidieron abstenerse.

En las 550 intervenciones se abordaron los logros y carencias organizativas del partido. Hubo dos temas que resultaron ser los más polémicos, el de la problemática de la mujer y el de la prensa partidaria. Sobre el primero se confrontaron dos posiciones; la que entendía que la lucha de las mujeres estaba vinculada a los grandes problemas nacionales (orientación que guiaba el trabajo de la Unión de Mujeres Uruguayas –UMU) y la que sostenía que “la liberación de la mujer no puede esperar el cambio estructural; si la discriminación existe y contribuye a retrasar la revolución, (...) hay que luchar contra ella”¹²⁹. Terminó imponiéndose la primera visión. La inclusión de este tema en el debate del congreso resultó sorpresiva en función de los antecedentes previos, pero no por eso intrascendente como lo prueba el hecho de que la comisión especial creada para abordar el tema contó con más de 200 miembros. Aunque la presencia femenina en el Comité Central siguió siendo minoritaria ésta se elevó de 11 a 19 integrantes (las mujeres eran el 30% de los congresistas) lo que no impidió que muchas mujeres identificadas con la línea “feminista” se alejaran del partido.

En cuanto a los medios de comunicación el principal cuestionamiento se refirió a su falta de amplitud. La agrupación de comunistas de la emisora CX 30 denunció la falta de

¹²⁸ Búsqueda, 15 de diciembre de 1988, p. 13.

¹²⁹ Brecha, 16 de diciembre de 1988, p. 11.

una política específica hacia los medios y sostuvo que, de todos modos, “en los hechos se han tramitado directivas que han hecho cada vez más estrechos y partidarios a nuestros medios”¹³⁰. El alcance del pluralismo y aperturismo de la prensa comunista pronto se vería reflejado en la inclusión de debates entre integrantes del partido, algo inédito en la cultura comunista.

El congreso estuvo integrado mayoritariamente por hombres, jóvenes y trabajadores, para quienes este era su primer congreso partidario¹³¹. El 62 % de los congresistas tenía menos de 40 años y el 70 % eran asalariados. Un 5 % se afiliaron antes de 1955; un 40 % entre 1955 y 1973, un 25 % entre 1974 y 1984, y un 30 % después de 1985. El CC pasó de tener 104 miembros a tener 109 (65 titulares y 44 suplentes) con un 33 % de nuevos miembros¹³². La principal novedad estuvo en la designación de Jaime Pérez como nuevo Secretario General propuesto por el propio Arismendi que, a sus 75 años, era elegido Presidente del partido, un cargo creado ad hoc en ese momento.

En suma, el congreso dejó algunas señales de renovación. Además de la sucesión en el liderazgo (aunque Arismendi aún se mantenía en la Dirección lo que limitaba la autonomía del nuevo Secretario General), se renovó un tercio del nuevo CC, y se omitió el concepto “dictadura del proletariado” del programa. También hubo tensiones. Las

¹³⁰ Búsqueda, 15 de diciembre de 1988, p. 13. Brecha, 16 de diciembre de 1988, p. 11.

¹³¹ Algo que no pasó desapercibido para el veterano dirigente Enrique Rodríguez que señaló “ahora, hay mucha gente joven, con poco trajín en lo político y en lo sindical; y antes había más experiencia, otra madurez, pero bueno, hay 12 años de dictadura de por medio y muchos compañeros se están formando”. Búsqueda, 15 de diciembre de 1988, p. 13.

¹³² 30 integrantes no fueron reelectos, casi un tercio. Jaime Pérez respondía así a la pregunta de si se había tratado de una “purga”: “el congreso consideró que no podíamos, simplemente sumar más, sumar más, sumar más. Incorporamos una cantidad equivalente a los que salieron pero abriendo espacios a las mujeres que ahora son casi un 20%. Hemos incorporado más compañeros del interior, del movimiento sindical y social. Pensamos que es un buen Comité Central”. Alternativa Socialista, 22 de diciembre de 1988.

diferencias que se manifestaron sobre el feminismo, la prensa partidaria, y sobre la huelga general de 1973 dejaron un malestar en varios afiliados que, sumado a otros aspectos conflictivos, se expresaría con fuerza pasadas las elecciones de 1989.

1989 significó para los comunistas un año de emociones encontradas. La desazón causada por la derrota en abril en el referéndum contra la ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado, la fractura del FA en mayo al retirarse el PGP y el PDC, la crisis de los países socialistas (cuyo máxima expresión fue la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre) y la muerte de Arismendi en diciembre apenas pudo ser amortiguada por la obtención de la intendencia de Montevideo y la excelente votación de la lista 1001 en las elecciones nacionales en noviembre.

También llegaron novedades en el campo ideológico. El 28 de abril en una sesión extraordinaria del XXI Congreso (convocado para elegir a los candidatos comunistas a las elecciones nacionales de noviembre) Jaime Pérez se definió en el informe por un “camino para avanzar hacia el socialismo, un socialismo pluralista, a la uruguaya, un socialismo sin dictaduras, que tenga en cuenta el amor a la libertad que nos legara Artigas”. Definía su modelo como “un socialismo democrático, sin ninguna dictadura, (...) sin violencias, libertario”¹³³. Inmediatamente el diario “La República” tituló en su portada “Jaime Pérez descartó la dictadura del proletariado”. En una entrevista televisiva realizada el 30 de abril el dirigente comunista, ante la pregunta de un periodista acerca de su opinión al respecto

¹³³ Alternativa, 4 de mayo de 1989, p. 5. Búsqueda, 5 de mayo de 1989, p. 13. En su discurso Pérez también rindió homenaje a Raúl Sendic, muerto en París el 28 de abril. Anunció que el partido daría su apoyo al ingreso del MLN-T y al 26 de Marzo al FA. Estos ingresos eran rechazado por los sectores más moderados del FA como el PGP y el PDC que terminarían abandonando la coalición ese año denunciado que en ésta pasaron a prevalecer los sectores no democráticos.

respondió que él (quién había sufrido duramente la cárcel durante la dictadura) estaba en contra de las dictaduras, “sea tanto de izquierda como de derecha”¹³⁴. Luego se publicó un artículo en el diario “La Hora” que “generó un descontento” que Pérez entendía era “justificado”¹³⁵.

Este giro ideológico no parece haber gravitado en el excelente resultado electoral conseguido por el PCU en un mundo donde los partidos comunistas estaban en crisis. En cambio si pueden haber incidido otros factores. En primer lugar en los cinco años transcurridos desde las elecciones anteriores el partido había aumentado sus integrantes en más de 35 mil afiliados¹³⁶. En segundo lugar, contradiciendo la idea de que las campañas publicitarias en las elecciones sirven más para animar a los propios que para ganar votos, está bastante aceptada la idea que la campaña de la lista 1001 en aquella elección marcó un hito en la historia reciente de la propaganda política. En tercer lugar, volvían a presentar como candidato a José Germán Araujo, periodista reconocido por su lucha contra la dictadura luego de haber sido expulsado del Senado acusado de haber promovido una asonada en la noche de la votación de la ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado en diciembre de 1986. En cuarto lugar, el PCU pudo beneficiarse de su decisión de aceptar que el Cdor. Danilo Astori, candidato a la vicepresidencia por el FA, encabezara todas las listas al Senado, lo que de hecho implicaba que la lista 1001, que todos preveían

¹³⁴ Su respuesta completa fue: “*En el Uruguay, nosotros hemos dicho que el tránsito al socialismo debe ser multipartidario, en democracia, con el protagonismo de la clase obrera. A mí, que estuve diez años preso por una dictadura, no me hablen de dictadura, ni de derecha ni de izquierda*”, según versión de La Hora, 2 de mayo de 1989, p. 11.

¹³⁵ La Hora, 13 de julio de 1989.

¹³⁶ Búsqueda, 29 de junio de 1989, p. 13.

que iba a ser la más votada, perdiera un cargo en el Senado¹³⁷. Un hecho que muchos interpretaron como un gesto unitario ya que los analistas estimaban que sólo los dos primeros lugares tenían “altos márgenes de seguridad” en ser electos¹³⁸. Finalmente, la lista logró cuatro senadores (Astori, Araujo, Pérez y Arismendi)¹³⁹ y diez diputados¹⁴⁰. En 1984 el sector había conseguido dos senadores y cuatro diputados¹⁴¹.

El 27 de diciembre falleció Rodney Arismendi, que había liderado el partido desde 1955. Durante la crisis en los debates internos fue citado por integrantes de todas las

¹³⁷ Este acto de desprendimiento fue reconocido por Enrique Erro (hijo del histórico dirigente homónimo) el representante de la Unión Popular: “*es obvio que el Partido Comunista está entregando un senador a la causa del Frente Amplio*”, la calificó como una “*enorme contribución*” y sugirió que semejante gesto “*merece un homenaje*”. El reconocimiento también provino del semanario Búsqueda: “*ciertamente el acuerdo fue posible por la generosa concesión efectuada por el Partido Comunista que demostró que está dispuesto a sacrificar una banca al Senado, que en los hechos correspondería a su Secretario General, para apuntalar una estrategia unitaria trazada en 1955. Estrategia unitaria a la cual se ha aplicado dese entonces sin desmayos actuando con desprendimiento hacia quienes han sido sus socios electorales en el FIDEL primero y en Democracia Avanzada luego*” (columna de Daniel Gianelli del 11 de octubre de 1989, p. 3).

¹³⁸ También se predecía que la lista 1001 podría lograr seis diputados. Búsqueda, 5 de mayo de 1989, p. 13.

¹³⁹ Jaime Pérez se convirtió así en el primer secretario general en la historia del partido en ingresar al senado. La primera senadora comunista fue Julia Arévalo, electa en 1946. El partido no volvió a ganar un escaño en el senado hasta 1962 con Enrique Rodríguez, que mantuvo su banca en las elecciones de 1966 y 1971. En 1986 ocupó la banca del destituido José Germán Araujo el contador Walter Olazabal, representante del PCU ante la Mesa Política del FA. Pérez, al igual que los secretarios generales anteriores, Rodney Arismendi y Eugenio Gómez, fueron integrantes de la Cámara de Representantes.

¹⁴⁰ El quinto lugar estaba ocupado por Alba Roballo (del movimiento “Pregón”), Eduardo Platero, José Luis Massera y Lucía Sala. Como suplentes estaban Walter Olazabal, Nicolás Grab, Leopoldo Bruera, Eduardo Viera y Félix Díaz. La lista de diputados por Montevideo fue encabezada por Francisco Rodríguez Camusso (MPF), Gonzalo Carámbula, Carmen Beramendi, León Lev, Sergio Previtali (Pregón), Andrés Toriani, Thelman Borges, Rafael Sanseviero, Daniel Baldassari, Ruben Yañez, Cristina González y Edison Arrarte. Como suplentes figuraban Juan Pedro Ciganda, Gilberto Ríos, Pedro Toledo, Rosario Pietrarroia, Silvia Rodríguez Villamil y Alicia Pintos. La lista de ediles por Montevideo estaba encabezada por Jorge Mazarovich, Ramón Cabrera, Lilián Ketchichián, Dari Mendiondo, Juan Diakakis, Ruben Villaverde, Esteban Nuñez y Elena Rolandés.

¹⁴¹ Los senadores fueron José Germán Araujo y Francisco Rodríguez Camusso. Los diputados fueron Juan Pedro Ciganda, Andrés Toriani, Yamandú Sica Blanco (que fue sustituido por Gonzalo Carámbula luego de su renuncia el 7 de diciembre de 1986) y Gilberto Ríos.

tendencias, pero muy pocos llegaron a conocer sus opiniones sobre lo que estaba sucediendo en Europa oriental¹⁴².

5.2 La victoria convertida en derrota: auge y crisis de la renovación (1990-1992)

El 1 de marzo de 1990 el diario La Hora Popular envió al seguro de paro a 141 trabajadores dando pie a un conflicto con declaraciones cruzadas entre los trabajadores y la Dirección del diario y del partido. Era una primera señal de la crisis financiera del PCU¹⁴³. Ya sea por los gastos de la campaña electoral¹⁴⁴, la mala administración o la pérdida del apoyo soviético¹⁴⁵, lo cierto es que el partido empezó a tener grandes dificultades para poder mantener sus locales y las empresas con las que estaba vinculado (la radio CX 30, el diario La Hora Popular, el semanario El Popular, la mutualista MIDU, y la imprenta). Los recursos no daban para mantener a los más de cien funcionarios del partido y a los cientos de trabajadores de las empresas. Estas habían sido una solución laboral para muchos

¹⁴² Marina Arismendi y el historiador comunista Julio Rodríguez protagonizaron una polémica al respecto. La Hora Popular 31/12/89, 2/1/90 y 5/1/90. Semanario Brecha 12/1/90 y 29/4/1990.

¹⁴³ En abril se llegó a un acuerdo para que los trabajadores retornaran gradualmente a sus funciones, lo que no impidió que un grupo de estos publicaran una carta denunciando que consideraban inviable que se continuara un proyecto periodístico con la misma Dirección a la que responsabilizaban de la crisis de La Hora. La carta, firmada por 22 trabajadores y ex trabajadores del diario, fue publicada el 22 de abril en La Hora y reproducida al día siguiente en La República (p. 6), junto con una nota de Miguel Carrió, director de La Hora, que señala, entre otras apreciaciones que *“hay cosas que se responden solas, una son las cartas con un muy escaso número de firmantes”*.

¹⁴⁴ Esteban Valenti, Secretario de Propaganda del PCU señaló al respecto que *“la campaña electoral costó 930 mil dólares que no se pudieron cubrir con el pago por los votos recibidos”* (entrevista para este trabajo)

¹⁴⁵ El investigador Evlakhov en su libro *“El misterio del depósito número uno”* (título que alude a la cuenta n° uno de la Unehekonombak, el Banco de comercio Exterior de la ex URSS, donde se depositaban los fondos destinados a ayudar a los partidos comunistas de países occidentales, entre ellos Francia, EEUU, Portugal, Grecia, India, Uruguay y Argentina. Chile, Panamá, México, Canada, el PS chileno y el Frente Sandinista. Según el viceprocurador general de Rusia, Evgueni Lisov los correos de la KGB llevaban dinero a 23 partidos de Europa, 16 de Asia, y 27 de África. Brecha n° 324 14 de febrero de 1992, p. 32.

En 1994 se abrieron los archivos del PCUS donde se hallaron documentos que certificaban que éste financiaba al PCU. La República, 14 de abril de 1994.

Esteban Valenti reconoció que *“de la URSS llegaban 800 toneladas de papel para el diario”* (entrevista para este trabajo).

afiliados que se encontraban desempleados llegando a incorporar más personal del que podían mantener volviéndose inviables desde el punto de vista financiero.

Tal vez para disipar dudas acerca de la renovación en junio de 1990 Jaime Pérez presentó en el CC un documento titulado “Una reflexión sobre la base de la renovación”. En el mismo se afirmaba la vía democrática hacia el socialismo (al que se definía como “el medio para realizar la democracia plena”) y que los principios básicos de la democracia “no debían quedar subordinados a la defensa también legítima- de otros ideales y valores revolucionarios ni a los vaivenes de la lucha de clases...”. En el debate sobre la vigencia de la teoría tomaba clara posición al sostener que

“la crisis del socialismo real agrega un componente sustancial a la urgencia de repensar el marxismo leninismo. El producto histórico, la realización de la teoría, está en crisis y ello se traslada –independientemente de las explicaciones que se ensayen –al interior de la teoría y el método”.

Respecto al partido se establecía que este “no es ni nunca puede ser un fin en sí mismo” y que seguiría “utilizando el centralismo democrático como forma de organización” pero no definía los alcances del centralismo. En cambio se señalaba expresamente que se debía respetar la libertad de opinión. Se reivindica la necesidad de priorizar a los organismos de base en desmedro de los organismos intermedios cuya multiplicación se reconocía “no sólo como un error organizativo, sino una visión política filosófica que sólo transmite y controla planes”.

Luego de un acalorado debate en el que no faltaron las descalificaciones personales, el documento fue aprobado con un solo voto en contra¹⁴⁶. Jaime Pérez lograba un aplastante apoyo entre los dirigentes. Probablemente con la seguridad de que también contaría con el respaldo de las bases anunciaba que “todo está en discusión, menos el nombre”¹⁴⁷, una frase no cayó en el vacío.

Los primeros en recoger el guante fueron los dirigentes de la seccional de Enseñanza Media que dos meses después entregaron a la Dirección del partido un documento muy crítico del aprobado por el CC y que fue publicado por el diario La Hora Popular. Pronto otros afiliados elaboraron otro documento que profundizaba las diferencias con el documento oficial¹⁴⁸. Paradojalmente los críticos de la renovación formaban una fracción y así derribaban uno de los tabúes de la tradición comunista¹⁴⁹. Rechazaban la idea de que al partido se lo definiera sólo como un instrumento, criticaban los resultados del proceso de reconversión, “deformaciones del tipo ‘centralismo democrático sí, pero más democrático’” y señalaban que la caída del campo socialista “no descarta la argumentación teórica marxista de la sociedad y la posibilidad histórica del régimen socialista...”. Advertían que era un error considerar que esta crisis se debiera sólo a la falta de democracia omitiendo del análisis los problemas de infraestructura. En cuanto al concepto de democracia exigían que

¹⁴⁶ Ante la pregunta formulada por el dirigente Eduardo Viera –extrañado porque dicho documento no había pasado previamente por el Comité Ejecutivo- Pérez informó que había sido elaborado por un grupo de sus asesores “Esteban Valenti, Álvaro Rico y otros compañeros...” (Toledo 2008 213).

¹⁴⁷ Pronto también el nombre estuvo en discusión. En el CC de la UJC la propuesta de cambio de nombre fue rechazada por abrumadora mayoría. Más adelante el propio Pérez llegaría a proponer formar un “partido por el socialismo democrático” dentro del cual se disolvería el PCU.

¹⁴⁸ El primer documento fue publicado en La Hora Popular el 27 y 28 de agosto de 1990 con el título “Aportes para la discusión hacia el XXI Congreso del PCU” y el segundo fue publicado el 14 de septiembre con el título “Una introducción necesaria”.

¹⁴⁹ Si bien la historia oficial partidaria siempre reivindicaba el “golpe” de 1955 encabezado por Arismendi para derrocar a Eugenio Gómez de la Secretaría General no se hacía referencia de que hubiera sido la acción planificada de una fracción. Arismendi prefería denominarla “insurgencia” (Ciganda et al 2012:182).

se aclarara si la nueva estrategia (que, a su juicio, no era el fruto de un análisis científico sino de especulaciones basadas en algunos hechos y supuestos errores de los comunistas) mantenía o no el concepto de la lucha de clases, el rol de vanguardia que siempre se le adjudicó a la clase obrera y cuáles eran los límites de las luchas sociales dentro de un Estado de derecho que tiene entre sus principios fundamentales la defensa de la propiedad privada¹⁵⁰.

La rispidez del debate fue subiendo de tono hasta llegar a los agravios y descalificaciones personales, creando un ambiente nunca antes visto entre “camaradas” a pesar de los intentos de aminorar sus alcances¹⁵¹. Los autoproclamados como “renovadores” calificaban a sus oponentes de “ortodoxos” y “conservadores”, acusándolos de sabotear todas sus iniciativas y de no reconocer que el mundo ha cambiado. Por su parte, los autodenominados “históricos” trataban a los otros de “reformistas”, eurocomunistas, “liquidacionistas” y “socialdemócratas”, atribuyéndoles querer aniquilar al partido y hacerle el juego a la derecha. Para un comunista la socialdemocracia era sinónimo de traición a “los intereses de la clase obrera” por ser funcional al capitalismo¹⁵². Estaba fresco en la memoria de muchos que hacía poco se había mantenido un fuerte debate con el PGP, identificado con la socialdemocracia, recientemente escindido del FA. La formación de estas dos corrientes significó un hecho inédito en un partido que se jactaba de no haber

¹⁵⁰ Ciganda et al 2012:180.

¹⁵¹ León Lev publicó un artículo con la intención poner paños fríos en la interna con el título “¿Renovadores, conservadores? Ya se ha superado”, en El Semanario, suplemento de La Hora Popular (30/6/90). Sobre los debates internos en este período ver Brecha (30/3/90 n° 226, p. 9 y 11/5/90 n° 232, p. 10), La República (15/4/90, p. 3, 23/4/90, p. 7, y 29/7/90, p. 10.), El semanario, 28/7/90 y 11/8/90.

¹⁵² Así lo expresó el dirigente Enrique Rodríguez: “no somos tan estúpidos como para decir que Suecia no logró conquistas para la clase obrera. El capitalismo puede dar cierto bienestar acá o allá pero las transformaciones no las va a hacer”. Semanario Alternativa Socialista, n° 197, 1/11/1989, artículo de Carlos Montero.

tenido nunca divisiones internas y de realizar un permanente culto a la unidad. Como se verá más adelante estas dos tendencias distaban mucho de ser monolíticas¹⁵³.

Los renovadores lograron imponerse en el Congreso de la UJC (10 de septiembre), en las Conferencias Departamentales de Montevideo (29 y 30 de septiembre) y Canelones (1 de octubre). Estas victorias no se dieron sin dificultades. Si bien en el congreso juvenil los informes propuestos por la Dirección fueron aprobados fue rechazada la consigna con la que se convocó al congreso (“abajo todos los muros”) calificada por muchos como oportunista (De Giorgi 2012). En los eventos departamentales varios oradores realizaron duros cuestionamientos a la Dirección partidaria¹⁵⁴. En el de Canelones perdió por sólo tres votos una moción que desaprobaba lo actuado por Jaime Pérez por “proceder irresponsablemente” (Ciganda et al 2012:549). La renovación parecía triunfar pero la oposición se iba expandiendo y organizando. Crecía la desconfianza y los puentes entre las dos corrientes se iban cortando cada vez más¹⁵⁵.

¹⁵³ Jaime Pérez distinguía dos posiciones entre sus opositores. Entendía que convivían tres visiones en la interna del PCU: la de los "nostálgicos", la de "los negadores absolutos" y "la que para mi parece mayoritaria, en la que naturalmente me incluyo, que tratamos de renovar el partido". Los primeros “están en la línea de dejar todo estático como era antes. Me refiero a muy buenos compañeros, luchadores, pero que añoran la época de las certezas”. Los segundos “pugnan con eso y creen por lo tanto que se debe marcar que nada de lo pasado fue positivo, [esta posición] está originada más que nada en la pasión. Son compañeros que en alguna oportunidad probablemente, como producto del método del partido y cosas desacertadas se sentían muy dolidos”. Es de destacar que por primera vez un dirigente comunista reconociera públicamente la existencia de diferencias internas en el partido. También llama la atención el tono conciliador de Pérez al referirse a sus detractores, una actitud atribuible a su personalidad pero también, como lo dijo expresamente, a saberse respaldado por una amplia mayoría. La declaración fue realizada en el canal 4 el 9 de abril de 1990. La versión está tomada del diario La República del día siguiente.

¹⁵⁴ La Hora Popular, 30 de septiembre de 1990.

¹⁵⁵ En su informe al XXII congreso Jaime Pérez denunciaba que habían circulado dos documentos anónimos contrarios a la Dirección, uno titulado “Quién le tema a los lobos que no entre al bosque” y otro atribuido a los Servicios de inteligencia. Revista Estudios, nº 108 (p. 5). Aunque esta última posibilidad no se podía descartar (es sabido, por los informes que han podido retirar del Ministerio de Defensa algunos comunistas, que éstos aún eran vigilados en los años 90) es clara la intención de asociar la oposición interna a los “intereses del enemigo de clase”. En entrevista para este trabajo Edgar Lanza manifestó que luego se reconoció que este documento también había sido realizado por afiliados al partido.

El XXII congreso, convocado a propuesta de Pérez para ser realizado casi un año y medio antes de lo que hubiera correspondido (debió haber sido a fines de 1991 o principios de 1992), inició sus sesiones el 5 de octubre de 1990. En lugar de los dos meses que establecía el estatuto para el debate previo, éste llevó diez meses y, acorde con la promesa de transparentar el partido, se realizó abierto a la prensa. El CC aprobó un reglamento que modificó la forma de elegir a los delegados, lo que se tradujo en que el 60 % de estos fueran electos por las bases y no por organismos intermedios.

La ambigüedad en las resoluciones permitió luego que tanto los renovadores como sus opositores las invocaran para justificar sus posiciones antagónicas¹⁵⁶. Estas contradicciones no pasaron desapercibidas y fueron motivo de críticas¹⁵⁷.

Tal vez por esa misma ambigüedad el informe inaugural fue aprobado por unanimidad en el CC. En el mismo Jaime Pérez proponía que la renovación también debía alcanzar al resto de la izquierda, en clara alusión a los sectores que se habían escindido del FA y a los sectores progresistas de los partidos tradicionales. Pensando en la siguientes

¹⁵⁶ Así lo destacó también María Urruzola: “un congreso que dirimió los problemas teóricos –que ya estaban planteados en su expresión política- y que en su levedad permitió ser referente para tirios y troyanos”. (...) “En el 22 congreso (octubre 1990) no pudimos no supimos –y creo que hubo un poco de cada cosa- comprender que la concepción con la que históricamente se construyó el partido resulta antagónica con la concepción de un partido para el socialismo democrático’ (Rafael Sanseviero en el plenario de la departamental de Montevideo en el que renunció al cargo para el cual fue electo)”. Para Urruzola “... evidentemente, proclamar el valor universal de la democracia –sin agregados de burguesa o proletaria- y al mismo tiempo el del marxismo-leninismo en su totalidad, es por lo menos contradictorio y matemáticamente un punto muerto, porque uno anula al otro.” Señalaba como ejemplo de la ambigüedad: “¿se reafirma la centralidad de la clase obrera? en las resoluciones se dice que ‘...la clase obrera se realiza como fuerza hegemónica dirigiendo de manera consensual un bloque de fuerzas pluralista y pluriclasista’ pero por otro lado se afirmó ‘el rechazo a toda otra forma de opresión de unos seres humano sobre otros... Es decir que percibimos otra formas de desigualdad que, aunque suelen articularse con las de clase, no se reducen a ellas’. Y en otro lado se afirma que ‘un proyecto popular, nacional y democrático alternativo basado exclusivamente en el consenso es una utopía pura, el mismo debe incluir necesariamente la cuota de coerción legal necesaria para su construcción’. Y se termina preguntando ¿Coerción legal con el sistema institucional vigente?” Brecha N° 315, 13 de diciembre de 1991.

¹⁵⁷ Carta de Jorge Daniel Suárez Cabrera publicada en el suplemento El semanario de La Hora Popular el 20 de octubre de 1990, pp. 6-7.

elecciones de 1994 planteó la necesidad de formar una amplia alianza “de toda la izquierda o de todo el bloque alternativo... ello, lejos de rebajar el papel del Frente Amplio, lo sitúa en una nueva perspectiva en este diseño”¹⁵⁸. Reconoció que aunque el debate fue desprolijo el partido había encarado correctamente el problema de la crisis de los países socialistas, sin evitar opinar y sin sentir que se sentían obligados a dar explicaciones sobre procesos sobre los cuales no se contaba siempre con toda la información¹⁵⁹. En el campo de la autocríticas admitió la necesidad de terminar con la tradición de siempre considerar las derrotas (como la del referéndum de 1989) como victorias¹⁶⁰, el desfasaje entre los cursos de educación partidaria y la línea del partido, los errores cometidos en relación a la prensa partidaria, y la poca militancia en relación al número de afiliados (aunque dijo no compartir la crítica de que el crecimiento masivo hubiera debilitado al partido)¹⁶¹. En cuanto a las definiciones ideológicas calificó como un “argumento infantil” el sostener que consolidar la democracia era consolidar el capitalismo¹⁶². Destacó que la democracia contiene valores culturales de la humanidad, “como hay valores universales del hombre, como hay valores universales de la cultura, que no están referidos estrechamente a un tiempo histórico determinado”¹⁶³.

¹⁵⁸ Revista Estudios, “Documentos del XXII Congreso”, p. 14. Cuando esta propuesta finalmente se concretó en 1994, con la formación del Encuentro Progresista, le resultó muy difícil a los nuevos dirigentes del PCU convencer a sus seguidores de que dieran sus votos para su creación durante el congreso del FA. Algunos afiliados llegaron incluso a romper sus carnés ante lo que consideraban un rebaja de los principios (Testimonios de Marina Arismendi y Ana Olivera).

¹⁵⁹ Revista Estudios, “Documentos del XXII Congreso”, p.5.

¹⁶⁰ Revista Estudios, “Documentos del XXII Congreso”, pp. 11-12.

¹⁶¹ Ciganda et al 2012:188.

¹⁶² Revista Estudios, “Documentos del XXII Congreso”, pp. 24-28.

¹⁶³ Búsqueda, 11 de octubre de 1990. La crónica de Claudio Paolillo destaca lo que, a su opinión, es una paradoja, que en el mismo discurso Pérez proclame su apoyo incondicional a Cuba a pesar de que no sea una democracia.

El documento aprobado de resolución general incluyó esta visión sobre la democracia de Pérez:

*“los comunistas uruguayos no descubrimos la democracia y sus valores recién ahora. [...] En muchos sentidos, puede afirmarse que la política comunista ha jugado un papel protagónico en la conformación de la democracia uruguaya. Cuando postulamos consolidar la democracia, se nos argumenta infantilmente que estabilizar estas democracias emergidas de las caídas del fascismo, es consolidar el capitalismo: confunden las formas institucionales políticas con las relaciones económico-sociales derivadas de la posesión de los medios de producción”.*¹⁶⁴

Si bien no se renunció al marxismo-leninismo ni al centralismo democrático se eliminó del texto del artículo 1 de los estatutos la definición del Partido Comunista como “vanguardia de la clase obrera” y se aumentaron las prerrogativas de los organismos intermedios y de base. Aunque el debate ideológico fue postergado por falta de tiempo en el documento final se valorizó la crisis de los regímenes comunistas de Europa del este como el fracaso de “una vía” y no de una “argumentación teórica marxista de la necesidad y la posibilidad histórica del régimen socialista.” En el documento se reconoció que

“todo esto necesita ser mejor conocido y analizado, pero ya hay una lección permanente a entrar: no se puede imponer por la fuerza lo que no se obtiene desde la conciencia de las masas populares”.

¹⁶⁴ La Hora Popular, 14 de octubre de 1990, p. 3.

En contraste con todo el debate previo el Congreso prefirió evitar una definición más precisa sobre la crisis de movimiento comunista internacional, posiblemente en aras de salvar la unidad interna.

En cuanto a la elección de la nueva Dirección el CC saliente propuso una nómina de 100 dirigentes, entre los cuales no se incluyeron a 20 titulares y 14 suplentes que renunciaron a su repostulación¹⁶⁵, y a otros 30 dirigentes cuya postulación fue apoyada por el organismo. Sólo dos de los integrantes titulares del CC saliente no fueron repostulados (Luis Iguini, secretario general de la Confederación de Obreros y Empleados del Estado, COFE, y Roberto Pereira). El 33% de los postulados no integraba, ni como titular ni como suplente, el CC¹⁶⁶. Los organismos de base por su parte, en otro hecho inédito, postularon a 22 candidatos, ninguno de los cuales era miembro del máximo organismo de Dirección partidaria.¹⁶⁷. Sólo dos de los 70 miembros electos no fueron propuestos por la nueva

¹⁶⁵ La diputada Carmen Beramendi se justificó en que no podía desarrollar “*en forma adecuada las dos responsabilidades*” de legisladora y de integrante del CC optando por el primer cargo. En carta publicada en el diario La Hora Popular, Beramendi señalaba que “*es negativa una cuestión que vemos en el partido: el que es ser de la dirección sea algo así como una meta y que la salida de ella sea algo así como la muerte política. Creo que esto es negativo. Empecemos, en la práctica, a demostrarnos que es natural el que se pueda entrar y salir de allí; que haya etapas en las que el estar es imprescindible, y otras que no. Y que se puede aportar realmente desde cualquier lugar*”. La Hora Popular, 14 de octubre de 1990, p. 5.

¹⁶⁶ Estos eran Huber Arregui, Edison Arrarte, Delia Bentancur, Adolfo Bertoni, Hugo Bianchi, Luis Blanco, Alfredo Boriani, Luis Centurión, Álvaro Colotta, Susana Dalmás, Juan Errandonea, Alma Espino, Ernesto Etchepare, Miguel Fajardo, Ariel Ferrari, Benjamin Liberoff, Emma Massera, Daniel Mesa, Silvia Mesa, Miguel Millán, Jorge Molinari, Alicia Pintos, Aurelio Pisciotano, Gerardo Rey, Álvaro Rico, Riviesi, Julio Rodríguez, Lirio Rodríguez, Ricardo Rosas, Celia Ruiz, Lucia Sala, Carlos Tutzó, y Gerardo Ubiría.

¹⁶⁷ En total fueron 159 los nombres propuestos para ocupar los 70 cargos del CC, los cinco cargos de la comisión de cuentas, los nueve cargos de la comisión de control y la secretaría general (cargo para el cual Jaime Pérez era el único candidato). La lista de candidatos contenía junto a los nombres una clave, del 1 al 6, que representaban el área de actividad: 47 eran del área sindical; 31 de interior y agro; 49 del “aparato” partidario, incluyendo direcciones seccionales, FA, y comisiones centrales del partido; 2 del área de los profesionales, universitarios y cultura; 8 parlamentarios; y 12 del área municipal. Según dio cuenta La República la forma en que sería presentada la nómina de candidatos generó “momentos de tensión” y “rípidas discusiones”. Algunos congresales habrían manifestado “en pasillos” su disconformidad con el procedimiento porque “no es lo mismo decir que milita en un sindicato, genéricamente, o decir que milita en el Sunca, o en el Magisterio o en Judiciales”. Recíprocamente y desde otra posición política, se señalaba que “no es lo mismo trabajar en el Frente Amplio, dando la lucha por la renovación, que en una comisión central del partido”. De uno y otro lado se reclamaba aclarar con exactitud cuál era la actividad de cada candidato,

Dirección, Marina Arismendi y Walter Marrero. Los partidarios de la renovación consiguieron casi todos los cargos del CC en una elección hecha por primera vez mediante voto secreto¹⁶⁸. Entre los electos había 43 asalariados, 13 profesionales universitarios, un militar (el coronel (r) Óscar Petrides), un comerciante y 12 funcionarios rentados (Ciganda et al 2012:195). Pérez fue reelecto por el 82,2% de los votos que, aunque no era el 99% con lo que era usualmente elegido el Secretario General en los congresos anteriores, estuvo por encima de lo que él mismo esperaba¹⁶⁹.

La comisión nombrada por el XXII Congreso para estudiar la crítica situación de los medios de prensa partidarios y de la imprenta concluyó, luego de describir la crisis y señalar responsabilidades que

“...sería erróneo concluir que sólo los comunistas administramos mal” y que “es necesario repensar la concepción tradicional del PCU según la cual nada en política puede dejar de hacerse por falta de finanzas” y recomendaba que “en el futuro será necesario evaluar con mayor realismo cuáles son las prioridades políticas, en dada

pero como la lista ya estaba confeccionada y además era acompañada por un folleto con el currículum de cada uno, finalmente se superaron las diferencias y se aprobó la confección de la nómina con la separación por áreas, genéricamente. La República, 13 de octubre de 1990.

¹⁶⁸ En la elección del CC votaron 2165 congresales sobre un total de 2450 habilitados (un 88.36%). Debieron elegir entre 122 candidatos para 70 cargos. Los más votados fueron: Jaime Pérez 1906 votos, Marcos Carámbula 1863 votos, Gonzalo Carámbula 1843 votos, Eduardo Platero 1592 votos, Víctor Rossi 1573 votos, Ramón Cabrera 1539 votos, Edgar Lanza 1534 votos, Tabaré González 1523 votos, León Lev 1445 votos y Rafael Sanseviero 1423 votos. También fueron propuestos por la Dirección para integrar el nuevo CC los que no se identificaban con la línea oficialista posiblemente con la intención de mantener cierto grado de heterogeneidad. Pero la mayoría de los congresales prefirió dejar claro sus preferencias. Eduardo Viera, director del semanario El popular y uno de los principales opositores a la política seguida por Jaime Pérez, quedó relegado al puesto n° 68 con 693 votos. Datos tomados del diario La República, del 9 al 16 de octubre de 1990.

¹⁶⁹ Según declaró en una entrevista realizada por José Jorge Martínez publicada en la separata El Semanario de La Hora Popular del 29 de septiembre de 1990, pp. 1 al 3. Como muestra de apertura y pluralidad en la misma publicación partidaria se incluyen fragmentos de diferentes crónicas de otros medios (los semanarios “Tupamaros”, “Búsqueda” y “Brecha”, la agencia internacional IPS, el quincenario “Mate amargo”) sin omitir sus críticas al evento.

momento y en cada lugar, y emprender proyectos con un mínimo de viabilidad financiera”¹⁷⁰.

Como símbolo de los nuevos tiempos la prensa partidaria hacía público la existencia de diferentes puntos de vista en el congreso. En La Hora Popular podía leerse que había “diversas interpretaciones sobre definiciones cruciales”, que “la vía democrática al socialismo fue motivo ayer de objeciones y precisiones”, y que “el ‘imperialismo y la oligarquía y su comportamiento ante un gobierno de sesgo popular y progresista, fue motivo de intensos debates”, aunque terminaba aclarando que “volvió a manifestarse una fuerte disposición a preservar la unidad del partido”¹⁷¹. Para la Dirección del PCU esto último era lo más importante, que a pesar de los temores previos, se había evitado una fractura¹⁷².

En junio de 1991 un sorprendido Jaime Pérez contaba al volver de la URSS de la aguda crisis en que ésta se encontraba y del creciente anticomunismo que se vivía. Señalaba también que Gorbachov había cometido graves errores al haber iniciado la Perestroika “*sin*

¹⁷⁰ La Hora Popular, 14 de octubre de 1990, p. 2.

¹⁷¹ En el congreso el entonces diputado León Lev leyó una carta enviada por el ingeniero José Luis Massera donde, luego de excusarse por no poder participar por problemas de salud, reconocía como uno de los objetivos del mismo “*el mantenimiento de la unidad del partido, que creo que ya está asegurada. Sin duda ello no podrá impedir que en su seno subsistan diferencias de opinión, algunas importantes, lo que dará origen a un período de discusiones internas que, por otra parte, son inevitables en los polémicos debates que, en el PCU y en el resto del movimiento comunista internacional y las fuerzas de izquierda, son insoslayables para esclarecer, en el espíritu del marxismo-leninismo, los complejos problemas teóricos y prácticos que ha estallado en los últimos tiempos*”. La Hora Popular, 14 de octubre de 1990, p. 4.

¹⁷² Sobre el debate en el congreso ver La hora popular 29/9/90 p. 1-3, 14/10/90 p. 3-5, y La República 9/10/90 p. 7 y 13/10/90. Desde otros sectores de izquierda se subrayaron ciertos asuntos no resueltos y contradicciones. En un artículo de Ricardo Arocena y Manuel Chouza publicado en el semanario socialista “20-21” se destacaba la reconversión fallida en el PCU entre los que provenían de la cárcel, del exilio y de la clandestinidad. En un artículo de José López en “Mate Amargo”, publicación del MLN, se cuestionaba el concepto de “socialismo democrático”. Ambos artículos fueron citados en el suplemento El Semanario de La Hora Popular, 29/9/90, p. 5.

saber cómo hacerla”¹⁷³. Curiosamente era la misma crítica que muchos le hacían al propio Pérez en relación al proceso de renovación que él inició en el PCU.

Al mes siguiente un grupo de 24 dirigentes de izquierda, entre los cuales había nueve integrantes del CC del PCU, de la Vertiente Artiguista (VA), Artiguismo y Unidad (aliado a la VA) y frenteamplistas independientes, publicaron una carta/documento con opiniones sobre cómo entendían que debía de ser el proceso de debate en el FA, en un intento de demostrar que era posible construir contactos transversales entre los partidos¹⁷⁴. La iniciativa recibió fuertes reparos en la interna del PCU por su contenido y acusaciones de indisciplina por no haber pasado antes por los organismos de Dirección¹⁷⁵. También fue criticado por el Movimiento 26 de Marzo, la Corriente de Unidad Frenteamplista (el grupo fundado por Germán Araujo y, hasta entonces, aliado del PCU) y por algunos dirigentes socialistas. En cambio fue bien considerado por Líber Seregni, Danilo Astori y Tabaré Vázquez (Ciganda et al 2012 200).

El que la carta haya tenido tanta repercusión puede explicarse por las especulaciones que pudieron hacerse sobre un posible nuevo alineamiento dentro del FA que ocupara el espacio de centroizquierda que antes representaban el PGP y el PDC. La posición contraria de algunos dirigentes socialistas a un acercamiento entre vertientistas y comunistas se podía deber a su temor de no poder concretar una alianza con la VA en la que fueran el sector

¹⁷³ La Hora Popular, 23/6/91.

¹⁷⁴ El documento, publicado por el diario La República el 6 de julio de 1991, fue firmado por Carlos Abín (independiente), Rodrigo Arocena (VA), José Bayardi (VA), José Betancur (VA y FANCAP), Gerardo Caetano (Indep.), Gonzalo Carámbula (PCU), Marcos Carámbula (PCU), Daniel Coll (VA), Luis Garibaldi (PCU y FUM), Cristina González (PCU y FUS), Nestor Luisi (SUANP), Federico Martínez (PCU), Daniel Mesa (PCU), Margarita Percovich (VA), Álvaro Rico (PCU), José Pedro Rilla (indep.), Juan Manuel Rodríguez (VA), Enrique Rubio (VA), Rafael Sanseviero (PCU), Jorge Silvano (PCU y FOT), Judith Sutz (VA), Esteban Valenti (PCU), Ricardo Vilaró (VA) y Rodolfo Zanota (Artiguismo y Unidad).

¹⁷⁵ La Hora Popular, 14/7/91.

mayoritario. Por parte de los renovadores comunistas que firmaron el documento es probable que tuvieran la intención de allanar el camino para un futuro entendimiento con los que tenían más afinidad ideológica en la izquierda. Eran los dirigentes que se habían mostrado más radicales en sus planteos de renovación y que, frustrados por las dificultades internas que debieron enfrentar para concretar su proyecto de renovación, apostaban a acelerarlo sumando aliados desde afuera. Una intención que tomaría fuerza dos meses después con la propuesta de Pérez de formar un nuevo partido¹⁷⁶. Para poder llevar la renovación más allá de lo que había resuelto el XXII congreso solo restaba definir cuál iba a ser el momento más oportuno. La ocasión se presentó como consecuencia de un acontecimiento externo inesperado.

El 20 de agosto sectores conservadores del PCUS, de la KGB y de las FF.AA. soviéticas detuvieron por tres días a Gorbachov. A pesar de que éste salió airoso los acontecimientos posteriores terminarían por minar su poder en pocos meses. Ese mismo día el CE del PCU emitió una declaración de condena al golpe y el 23 de agosto, derrotada la intentona, el CC aprobó un saludo de felicitación al “pueblo soviético”¹⁷⁷. Los que resistieron al golpe no lo hicieron defendiendo al PCUS por lo que un saludo al “partido hermano”, como se estilaba decir, hubiera resultado fuera de lugar¹⁷⁸. La resolución contó

¹⁷⁶ La relación entre el documento “de los 24” y la propuesta de Pérez fue resaltada por sus opositores. “*Como han señalado, entre otros Araujo y Viera, el mensaje evoca al llamado Documento de los 24. Las reminiscencias son claras: el contenido de algunos de sus planteos, el lenguaje, el nacimiento inorgánico, el estar dirigido a la vez a varios públicos (comunistas, marxistas, frenteamplistas e izquierdistas en general) y hasta el alineamiento de simpatías y rechazos que rápidamente provocó, al extremo que muchos se preguntan si aquel texto no habrá servido, en definitiva, como globo sonda para el aterrizaje de este otro*”. Brecha n° 301, 6 de septiembre de 1991.

¹⁷⁷ La República, 20 de agosto de 1991.

¹⁷⁸ La contradicción fue destacada por el periodista por Hugo Alfaro al señalar que “*en la propuesta de Pérez omitió una autocrítica ya que los que se opusieron al golpe en la URSS “no lo hicieron en nombre del PCUS, defendido toda la vida incondicionalmente por el PCU sino, al contrario, para arrasar con todos los vestigios del burocratismo imperante en la URSS. ¿No habíamos quedado en ser autocríticos, transparentes y*

con el voto contrario de Eduardo Viera y Alberto Altesor, quienes argumentaron que el fracaso del golpe podría favorecer a EE.UU.¹⁷⁹. El episodio contribuyó a profundizar las diferencias internas e impulsó a Jaime Pérez a acelerar el proceso de renovación.

Nueve días luego del fracaso del golpe de Estado en la URSS desde la prensa partidaria Jaime Pérez propuso la formación, con otros sectores de la izquierda, de una nueva estructura política, el “partido del socialismo democrático”¹⁸⁰. Una vez más el Secretario General realizaba públicamente un anuncio importante antes de que fuera aprobado por los organismos de Dirección. En efecto, el texto apenas había sido conocido – no analizado- por el CE y no se consideró en el CC a pesar de que los renovadores tenían una aplastante mayoría¹⁸¹. Pero esta mayoría no era homogénea y es probable que Pérez

renovadores?”. Brecha n° 301, 6 de septiembre de 1991, p. 4.

¹⁷⁹ En la reunión del CC del 6 de septiembre de 1991 Viera afirmó “... *El compañero Jaime dice que yo he justificado el golpe de Estado. (...) dijimos que no teníamos simpatías pero teníamos que ver el conjunto del problema, porque una cosa es no tener simpatía con el golpe y otra cosa es coincidir con Bush. (...) no puedo comprender que Jaime mandara un telegrama a Yeltsin, que ya antes del golpe había hecho decretos anticomunistas*”. La Hora Popular, 8 de septiembre de 1991.

¹⁸⁰ A fines de 1988 Pérez ya había propuesto una unión entre socialistas y comunistas creando un “Partido Único de los Trabajadores”, intención que se remonta a 1955 según recordaba el propio Pérez: “*forma parte de una concepción en el sentido que corresponde que haya un partido de la clase obrera. Un partido leninista. Nosotros le decimos marxista-leninista, los compañeros socialistas le dicen marxista y leninista. Bueno, por una ‘y’ no nos vamos a pelear*”. Entrevista publicada en el semanario Alternativa Socialista, 22 de diciembre de 1988

¹⁸¹ Cuando se le reprochó haber hecho la propuesta de forma individual Pérez respondió: “...*¿Por qué personal? Porque si una propuesta semejante hubiera sido avalada por todos los organismos, que es lo que algunos plantean o por el CC, entonces ya hubiera parecido un propósito de protagonismo del partido, una agresividad del Partido frente a la cual, prácticamente el espacio para conversarlo, discutirlo etc., ya estaría prefijado...*”. Y cuando se le acusó de querer abandonar el objetivo de realizar una sociedad socialista se defendió afirmando: “...*hoy mismo alguno ha dicho que queremos llevar el Partido al capitalismo, ¡qué desprecio por las otras fuerzas socialistas! ¿Así que dentro del Frente Amplio hay fuerzas que quieren ir al capitalismo? Refleja una etapa que podíamos llamar preconciliar del partido, anterior todavía al XVI Congreso del año 55, cuando creíamos que éramos la única fuerza en el país, antioligárquica y antiimperialista y que, por lo tanto, todos los demás eran enemigos. Cuando nosotros lo que queremos es justamente que no se disuelva el Partido, si no que se integre en un proceso que, naturalmente no será de un día para otro...*”. Brecha n° 302, 13/9/91.

considerara necesario actuar en forma decidida para lograr unir a los renovadores tras su liderazgo con una propuesta radical y audaz¹⁸².

En los primeros días de septiembre, mientras el taller gráfico donde se imprimía la prensa partidaria se encontraba ocupado por los operarios en protesta por el incumplimiento del convenio salarial, se reunía el CC para discutir el documento titulado *“El ocaso y la esperanza”* presentado por Pérez. En el informe se criticaba la creencia, fuertemente instalada en la cultura comunista, de que las buenas causas justificaban su imposición por la fuerza, probablemente pensando en aquellos que habían justificado el intento de golpe de Estado en la URSS:

“el disponer del poder discrecional y absoluto, aun contra la voluntad de la gente, no puede justificar de ninguna manera el empleo de cualquier mecanismo para imponerlo o para mantenerse...”

También cuestionaba la falta de firmeza de la renovación en el PCUS, en una clara justificación de su propuesta de profundizar el proceso de renovación en el PCU:

“si hay algo que se le puede recriminar a la perestroika y a Gorbachov es no haber actuado con la energía y con la claridad necesarias en relación a (...) los objetivos, claridad en los procedimientos democráticos y el rumbo socialista”.

¹⁸² Esta apuesta a mostrarse firme fue justificada por el propio Pérez: *“Yo informé al Comité Ejecutivo de estas ideas, pero a mí me parece que es disminuir el problema, hacer mención a esto. Creo que en momentos cruciales de definición, cada uno tiene el derecho y la obligación de asumir y jugarse por sus ideas y la formalidad debe estar al servicio de eso. (...) Y si el CC es abierto, es también abierto el debate en la prensa y por lo tanto es un problema de tiempo si parece antes o después...”*. La Hora Popular, 1 de septiembre de 1991. Brecha n° 301, 6 de septiembre de 1991.

Reafirmaba su idea de que el PCU debía “evolucionar en la perspectiva democrática al socialismo” y terminaba planteando la necesidad de sumar a otros sectores de la izquierda a ese proyecto:

“¿sólo el PCU puede proponerse ese objetivo, o podemos compartirlo con otros compañeros? Ya en el XXII congreso dijimos que para elaborar, dar respuesta a los desafíos teóricos, era conveniente aunar esfuerzos entre todos”.

Propuso realizar un plebiscito interno en un lapso de sesenta días para que todos los afiliados se pronunciaran sobre la conveniencia de formar el nuevo partido. Admitió que el mecanismo no estaba contemplado en el estatuto pero justificó su propuesta en que el mismo no lo prohibía¹⁸³. Con su propuesta, argumentaba, buscaba salir del estancamiento en que se encontraba la renovación que atribuyó a la falta de progreso de su intento de lograr un equilibrio entre las diferentes posiciones en aras de mantener la unidad¹⁸⁴. Por eso advirtió que a partir de entonces iba a cambiar su trato con los opositores internos que se

¹⁸³ En el informe Jaime Pérez admitió que la original idea no había sido suya: “...recordemos una intervención de la cra. Ema Massera, cuando dijo que hay que dejar espacio a la creación individual, a las ideas, al aporte: ese es un gran capital. (...) la solución, en definitiva, me la dio la carta de una compañera, una compañera militante de base afiliada en 1972... Como nosotros no queremos en absoluto copiar el modelo soviético ni el italiano, ni ningún modelo, tenemos que resolverlo a la uruguaya. Y en el Uruguay cuando hay temas tan importantes y definatorios, hay un método que tiene prestigio y valor. Creo que tenemos que convocar a un referéndum de todos los afiliados del partido para pronunciarse sobre estos temas. (...) en dos meses (...). Sé que en los estatutos no está previsto, pero tampoco está prohibido y por lo tanto el CC del Partido puede perfectamente convocarlo”. *Ibíd.*

¹⁸⁴ El dirigente reconocía que “las diferencias se siguieron profundizando, se agudizaron hasta la agresión verbal, hasta suplantar la lucha de ideas por el insulto, la malevolencia, la especulación contra compañeros. Y a quienes hacen eso yo no lo veo como un problema de maldad, lo veo como parte de una cultura de quienes creen tener absolutamente la única de las verdades, de quienes creen que tener una duda es un pecado mortal, se consideran los inquisidores de esta época y que, por lo tanto, a los que impugnan el dogma, a los que niegan la fe ciega y absoluta hay que combatirlos con ferocidad y derrotarlos de cualquier manera”. *Ibíd.*

habían mostrado cada vez más agresivos contra la Dirección del partido y contra él en particular¹⁸⁵.

Por primera vez las deliberaciones de un CC se transmitieron por radio, a través de la emisora CX 30¹⁸⁶. Luego de veinte horas de intenso debate, entre intercambios de duros cuestionamientos, la sorpresiva renuncia de la historiadora Lucía Sala, llamativas ausencias y retiradas, la resolución de convocar al plebiscito en un plazo de 90 días fue acompañada por 54 votos contra 3¹⁸⁷. Las intervenciones demostraron el amplio crisol de opiniones internas entre los dirigentes¹⁸⁸. Hubo denuncias cruzadas de realizar fraccionalismo, cambios de posición, y cuestionamientos al procedimiento utilizado en presentar la propuesta¹⁸⁹. Con este clima no era de extrañar que se temiera por la unidad del partido¹⁹⁰.

¹⁸⁵ Fue particularmente severo con Eduardo Viera: *“creo que hay que asumir que se están creando diferencias insalvables cada día más difíciles de hacerlas compatibles. Desde el tratamiento público de señor, hasta compañeros que, como Eduardo Viera, justificaron el golpe de Estado cuando el Partido había emitido una clara condena. Naturalmente que ellos tienen el derecho de dar sus opiniones pero nosotros también tenemos el derecho de evaluar la situación en toda su gravedad y ello está también en el debate. En el momento en que percibimos que un grupo, como el 26 de Marzo, trabajaba contra el PCU (...) el mismo compañero que justificó el golpe sale a defender esas actitudes e incluso a justificarlas. (...) actitudes que son cada día más incompatible con la moral del PCU. Ibíd.*

¹⁸⁶ El evento fue cubierto por toda la prensa. Brecha, por ejemplo, le dedicó la tapa (con una caricatura de Jaime Pérez haciendo equilibrio con la hoz y el martillo y malabarismo sobre una cuerda acompañada del titular: PCU: viraje in extremis) y varios artículos. Respecto al documento de Pérez el semanario indicaba que *“Hasta ahora Pérez era el fiel de la balanza pero se inclinó por el ala que hasta octubre pasado impulsó, en primera línea Valenti. Los cuestionamientos se relacionaron con la existencia previa de un espacio socialista y democrático y con consideraciones acerca del momento, para unos fue demasiado apresurada y para otros llegó varios años tarde. En general todos coinciden en que faltó la autocrítica y debate interno”*. Brecha n° 301, 6 de septiembre de 1991.

¹⁸⁷ No estuvieron presentes los dirigentes sindicales Óscar Groba, Ruben Villaverde y Eduardo Platero. Brecha n° 302, 13 de septiembre de 1991, pág 6. Los tres dirigentes que votaron en contra fueron Marina Arismendi, Eduardo Viera y Alicia Pintos. Alberto Altesor, que también se había manifestado en contra no estaba en el momento de la votación pues se había retirado antes. Brecha n° 302, 13/9/91, p. 9, Artículo de María Urruzola.

¹⁸⁸ Eduardo Viera denunció maniobras atribuidas al entonces nuevoespacista Rafael Michelini y a Esteban Valenti (que, por voluntad propia, no integraba el máximo organismo partidario). Brecha n° 301, 6/9/91.

¹⁸⁹ Cuando Marina Arismendi propuso no adoptar ninguna resolución Jaime Pérez rechazó la idea porque de aceptarse *“lo único que va a quedar con pronunciamiento es la fracción que está trabajando por el conservadurismo en el partido”*. Eduardo Viera le replicó al Secretario General: *“No, la fracción que actúa dentro de la dirección del partido, con algunos que no están en el CC”* en clara referencia a Esteban Valenti.

Para que el proyecto tuviera éxito era imprescindible que contara con el apoyo de las organizaciones políticas a las que iba dirigido. Las respuestas no demoraron en llegar. Los sectores del FA mostraron poco entusiasmo por la propuesta, y los sectores escindidos del FA menos aún¹⁹¹. Aunque hubo manifestaciones de aprobación (desde la Vertiente Artiguista, el Movimiento 20 de mayo y de independientes) en los hechos poco se hizo para alcanzar un acuerdo. Los aliados más cercanos, la CUF y el MPF, que integraban la lista 1001 junto al PCU, liderados por Germán Araújo y Francisco Rodríguez Camusso respectivamente, rechazaron la iniciativa y terminarían rompiendo su alianza con el PCU¹⁹². Destacados dirigentes del PS tanto “ortodoxos” como “renovadores” (Reinaldo Gargano, Guillermo Chifflet y Manuel Laguarda), también la rechazaron¹⁹³. Era natural que luego de tantos años de competencia con los comunistas dentro del espacio de izquierda y dentro de las organizaciones sociales las otras fuerzas políticas observaran con recelo el

Brecha n° 302, 13 de septiembre de 1991, p. 6.

¹⁹⁰ El diputado y Secretario general de la UJC Rafael Sanseviero concluía que *“ha habido diferencias sustanciales: en el tema de la guerra del golfo, (...) del Mercosur (...), del golpe de Estado en la Unión Soviética y ahora en torno a este planteo (...) Yo creo que no podemos seguir conviviendo con esta doble personalidad”*. La Hora Popular, 8 de septiembre de 1991.

¹⁹¹ El dirigente del PDC Héctor Lescano señaló: *“no nos sentimos convocados en la propuesta de Jaime Pérez, en la medida en que está claramente dirigida al sector marxista de la izquierda”*. Brecha n° 303, 20 de septiembre de 1991, p. 9.

¹⁹² Rodríguez Camusso, quien declaró que el PCU debería repudiar también el sistema cubano (La Hora Popular, 8 de septiembre de 1991, p. 4) terminaría abandonando la coalición 1001 en noviembre. (La Hora Popular, 10 de noviembre de 1991). Araujo dejó su audición en CX 30 La Radio, de la cual había sido director por muchos años y donde había alcanzado notoriedad en su enfrentamiento contra la dictadura, y comenzó a salir por CX 36 Radio Centenario (perteneciente al Movimiento 26 de Marzo) luego de discrepar públicamente con el PCU en la forma en que éste pensaba gestionar la emisora y denunciarlo por despreocuparse por la alianza. Declaró que *“si el PC modifica su línea en el sentido de aspirar a un socialismo democrático, estaremos ante un cambio de definición y de objetivos por parte de este sector, lo que no quiere decir que esto derive en cambios de postura del propio FA. (...) “la coalición de izquierda nunca planteó el socialismo como su objetivo, más allá que muchas fuerzas que integramos el Frente podemos aspirar o dejar de aspirar a él. No nos podemos dar el lujo de ser ingenuos a esta altura de los acontecimientos ya que una lectura sencilla indica que el PC ya no tiene ningún interés en mantenerse integrado a la 1001”*. La Hora Popular, 7 de julio de 1991. La República, 1 de septiembre de 1991.

¹⁹³ La Hora Popular, 8 de septiembre de 1991. La Mañana, 11 de septiembre de 1991.

proceso del PCU. Para muchos era un problema que sólo atenía a los comunistas¹⁹⁴. Otros temían que éstos terminaran “copando” el nuevo partido¹⁹⁵. Pocos fueron los que advirtieron que la crisis del PCU podía también perjudicar al resto de la izquierda¹⁹⁶.

¹⁹⁴ Ver declaraciones de Carlos Cassina (PGP), Reinaldo Gargano (PS), Hugo Cores (PVP) y Enrique Rubio (VA) en Brecha n° 301, 6/9/91.

¹⁹⁵ Según el historiador, y por entonces socialista, Fernando López D'Alesandro la actitud de socialistas y tupamaros se debía a “razones, históricas, políticas, de oportunidad. En la primera socialistas y tupamaros tenían varios argumentos para sacar ventaja. El PS confirmaba sus tesis históricas respecto de la URSS y el movimiento comunista. Para los tupamaros -dentro de la concepción ‘libertaria’ y tercerista que tenían del proceso latinoamericano- quedaba claro que la URSS fue un estado burocratizado, con intereses imperiales propios. Los sectores más moderados de la izquierda vieron ratificadas sus críticas a las faltas de libertad y el autoritarismo, además de ratificar que no había más “vanguardias” en lo que respecta a la lucha por los cambios sociales. Todo esto hizo que los partidos de izquierda no comunista no perdieran la oportunidad para darle la estocada final a un rival histórico. Nadie estaba dispuesto a disolverse para formar otra organización. El velorio ‘no les incumbía’ como dijo Guillermo Chifflet.

Ahora, en cierta forma, muchos estaban dispuestos a ocupar el vacío dejado por el PCU dentro del Frente Amplio, especialmente el PS, aunque en las elecciones inmediatas a la crisis no obtuvo el primer lugar en la izquierda. Danilo Astori y su sector, Asamblea Uruguay, capitalizó gran parte del éxodo electoral de los comunistas.

También debemos considerar que, si bien el resto de la izquierda veía el cambio dentro del PCU de forma atenta, no dejaban de lado sus temores, casi históricos, de que la estructura vertical y disciplinada del PCU copara las posiciones políticas y terminaran salvando a una organización que se derrumbaba. Nadie movió un dedo por los comunistas, tampoco sus aliados más directos. Democracia Avanzada se desfibró. Como hemos visto, Germán Araujo criticaba las posturas de Jaime Pérez desde una posición sintonizada con los históricos, en tanto que Rodríguez Camusso lo hacía desde una óptica casi de derecha. Todos esperaban la caída del partido más votado de la izquierda, buscando que la crisis no los afectara e intentando sacar el mayor rédito político posible”. Obra no publicada.

¹⁹⁶ Uno de ellos fue el periodista Marcelo Pereira que en un artículo titulado: “El futuro de la cultura comunista. ¿Habrá créditos para la reconversión?” recordando la frase de Jaime Pérez de que “*Todo está en discusión, salvo el nombre del Partido*” señalaba que ningún debate es descartable a priori. Destacaba que había un solo requisito para participar en la renovación, que exista la voluntad de seguir siendo comunistas y que los dos mil congresistas reunidos en octubre de 1990 no estaban en condiciones de reformular la cultura comunista. Decidieron darle una oportunidad a la renovación. El intento de golpe de Estado contra Gorbachov fue una prueba superada por la renovación al ser rechazado por la Dirección del PCU pero también quedó demostrado que no todos estaban de acuerdo. Según Pereira la propuesta de Pérez buscando la confluencia de los socialistas renovadores “*implica que quizá no sea posible juntar a todos los integrantes actuales del PCU. Un año después del XXII congreso Pérez asume que para renovar la identidad comunista es necesario ubicarla en un marco inorgánico que el PCU por sí solo no ofrece. La propuesta fue rechazada por anti renovadores, socialistas o no, por qué podría fortalecer la renovación; por aliados renovadores o no, porque su peso disminuiría en un agrupamiento más grande. Otros quieren que se hunda para heredar su espacio. También hay que tener en cuenta el anticomunismo y las viejas facturas. Para el FA pueden ocurrir dos cosas. Si se disgrega en forma desordenada se repartirán los votos pero el aporte de sus militantes y cuadros se pierda por el desanimo. Si el partido se fractura y no hay confluencia el FA puede aumentar su heterogeneidad y perder un factor de estabilidad. En ambas hipótesis se verían perjudicadas las posibilidades frenteamplistas de crecer y de ganar aliados. La iniciativa necesita tiempo y sentido común. Es importante también para el contexto latinoamericano para la que la izquierda uruguaya es un punto de referencia. Las fuerzas socialistas pueden construir un proyecto con futuro junto a los comunistas, o desentenderse de los que ocurra con ellos. La diferencia entre ambas cosas puede ser la que media entre*

Sorprende que Jaime Pérez hubiera dado un paso tan trascendente sin haberse asegurado antes una mejor recepción por parte de sus potenciales aliados. Si es que hubo contactos previos solo se explica que no lo haya comunicado al CC por el temor de que esto pudiera perjudicar el resultado. Tal vez interpretó algunas declaraciones como señales de que había un interés por acercarse a los comunistas. También pudo haber sucedido que los firmantes no comunistas del “Documento de los 24” no lograron primar en la interna de sus sectores. Todo lleva a pensar que se trató de una audaz iniciativa personal del propio Secretario General y de tal vez algunos pocos dirigentes con los que había tenido más afinidad¹⁹⁷.

Para la disidencia interna la propuesta de la mayoría del CC fue la gota que desbordó el vaso¹⁹⁸. Un grupo integrado por dirigentes intermedios y militantes de base comenzó una campaña de recolección de firmas para convocar un congreso extraordinario que sustituyera al plebiscito¹⁹⁹. El estatuto establecía que con el apoyo de un 10% de los

tener algo que aportar a un debate mundial y pensar que las campanas, esta vez, doblan sólo por algunos”. Los acontecimientos posteriores harían realidad los dos escenarios imaginados por Pereira. Se produjo una disgregación desordenada que dejó por el camino a miles de militantes y el FA perdió un factor de estabilidad. Pero pronto el surgimiento de nuevos sectores llevaría a una nueva estabilidad. Brecha n° 301, 6 de septiembre de 2001, p. 3.

¹⁹⁷ Según algún testimonio habrían existido sondeos previos por parte de Jaime Pérez. También es cierto que hubo declaraciones públicas desde otras fuerzas de izquierda que podrían haber alentado un acercamiento. En 1990, en una mesa redonda en la que participaba por el PCU el dirigente renovador Gonzalo Carámbula, el entonces dirigente de la Vertiente Artiguista Rodrigo Arocena había expresado que había llegado el momento de formar “un gran partido socialista” y exclamó “renovadores del mundo, uníos”. Por su parte el dirigente socialista Manuel Laguarda había declarado que “a los renovadores, a los que aspiran a expresar a la sociedad sin manipularla, la vida nos seguirá acercando”. La República, 18 de mayo de 1990.

¹⁹⁸ Entrevistado para este trabajo Edgar Lanza reconoció que “*fue un error plantear ‘El ocaso y la esperanza’ porque muchos se sintieron traicionados porque se alejaba demasiado de la línea del Partido. (...) Precipitamos un proceso para el cual debimos tener más paciencia. ‘El ocaso y la esperanza’ no fue oportuno, a la interna y a la externa, luego de todo lo que le habíamos dicho a los socialistas*”.

¹⁹⁹ El texto de la convocatoria decía así: “*en virtud de la responsabilidad del PCU ante la grave crisis social y económica del país y de la necesaria contribución para crear un bloque alternativo, nacional, popular y democrático con lo definió el Segundo Congreso del FA, y particularmente ante la situación de crisis por la que atraviesa nuestro partido, un grupo de afiliados ha resuelto iniciar la recolección de firmas a los efectos*

afiliados alcanzaba para lograr el objetivo, lo que en ese momento significaba lograr 5.000 firmas.

En la UJC una resolución en el mismo sentido (de convocar un referéndum) precipitó la renuncia de un tercio de los integrantes del CC quienes se dispusieron a convocar a una Conferencia Departamental a realizarse a principios de octubre, aun sin contar con el aval de la Dirección. La decisión, aprobada por 14 votos a favor y 5 en contra, fue realizar un referéndum

*“que coincida en la fecha con el que realizará el PCU, en el que se plebisciten las ideas que surjan de un debate que promoveremos entre todos los jóvenes comunistas y quienes quieran participar en este proceso (...)”*²⁰⁰.

Los organismos de base comenzaron a tomar posición. Algunos seccionales de Montevideo se pronunciaron contra la propuesta del CC²⁰¹ y en el plenario departamental la votación resulto favorable por una diferencia de solo cuatro votos²⁰². A fines de septiembre el CC eligió, por primera vez por voto secreto, un nuevo CE que quedó conformado exclusivamente por renovadores. Sin embargo a pesar de estos respaldos a la renovación la Dirección continuaba dando señales de vacilación. Los que proponían hacer un congreso

de llamar a un Congreso Extraordinario del partido, de acuerdo al artículo 12, inciso C del Estatuto del PCU”. Brecha n° 303, 20 de septiembre de 1991, p.8. De acuerdo al semanario “el enfrentamiento plebiscito-congreso no parece jugarse en la realización de uno u otro evento, sino en la fecha de convocatoria de cada uno de ellos. La resolución adoptada por el CC de llamar a un plebiscito, establece en su numeral 5 que “en el caso de los comunistas, la decisión final (de crear el nuevo partido) corresponderá a un congreso partidario” El problema es que no parece lo mismo llegar a un Congreso con un plebiscito favorable, que llegar a él sólo con el pronunciamiento de los organismos que estén funcionando. Esto último sería lo que pretenderían los recolectores de firmas, que a partir de la fecha de entrega de las mismas pueden exigir al CC que lo convoque en su plazo mínimo 830 días) y no en el máximo, que lo ubicaría después del plebiscito. Se trata pues, de una carrera contra reloj”.

²⁰⁰ Brecha n° 303, 20 de septiembre de 1991, p. 8.

²⁰¹ La República. 12-16 de setiembre de 1991.

²⁰² Ciganda et al 2012 214. La Hora Popular, 15 de septiembre de 1991.

reclamaron que el plebiscito se postergara para poder tener tiempo de juntar las firmas necesarias. La propuesta fue rechazada por el CC por apenas dos votos (25 a 23) pero luego en una segunda votación se decidió correr para más adelante la fecha por una abrumadora mayoría (43 a 1) probablemente para evitar una ruptura.

Este momento de posicionamientos ideológicos coincidió con un agravamiento de la crisis financiera. El partido perdió la emisora CX 30, el diario y debió cerrar varios locales por no poder mantenerlos. Además la violencia con que se llevó a cabo el debate (con acusaciones de traición por un lado y de divisionismo por otro) debilitaron los vínculos de confianza y camaradería necesarios para el funcionamiento de todo colectivo. Muchos afiliados desilusionados fueron abandonando las estructuras partidarias ya sea porque se negaban a aceptar la necesidad de adecuarse a la nueva realidad o porque desconfiaban de la velocidad con la que los renovadores habían cambiado sus posturas defendidas con vehemencia hasta hace muy poco²⁰³. La ruptura parecía inevitable²⁰⁴.

En el medio de la polarización interna surgió una tercera posición encabezada por los historiadores Lucía Sala y Julio Rodríguez, y por el ingeniero José Luis Massera²⁰⁵. La iniciativa fue rechazada tal vez porque, a pesar del prestigio de los tres académicos, no contaron con el apoyo de alguno de los principales “jefes” partidarios, o porque “el clima

²⁰³ María Urruzola en una nota publicada en Brecha y titulada “Todo en cuestión” recogió la opinión de 20 dirigentes intermedios de los seccionales Balbi, Baliñas y Salud Privada del PCU que se reunieron para analizar la crítica situación del partido. Brecha n° 303, 20 de septiembre de 1991, p. 8.

²⁰⁴ Entrevista a la historiadora comunista Lucía Sala por María Urruzola. Brecha, n° 302 del 13 de septiembre de 1991, P. 7.

²⁰⁵ Publicaron una nota titulada “El sentido común reclama darnos más tiempos” donde aunque reconocían que la propuesta mayoritaria “hace un esfuerzo por buscar nuevos caminos” la criticaban porque no cumplía con “los requisitos de repensar la historia a partir de instrumentos teóricos rigurosos”. También marcaban distancia frente a los “históricos” a quienes calificaban como herederos “de las formas anquilosadas de hacer política” y criticaban su incapacidad para “ofrecer propuesta alguna”. Los autores no rechazaban la renovación pero reclamaban disminuir la velocidad con la que Jaime Pérez estaba conduciendo el proceso. Ciganda et al 2012 216.

incandescente establecido ya no parecía propicio a una genuina búsqueda de acuerdos” (Ciganda et al 2012 216).

En el mes de noviembre se reunió la Conferencia Departamental de Montevideo, instancia clave en la disputa entre renovadores y conservadores por ser el departamento que nucleaba al 60 % de los afiliados del país²⁰⁶. Sin embargo la participación fue escasa²⁰⁷. La mayoría de los comunistas no se mostraban entusiasmados por la lucha fraccional. Si bien los informes relativos al trabajo realizado en el gobierno municipal y en el movimiento sindical fueron aprobados por mayoría absoluta de los presentes, en los temas más polémicos hubo una votación dividida. Se rechazó la propuesta de Jaime Pérez (por 352 votos a 339), se aprobó proponer la suspensión del plebiscito y por mientras “continuar el debate” como había mocionado Roberto Markarián²⁰⁸. Los opositores a la renovación lograron obtener once de los 17 cargos del Comité Ejecutivo Departamental²⁰⁹. Si bien los candidatos eran votados en forma individual, los delegados, en un hecho inédito, conocían con anticipación la integración de las dos listas en pugna, la “histórica” liderada por la maestra Marina Arismendi (hija del histórico dirigente) y la “renovadora” encabezada por

²⁰⁶ La razón de la convocatoria fue la necesidad de elegir un nuevo Comité Ejecutivo Departamental ya que de los electos en octubre de 1990 sólo quedaban cuatro integrantes. Ciganda et al 2012 216.

²⁰⁷ Según la crónica de Brecha 3107 personas de Montevideo eran “*afiliados concernidos (¿militantes?) por la problemática interna de su organización, de un total de 30 mil registrados en los padrones y de un subtotal de 12 mil que este año por lo menos tendió su mano para recibir el carné que los acredita como comunistas. Hace 40 años, en 1951, el PCU tenía 4500 cotizantes-militantes en todo el país. (...) El 90% no estuvo. La lucha por el poder interno desgastó, fracturó, hirió, decepcionó y en muchos casos no motivó a la gran masa comunista*”. Brecha n°313, 29 de septiembre de 1991.

²⁰⁸ La Hora Popular, 24 de noviembre de 1991.

²⁰⁹ Los más votados para todos los cargos fueron Carlos Tutzó (1612 votos) y Marina Arismendi (1597). Esteban Valenti, el renovador más votado, recibió 1231 votos y ocupó el 11° lugar. Para el primer cargo Arismendi recibió 1466 votos (56,15%) y Valenti 1063 votos (43,28%). La República, 29 de noviembre de 1991. Brecha n° 313, 29 de noviembre de 1991.

el ex secretario de propaganda Esteban Valenti²¹⁰. La postulación de este último, que había desistido de ocupar cargos de Dirección en el último congreso, era una clara señal de que los renovadores estaban dispuestos a jugar fuerte²¹¹. En esos días aparecieron pintadas y se difundieron volantes (atribuidos por algunos dirigentes a los servicios de inteligencia de las FF.AA.) que “echaron más leña al fuego”²¹². Casi todos los dirigentes identificados con la renovación desistieron a ocupar sus cargos, convencidos de que se había llegado a un punto en que resultaba imposible seguir trabajando con los “históricos”²¹³. Declararon que la resolución sobre la política de alianzas aprobada en la Conferencia resultaba incompatible con sus concepciones. Las dos mociones al respecto presentadas decían basarse en las resoluciones del pasado XXII Congreso, algo que no debería llamar la atención teniendo en cuenta la ambigüedad de sus contenidos.

La oposición minoritaria en el CC integrada por Altesor y Viera parecía sumar al sector mayoritario en la departamental montevideana en su resistencia al movimiento renovador. Sin embargo los motivos del rechazo de cada uno eran diferentes. Mientras los primeros manifestaron más discrepancias con el contenido ideológico muchos de los segundos con lo que más disentían era con la forma en que se condujo el proceso²¹⁴.

²¹⁰ Según manifestó Valenti en la entrevista para este trabajo su aceptación a la candidatura se debió a la insistencia de otros compañeros que lo convencieron de que debía liderar la lista.

²¹¹ Así fue interpretado por los “históricos”. Para Marina Arismendi la candidatura de Valenti era como “un llamado a las armas”. La Hora Popular, 17 de noviembre de 1991.

²¹² Incluso el líder colorado Jorge Batlle intervino en la interna comunista al declarar que Valenti hizo negocios en África y Europa para hacer finanzas para el partido. La República, 8 de noviembre de 1991.

²¹³ Renunciaron Esteban Valenti, Daniel Mesa, Luis Garibaldi y Rafael Sanseviero. Asumieron sus cargos Federico Martínez y Benjamín Liberoff.

²¹⁴ Así lo veía María Urruzola para quien la ortodoxia no fue la que triunfó en la conferencia departamental porque *“Marina Arismendi y Alicia Pintos no son Eduardo Viera y Alberto Altesor que dieron una clara batalla en pro de la conservación de las viejas ideas, mientras que aquellas dos han alzado su voz sobre todo para reclamar otra metodología, más tiempo para el debate y una actitud de respeto para a la “identidad” comunista que más que un conjunto estructurado de conceptos ideológicos es un conglomerado de ideas,*

Los opositores a la renovación se anotaron otra victoria al conseguir las firmas necesarias para convocar a un congreso extraordinario²¹⁵. A un mes del plebiscito convocado por el CC el partido se encontraba en una situación de dualidad de poderes. Por un lado, la Dirección Nacional, todos los parlamentarios e integrantes del gobierno municipal, y del otro la Dirección de la Departamental de Montevideo avalada por la Conferencia, único pronunciamiento masivo hasta entonces. Ante la encrucijada el CC resolvió suspender el plebiscito y convocar a un congreso extraordinario para el año siguiente tal como solicitaban los 5000 firmantes.

El frente renovador comenzó a mostrar fisuras. Para algunos el nuevo congreso sólo cambiaba el lugar de disputa pero otros, ganados por el desanimo, interpretaron la decisión

sentimientos e historias concretas. Tras ellas se atrincheraron desde simples comunistas hasta 'carapintadas' de la ortodoxia. (...) Marina reconoció que su triunfo era en primer lugar la derrota de la otra ala y que tras su prédica se aglutinaron comunistas de todo tipo.... También su condición de mujeres y maestras. El 'otro modo' de hacer política de las mujeres (...) supone un estilo de diálogo, sin agresividad, atento mas al sentir de la gente que las razones de las estructuras y en el caso de ambas también modalidades personales calmas y en contacto profesional cotidiano con el Uruguay de las escuelas públicas, que es el de la realidad por encima de los discursos. La lista de Valenti tenía una sola mujer en 17 candidatos y en el último lugar. La otra era liderada por las 2 mujeres. No es más que otra paradoja que ilustra los recovecos de la realidad frente a la linealidad de las ideas". Brecha n° 313, 29 de noviembre de 1991.

²¹⁵ Jaime Pérez destacó "el error de ingenuidad cometido frente a quienes estuvieron un año entero trabajando" para derrotar su propuesta de cambio. Mientras Valenti hizo pública su renuncia a su cargo en el Comité Ejecutivo montevideano para el que acaba de ser elegido, y llamó a quienes han abandonado la militancia a unírsele, Pérez impulsa la lucha de fracciones dentro del partido tratando de "barrer" a "muchacha gente honesta, equivocada, desorientada y confundida". No les vamos a decir que está bien" (a los que no quieren dar la lucha interna), porque se discuten "70 años gloriosos que no podemos regalar como bienes de difunto".

Al día siguiente renunció al PCU Juan Pedro Ciganda, quien en una muy larga carta contestó a Pérez: "¿La última batalla? No, Jaime, no. La última batalla vale la pena casi siempre, hasta por aquello de que la peor gestión es la que no se hace". Pero añadió que en este caso no pudo darse porque -a su criterio- el grupo "histórico" es como la Inquisición: "Ejecuta. Prende fuego. Elimina, si puede". Ante "una irracional cultura de la intolerancia. Que no es permeable y tiene poderes de retroalimentación infinitos, u ante una lógica perversa de la confrontación". Federico Martínez, el más votado en la elección del Comité Ejecutivo Nacional fue el único renovador que se presentó a la sesión inaugural del Comité Ejecutivo Departamental "porque hubo elección y fui electo". Valenti declaró a El Observador que "se ha perdido una instancia de debate interno muy importante que compromete la renovación del PCU en la capital, y que otorga a los que ganaron la posibilidad de demostrar en la práctica que resultados produce su visión del país, del mundo y de la ideología". Brecha n° 314, 6 de diciembre de 1991 artículo de Enrique Roldós.

como una derrota. Por primera vez Jaime Pérez realizó críticas a otros renovadores²¹⁶. El Comité Ejecutivo de la UJC renunció²¹⁷. Los renovadores aparecían divididos y en franca retirada. La efímera victoria en Canelones, segundo departamento en cantidad de habitantes, fue contrastada por su derrota en Cerro Largo, Paysandú, Rivera y Salto²¹⁸.

La información disponible en la prensa permite ver mayormente las posiciones de los dirigentes del PCU. Para tener una aproximación a lo que pensaban los militantes comunistas puede ser útil una encuesta que se publicó en octubre de 1991²¹⁹. En la misma un 44% se identificó con la corriente “renovadora”, un 12% con los “históricos” y un 10% con el “documento de los intelectuales” elaborado por José Luis Massera, Julio Rodríguez y Lucía Sala. Esta “tercera opción”, según señalaban los encuestadores, sería “esencialmente coincidente con la expresada por un grupo de ex militantes de la UJC de la generación del ‘68”. Si bien es clara la diferencia a favor de la tendencia renovadora resulta muy

²¹⁶ “Para renovarnos no necesitamos renegar de la historia (...), porque eso me repugna (...) más cuando la afirmación –agregó- viene de ‘renovadores’ que fueron serviles ideológicos”. La República, 9 de diciembre de 1991, p. 7.

²¹⁷ Bajo la argumentación de que “lo viejo no engendra lo nuevo” renunciaron Adriana Betancor, Sandra Leopold, Gabriel Mazzarovich, Leonardo Pérez, Juan Canessa, Marcelo Moisés, César Montaña, Daniel Chasquetti, Alejandro Retamoso y Roberto Libermann, firmantes del documento titulado “Me durmieron con un sueño”. Brecha N° 315, 13 de diciembre de 1991.

²¹⁸ Brecha n° 324, 14 de febrero de 1992, p. 14.

²¹⁹ La encuesta fue efectuada por el Grupo de Análisis Político (GAP) el 12 de octubre en ocasión de la celebración del 71° aniversario del PCU realizada en el Velódromo Municipal. La elaboración del material estuvo a cargo de Silvana Charlone, Carlos Varela, Daniel Buquet Corleto, Marina Mendi, Enrico Irrazábal, y los sociólogos Leonardo Pérez y Ana Laura Rivoir. Se realizaron 151 entrevistas a individuos seleccionados al azar por un muestreo aleatorio sistemático entre las 16 y las 20 horas. El informe concluye que “de los datos obtenidos se observa que la población se distribuye, por sexo, en un 40% de mujeres y un 60% de hombres, y la edad promedio resultó ser de 42 años. La población representada por la muestra podría cuantificarse en el entorno de las 2000 personas, que son quienes se habrían hecho presentes en el evento dentro del horario del estudio. Las características de este grupo radican en la escasa proporción de jóvenes menores de 30 años (16%) y su composición mayoritaria de militantes (67%). Dada la ausencia de actitudes indiferentes ante la problemática partidaria y el alto grado de información entre los encuestados, se podría establecer que se trata del grupo que, dentro del total de afiliados (que el PCU estima en 50.000), se encuentra más próximo a la vida partidaria, a sus vicisitudes, actividades y debates internos”. La República, 20 de octubre de 1991, p. 2.

significativo que un 23% de los encuestados rechazara identificarse con alguna de las tres corrientes propuestas.

En la primera reunión CC realizada en febrero del año 1992 Jaime Pérez sorprendió a todos, una vez más, al anunciar que renunciaría al cargo de Secretario General y al CC cuando el Congreso Extraordinario eligiera a la nueva Dirección²²⁰. Manifestó también su intención de que en el congreso sólo se discutieran temas de la coyuntura política (como la situación nacional y el próximo congreso del FA) y que se convocara a una comisión “de notables” para analizar las cuestiones teóricas e ideológicas que se iban a debatir en el XXIII Congreso a realizarse al año siguiente. El CC aprobó una resolución que exhortaba a todos a procurar a que reinara un espíritu de unidad en los debates previos y en el mismo congreso. Los “renovadores” votaron divididos²²¹.

Un grupo “ultra- renovador” (cuyo principal referente era Esteban Valenti) votó en contra de la resolución y muchos de sus integrantes anunciaron que no se harían presentes en el Congreso Extraordinario. Este grupo ya se había constituido como fracción desde diciembre, luego de la Conferencia de Montevideo, con el sugestivo nombre de “Encuentro por el Socialismo Democrático”. Valenti justificó esta retirada afirmando que los históricos “ganaron la Conferencia Departamental y también van a ganar el Congreso”, y admitía que ese “sector que hoy es predominante en el PCU, tiene todo el derecho a aplicar su política y demostrar ante la sociedad, los trabajadores y su propia gente, cuáles son los resultados que obtienen”²²².

²²⁰ Seregni, presidente del FA, se habría reunido con Jaime Pérez para convencerlo de la necesidad de que diera un paso al costado para evitar una ruptura del PCU que podría afectar al propio FA. Artículo de Roger Rodríguez en Brecha n° 324, 14 de febrero de 1992, p. 7.

²²¹ Brecha n° 324, 14 de febrero de 1992, p. 7.

²²² “La propuesta de Pérez, desarrollada por el doctor Tabaré González (director de Higiene y Asistencia Social de la Intendencia de Montevideo) habría recibido en los últimos días el apoyo de más de un centenar

En los días sucesivos mientras muchos renovadores renunciaban al CC, otros, que ya se habían retirado, volvían en un intento por salvar la unidad del partido ²²³. La votación conjunta de los “históricos” y los “renovadores” más “centristas” en el último CC, les daba esperanzas en ese sentido. Esperanzas que Jaime Pérez ya no tenía. A un mes del congreso presentó su renuncia junto con otros dirigentes²²⁴. Las semanas previas al congreso las dos corrientes realizaron duras declaraciones cruzadas a través de la prensa que hacían prever un clima hostil en el congreso²²⁵. La incógnita previa era para qué lado se iban a inclinar los militantes de base²²⁶. Unos cien militantes de las seccionales 18 y 24, partidarios de la llamada “tercera vía”, decidieron no ir al congreso (Ciganda et al 2012:561). El clima previo no era precisamente el mejor para asegurar la unidad partidaria como lo demuestran las duras intervenciones realizadas en la reunión del CC en abril en que renunciaron 45 de sus integrantes²²⁷. Sin embargo la asistencia al congreso fue muy alta²²⁸.

de militantes políticos, quienes suscribieron una carta en la que reclaman terminar con el clima de intolerancia que venía enmarcando los debates internos. La nota, entregada al diputado León Lev y mantenida bajo reserva, estaría firmada por destacados integrantes del gobierno municipal, dirigentes sindicales y ediles comunistas. Lev viene sosteniendo en los últimos días conversaciones para recomponer el CC. Se reintegrarían Eduardo Platero, Lirio Rodríguez (SUNCA) Y Enrique Pintado (FUS), entre otros”. Brecha n° 326, 28 de febrero de 1992, p. 10.

²²³ “18 dirigentes del Encuentro por el Socialismo Democrático renunciaron al CC sumándose a Sanseviero”. Brecha n° 326, 28 de febrero de 1992, p. 10. Estos fueron Álvaro Colotta, María Condenanza, Susana Ibarburu, Aldo Lista, Luis Garibaldi, Gustavo Guarino, Juan Errandonea, Ema Massera, Carlos Mattos, Daniel Mesa, Atilio Morquío, Walter Olazábal, Óscar Petrides, Raúl Rezzano, Álvaro Rico, Eduardo Scópice, Jorge Silvano y Andrés Toriani. La República, 20 de febrero de 1992.

²²⁴ Acompañaron la dimisión del Secretario General Daniel Baldassari, Gonzalo Carámbula, Cristina González, Edgar Lanza, Esteban Nuñez, Daniel Pazos y Pedro Toledo. La República, 4 de abril de 1992.

²²⁵ “A ellos el partido les importa un comino. De ellos no hay que esperar moral” (Alberto Altesor en La República, 8 de abril de 1992. “Los históricos son una logia antimarxista” (Fernando Rama en La República, 29 de abril de 1992). Esteban Valenti fue acusado por Eduardo Viera de “haberse quedado con las empresas del PCU”. El asunto fue investigado por la comisión de Control (integrada por Blas Basualdo, Walter Celina, Tomás González, Alcides Lanza, Honorio Linder, Evelio Oribe, Julio Ormaechea, Francisco Toledo y Raúl Viñas) que llegó a la conclusión de que las empresas de Valenti o vinculadas con él no eran de propiedad del partido. Dos semanas después renunció toda la comisión. Ciganda et al 2012:561.

²²⁶ Brecha, n° 336, 8 de mayo de 1992, p. 8.

²²⁷ La Mañana, 15 de abril de 1992, pág 6.

Aunque la Dirección logró elaborar un documento único para ser presentado en el Congreso Extraordinario realizado en mayo de 1992 éste fue un contundente triunfo de la fracción “histórica” sobre los renovadores que abandonaron el plenario luego de que no se le permitiera hacer uso de la palabra al diputado León Lev para replicar una alusión. Estos interpretaron lo sucedido como que la mayoría no tenía intención de llegar a un compromiso que salvara la unidad del partido. Los intentos de los “históricos” más moderados (entre los que se destacaba Marina Arismendi) de evitar la ruptura mocionando que se concediera la palabra a León Lev resultaron en vano²²⁹.

Luego de la retirada de casi todos los últimos “renovadores” los “históricos” se aseguraron el predominio en el nuevo CC de 73 integrantes (50 electos por voto secreto, 20 por el Interior y tres por la UJC). La más votada fue Marina Arismendi, quien ocuparía la secretaría general²³⁰, con 858 votos seguida de Alicia Pintos (828), Carlos Tutzó (716), Pedro Balbi (714), Ruben Yáñez (708), Daniel Banina (706) y Hugo de los Santos (629). La mayoría eran dirigentes intermedios o militantes de base, con excepción de las dos primeras y Eduardo Viera (8º lugar con 552 votos). Como bien se señaló en ese momento “ganaron los indios sobre los caciques”²³¹. No faltaron luego los cuestionamientos a la

²²⁸ Asistieron “1545 delegados montevidéanos, 230 de Canelones, 116 del resto del Interior y de Argentina, 40 del CC y 28 de la UJC. Si se hubiera mantenido la relación del 89, los delegados del 92 serían sólo 900”. Aunque la participación no estuvo exenta de dificultades ya que “*cayeron enfermos por la hepatitis epidémica tipo A Pedro Balbi, el doctor Daniel Banina y dos personas próximas a Marina Arismendi. Además, ladrones robaron la casa de Hermes Millán*”. Brecha n° 337, 15 de mayo de 1992, p. 7.

²²⁹ “*Si León Lev se hubiera quedado seguro hubiera sido el Secretario General*”. Alicia Pintos en entrevista para este trabajo.

²³⁰ Según testimonios antes se le habría ofrecido el cargo a Jorge Mazzarovich quien lo rechazó. Fue uno de los dirigentes que se retiró del congreso junto con León Lev. También se retiraron Plinio Barboza, Carmen Beramendi, Jugo Bianchi, Ramón Cabrera, Ariel Casco, Félix Díaz, Adolfo Drescher, Liliam Kechichián, Benjamín Liberoff, Tabaré González, Dari Mendiondo, Ernesto Murro, Eduardo Platero, Julio Quinteros y Fernando Rama.

²³¹ Brecha n° 338, 22 de mayo de 1992, página 7. Artículo de Hugo Rodríguez titulado “Dualidad de poderes en el PCU. Indios ganar congreso”.

representatividad²³² y legitimidad²³³ del congreso, pero la suerte ya estaba echada y no era posible una marcha atrás.

5.3 Epílogo

Los vencedores consiguieron una victoria pírrica. Heredaban un partido con “las propiedades embargadas, los medios de comunicación cerrados o vendidos y una deuda estimada en más de tres millones de dólares”²³⁴. Para colmo el PCU se quedó sin el ingreso que le significaba los salarios de sus numerosos legisladores ya que la bancada decidió no reconocer a la nueva Dirección partidaria.

El congreso demostró que entre los ganadores no había homogeneidad. Y estas diferencias fueron contempladas a la hora de definir la nueva Dirección. Para sustituir al renunciante Jaime Pérez (y al senador Leopoldo Bruera que lo suplió hasta el congreso) se resolvió constituir una dirección colectiva integrada por Marina Arismendi, Carlos Tutzó, Pedro Balbi y Daniel Banina²³⁵. Ninguno había sido un dirigente destacado hasta entonces.

²³² Brecha N° 341, 12 de junio de 1992, p. 18.

²³³ El doctor Fernando Rama publicó luego del congreso un documento titulado “Una usurpación largamente esperada” señalando varias irregularidades en el mismo: inexistencia de un documento de discusión previo, reclutamiento selectivo de delegados, ocultamiento de un informe del CC saliente, inexactitudes en torno al número de delegados y de votantes, prohibición de hablar para los miembros de la Comisión de Control que querían fundamentar la razón de sus renunciaciones, usurpación de representatividad y actitudes anti unitarias. Ciganda et al 2012: 223-224.

²³⁴ Brecha n° 340, 5 de junio de 1992, p. 7. Artículo de Roger Rodríguez titulado “El PCU, dos semanas después. El mango y la sartén”.

²³⁵ Resulta sorprendente la velocidad con que los “históricos” revirtieron la correlación de fuerzas desfavorable del XXII congreso de 1990 donde habían obtenido un escaso respaldo. De un total de 2165 congresales que sufragaron, Carlos Tutzó (que en el CC de setiembre de 1991 había votado a favor de la propuesta de Jaime Pérez y que luego se fue acercando a las posiciones de los “históricos”) había obtenido 744 votos y Marina Arismendi 738. Pedro Balbi formó parte de la lista de nombres propuesta pero no obtuvo los votos suficientes para acceder a la titularidad y Daniel Banina ni siquiera había sido propuesto (“La República” del 9 al 16 de octubre de 1990).

El cuarteto representaba un equilibrio entre las posiciones más moderadas y las más radicales entre los “históricos”. Resulta paradójico que luego de que estos vencieran se haya abandonado la tradición partidaria de tener un Secretario general. Por cierto que la innovación duró poco tiempo ya que en los próximos congresos se prefirió volver a la Dirección unipersonal, cargo que fue ocupado hasta 2006 por Marina Arismendi²³⁶.

En el Ejecutivo del PIT-CNT sólo quedó un dirigente comunista (Félix González del gremio de la Vestimenta) y en la Mesa Representativa sólo se mantuvieron dos (Alicia Pintos y José Franco de los gremios de Magisterio de Montevideo y de la Pesca respectivamente). En los años posteriores el PCU ha logrado volver a ser la corriente mayoritaria en el movimiento sindical.

Entre los demás sectores del FA el balance sobre el desenlace de la crisis interna del PCU fue muy heterogéneo. Para unos el fin de la hegemonía comunista podía favorecer electoralmente al FA al poder sumar a los que antes se inhibían de votarlo por la presencia comunista. Otros en cambio reconocían que los temas debatidos entre los comunistas también podían haberlos afectado²³⁷.

²³⁶ En la entrevista a la dirigente Alicia Pintos ésta afirmó que *“los ‘viejos’ se rebelaron contra la idea de tener una secretaria compartida”*.

²³⁷ El dirigente socialista Luis Mardones reconoció que teniendo en cuenta la *“hegemonía histórica del PCU”* con su crisis también *“entraron en crisis hasta los cimientos del FA”* sin que se haya verificado *“un proceso simultáneo capaz de llenar el agujero dejado”*. Reconocía que, pese a la primacía que las encuestas daban al PS, este no iba a poder sustituir el espacio dejado ya que su hegemonía *“no sería aceptada con naturalidad, como ocurrió con la del PCU”*.

El por entonces secretario político del FA, Carlos Baraibar, se mostraba más optimista al respecto al opinar que de haber alguna repercusión de la crisis comunista hacia el FA, esta sería más bien favorable. Recordaba que siempre se había manejado que la hegemonía comunista oficiaba de “techo” para el FA, y reflexionaba que si la tendencia era hacia un FA más abierto *“no podría haber contradicción con un proceso de dilución de las estructuras más sólidas en un espacio frenteamplista”*. Por otra parte, se mostraba seguro que *“la diáspora comunista se reubicaría sin excepciones dentro del ámbito de la coalición”*.

Para el diputado del PVP Hugo Cores la crisis del PCU *“opacó otras crisis de identidad en el FA”* y expresó su confianza en que *“en un lapso de cuatro o cinco años debería comenzarse a transitar el camino de la formación de un partido marxista”*, capaz de unir sectores que hoy actúan en el MPP, el PCU, el PS y la

El PCU tuvo un papel destacado a la hora de acordar con otras fuerzas políticas fuera del FA la creación del Encuentro Progresista en 1994. En el II Congreso Extraordinario del FA celebrado en agosto de ese año el PCU terminó por inclinar la balanza a favor del acuerdo que hizo posible la fórmula presidencial conformada por Tabaré Vázquez y Rodolfo Nin Novoa (ex intendente de Cerro Largo por el Partido Nacional). Con mucho esfuerzo la nueva Dirección comunista logró convencer a sus delegados en el congreso del FA que avalaran la creación de la nueva alianza impulsada por Tabaré Vázquez a pesar la firme oposición de buena parte del FA.

En el campo interno la Dirección se propuso reestructurar el partido propiciando la vuelta de los comunistas que se hubieran alejado y en el intento de cerrar heridas se llegó a aprobar una “derogación” de los términos “renovador” y “ortodoxo” en la caracterización de los comunistas. Sin embargo, las relaciones con los excomunistas se mantuvieron tensas. El partido acusó, infructuosamente, ante la Justicia a Esteban Valenti por el vaciamiento financiero del partido, no apoyó la candidatura del Dr. Marcos Carámbula para la intendencia del departamento de Canelones en 1994, y se opuso a que Confluencia Frenteamplista (CONFA), un agrupamiento formado principalmente por excomunistas, fuera aceptado en los organismos de Dirección del FA. Las heridas aún demorarían en cerrar. En el XXIII Congreso, celebrado en diciembre de 1993, el Ing. José Luis Massera, considerado como el principal teórico del partido luego de Rodney Arismendi, sostenía que la crisis “no fue otra cosa que la rebelión de la base, contra la dirección que traicionaba y abjuraba del marxismo-leninismo, de la lucha de clases y del socialismo”²³⁸.

VA, entre otros. Brecha n° 340, 5 de junio de 1992, p. 6. Artículo de Hugo Rodríguez titulado “Un momento paradójal. El Frente Amplio en su laberinto”.

²³⁸ Revista Estudios n° 111, marzo 1994.

El partido se abocó para las elecciones de 1994 a lograr mantener su presencia en el parlamento. Gracias a un acuerdo electoral con el Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), grupo frenteamplista liderado por el exdiputado Hugo Cores que había abandonado el MPP luego de que éste se opusiera a la creación del EP, la lista del PCU logró un escaño en el senado (ocupado por Marina Arismendi) y tres en la Cámara de Representantes. En las elecciones siguientes de 1999 y hasta la actualidad ha logrado mantener la banca senatorial y por lo menos un diputado.

Es una organización más laxa y menos disciplinada que el “viejo” PCU, pero sus posicionamientos políticos más recientes lo ubican más a la izquierda que lo que estaba el PCU de la renovación de principios de los '90²³⁹.

²³⁹ Al final quedaron los comunistas “*que se aferraron a la esperanza de que sus dirigentes se pusieran de acuerdo para proponerles un camino, que no estaban preparados para tomar por sí mismos las riendas del partido, no tuvieron tiempo de sujetarlas antes de que el carro se desbocara. Que soportaban cualquier sacrificio menos el de las certezas. Que no quisieron saber. Que no quisieron hablar. Que fueron educados en la paciencia pero están hartos. Los que atravesaron la dictadura con la moral alta pero ahora desesperan. Que eligieron el CC, en 1989, soñando una renovación sin crisis, pero ahora sufren la pesadilla de una crisis sin renovación. Y los que todavía creen que la culpa la tuvieron el documento de los 24, o el MPP, o el diario La República, o las cúpulas, o Gorbachov, o Yeltsin, o Arismendi, o Stalin, o algún otro. Y los que todavía creen y que siempre tendrán partido, aunque no tengan carne*” Brecha n° 332, 10 de abril de 1992, p. 4, artículo de Marcelo Pereira titulado “PCU: el ocaso de una esperanza”.

6. Enfoque comparativo

En los capítulos anteriores se presentó una narración del conflicto interno vivido por el PCCH y por el PCU, desde sus antecedentes a sus consecuencias, intentando poner énfasis en los principales hitos del mismo. La complejidad del proceso hizo necesaria la acumulación de información que, inevitablemente, desdibujan las implicancias del caso para la teoría y vuelven menos nítido el argumento central. Por eso, en este capítulo, se vuelve sobre el proceso estudiado pero cambiando el enfoque. Se retoman las hipótesis más importantes para contrastarlas con los hechos y poder así comprobar cuales son las que mejor aportan para la construcción de una teoría explicativa sobre los casos.

En este capítulo analizaremos en primer lugar las variables divergentes (el liderazgo y sus consecuencias en la estrategia contra la dictadura y el ulterior desempeño electoral; y el nivel de enraizamiento) de ambos partidos, para luego destacar los tres factores que explican el desenlace de la crisis. En efecto, a pesar de sus diferencias las dos organizaciones sufrieron el impacto de la crisis de la URSS, las consecuencias de la rigidez de su estructura interna y el fracaso de la estrategia política aplicada por sus líderes.

6.1 Las variables divergentes

La figura del Secretario General ha sido siempre gravitante en los partidos comunistas. Lo común era que su opinión prevaleciera y que se mantuviera en el cargo por mucho tiempo. Su prestigio podía derivarse a veces de su condición de intelectual o de su origen obrero, de su posición incondicional o crítica al PCUS, y de sus atributos personales.

Más allá de quién fuera el líder, lo cierto es que no quedó partido comunista en el mundo que no fuera afectado por la crisis del bloque socialista. Pero el factor liderazgo contribuyó a que algunos campearan el temporal mejor que otros. Fue el caso de los partidos comunistas de Francia y de Portugal. En el caso del primero el haber tomado, en algunos momentos, una postura crítica respecto a la URSS y la supervivencia de Georges Marchais, su líder histórico hasta 1994 en la secretaría general, le permitió mantener su caudal electoral en torno al 10% hasta el año 2002. Alvaro Cunhal, líder de los comunistas portugueses hasta su retiro en 1993, tomó distancia de la Perestroika y logró mantener la hegemonía en su partido llevando a los disidentes a irse del mismo. Aunque el PCP no volvió a tener un 12% como en las elecciones de 1988 ha logrado sobrevivir como partido, oscilando entre un mínimo de 7% y un máximo de 9%. Ambos partidos estaban, en términos ideológicos, mejor preparados que el PCCH y que el PCU para enfrentar la crisis del movimiento comunista internacional. Según Garcé

“el coqueteo con el eurocomunismo del PCF y el nacionalismo del PCP facilitó que las respectivas direcciones tomaran un poco de distancia respecto al shock externo y construyeran argumentos para justificar el desplome del socialismo real. Sin embargo, es evidente que Marchais y Cunhal jugaron un papel muy importante. El líder, en los partidos comunistas (...) juega un papel decisivo. El prestigio de Arismendi entre los comunistas uruguayos era al menos igual al de sus colegas, Marchais y Cunhal, en sus respectivos partidos.” (Garcé 2012 233).

Pero el PCU debió enfrentar la crisis del comunismo internacional en el medio de un recambio de liderazgo. El 27 de diciembre de 1989 fallecía, a los 76 años, Rodney

Arismendi, quien había sido el líder indiscutido del PCU desde hacía 44 años. Su lugar como Secretario General ya había sido ocupado un año antes por Jaime Pérez, quien no era ningún advenedizo ya que había ido siendo preparado cual delfín monárquico para la sucesión²⁴⁰. ¿Cómo habría timoneado la tormenta que se avecinaba de haber estado vivo en los años siguientes? ¿Puede atribuirse el fracaso de la renovación y la crisis del partido a su sucesor? A juzgar por sus antecedentes, difícilmente otro dirigente hubiera podido reunir un consenso mayor que Jaime Pérez. Su dilatada experiencia en ocupar cargos relevantes internos y parlamentarios, su cercanía a Arismendi y su resistencia durante la dictadura le valieron contar con un alto nivel de respeto y admiración hacia dentro y fuera del partido. Si bien no tenía el perfil de teórico que había caracterizado a Arismendi, era considerado un héroe de la resistencia clandestina y de la cárcel. Rápidamente mostró un estilo de liderazgo muy diferente al de su antecesor. Éste generaba confianza, alimentaba la fe y fomentaba el orgullo de ser comunista entre los militantes. Pérez sembró dudas, multiplicó la incertidumbre y propició el camino para que muchos dejaran de lado algunos elementos propios de la identidad comunista. Puede suponerse que su liderazgo actuó como amplificador de la crisis de confianza que sufrieron muchos comunistas y no como amortiguador de la misma. En un partido tan vertical, las vacilaciones del Secretario general no podían sino potenciar las dudas de los demás cuadros dirigentes y de los militantes (Garcé 2012 231).

²⁴⁰ El cambio se produce en 1988 a pedido del propio Arismendi, de 75 años, no sin antes preparar a su sucesor al proponerlo sucesivamente como primer secretario de la departamental de Montevideo antes del golpe de Estado, primer secretario del partido en la clandestinidad durante la Dictadura y secretario general adjunto luego de la misma.

La mayoría de los entrevistados coinciden en señalar que probablemente la crisis se hubiera procesado de otra forma con Arismendi como líder en lugar de Pérez (Garcé 2012, Ciganda et al 2012). Aseguran que posiblemente se hubiera mostrado más cauto y seguro. Hasta el propio Pérez lo llegó a admitir²⁴¹. Si bien es cierto que Arismendi no desmintió, al menos públicamente, a Pérez cuando este anunció su rechazo al concepto de Dictadura del proletariado (Garcé 2012:142) y que dio su apoyo público a la Perestroika, convencido de que era necesaria para corregir los defectos del sistema soviético, es imposible saber con certeza hasta donde estaría dispuesto a ceder para adecuarse a los nuevos tiempos.

No era la primera vez que Arismendi debía hacer frente a un cambio radical de la política soviética. El proceso de desestalinización iniciado por el PCUS en febrero de 1956 encontró a un PCU estrenando un nuevo líder, luego del derrocamiento de Eugenio Gómez como Secretario General y a su hijo como Secretario de Organización en julio de 1955²⁴². A pesar de haber participado del culto a Stalin, como la mayoría de los comunistas de la época, el viraje dirigido por Kruschev no significó un cuestionamiento al nuevo grupo dirigente encabezado por Arismendi. Y eso que el “golpe” de 1955 se hizo en nombre de

²⁴¹ “...si él no hubiese muerto en diciembre del '89, si hubiera estado hasta el momento de la presentación de ‘El ocaso y la esperanza’, su autoridad hubiera refrenado todos los impulsos fraccionalistas que fueron preparando las condiciones para transformar el Partido en lo que es hoy” (Pérez, 1996 22-23).

²⁴² El veterano militante comunista Mario García, entrevistado para este trabajo, recordaba que “el 14 de julio de 1955 se tomó la casa central del partido ubicada en Sierra 1720 (entre Uruguay y Paysandú). Se avisó que en una empresa cerca de ahí (donde hacía poco una trabajadora, María Del Carmen Díaz, había sido asesinada) había otra vez lío con los rompehuelgas y algunos guardaespaldas se retiraron dejando algo desguarnecida la casa. Acto seguido Arismendi y los suyos ingresaron al local, se reunió el CC y se decidió expulsar a Gómez Chiribao. Al padre se le dan 24 hs. para dar una explicación y una autocrítica pero prefirió publicar su denuncia de lo ocurrido en el diario El País. Luego también fueron expulsados algunos de sus seguidores por inmorales, y otros bajados del CC o de direcciones seccionales a la militancia de base. El partido inició un proceso de mayor acercamiento a la gente, a los obreros, a los jubilados (mi madre se afilió por admiración a Arismendi). Este trabajó meses en el Cerro tratando de revertir el error de Gómez que había acusado de nazi al gremio de la carne por hacer una huelga durante la guerra. Pero el stalinismo nunca se discutió a fondo. De haberlo hecho, el PC no hubiera apoyado lo ocurrido en Hungría, Checoslovaquia y Polonia”.

Stalin (Leibner 2012 210). La autoridad teórica que Arismendi tenía sobre los otros dirigentes, y sobre los afiliados en general, lo colocaba en una situación ventajosa frente a la crisis soviética de fines de los 80. Los testimonios de muchos dirigentes que lo trataron de cerca señalan que era un hombre que mantenía una distancia afectiva con todos pero que era siempre afable y atento. Una autoridad que no pudo ser minada por las versiones difundidas por la dictadura de que había entregado el fichero del partido y que su liberación había sido negociada con la URSS a cambio de la exportación de carne. Si bien no recibió críticas dirigidas a su persona sí se escucharon cuestionamientos, durante los debates que se dieron durante el proceso de crisis del PCU, a los dirigentes que habían vivido su exilio en los países socialistas y que nunca habían denunciado los defectos del sistema.

Arismendi era un hombre que pudo cometer errores estratégicos y tácticos durante su liderazgo, pero estos quedaban totalmente opacados por su autoridad teórica y habilidad como político reconocida por propios y ajenos²⁴³. Ciganda, Martínez y Olivari realizan una reseña destacando defectos y virtudes como su

“sabiduría, con una cultura poco habitual, con estilo didáctico a veces, con autoritarismo otras, con un planteo innovador sobre el desarrollo del capitalismo en las relaciones de producción en el agro, con un brillo particular en su carácter de parlamentario, con un olfato político infrecuente, con subjetivismos, con una visión especialísima del rol de las diversas clases en la sociedad uruguaya, con un examen

²⁴³ “Si hay algo que recriminarnos, a nosotros, a sus camaradas de esos años, es precisamente el haber sido ‘indiscutido’ Era el jefe en todo lo positivo, en las seguridades y firmezas que nos transmitía pero también en el bloqueo del sentido crítico que siempre debe existir en la izquierda y cuya ausencia la pagamos muy caro. Hace 20 años se fue y la crisis profunda que vivió el PCU tuvo notorias causas externas, pero no creo decir ninguna novedad si afirmo que muchas cosas hubieran sido diferentes con Arismendi. Esta afirmación es también el reconocimiento de nuestras dependencias, de nuestras limitaciones y debilidades”. Artículo de Esteban Valenti publicado en La República, 27 de diciembre de 2009.

profundo del papel de los intelectuales, omnipotencia en oportunidades, con incapacidad para trasladar y convencer sobre la necesidad del espíritu crítico a sus propios compañeros, con una suma absolutamente humana de virtudes y defectos, se sabía arquitecto de un partido que había dejado de ser secta para tornarse una multitudinaria expresión, en un lapso de 35 años. Se sabía responsable por las virtudes y defectos del colectivo” (2012: 128).

Los autores asumen su responsabilidad de haber dado su voto por la elección de Jaime Pérez como nuevo Secretario General a pesar de tener conocimiento de que “las resultancias físicas y psíquicas de la obra del terrorismo estatal sobre él eran visibles”, aunque advierten de que no tenían “autoridad científica que nos permitiera diagnosticar cosa alguna”. Y también recogen en su libro otros testimonios, tanto quienes lo apoyaron en la renovación como de quienes lo criticaron, que confirman que Jaime Pérez no estaba en las mejores condiciones para asumir tal responsabilidad²⁴⁴. De acuerdo a los autores dos factores jugaron a favor de que estas percepciones no fueran expresadas en su momento. Uno era el que la propuesta proviniera del mismo Arismendi, lo que confirma la importancia del factor liderazgo. El otro es que consideran que sólo Jaime Pérez podía reunir las unanimidades necesarias.

La primera razón es compartible. Según el testimonio de Alcira Legaspi, Arismendi venía preparando a Jaime Pérez como líder desde antes de la dictadura, cuando le confió la dirección de la departamental de Montevideo. Lo había propuesto como Secretario General

²⁴⁴ “La primera vez que Jaime lloró, yo lloré también. La segunda vez, me preocupé. La tercera vez, me molesté. Era el secretario del partido. Y si no podés serlo, no podés serlo. Y tenés que decirlo”. Testimonio de Carlos Tutzó, en Ciganda et al (2012:136)

Adjunto durante la dictadura. Pero la segunda es más discutible²⁴⁵. Tal vez no había otro dirigente que reuniera todas las virtudes de Arismendi, pero si había (como lo indicaron muchos testimonios) unos cuantos que tenían tanto, o en algún caso hasta más, capacidad teórica que Pérez y también habían sido destacados por su heroísmo en la cárcel y probablemente podían reunir una mayoría muy cercana a la unanimidad en el CC y en el Congreso. José Luis Massera gozaba de una autoridad intelectual (tanto por su trayectoria académica como por sus trabajos políticos) que lo colocaba en una posición similar a la de Arismendi y al igual que León Lev había llegado a ocupar la Secretaría General durante la dictadura. Jorge Mazzarovich había sido Secretario General de la UJC antes de la misma. Los tres habían estado muchos años presos durante la dictadura. Eduardo Viera había estado exiliado junto a Arismendi en la URSS. Arismendi tenía un gran afecto por Esteban Valenti, según testimonio de Alcira Legaspi, que había estado exiliado en Italia. Sin embargo, Arismendi les adjudicó otras responsabilidades (Massera era miembro del Comité Ejecutivo, Lev lideró la UJC y luego la departamental de Montevideo, Mazzarovich fue Secretario de Organización, Viera director del semanario El Popular, Valenti fue Secretario de Propaganda) y su decisión no fue cuestionada (en el caso de la UJC esto llegó a significar que su Comité Ejecutivo desistiera de su propuesta original que era designar a Felipe Martín como su Secretario General).

Arismendi fue el líder idóneo para una época determinada, capaz de mantener su autoridad sin cuestionamientos importantes²⁴⁶. Cuando se le señalaron errores estratégicos

²⁴⁵ Aunque para muchos en ese momento era la única opción posible. Hasta la propia Marina Arismendi, una de las más destacadas integrantes del grupo que desafió la autoridad de Jaime Pérez llegó a expresar que “consenso o no consenso, hoy Jaime Pérez es el único secretario general posible”. La República, 14 de octubre de 1990.

²⁴⁶ Según Alicia Pintos “había quienes cuestionaban a Arismendi de frente. Creo que por eso se retiró antes

y tácticos estos eran atribuidos “al partido” en general. Recién luego de su fallecimiento hubo quienes se los atribuyeron a él. Es altamente probable que hubiera enfrentado mejor la crisis del partido que Pérez ²⁴⁷. Prueba de esto es que cuando Arismendi reconoció que el partido había adolecido de “servilismo ideológico”, una denuncia mucho más grave (ya que todos quedaban como poco críticos) que las declaraciones de Pérez respecto a la dictadura del proletariado, tampoco pasó por los organismos internos y sin embargo “solo recibió tímidas observaciones en la prensa en la prensa partidaria en 1990” (luego de fallecido) pero no se lo cuestionó por la forma (Ciganda et al 2012:137). Evidentemente el umbral de tolerancia para Pérez era mucho más reducido que para su antecesor, a pesar de sus años de cárcel, o tal vez precisamente por eso. A los héroes se les exige más que a los simples mortales. Y sobre todo se les exige que no desmitifiquen las bases sobre la que está construida la confianza. Pero los tiempos habían cambiado y Pérez no era Arismendi, como lo reconoció el propio Pérez:

“ya no se vive un período en que la opinión de un secretario general se transforma en una especie de veredicto casi inapelable (...) hoy las cosas no son así ya que es bien conocido que el principal desmitificador del papel del secretario general he sido yo”²⁴⁸.

Al igual que con la perestroika soviética el proceso reformista de los comunistas uruguayos terminaría con la caída del líder. Gorbachov y Pérez no sólo perdieron el

de la Secretaría General más que por la enfermedad”. Entrevista para este trabajo.

²⁴⁷ A juicio de Ciganda, Martínez y Olivari “en el PCU no había cuadro partidario que pudiera ocupar el lugar de Arismendi, cumpliendo en forma similar o imitativa sus funciones. Era imposible que alguien tuviera la autoridad, la capacidad de elaborar, informar, persuadir a través del discurso, del artículo, de su sola personalidad, que Rodney Arismendi tenía. Toda persona que lo sucediera tendría que contar con otro estilo que en nada se asemejaría al saliente. El trabajo en equipo, el respaldarse en otros compañeros, sería necesariamente el camino indicado. La infalibilidad había salido del escenario. Acaso para ese cambio no estaba preparado el PCU.” Ciganda et al 2012:137.

²⁴⁸ Informe al CC del 6 de septiembre de 1991, publicado en La Hora Popular, el 8 de septiembre de 1991.

liderazgo de sus partidos, también terminaron fuera de los mismos. Exigieron un cambio demasiado brusco a sus bases. Tuvieron el mérito de intentar salvar a su partido a través de una política proactiva pero sus estilos heterodoxos los condenó al fracaso.

La renovación en el liderazgo en el caso chileno fue diferente. Luis Corvalán fue Secretario General por 30 años, desde 1958 y 1989 y fue senador desde 1961 hasta 1973. Estuvo preso hasta 1976 cuando fue canjeado por la URSS por el disidente soviético Vladimir Bukovski, lo que demuestra la importancia que le daba el PCUS como dirigente del movimiento comunista internacional. En 1980 expuso públicamente la nueva estrategia del PCCH conocida como La “Rebelión Popular” que incluía la lucha armada abandonando la estrategia pacifista del “camino chileno al socialismo”. Entre 1983 y 1985 estuvo clandestinamente en Chile y retornó definitivamente en 1988. Un año después fue relevado en la Secretaría General por Volodia Teitelboim, pero permaneció como miembro del Comité Central. La sucesión se dio sin sobresaltos. Teitelboim también tenía una larga trayectoria como dirigente partidario y legislador. Había sido diputado entre 1961 y 1965 y senador desde entonces hasta el golpe de Estado de 1973. Estuvo exiliado en la URSS de donde regreso clandestinamente a Chile en 1988. En 1994 fue sustituido como Secretario General por Gladys Marín que había sido diputada desde 1965 hasta 1973. Marín permaneció exiliada hasta 1978 en que regresó clandestinamente a Chile para liderar la Dirección interna del PCCH. Si bien los tres tuvieron diferentes posiciones en diversos temas coincidieron en el más importante, en el viraje estratégico sin apartarse de los principios ideológicos del partido²⁴⁹.

²⁴⁹ El prestigio de los tres como luchadores sociales y el papel jugado en el enfrentamiento contra la dictadura de Pinochet tuvo un alto reconocimiento social como prueban las miles de personas que asistieron a sus

Es cierto que el viraje estratégico de 1980 fue en realidad iniciativa de militantes intermedios y que hasta 1983 Corvalán y la mayoría del CC se resistieron a implementarla. Entre los principales impulsores de la nueva estrategia, la PRPM, figuraban Marín como líder del partido dentro de Chile y Manuel Fernando Contreras como líder de un grupo de militantes residentes en la RDA. Luego de la derrota del FPMR, el brazo armado del PCCH, en 1986, la oposición interna responsabilizó a la Dirección del partido por haberse demorado demasiado en adoptar la vía armada y no haber apoyado lo suficiente a los encargados de implementarla. En el XV Congreso realizado en 1989 fue renovado gran parte del CC y si bien Corvalán permaneció en el mismo dejó de ser el principal referente del partido. Para evitar una ruptura los renovadores aceptaron que la Secretaría General fuera ocupada por uno de los dirigentes históricos, pero era evidente para todos que la mayoría del partido se identificaba más con el liderazgo de Marín. El período en que Teitelboim, un dirigente que aparentemente era aceptado por todas las tendencias internas, ocupó ese cargo puede definirse como un periodo de transición hasta que se formalizara el liderazgo de Marín. Para consolidarlo antes debió poner fin a las disputas internas lo que significaba tomar distancia de renovadores como Contreras.

Contreras y Marín habían coincidido en su reclamo a la Dirección de renovar la estrategia de lucha contra la dictadura de Pinochet, pero sus caminos divergieron durante la transición democrática de Chile. Contreras se sumó a los que reclamaban una autocrítica de la estrategia adoptada por el PCCH para el plebiscito de 1988, en que éste quedó aislado del

velatorios para homenajearlos realizados en el Congreso Nacional. El presidente Lagos llegó incluso a cantar el himno *La Internacional* junto a los comunistas en el velatorio de Marín en marzo de 2003, la presidente Bachellet hizo lo mismo en el de Teitelbolm en enero de 2010 y el presidente Piñera expresó sus condolencias por teléfono en el de Corvalán en julio del mismo año.

resto de la oposición, y exigían una renovación en el aspecto ideológico al considerar poco democrático al partido.

Había sido designado miembro suplente del CC en 1984. A pesar de que había tenido responsabilidades muy importantes (líder del “Frente Cero” y miembro de la Comisión Militar) desde que el partido lo había enviado a Chile en 1980 no se lo designó como titular. La razón principal parece haber sido que, al igual que Marín, fuera uno de los que se mostró más crítico a la Dirección en el exterior. Además, su forma frontal de defender sus ideas “generaba resquemores al interior de una cultura política, como la comunista, con poca costumbre de discusiones políticas y teóricas de fondo. Por último, su ‘extracción de clase’ y su condición de ‘intelectual’, se sumaban como puntos en contra de su ingreso al Comité Central” (Álvarez 2020).

El sociólogo había advertido al partido antes del plebiscito de 1988 de que no había ya condiciones objetivas para un triunfo insurreccional. Denunciaba la existencia en la sociedad chilena de un creciente grado de despolitización y un proceso de conformación de un sentido “común de las esperanzas individuales con los asuntos del Estado y de la Política” (Álvarez 2020). Su llamado a la Dirección a asumir esta nueva realidad no fue atendido. Sin embargo, fue electo al CC en el XV congreso del PCCH realizado a mediados de 1989 lo que demuestra que aún tenía la confianza de la mayoría de la Dirección. No en vano era el director de CISPO, un centro de investigación y elaboración teórica que nucleaba a un grupo de intelectuales comunistas que habían estado a favor tanto de la perestroika como de la PRPM. Pero luego del congreso Contreras profundizó su postura crítica. Cuestionó a la Dirección por haberse sumado tardíamente a la alianza de partidos

por el No, lo que a su juicio había derivado en el aislamiento político de los comunistas. También criticó la evaluación que la Dirección había hecho del resultado electoral obtenido por el PCCH en ese año. A su entender el no haber conseguido ningún cargo legislativo no podía ser atribuido a la ley electoral sino a “nuestros retrasos e incomprensiones (que) dejaron el espacio libre a otras conducciones políticas y así se explica el fortalecimiento del centro” (Álvarez 2020). Además, ante la crisis del “socialismo real”, reclamó una renovación en el campo teórico que pasaba por revisar el marxismo-leninismo y la concepción de socialismo para Chile.

En un principio parecía que Marín sintonizaba con parte de estas demandas. En un acto multitudinario del PCCH realizado en enero de 1990, la dirigente, que fue la oradora central, convocaba a los comunistas preocupados por la crisis del comunismo internacional “a pensar por nosotros mismos” y “abandonar la interpretación dogmática y unilateral del marxismo” pero a su vez advertía que “nadie tiene la verdad ni la elaboración perfectas. Lucharemos porque la renovación no se convierta en un nuevo dogma, en nuevos dictados ni imposiciones...” (Álvarez 2020). Esta última advertencia no fue atendida por Contreras quien junto al historiador Augusto Samaniego, renunciaron al CC en la Conferencia Nacional del PCCH realizada en junio del mismo año. En el mismo se resolvió poner fin a los debates internos y se descartó la propuesta de ambos intelectuales de convocar a un congreso extraordinario para discutir la crisis comunista nacional e internacional. Además, se lo criticó porque sus propuestas habían “dado origen a conclusiones sin una sólida base científica y les otorgan carácter de nueva verdad, incuestionable y acabada, que resuelve de una vez y para siempre complejas cuestiones de la teoría marxista-leninista”. Además de descalificarlo como intelectual se lo cuestionó por declarar “a través de entrevistas o

documentos, opiniones que no han expresado en el Comité Central y que por cierto son contradictorios con los acuerdos colectivos” (Álvarez 2020). En agosto Contreras declaró en una entrevista que el partido estaba en manos de una alianza entre “el nuevo aparato partidario dirigido por Gladys Marin, que es una suerte de neo-estalinismo, y los antiguos cuadros de la vieja dirección reformista, el estalinismo histórico... que resistieron desde una posición de derecha la rebelión popular que creamos e impulsamos desde los inicios de los 80...” (Álvarez 2020). En noviembre renunció al PCCH luego de 27 años de militancia. Junto con él se retiraron muchos intelectuales lo que demostró el límite que su función crítica podía tener dentro del partido. “En la medida en que Contreras no moderara su discurso iconoclasta hacia el marxismo ortodoxo y la historia del PC, su trayectoria al interior de la organización tenía fecha de termino de antemano” (Álvarez 2020). Paradójicamente su capacidad crítica como intelectual le permitió ascender hasta llegar al CC, pero a su vez determinó su caída cuando quiso ir más allá de lo que la cultura comunista estaba dispuesta a renovar.

Sin embargo, el PCCH terminó luego adoptando varios de los planteos de los renovadores como el abandono del marxismo-leninismo y del concepto de “dictadura del proletariado”, la adopción de la democracia como objetivo final del socialismo, una mayor tolerancia a la disidencia, y la incorporación de nuevas preocupaciones sociales además de la de clase (Álvarez 2020).

Alejados el principal líder de la renovación y de la ortodoxia, Marín tenía despejado el camino para consolidarse como la nueva líder partidaria. Si bien supo ser férrea opositora a la Dirección en el exterior al igual que Contreras consideró suficiente el haberle

arrebatado la mayoría en el CC en el Congreso de 1989. Para salvar la unidad partidaria apoyó la exclusión de los disidentes que insistían en profundizar la renovación ideológica del partido y la autocrítica de lo actuado por la Dirección partidaria.

Ambos partidos sustituyeron a sus Secretarios Generales, Arismendi y Corvalán, casi al mismo tiempo, en 1988 el primero y en 1990 el segundo, luego de tres décadas de liderazgo. Pero ahí terminan las semejanzas. En efecto, Arismendi cedió el cargo a Jaime Pérez, pero permaneció en la Dirección como Presidente del partido (un cargo ad hoc) y fue electo senador. El hecho que muriese en diciembre de 1989, antes de que estallara la crisis, permitió que pudiera ser citado tanto por los renovadores como por los opositores a la línea impulsada por el nuevo líder. En cambio, Corvalán, si bien fue sustituido sin ser cuestionado públicamente, fue relegado a un segundo plano. Su lugar fue ocupado por Volodia Teitelboim, que además de ser un prestigioso escritor, accedió al cargo más que nada porque era una figura aceptada por todas las corrientes de opinión que entonces se disputaban el poder. Visto en perspectiva ambos nuevos Secretarios Generales terminaron dirigiendo en un período de transición muy turbulento que derivó, al imponerse los contrarios a la renovación en la consolidación de dos nuevos liderazgos femeninos. A la postre el PCCH pasó a ser dirigido por Gladys Marín y el PCU por Marina Arismendi, hija del histórico líder. La primera, al volver del exilio en plena dictadura se convirtió primero en responsable del partido en la clandestinidad desde donde defendió la PRPM, política impulsada por un grupo de exiliados en la RDA, hasta que finalmente lograron imponerla a la Dirección en el exterior. La segunda, luego de su retorno de su exilio en la RDA al finalizar la Dictadura uruguaya no ocupó cargos partidarios de importancia hasta que, crisis

partidaria mediante, se convirtió en una de las referentes principales de la corriente que terminó triunfando en la disputa interna contra los renovadores.

Tanto Corvalán como Arismendi habían logrado conducir a sus partidos a sus mayores éxitos electorales, en 1970 y en 1989 respectivamente. Esto le permitió al PCCH ser un actor clave en el breve gobierno de la UP. El PCU había logrado que su lista fuera la más votada dentro del FA lo que le aseguraría ser parte importante del primer gobierno municipal del FA que se instaló en marzo de 1990. Sin embargo, también fueron las caras visibles de la derrota que significó para los comunistas la dura represión sufrida durante la dictadura. Corvalán sobrevivió políticamente a la autocrítica que su partido hizo al respecto, pero cayó cuando la nueva estrategia, la PRPM, fracasó rotundamente. Arismendi falleció antes de que se hicieran públicas las críticas de muchos militantes desconformes con la decisión de la Dirección de evitar un debate revisionista. Pérez fue el que debió hacer frente a estas críticas que se superpusieron a las que recibió por el nuevo giro que quiso darle al partido.

La renovación en el liderazgo en el caso chileno no tuvo el traumatismo que se dio en el caso uruguayo. En el primero hubo una clara continuidad de Marín con sus antecesores en la aplicación del centralismo democrático y de la concepción revolucionaria. En cambio, estos principios fueron revisados durante el breve período de Pérez al frente de la Secretaría general y reivindicados por sus sucesores. La renovación comunista chilena no logró proyectar un líder que pudiera disputar el liderazgo a Marín. El prestigio como intelectual de Contreras no fue suficiente para superar la popularidad de Marín. En cambio, Pérez, que contó con el apoyo de la mayoría del CC para poner en práctica sus intenciones

renovadoras, no logró entusiasmar a las bases como lo hicieron sus detractores. De éstos terminó emergiendo el nuevo liderazgo de Marina Arismendi, favorecida por el prestigio de su padre, pero también por su capacidad de presentarse como una ortodoxa moderada. Resulta llamativo que la renovación en ambos partidos fuera derrotada por una oposición con un liderazgo femenino, lo que ya de por sí era toda una señal de renovación. Si bien ambos partidos no volvieron a ser dirigidos por mujeres (Marín fue sucedida por Guillermo Teillier y Arismendi por Eduardo Lorier) éstas han pasado a tener más peso en la Dirección.

Otra variable divergente es el enraizamiento partidario. Según Levitsky la relación con intereses sociales organizados puede tanto favorecer como entorpecer la adaptación partidaria. Puede facilitar la transmisión de las propuestas renovadoras desde el partido hacia su electorado tradicional, formado en gran parte por los trabajadores, y aumentar el margen de maniobra de los dirigentes si el vínculo es demasiado informal. Pero también puede ser un obstáculo para la renovación si la relación está muy institucionalizada o si directamente no hay vínculos con los sindicatos.

El PCCH y el PCU han sido partidos con raíces sociales muy diversas y, por eso mismo, se han caracterizado por ser muy heterogéneos. Como suelen tener los partidos de izquierda, y en particular los comunistas, se caracterizaban por tener fuertes vínculos con los sindicatos²⁵⁰. Si aplicamos la teoría de Levitsky esta situación debió haber favorecido la transmisión de las propuestas renovadoras desde el partido hacia su electorado tradicional. Pero la combinación de alta rutinización y fuerte enraizamiento social como tenían los

²⁵⁰ En 1971 en la lista del PCU y sus aliados el 33% de los primeros tres lugares al Senado y el 66% de los primeros seis lugares en la lista de diputados por Montevideo fueron ocupados por dirigentes sindicales, en 1984 los porcentajes fueron de 0% y de 66% respectivamente y en la de 1989 de 33% en ambas listas. (Yaffé 2005:133).

partidos comunistas volvía poco probable el éxito del proceso de adaptación y flexibilización estratégica ya que los renovadores tenían un limitado margen de maniobra. Era de esperar que estos fueran reticentes a iniciar un cambio que los podría debilitar a la interna y que amenazara con no poder retener a su electorado. Es una hipótesis que podría aplicarse al PCCH pero no explica porque los dirigentes del PCU se arriesgaron a iniciar la renovación aunque si contribuye a entender porque fracasaron. Probablemente cuando los dirigentes renovadores del PCU se decidieron por iniciar la renovación supusieron que el fuerte enraizamiento del partido en el movimiento sindical les garantizaría un mayor respaldo de las bases. Si bien no fue desde el sector sindical que provino la mayor resistencia a la renovación también es cierto que los dirigentes sindicales no fueron sus principales protagonistas²⁵¹. En el PCCH los principales referentes de la renovación no provinieron del frente sindical, con la excepción de Alejandro Valenzuela que terminó expulsado en agosto de 1990.

En dos partidos tan heterogéneos, con fuerte presencia en diversos sectores, (sindical, territorial, femenino, cultural, juvenil), es difícil determinar cuánto pesó el

²⁵¹ Durante la crisis además de discutir sobre los temas generales muchos de ellos debatieron sobre si había que renovar la metodología de lucha y de ser así en qué aspectos. *“Los vientos que soplan son favorables para la renovación, para adoptar nuevos estilos, para actuar con mayor amplitud”*, habría declarado a Búsqueda un dirigente sindical comunista renovador. Para el semanario en el frente sindical comunista no habría consenso sobre que renovar. Para Ruben Villaverde, dirigente de FFOSE, se estaban aplicando *“formulas, recetas, estatutos y formas de lucha viejas, a situaciones que son totalmente nuevas y distintas”*. El dirigente metalúrgico Óscar Groba planteó la necesidad en el PIT-CNT de *“un cambio de 180° en su funcionamiento, organización, participación y discusión”*. En cambio, para el dirigente textil Juan Ángel Toledo *“la huelga y los paros nunca serán formas viejas”* de lucha; aunque admitió que hay que buscar formas eficaces de acción. El dirigente portuario Félix Díaz señaló que *“los procedimientos seguidos hasta ahora son mejorables, pero no errados, porque sí admitiésemos que fueron errados, tendríamos que tirar todo por la borda. Es necesario que analicemos los aciertos y los errores, pero afirmándonos en los aciertos es que corregiremos los errores”*. La publicación calificaba a estos dos últimos veteranos dirigentes como pertenecientes al sector conservador. Sin embargo, los cuatro terminarían retirándose del partido durante la crisis. Búsqueda, 1° de febrero de 1990, p. 8. El País, 7 de enero de 1990. La Hora Popular, suplemento El Semanario, 19 y 26 de enero de 1990.

enraizamiento social ya que si bien en algún sector pudo haber prevalecido más una tendencia que otra lo cierto es que la división del partido atravesó todos los frentes. En conclusión, éste no fue un factor decisivo para explicar la crisis del PCU pero pudo haberlo sido para el PCCH. El proceso de renovación en el PCU impulsado por la mayoría del CC se debería haber facilitado por el grado de fluidez que tenían las relaciones entre el movimiento sindical y el partido. El modelo explicativo de Levitsky, funcional para el caso del peronismo, resulta insuficiente para el caso del PCU. A pesar de la alta rutinización del partido y del fuerte enraizamiento social igualmente los dirigentes se animaron a impulsar el proceso de adaptación. El primer factor les terminó jugando en contra y el segundo, si bien no se constituyó en un obstáculo, no fue decisivo para evitar su derrota. En cambio la mayoría del CC en el PCCH logró primero que las bases aceptaran el viraje hacia la lucha armada y luego evitar el triunfo de los que querían impulsar un viraje ideológico.

En resumen, el fuerte liderazgo de Marín y las dificultades de Pérez para consolidar el suyo resultaron determinantes para hacer fracasar los intentos renovadores en ambas colectividades políticas. A continuación, analicemos como influyó la crisis de la URSS en ambos partidos.

6.2 El impacto de la crisis del movimiento comunista internacional

La configuración ideológica fundacional de los partidos comunistas conspiraba en contra de las intenciones de los renovadores. Según Garcé (2012) tres dimensiones, presentes desde la fundación de estos partidos, resultan claves para comprender su evolución. Estas son el internacionalismo, la deducción como herramienta de análisis de la

realidad, y el monolitismo ideológico. El internacionalismo parece haber jugado a favor de la renovación hasta 1989, es decir mientras la perestroika era interpretada como un intento democrático de salvar al socialismo, pero terminó volviéndose en su contra cuando el “socialismo real” comenzó a desmoronarse. El carácter de partido deductivo, que hacía depender su estrategia y táctica de una doctrina general creando confianza en la justeza de las decisiones adoptadas por la Dirección, le restó la flexibilidad necesaria para hacer un viraje renovador. Finalmente el monolitismo ideológico y la aversión al disenso significaron un difícil escollo para la implementación exitosa de ideas heterodoxas.

Los aspectos ideológicos más debatidos en ambos partidos durante el proceso de crisis fueron sobre la vigencia del centralismo democrático, de la dictadura del proletariado, del marxismo-leninismo y de la Perestroika. En el fondo lo que estaba siendo revisado era el propio el concepto de democracia, tanto como sistema político como en la institucionalidad partidaria. Las diferencias insalvables sobre estos aspectos y la virulencia inusitada con la que se manifestó la polémica interna explican que la unidad partidaria se volviera insostenible. Sin embargo, como pudo verse en los capítulos anteriores la dilucidación del conflicto ideológico en el PCCH no fue idéntica al del PCU. El primero ya no expresa en sus estatutos que “se guía en su acción por el por los principios del socialismo científico, el marxismo-leninismo” (como establecía desde 1965) sino que en la actualidad afirma que “se sustenta en las concepciones de Marx, Engels, Lenin, Recabarren; en aportes de otras y otros pensadores marxistas y progresistas”²⁵². En cambio los comunistas uruguayos continúan afirmando en sus estatutos que están “orientados por

²⁵² <https://obtienearchivo.bcn.cl/obtieneimagen?id=documentos/10221.1/74842/1/216837.pdf>.

[http://americo.usal.es/oir/opal/Documentos/Chile/Partido%20Comunista%20de%20Chile/Estatutos\(2002\).pdf](http://americo.usal.es/oir/opal/Documentos/Chile/Partido%20Comunista%20de%20Chile/Estatutos(2002).pdf)

la ideología científica del marxismo-leninismo”²⁵³. Mientras que el PCCH realizó una adaptación ideológica (aunque no tan radical como pretendían los renovadores) el PCU salió de su crisis aferrado a sus principios fundacionales.

Todos los partidos comunistas del mundo fueron hijos de la Revolución Rusa²⁵⁴. Era lógico esperar que al entrar en crisis el sistema creado en 1917 se desmoronaran también las organizaciones que pretendían emularlo. Los comunistas eran “portadores de una cultura en la que la solidaridad bajo el nombre de internacionalismo se convirtió en incondicionalidad ante todo lo que viniera de allí [la URSS]”²⁵⁵. A pesar de algún intento por desdramatizar el tema²⁵⁶ los comunistas latinoamericanos no podían evitar seguir con especial interés, y preocupación, los problemas que estaban sufriendo los partidos comunistas de otros países, en especial de Europa, donde muchos habían estado exiliados. El PCU llegó incluso a intentar una mediación para mejorar las tensas relaciones entre soviéticos y cubanos durante el gobierno de Gorbachov²⁵⁷. Para Arismendi los comunistas

²⁵³ <https://www.pcu.org.uy/index.php/template/item/303-estatutos-del-partido-comunista-de-uruguay>.

²⁵⁴ “La crisis del ‘92 es un arrastre de la crisis soviética. El PCU era excesivamente pro soviético. Esto tenía su lado positivo por la ayuda que se recibía, pero en contrapartida el PCU se hizo incondicional de la URSS. Sin la implosión soviética la situación hubiera sido diferente, pero igual se venían arrastrando problemas desde la dictadura. El gran defecto del ‘85 fue no discutir el periodo de la dictadura. No era costumbre cuestionar. En el PCU no se discutió el discurso de Kruschev del 56. Salió publicado en los diarios burgueses, todos lo leían y comentaban, pero en la primera reunión que participé de la comisión de finanzas, el encargado de realizar el informe, Alberto Suarez, no mencionó el tema. Pensé ‘si hablo tengo que entregar el carnet’ y no opiné. Decidí apartarme de la militancia por un tiempo” (Entrevista a Marta Valentini).

²⁵⁵ Rafael Sanseviero en La Hora Popular, 6 de enero de 1990.

²⁵⁶ León Lev llegó a plantear que los cambios que estaban sucediendo en los países socialistas no afectaban “para nada” ni se les “movía el piso” a los comunistas uruguayos. Luego reconoció que no había estado feliz en estas declaraciones, lo que no impidió que le llegaran varias críticas. La Hora Popular, 27 de enero y 1 de febrero de 1990.

²⁵⁷ “A nuestra iniciativa se hizo una reunión con los compañeros cubanos, y después con Gorbachov” declaró entrevistado por el semanario Búsqueda en 1988. Para el historiador Robert Service, Jaime Pérez “acudió a Moscú para defender la posición de Castro; pero fue el ayudante de Gorbachov, Vladimir Ivashko, y no Gorbachov en persona quien lo recibió” (Service 2009:590).

no podían permanecer indiferentes a los problemas de los demás partidos comunistas sino que debían contribuir a salvar al movimiento comunista internacional:

“Nos consideramos parte de esta revolución dentro del socialismo; en sus repercusiones mundiales y en el esfuerzo por actualizar la aplicación del marxismo leninismo y elevar el movimiento comunista a un plano más alto”.

Si la vocación democrática de los comunistas era puesta permanentemente en duda por sus detractores debido a su ideología marxista-leninista en el caso de los comunistas chilenos la crítica era aún mayor por haber creado una organización armada durante la dictadura y conservada cuando ésta culminó en 1990. Es cierto que el PCU también había contado con un “aparato armado” pero éste nunca entró en acción, no solo porque fue desarticulado por la dictadura sino porque la Dirección nunca tuvo la intención de utilizarlo. Esto facilitó el vínculo de los comunistas con el resto del espectro político democrático. En cambio, para los comunistas chilenos el haber utilizado las armas como estrategia de lucha contra la dictadura fue una de las razones que hicieron difícil su relación con el primer gobierno democrático.

En marzo de 1991 se publicaba el informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación, que había sido designada por el presidente Patricio Aylwin en abril del año anterior. El hecho fue valorado positivamente por el PCCH y pudo haber significado un motivo de acercamiento con el gobierno, aunque éste pusiera más énfasis en la reconciliación y los comunistas más en la justicia. Sin embargo, el asesinato del senador de la UDI Jaime Guzmán en abril hizo imposible esta posibilidad. Si bien el autor del atentado fue una fracción del FPMR que había roto todo vínculo con el PCCH desde 1987, la

derecha y el gobierno fustigaron al mismo por alentar la violencia con sus referencias a la autodefensa y a la política militar. Esto llevó al PCCH a condenar públicamente el asesinato y se declaró contrario al uso de la fuerza en democracia²⁵⁸.

En ese mismo mes el CC aprobaba las bases para la discusión del proyecto de nuevos estatutos del PCCH. Se continuaba valorando las “concepciones de Marx, Engels y Lenin” pero también se reconocían las de “otros pensadores marxistas y progresistas...”. Se sostenía que se tenía “en cuenta los profundos cambios producidos en la sociedad y en el mundo a partir de la Revolución de Octubre, incluidos los avances y las crisis del socialismo”. Y agregaba que “su concepción humanista se resume en su adhesión plena a la Declaración Universal de los Derechos Humanos, Económicos, Sociales y Culturales y a los tratados que la complementan”²⁵⁹. Esta nueva valoración de los derechos humanos era fruto de dos experiencias que habían marcado intensamente a los comunistas. Por una lado la lucha contra la dictadura permitió aunar a militantes de diversos orígenes tras la bandera de la defensa de los derechos humanos y la exigencia de justicia y castigo a los responsables de violarlos. Por otro lado también influyó la concepción que introdujo la perestroika con su “prioridad de los valores humanos universales” sin limitarlos, como antes, por su definición clasista²⁶⁰.

Sin embargo, esta innovación ideológica no llegaba hasta las últimas consecuencias como lo señala Riquelme:

²⁵⁸ *El Siglo*, Santiago, 7 al 12 de abril de 1991. Citado en Riquelme 2009 243.

²⁵⁹ *El Siglo*, Santiago, 7 al 13 de abril de 1991. Citado en Riquelme 2009 245.

²⁶⁰ Gorbachov, Mijail. *Perestroika. Nuevas ideas para nuestro país y el mundo*, p. 217. Citado en Riquelme 2009 246.

“no se profundizaba en la necesidad de desarrollar los cambios en los terrenos sociales y económicos en un sentido de mayor justicia por métodos estrictamente democráticos y con la adhesión de las mayorías ciudadanas para realizar esas transformaciones. Porque sin el apego a las reglas democráticas de parte del conjunto de protagonistas y antagonistas sociales e ideológicos, los conflictos fundamentales podían acabar resolviéndose en el terreno de la violencia donde, como lo muestra el lado oscuro de la experiencia latinoamericana y mundial del siglo XX, acaba naufragando –junto con la democracia-el conjunto de los derechos humanos” (Riquelme 2009 246).

También la concepción de la democracia y el pluralismo que tenían los comunistas chilenos tenía sus limitaciones. Para Lautaro Carmona, miembro de la Comisión Política, solo se aceptaba la alternancia en el gobierno entre distintos grupos políticos que tengan ideología socialista.

*“Distinto es la alternancia en el poder. Una cosa es que reconozcamos que eso existe, con el retroceso del socialismo en Europa, y otra es que postulemos como principio la idea que el socialismo debe contener las alternancias en el poder”*²⁶¹.

Esta idea acotada de la democracia resultaba contradictoria con la expresada en el proyecto de los nuevos estatutos donde se definía que el PCCH “acepta y defiende la democracia como forma de organización política de la sociedad y el Estado”²⁶² a la vez que se mantenía el centralismo democrático como principio rector del funcionamiento interno. Estas contradicciones fueron denunciadas por la oposición interna quienes cuestionaron

²⁶¹ Separata de *El Siglo*, 2 de diciembre de 1990. Citado en Riquelme 2009 246.

²⁶² “Bases para la discusión del Proyecto de nuevos estatutos del Partido Comunista de Chile”. En *El Siglo*, Santiago, 7 al 13 de abril de 1991. Citado en Riquelme 2009 247.

también la vigencia de los principios fundacionales del comunismo.

Poco antes del frustrado golpe de Estado contra Gorbachov en agosto de 1991 el PCCH se encontraba debatiendo su definición como partido marxista-leninista. Este principio era algo que estaba fuera de discusión para algunos dirigentes como Manuel Cantero. Éste entendía que incluso en el hipotético caso de que el PCUS renunciara al mismo el PCCH debía mantenerse fiel al mismo ya que “cada partido opera según su realidad”²⁶³. Por el contrario el presidente del PCCH, Volodia Teitelboim, lo calificaba con un principio “obsoleto” que debía abandonarse, en línea con la postura soviética²⁶⁴. Resultaba curioso que los que reivindicaban la independencia de criterio del partido hacia el PCUS y criticaban la historia de seguidismo del partido hacia su par soviético propusieran mantenerse fieles a la doctrina y quienes postulaban continuar en sintonía con el PCUS plantearan lo contrario. Sin embargo el propio Teitelboim establecía los límites de su propuesta renovadora al reivindicar a renglón seguido a Marx y a Lenin, rechazando el capitalismo y reivindicando el comunismo.

Cuando el excomunista y dirigente del PDI Antonio Leal señaló que entre los dirigentes había posiciones contradictorias fue enfrentado por la dirigente comunista Gladys Marín que aclaró que el partido seguía siendo marxista-leninista aunque dejaba de usar una formulación “que está ligada a toda una etapa del socialismo real como se conoció, una etapa que nosotros rechazamos y criticamos”²⁶⁵.

Al producirse el golpe de Estado en la URSS el PCCH no realizó una declaración

²⁶³ *El Mercurio*, Santiago, 28 de julio de 1991.

²⁶⁴ *El Mercurio*, Santiago, 4 de agosto de 1991.

²⁶⁵ *El Mercurio*, Santiago, 5 y 6 de agosto de 1991.

oficial pero si se manifestaron algunos de sus dirigentes. José Sanfuentes calificó de “lamentable” la situación en la que se encontraba la URSS previo al golpe, expresaba su deseo de que “la crisis se solucione pronto” para que se revirtiera el “debilitamiento progresivo” del país en el escenario mundial, y exhortaba a la no injerencia en sus asuntos internos²⁶⁶. Menos cauta se mostró Marín que si bien afirmó que condenaba “todo golpe de Estado” también añadía que “en este minuto no podemos afirmar absolutamente que lo que ahí se ha producido sea un golpe de Estado como tal”²⁶⁷. Jorge Insunza a la vez que se manifestaba partidario de la Perestroika criticaba a Boris Yeltsin, el presidente electo de la Federación Rusa y líder de la resistencia al golpe, por haber enviado a sus asesores económicos a reunirse con Pinochet, a quien además alabaron²⁶⁸. Fracasado el intento golpista que duró tres días Mireya Baltra y Manuel Hernández declaraban que su partido “no se había debilitado”, destacaban que había actuado con “seriedad y responsabilidad” ante lo que definieron como “una lucha por el poder en la cúpula del PC Soviético y del gobierno” y aclaraban que se habían opuesto a este “golpe de Estado” aunque les pareciera “atípico, cualquiera fuese su origen”²⁶⁹.

Esta ambigüedad contrastaba con las declaraciones hechas en esos días por los excomunistas del PDI, expulsados del PCCH el año anterior, que denunciaban la contradicción en la que caían sus excamaradas. Fanny Pollardo consideró “lamentable que el PC no se pronunciara clara y nítidamente contra un golpe militarista y conservador”. Antonio Leal por su parte afirmó que “no se puede luchar por la democracia, las libertades

²⁶⁶ *El Mercurio*, Santiago 20 de agosto de 1991.

²⁶⁷ *Ibid.*

²⁶⁸ *El Mercurio*, Santiago, 22 de agosto de 1991.

²⁶⁹ *Las Últimas Noticias*, Santiago, 23 de agosto de 1991.

y los derechos humanos en Chile y no hacerlo en la URSS”²⁷⁰. Los medios de prensa de la derecha política como El Mercurio y Las últimas Noticias difundían con indisimulado interés esta polémica entre comunistas y excomunistas a la vez que incluían declaraciones de políticos de partidos de derecha que llamaban al PCCH a disolverse²⁷¹.

Eso fue lo que terminó sucediendo con el PCUS en agosto y con la URSS en diciembre de 1991. En Chile los autodefinidos como “renovadores” reafirmaron su decisión de volver a las raíces del socialismo democrático del cual se habían separado los comunistas a partir de la adhesión a la III Internacional en 1919. Por su parte los que se mantuvieron dentro del PCCH le encontraron un nuevo sentido al continuar siendo comunista en Chile. En noviembre de 1991 el CC aprobó el proyecto de programa partidario. En un intento por deslindar el surgimiento del partido con la URSS estableció la creación del Partido Obrero Socialista en 1912 fundado por Luis Emilio Recabarren como la fecha de fundación del Partido Comunista. Definía el modelo soviético como

“un modo de construcción del socialismo, pese a haber conseguido importantes avances en la realización de equidad y justicia social, generó contradicciones que no fueron asumidas por las fuerzas dirigentes e hicieron posible su utilización por los adversarios del socialismo hasta llevarlo a su desmoronamiento en una serie de países”²⁷².

Volodia Teitelboim, el secretario general, admitió que “los modelos se acabaron” pero también afirmaba que “eran modelos relativos”. Reconoció que los comunistas habían cometido el “gran error, de buena fe, por un espíritu de solidaridad hacia la revolución

²⁷⁰ *El Mercurio*, 20 y 21 de agosto de 1991.

²⁷¹ *El Mercurio*, 26 de agosto de 1991.

²⁷² *Proyecto del nuevo programa del Partido Comunista de Chile*, noviembre de 1991, folleto.

malentendida y frente a un mundo bipolar, dividido, con guerra fría” de dejarse “llevar” extendiendo “certificados de buena conducta internacional para la Unión Soviética que eran completamente pueriles, y muchas veces graves e injustos. Afirmó que “lo que salva al PC de Chile son sus raíces, y el hecho de que constituye una creación que viene de abajo, muy anterior a la revolución rusa. Y lo salva también otro elemento, que fue un partido de origen casi absolutamente obrero y se asienta en la vida real de la gente. [...] No es una creación exógena”. También reivindicaba la existencia de una “cultura comunista” como había además otras culturas como la socialista, la radical, la conservadora y la democristiana²⁷³.

Los integrantes del CC se declaraban “profundamente conmovidos con el fin de la URSS” a la que le reconocían “profundos errores” como:

“el peso creciente de un sistema burocrático, la falta de participación activa y real de pueblo, la pérdida de los vínculos del partido con la masa, la emergencia de fenómenos de corrupción en el ejercicio de un poder ajeno al control democrático, la falta de libertades y la comisión incluso de crímenes debilitaron las potencialidades del socialismo”.

Admitían que el apoyo recibido por el PCUS a la lucha de los comunistas chilenos contra la dictadura de Pinochet les “impidieron” tener “una mirada crítica”.

Si bien este diagnóstico estaba en sintonía con lo afirmado por los “renovadores” que ya no estaban en el partido las coincidencias se terminaban al juzgar a la política impulsada por Gorbachov. El CC afirmó que el PCCH “apoyó sin reservas la necesidad

²⁷³ La Época, Santiago, 29 de diciembre de 1991.

incuestionable de una renovación revolucionaria” en el entendido de que la Perestroika era necesaria para superar los errores cometidos en la URSS para “asegurar más socialismo y más democracia”. Adjudicaban el fracaso de la perestroika y el fin de la URSS a los “graves errores cometidos en su implementación bajo la dirección de M. Gorbachov”. Al líder soviético le achacaban “haber ignorado la existencia de clases sociales, el rol del imperialismo y la necesidad de prevenir sus efectos en el curso de las transformaciones necesarias. En sus propias palabras, se destruyó el viejo sistema sin tener claro los basamentos de lo nuevo”²⁷⁴.

El nuevo programa partidario del PCCH propuesto por su CC en noviembre de 1991 asumía como novedades la defensa de la restauración del Estado de Bienestar y de los derechos de los grupos sociales discriminados como las mujeres y los pueblos indígenas. Por otra parte se mantenía la tesis leninista de la necesidad de la vía revolucionaria para desalojar a las clases dominantes del poder. Afirmaban que

*“las reformas que se puedan alcanzar serán siempre precarias, triunfos provisorios, con la reacción al acecho para liquidarlas. Nuestra experiencia demuestra que no basta con conquistar el gobierno. Se precisa cambiar la naturaleza del Estado, se necesita un poder del pueblo”*²⁷⁵.

El programa no estaba libre de ambigüedades y contradicciones. Por un lado se reconocía la necesidad de superar lo que se definían como errores en la implementación del socialismo en la URSS garantizando la “separación de los partidos gobernantes y los

²⁷⁴ *El Siglo*, Santiago, 28 de diciembre de 1991 al 4 de enero de 1992.

²⁷⁵ *Proyecto del nuevo programa del Partido Comunista de Chile*, noviembre de 1991, folleto.

aparatos el Estado”, asegurando “el pluralismo ideológico y político”, las “elecciones periódicas” y “la alternancia en el gobierno, cada vez que la mayoría lo estime necesario”. Sin embargo el Estado socialista conservaría el control “de los medios jurídicos e institucionales para garantizar la soberanía nacional y popular y enfrentar con éxito la subversión contrarrevolucionaria, interior y exterior”²⁷⁶. Luego de definir a los Derechos Humanos como “un valor esencial” justificaban la “autodefensa del pueblo” sin definir sus alcances:

“Rechazamos el terrorismo en todas sus formas, como contrario a la democracia y favorable a la reacción.

Estamos por una sociedad que erradique la violencia entre los hombres. Sin embargo, rechazamos la pretensión de confundir terrorismo con autodefensa del pueblo. Si se ejerce violencia sistemática contra este, cerrándole el camino para el ejercicio de su soberanía, y el poder político lo tolera, somos decididos partidarios de que éste ejerza su legítimo derecho a la defensa”²⁷⁷.

Se mantenía la reivindicación a los referentes teóricos del comunismo (“los contenidos esenciales del pensamiento de Marx, Engels y Lenin mantienen plena vigencia y sustentan nuestras definiciones ideológicas”) luego de citar a un liberal para defender la democracia (“asumimos la definición de Lincoln de ‘El Gobierno del Pueblo, para el Pueblo y por el Pueblo’²⁷⁸).

²⁷⁶ *Ibid.*

²⁷⁷ *Ibid.*

²⁷⁸ *Ibid.*

En abril de 1992 la Conferencia Nacional del PCCH aprobaría sin cambios importantes las resoluciones del CC, la opción opositora al gobierno, los nuevos estatutos y el programa²⁷⁹. Pero las controversias acerca de la democracia interna aún persistían. En el diario oficial partidario debatieron públicamente el director del mismo, Juan Andrés Lagos, y el dirigente Jaime Insulza, que había sido del vocero oficial del partido durante la dictadura. El primero publicó una editorial en la que fustigaba a los que al reclamar “más democracia” interna estarían propugnando “en los hechos [y no en la teoría] la legalización de las fracciones; la pérdida del socialismo, en fin, el abandono de casi todas las cuestiones que definen un partido revolucionario y no reformista”²⁸⁰. Insulza le respondió acusándolo de manipular los hechos porque a su entender “insinuar que quien hoy pida ‘más democracia’ al interior del Partido pueda ser comparado a quienes abandonaron el Partido o pretenda asumir el programa de la Concertación, es manipular”. Afirmaba que todos los que habían permanecido en el partido luego de la crisis de 1990 seguían siendo defensores del centralismo democrático, del carácter revolucionario del partido y del “objetivo estratégico socialista”. Además aclaraba que nadie había planteado “más diversidad” o “más pluralismo. Lo que se si se planteaba era “la necesidad de asumir la teoría como la entendieron Marx, Lenin, Engels. No como algo acabado e intangible”²⁸¹.

Lagos rechazó las acusaciones de Insulza de manipulación y las calificó como “una injusta acusación”. Y sobre el tema de fondo reafirmaba la vigencia del marxismo-leninismo y del centralismo democrático como principios rectores del partido. Recordó que

²⁷⁹ *El Siglo*, Santiago, 4 al 10 de abril de 1992.

²⁸⁰ *El Siglo*, Santiago, 9 al 15 de julio de 1994.

²⁸¹ *El Siglo*, Santiago, 30 de julio al 5 de agosto de 1994.

“el sector divisionista nunca expresó diferencias con la línea, salvo ataques distorsionados a lo que calificaban como una ‘tendencia militarista, antidemocrática y autoritaria’ surgida de la lucha contra la dictadura y de la aplicación de la Rebelión Popular de masas”. Y advirtió que “Gorbachov dio el golpe de gracia al PCUS cuando en un pleno de su Comité Central legalizó la existencia de tendencias y fracciones, terminó con su carácter leninista y abrió paso al sector pro capitalista”²⁸². Finalmente en el XVI Congreso (que se denominó XX al aprobarse la fecha de fundación del partido en 1912) celebrado en agosto de 1994 significó el triunfo del sector integrado por Lagos traducido en la elección de Gladys Marín como nueva Secretaria General.

El Secretario saliente, Teitelboim, reconocía el momento difícil que vivían los comunistas ya que por el derrumbe del llamado Socialismo Real “sobrevino un reflujo, una arremetida regresiva feroz, ante a la cual hay partidos que sucumben y militantes que desertan. Es una crisis que se cierra”. Las causas del colapso de la URSS se explicaban a su juicio por una teoría conspirativa ya que los enemigos externos aprovecharon los errores cometidos por los responsables del régimen. En su informe al Congreso afirmaba que

“la ineficacia en la formación de imágenes contribuyeron en parte a que la propaganda de Occidente, con todo su impacto técnico y sus ‘slogans’ seductores, calara e impusiera la idealización de un ‘paraíso capitalista’, rico en promesas de rápida prosperidad al alcance de todos. Así se consumó un engaño colosal”.

Y agregaba que

²⁸² *Ibid.*

*“además de las gravísimas causas internas, intervinieron, abierta o solapadamente, con gran efectividad los servicios de inteligencia del imperialismo y la reacción internacional. La responsabilidad de la Dirección del PCUS –y por cierto de Mijaíl Gorbachov- es enorme”*²⁸³.

La comisión de programa recordaba en su informe al Congreso que en la Conferencia de 1990 se había resuelto no utilizar el concepto de “dictadura del proletariado” teniendo en cuenta el rechazo que en el pueblo generaba la palabra “dictadura” luego de haber sufrido la represión pinochetista y que además se le relacionaba con el estalinismo. Proponía al Congreso que “dicho término no sea usado en la formulación del concepto, pero que su esencia sea explicitada y extendida en los párrafos respectivos del Programa, pasando a ser uno de sus conceptos básicos”²⁸⁴. Además de aprobar el nuevo programa y de elegir a la nueva Dirección el Congreso reafirmó la idea de que en Chile aún no había democracia y que era necesario impulsar una “revolución democrática”²⁸⁵. La Conferencia Nacional realizada en mayo de 1996 ratificó la línea adoptada por el Congreso.

Mientras que los comunistas chilenos habían comenzado su debate ideológico en plena dictadura los uruguayos estaban ya en una situación de legalidad. A principios de 1986 los integrantes del CC tomaban conocimiento de primera mano, luego de realizar una inusual lectura colectiva del Informe del CC del PCUS al XXVII Congreso, de la grave situación en que se encontraba la URSS. Uno de los participantes recordaba que

²⁸³ *El Siglo*, Santiago, 13 al 19 de agosto de 1994.

²⁸⁴ *El Siglo*, Santiago, 20 al 26 de agosto de 1994.

²⁸⁵ *Ibid.*

*“Gorbachov hacía denuncias tremendas: amiguismo, burocratismo, ordeno y mando en la economía, desabastecimiento, el objetivo de duplicar el producto para el año 2000. Todo el mundo marcó su alegría e identificación con el texto”*²⁸⁶.

Es que el informe no sólo señalaba las carencias de la principal potencia socialista sino también anunciaba un nuevo rumbo hacia un mayor desarrollo económico y una mayor democratización. Era suficiente para infundir esperanzas, y vaya que las necesitaban. Es que muchos de ellos, los afiliados antes del final de la dictadura, se habían incorporado inspirados en el ejemplo de la URSS. Asumir que la nave insignia que debía ser la vanguardia en la lucha internacional contra el capitalismo estaba en crisis fue un duro golpe para el sistema de creencias de los comunistas en todo el mundo. Y los uruguayos no fueron la excepción²⁸⁷.

Arismendi y los demás dirigentes confiaban en que la perestroika erradicaría los defectos del sistema para fortalecer el socialismo, tal cual lo señalaba Gorbachov²⁸⁸. Como antes durante el proceso de desestalinización el PCUS estaba demostrando que podía autocriticarse y mantenerse vigente como organización directiva de la URSS y orientadora del movimiento comunista mundial. Luego de reconocer que en la URSS se dieron “toda

²⁸⁶ Testimonio de Federico Martínez en Ciganda et al 2012:58-59.

²⁸⁷ “Yo no me afilié al PCU; me afilié al PCUS. (...) el mundo iba para ahí: iba con la URSS y el PCUS. Y aquí lo que tiraba para ese lado era el PCU. (...) Pero cuando vi, varias décadas después, que ese tren iba camino a estrellarse, me bajé. (...) Para mí, cuando murió la URSS, es decir cuando ‘la contradicción fundamental de nuestro tiempo’ dejó de existir porque uno de sus polos había implosionado, sentí que más nada tenía que hacer en ese lugar. ¿Cómo construir el socialismo o, aunque sea, una democracia avanzada como la concibió Arismendi, si el campo socialista ya no existía? El PCU, más que un muerto venerable, pasó a ser la nada...” Testimonio de José Luis Piccardo, en Ciganda et al 2012:79-80.

²⁸⁸ Arismendi definió a la Perestroika como “un cambio dentro del socialismo para perfeccionarlo, pero no para acercarlo al capitalismo, como dicen por ahí. Es una reestructura para la superación de fallas, defectos, deformaciones, debilidades y se enfoca con la gran batalla económica, social, política, moral, ideológica”. Advertía que se trataba de una reestructura “no para renunciar al marxismo. Cuando digo que hay que renovar a los partidos comunistas no es para que renuncien al comunismo sino para que sean más eficientemente comunistas”. Entrevistado por Búsqueda, 1988.

una cantidad de errores y defectos” Arismendi destacaba que “lo esencial es que cuando se hace el balance de la historia el socialismo triunfó”²⁸⁹ Estos “defectos” eran atribuidos a “desviaciones” de los dirigentes, nunca al propio sistema, que además demostraba ser capaz de erradicarlos. Lo importante era reconocer estas imperfecciones para poder superarse. Sin embargo, cuando las críticas provenían de otros eran sistemáticamente desestimadas, ya fueran provenientes de representantes de la derecha, de la izquierda e inclusive de otros partidos comunistas disidentes con la URSS (como los de China, Yugoslavia, Albania, Italia, Francia y España).

Esta defensa a ultranza de la URSS era justificada por la existencia de la Guerra Fría, donde la lógica amigo-enemigo no dejaba espacio para matices o medias tintas. O se estaba con la URSS o se estaba con el enemigo. Criticar al bloque socialista era interpretado como un apoyo al otro bando. Había una guerra sin cuartel y los comunistas debían cerrar filas. A mediados de 1989 Arismendi reconocía que

“...en función de lo que era la URSS, de que había que salvarla, muchas veces servilizamos nuestras concepciones o creíamos a pies juntillas lo que venía del exterior”²⁹⁰.

El resto del espectro político criticaba al PCU por su exacerbado pro-sovietismo llamándolos “bolches”, calificativo que los comunistas terminaron resignificando y

²⁸⁹ Arismendi, Rodney (1988), “Vivimos en un mundo en constante cambio”, Revista Estudios n° 101.

²⁹⁰ Según la crónica publicada por La Hora el 9 de junio de 1989 sobre una conferencia realizada por Arismendi en la Casa de la Cultura del PCU el 18 de agosto en el suplemento El semanario de La Hora Popular, su esposa, Alcira Legaspi, escribía que había encontrado la siguiente anotación hecha por Arismendi: “El partido hizo bien, ¡muy bien! En defender a la Unión Soviética y eso no era vasallización ideológica. A la luz de la gran historia teníamos razón. Cuando hablo de servilización me refiero a no tener espíritu crítico ante fenómenos negativos. Sin duda ignorancia, pero también justificación deformada (lectura jacobina) (el caso de los procesos de Moscú)”.

haciendo suyo (De Giorgi 2011:18). Pero el resto de la izquierda no estaba a salvo de actitudes similares, sólo que los modelos venerados eran Cuba y Nicaragua²⁹¹.

Así como antes se rindió culto a Stalin, hasta que se dejó de hacerlo en la URSS desde Krushev, en la era de Gorbachov se reconocían errores como lo hacía el PCUS. Con la Perestroika el PCU seguía estando en sintonía con el PCUS. Es curioso que la defensa de lo que en ese momento eran reconocidos como errores fuera interpretada como “servilismo ideológico” y esta nueva coincidencia no. Esta paradoja no pasó desapercibida. Así lo reconocía el dirigente José Luis Massera (que de paso mezclaba la crítica de una práctica con la crítica a la teoría):

*“estoy en general, en contra de la autocrítica de 'servilismo ideológico' y acerca de la caducidad total de la teoría del socialismo (...) ¿No estaríamos ahora incurriendo en 'servilismo' para hacer autocrítica después -lo que sería absurdo?”*²⁹².

Arismendi era consciente de que el sistema soviético no era perfecto sobre todo luego de su extenso exilio en la URSS. Según el testimonio de su esposa Alcira Legaspi ellos no criticaron las desviaciones soviéticas porque no las observaron. Cuando veían algún defecto lo atribuían a algún error personal pero nunca lo atribuían al sistema²⁹³.

²⁹¹ Así lo hacía notar por ejemplo Hugo Alfaro que en un artículo titulado “¿Tendremos el coraje necesario?”: *“La izquierda independiente callamos (ciertamente no todos) el rechazo a que la sucesión presidencial en Cuba ya esté arreglada a favor de Raúl Castro, o de quien fuere, en lugar de ser el pueblo cubano quien directamente elija. (...) La réplica no tarda en llegar: tal política de ablandamiento equivaldría a abrirle las puertas al imperialismo. ¿Y no será a la inversa? Una prueba concluyente – sí, por la vía electoral- de que el pueblo cubano quiere seguir viviendo en el socialismo caribeño que él mismo se dio, ¿no desactivaría los motivos del lobo, poniendo al mundo por testigo de la incalificable crueldad del bloqueo yanqui?”* Brecha n° 301, 6 de septiembre de 1991, p. 4.

²⁹² La Hora, El Semanario, 29 de abril de 1990.

²⁹³ Interrogada sobre si se había perdido una concepción bipolar de la política mundial Alcira Legaspi respondió: *“Sí y no es para nada bueno. Yo viví en la Unión Soviética, y aunque muchos socialdemócratas y comunistas renegados, dijeran que allí no había socialismo, estoy segura que viví nueve años en un país*

Recordaba que Arismendi criticó a los dirigentes soviéticos “por tener guardados los cuadros de Kandinsky” y por “no sacar a las masas a la calle”. Posiblemente los exiliados recorrían lo que les permitían recorrer, pero también es cierto que a veces uno ve lo que quiere ver. ¿Por qué iban a ponerse a buscar defectos en un país que los acogía y en un sistema en el que creían?

Así se justificaba Enrique Rodríguez, que estuvo exiliado en Checoslovaquia:

“observando los hechos de los países socialistas a menudo nos hacían poner los pies sobre la tierra y nos curaban de la mucha idealización. Veíamos cuán distinto es luchar por alcanzar el poder y saber luego administrarlo, evitando la degeneración burocrática, verticalista, autoritaria. ¿Por qué no denunciábamos estas observaciones, por qué no alertábamos a nuestros camaradas? Lo que nosotros podíamos ver o lo que nos mostraban nunca iba más allá de lo que descubrió públicamente Kruschev en el XX Congreso del PCUS, lo que decían algunas novelas de la época del deshielo, luego de 1956. Eso mismo le pasaba a la mayoría de la ciudadanía soviética. (...) Es cierto que podíamos volver al país y hablar mucho sobre esto. No lo hacíamos porque no teníamos idea de la globalidad de lo que eso suponía. Porque ingenuamente o por miopía política

socialista. No vi miseria, no vi desamparo en los niños, la vivienda se iba resolviendo cada vez mejor, yo afirmo categóricamente que viví en un país que estaba construyendo el socialismo. Donde no se había llegado a todo lo que aspiramos los comunistas, donde hubo errores. No nos dimos cuenta hasta dónde había contradicciones, no era evidente que estaban enquistados y tapados en la sociedad gente que aspiraba a ser capitalista. Miembros de países socialistas les sorprendió lo que pasó, si a mí en 1983 me hubieran dicho que iba a pasar esto, yo hubiera dicho que estaba loco el que me decía eso, que estaba para el manicomio”. En la misma entrevista se le preguntó si consideraba que hubo terrorismo de Estado en las prisiones de la Unión Soviética, a lo que respondió: “yo no puedo saber si los crímenes cometidos en el período de Stalin, fueron todos reivindicados y corregidos como corresponde, pero yo conocí gente que estuvo presa en las cárceles de Stalin y al salir seguían siendo comunistas. Esos fenómenos tienen la complejidad de un momento en el que la propia dureza de la lucha de clases, la propia dureza de la lucha de infiltración, hace que no tuvieran en aquel momento la gravitación que cuando después se los examina. Pero yo repito, yo conocí personalmente viejos comunistas que estuvieron presos y salieron comunistas y volvieron al Partido”. Entrevista de Pablo Méndez en Montevideo Portal, 4 de octubre de 2005.

creíamos que al fin y al cabo ‘ellos’, allá, eran los que podían resolver y resolverían esas deformaciones, las que veíamos. Además, nos costaba sumarnos a la prédica reaccionaria contra el socialismo y el comunismo. Si agregamos que era menos esfuerzo ideológico negar todas las denuncias, tildándolas de labor del enemigo... Y si agregamos que el prejuicio de ‘no lavar la ropa sucia a la vista del enemigo’ (...) no es un capricho momentáneo o personal, sino una mentalidad consolidada que se compagina y se confundía –arbitrariamente, por supuesto- con la disciplina interna, con el centralismo, con el necesario secreto...”²⁹⁴.

Al ser consultado sobre su posición respecto al riesgo de que el PCU terminara adoptando la posición eurocomunista Enrique Rodríguez expresaba que

“los italianos tenían una posición muy crítica frente a la URSS, exacerbaban a Gramsci y decían que en Europa no podía haber revolución. En parte tienen razón, pero para nosotros era mala palabra su abierto antisovietismo, aunque ahora estemos curados de espanto. Dicen que Valenti y Pérez –con él- están promoviendo el eurocomunismo. No es así. Valenti es muy moderno, inquieto, gerencial. Eso roza con nuestro anarquismo casi aldeano dejando todo a medio hacer. Es un gran ejecutivo que viene con ideas y se encuentra a un partido con métodos verticalista. Compartimentado sin conocer la evolución científico-técnica. Siempre hay gente atada a las viejas costumbres, pero Valenti o Pérez, ¿qué van a estar atados? Los de la vieja guardia hacemos esfuerzos por ponernos a tiro. El marxismo es una base para estudiar la realidad en cada momento. Lo demás son cuentos. Marx no era marxista, Lenin no era leninista. El marxismo-leninismo lo inventó

²⁹⁴ Artículo titulado “¿Qué vimos? ¿Qué no dijimos y por qué?”, La Hora Popular, El Semanario, 3 de junio de 1990.

Stalin para hablar luego de estalinismo. El PCU está en el empeño de adaptar las matrices del marxismo a nivel nacional y continental. Estamos abiertos al diálogo para recibir las ideas que sean las mejores”²⁹⁵.

En plena Guerra Fría para los comunistas no podía haber lugar para caminos intermedios. Como reconocía el dirigente Pedro Toledo:

“en aras de la defensa del socialismo y del internacionalismo justificábamos todo lo que se hacía en los países socialistas (...) pensando que criticar eso favorecía los planes del imperialismo” (Ciganda et al, 2012:160).

Aceptar que el sistema soviético tenía errores podía derivar en fortalecer la posición del enemigo. Así lo reconocía también el dirigente sindical y exdiputado Wladimir Turiansky:

“nos parecía que quienes criticaban tanto el autoritarismo como la falta de eficiencia en el desarrollo de la economía exageraban y eran los enemigos o gente que nos miraba de reojo y en el fondo era anticomunista. Ese pecado lo cometimos. Y pesa, porque a la hora de la verdad nos encontramos con que entre los 200 millones de habitantes que tenía la Unión Soviética no surgieron ni veinte personas capaces de defender el régimen socialista que existía. O sea que fue una clara demostración de que era un sistema en el que se había enajenado la voluntad popular y se había transformado en un aparato de gobierno” ²⁹⁶.

²⁹⁵ Alternativa Socialista, n° 197, 1/11/1989, artículo de Carlos Montero.

²⁹⁶ Entrevistado por Gerardo Tagliaferro, en Montevideoportal, 25 de septiembre de 2012.

Aceptar la veracidad de las acusaciones a los países del “socialismo real” además implicaba reconocer que los compañeros de otras agrupaciones de izquierda tenían razón en sus críticas, aspecto que resultaba muy difícil de asumir luego de tantos años de discusiones por el tema²⁹⁷.

Durante la crisis no faltaron las recriminaciones de militantes hacia los dirigentes por haberlos engañado o por haber sido ciegos respecto a la verdadera situación de los países socialistas²⁹⁸. Estos no esquivaron la responsabilidad y realizaron sus descargos cuando fueron requeridos. Massera recordó que:

²⁹⁷ Durante la reunión del CC en que se debatió la propuesta de Jaime Pérez sobre la creación un nuevo partido la dirigente sindical de la Salud Cristina González realizó una sentida autocrítica: *“hemos cometido muchos errores, hubieron muchos años de adoctrinamiento, hubieron muchos años donde repetimos en las escuelas vespertinas y los otros cursos, hasta grabar en la cabeza de los compañeros, determinados conceptos, frases, referidas a un modelo que indudablemente hoy se desmoronó y con eso también se desmoronan nuestros sentimientos.*

(...) Y decimos que nos sentimos responsables como parte de este traslado de recetas o de cosas resueltas o de modelos, porque en el año 87, cuando viajamos a la URSS con Ernesto, cuando en el hotel del Consejo Central de los sindicatos soviéticos, comentábamos que una intérprete, ahora en otro concepto para mi cabeza, Nadia Zhubkova, (...) nos causaba enormes dolores de cabeza porque no nos dejaba ver la realidad que nosotros queríamos ir a ver, tal como queríamos verla. Porque nos decía que bueno, que existía este nivel de vivienda pero que se precisaba tal cosa, que la juventud no tenía cabida en aquella sociedad, que qué pasaba en el Komsomol, que los jóvenes ahí no tenían posibilidad, no tenían cabida en materias propuestas desde el punto de vista de la sociedad, que querían también el vaquero. Y nosotros le caímos con toda la lluvia: pero cómo es posible, ustedes no conocen los cantegriles, la miseria, las necesidades, la injusticia, todo eso era cierto. Pero ella conocía la historia y la lucha indudable del PCUS y de la sociedad soviética, pero exigía a partir de determinado estrado de la sociedad. Y eso que a nosotros nos impedía conocer la realidad contada como teníamos hasta ese momento, era un obstáculo. Y le dijimos a Félix (refiriéndose al dirigente Feliz Díaz, nota del autor): mirá, esta traductora debe ser, seguramente, ultra o no sé qué, pero mirá, es contrarrevolucionaria y no queremos saber más nada con ella. Ponemos a otra persona... Porque además nos molestaba, compañeros, porque ese viaje no lo habíamos hecho solos, lo habíamos hechos con otro matrimonio que no era comunista, que pertenecía a las filas del MLN y esto era darle carne, de alguna manera, a que después repitieran cosas por ahí que ¡yo qué sé! Y si, compañeros, pero esto lo vemos ahora a la luz de esta situación y tenemos responsabilidad también, por verlo ahora”. La Hora Popular, 8 de septiembre de 1991.

²⁹⁸ Por ejemplo Ramón Rivarola declaró: *“En mi caso la discrepancia fundamental arranca con lo de Polonia. Lo que vi lo dije por la vía orgánica, vía que se cerró porque lo de Polonia era “la conspiración del imperialismo”. Desde entonces existe un proceso subterráneo de discusiones individuales extraoficiales. Así durante años. La dictadura retardó la explosión de esta crisis porque las condiciones no favorecían discusiones abiertas cuando las primeras preocupaciones eran los compañeros que estaban en la cárcel o en la clandestinidad. La euforia posterior del regreso a la democracia y la reorganización del partido impidieron que estas discusiones aparecieran como prioritarias. Recién con el fracaso del XXI Congreso, la*

“la última vez que fui a Alemania y vi cosas feas y muy feas y todavía no había explotado todo esto. Nosotros nos guiamos por los datos y el análisis que nos hacían, no creo que nos engañaran, solo en algún caso de gente que pudo estar muy implicada en el burocratismo del partido”²⁹⁹.

Luego de reconocer que los hechos de Europa del este repercutían en el PCU Jaime Pérez expresó su opinión sobre si se sentía engañado:

“si lo tomo del punto de vista de las publicaciones que llegaban podría decir que sí. Pero con eso yo rebajaría mi responsabilidad porque a su vez yo engañé a muchos afiliados al Partido. Tomé como verdad absoluta todo lo que venía de Moscú. Producto de tener mellada el arma esencial del marxismo-leninismo, que es la dialéctica, la crítica. Tomábamos como bueno lo que venía. (...) No se trata de decir que nos mintieron, sino de hacer un profundo examen de qué situación hay en el mundo. Antes creíamos que teníamos todas las verdades. Ahora sabemos que las verdades se buscan entre muchos y por eso recurrimos a toda la izquierda”³⁰⁰.

Estas últimas palabras parecían ser un adelanto de su propuesta futura de formar un nuevo partido.

perestroika y la revisión soviética de la teoría del partido permitieron que muchos de nosotros abriéramos los ojos sobre el origen de numerosos problemas que estábamos detectando desde hacía varios años. El proceso de planteamiento se ha desarrollado internamente durante años con desgarramientos muy dolorosos porque enfrentar a compañeros heroicos dentro del partido es muy difícil. Para ellos es muy sencillo defender lo que construyeron, pero para mí es brutalmente difícil cuestionar. Es natural entonces que la ruptura se produzca con cierta violencia y agresión. Más importante que el estudio de los que acontece en el campo socialista, creo que es analizar en mí mismo cómo admití sin cuestionar una cantidad de cosas, por qué método fui inducido a pensar de esa manera. Me importa mucho más eso que cualquier otra cosa” (Entrevistado por Revista 5comentario, n°1, mayo de 1990, p. 51).

²⁹⁹ Entrevista a José Luis Massera en Semanario Brecha, 21 de septiembre de 1990.

³⁰⁰ Entrevista realizada en el programa “Prioridad” de canal 10 conducido por el periodista Omar de Feo, emitido el 22 de abril de 1990. Según crónica realizada por La República, 23 de abril de 1990, p. 7.

No sólo los dirigentes renovadores se mostraban abiertos a reconocer su error de apreciación respecto a su incondicionalidad respecto a los países socialistas. Eduardo Viera, uno de los principales referentes de la oposición interna a Jaime Pérez, también hacía su autocrítica aunque rechazaba la idea de que hubiera habido una voluntad de engañar u ocultar la realidad al resto del partido³⁰¹.

Durante la crisis “renovadores” e “históricos” coincidieron en su reconocimiento de que el fin de la URSS exigía un repensar la realidad. Pero discrepaban acerca de cuál había sido la razón de la debacle. Mientras que para los históricos como Alberto Altesor “la caída de la URSS representó un avance de la reacción y el imperialismo”³⁰² y para los renovadores se trató de una implosión causada por los propios defectos del sistema. Alcira Legaspi, quien no integró ninguna fracción la definió, en entrevista para este trabajo, como “una derrota, no una implosión”.

Entre los jóvenes afiliados durante el final de la lucha contra la dictadura había quienes destacaban la contradicción entre “festejar la democracia recuperada y la falta de esta en la URSS y en la interna partidaria”³⁰³. Otros consideraban estos debates como

³⁰¹ “Nosotros estábamos allí y veíamos fenómenos de burocratismo, de especulación, cierto apoliticismo en mucha gente, debilidad en la participación, pero lo veíamos como defectos parciales. No veíamos el problema de fondo, que era el de la estructura político económica que estaba obsoleta”. Pero rechazaba la sospecha de que el PCU había sido un mero satélite del PCUS: “Moscu nunca nos dictó nuestra línea y aquí en el Uruguay ésta se caracterizó siempre por su creatividad e independencia dentro del marxismo leninismo. (...) Con eso no nos queremos justificar. Lo que niego es a aceptar el término engaño. Alguna asamblea ha planteado: ustedes a lo mejor no tenían confianza en que si decían la verdad, la base partidaria quién sabe lo que habría pensado del mundo socialista. Quizá hasta hubiese sido más cómodo, pero la actitud de la dirección fue más grave, porque la incondicionalidad desde el punto de vista político, filosófico, o el que quieras, es mucho más grave. Es no haber visto un fenómeno que al final de cuentas determinara la bancarrota que hoy conocemos” (Barros Léméz 1990:157).

³⁰² La República, 12 de mayo de 1992

³⁰³ Testimonio de Sandra Leopold, dirigente de la UJC que estuvo en la URSS a fines de los '80.

lastres innecesarios para poder encarar la agenda política del momento. Así lo expresaba el joven ex diputado Gilberto Ríos:

*“nosotros no vivimos a instancias de los flujos y reflujos internacionales sino en virtud de nuestra razón de ser: las necesidades y la vida concreta de los jóvenes uruguayos de hoy”*³⁰⁴.

Los comunistas formaban parte del gobierno municipal de Montevideo y continuaban teniendo una fuerte presencia en los sindicatos que enfrentaban la política económica liberal del gobierno nacional encabezado por el presidente Luis Alberto Lacalle. Sin embargo, no parecía posible evitar el debate sobre lo que pasaba en los países socialistas y centrarse en los objetivos políticos propios. Había además otra dificultad para quienes querían disminuir la importancia del factor externo. Antes de la crisis para los comunistas “el mundo no caminaba hacia ‘un lugar que no existe’ sino hacia un socialismo cuya aplicación en el planeta era incontestable” (Ciganda et al 2012:164). Al desaparecer el “socialismo realmente existente” los comunistas debían cambiar su forma de pensar radicalmente. Debían aceptar que la “utopía” aún estaba por construirse. Que el Mesías aún no había llegado. Pero también afectaba al resto de la izquierda:

“La caída del ‘socialismo real’ ha sido un hecho traumático para toda la izquierda. Más que las derrotas, más que la dictadura, más que la tortura. Porque, al demostrar que el Estado ‘proletario’ no sustituía con eficiencia a la burguesía, puso en crisis a la versión

³⁰⁴ La Hora Popular, El Semanario, 10 de junio de 1990.

popular de la profecía marxista y, con ello, puso en duda la propia identidad ideológica de la izquierda”³⁰⁵.

El análisis sobre la crisis de los países socialistas europeos se mantuvo durante mucho tiempo limitado a la interna de cada uno de los agrupamientos del amplio espectro de la izquierda uruguaya. Fueron muy pocos los eventos en que se encontraron representantes de diferentes sectores para debatir el tema. Y no fueron por iniciativa de los comunistas. En mayo de 1990 se realizaron dos debates convocados por la Juventud Socialista (JSU) y otro por la Corriente Popular (CP)³⁰⁶. En junio del mismo año un seminario convocado por Fundación Friedrich Ebert de Uruguay (Fesur) reunió a políticos y académicos³⁰⁷. Lo mismo sucedió en 1992 en un evento realizado en el CLAEH³⁰⁸. En

³⁰⁵ Artículo de Hoenir Sarthou en Semanario Voces, jueves 14 de julio de 2011, p. 4.

³⁰⁶ En uno polemizaron Alberto Couriel (diputado de la Vertiente Artiguista), Hebert Gatto (secretario de formación del PGP), Manuel Laguarda (uno de los principales teóricos del PSU) y el diputado comunista León Lev. La República, 27 de mayo de 1990, pp. 14-15. Búsqueda, 31 de mayo de 1990.

En el otro los que debatieron fueron Rodrigo Arocena (VA) y Eduardo De León (PS). Alternativa Socialista, 31 de mayo de 1992.

En el mismo día la Corriente Popular organizó una mesa redonda integrada por Esteban Valenti (PCU), Reinaldo Gargano (PSU), Mariano Arana (VA), Kimal Amir (PGP), Hugo Cores (PVP) y Javier Artola (Artiguismo y Unidad). La República, 31 de mayo de 1990, p. 10.

³⁰⁷ En la primera sesión los historiadores Gerardo Caetano y José Pedro Rilla expusieron sobre “La izquierda y el ‘socialismo real’. Visión histórica de algunas trayectorias”. Comentaron la ponencia Daniel Diaz Maynard (PGP), León Lev (PCU), Jorge Papadópolos (PS) y Héctor Rodríguez (IDI). En la segunda el periodista Tomás Linn expuso sobre “La herencia del socialismo real” y recibió los comentarios de Fernando Bracco (PGP), Eduardo de León (PS), Enrique Rubio (IDI), Esteban Valenti (PCU), y Achim Wachemdorfer (Fesur). En la última sesión se realizó una mesa redonda sobre “La izquierda uruguaya: ¿procesar o eludir?” integrada por Manuel Laguarda (PS), Hebert Gatto (PGP), Rodrigo Arocena (VA) y Gonzalo Carámbula (PCU). No pudo asistir Eleuterio Fernández Huidobro (MLN).

³⁰⁸ El semanario Brecha le dedicó el titular de tapa “La caída de los ‘socialismos reales’. El debate que la izquierda uruguaya se debía”. Participaron Juan Luis Berterretche (PST-MPP), Gerardo Caetano (historiador), David Cámpora (MLN, contador público), Ricardo Cetrulo (sociólogo y director del Instituto del Hombre) que fue el moderador del evento, Hugo Cores, Eduardo De León (sociólogo, docente universitario, director del IDES Instituto de desarrollo económico y social, PS), Eleuterio Fernández Huidobro (MLN), Hebert Gatto (abogado, PGP), Pablo Mieres (sociólogo PGP), Álvaro Rico (docente universitario, PCU-ESD), Hugo Rodríguez (maestro, PCU), Julio Rodríguez (historiador, PCU), Enrique Rubio (profesor de historia, productor agropecuario, IDI-VA), Lucía Sala de Tourón (historiadora y miembro del PCU), y Juan Luis Segundo (sacerdote jesuita inspirador en los ‘60 de la teología de la Liberación). No pudieron participar Manuel Laguarda (PS), Guillermo Chifflet (PS) y Rodrigo Arocena (independiente). Fueron seis jornadas de tres horas cada una, en el CLAEH, entre el 12/11 y el 16/12 de 1991.

estos encuentros hubo muchas coincidencias y autocríticas, pero también algunas diferencias. Gonzalo Carámbula reconoció que:

*“en la discusión sobre la diferencia entre la democracia formal y democracia real se cometió el error de asignar a la democracia un papel instrumental” y “que los temas del vanguardismo y hegemonismo se están resolviendo con cierto desfase entre la práctica del partido con los documentos y el pensamiento de todos los comunistas”*³⁰⁹.

Mientras que León Lev seguía reivindicando el leninismo (“No se puede hablar de Gorbachov en forma abstracta y hemipléjica: en todo su pensamiento está el de Lenin”³¹⁰) otros señalaban el fracaso del marxismo-leninismo y reivindicaban el camino

Algunas de las intervenciones destacadas en la crónica de Brecha fueron:

Rico: *“Si partimos de la base de que el socialismo es el mejor sistema para satisfacer las necesidades de la gente, la necesidad de la gente es también diferenciarse individualmente, no empadronarse en conductas colectivas. Esa premisa no se cumplió en bajo el socialismo real”*. P XVII

Caetano: *“Están los que remiten a una suerte de refugio (a mi juicio casi imposible) en el fundamentalismo, en la búsqueda de una nueva escolástica, en la idea de que todo ha sido una gran deformación que puede resolverse con un retorno a las fuentes. Esta actitud ha llevado a incluso a una cierta moralización del debate (en el sentido de decir “quienes no están conmigo son mis enemigos”) y a establecer un falso dilema entre principios y renovación. Están también los que han optado por el camino de postergar el problema o de solucionar las urgencias políticas de la superficie más cotidiana, optando por elucidaciones oportunistas o privilegiando referencias nacionales sobre la trama de un acontecer internacional que no desafía muy fuertemente. Una tercera actitud –tal vez de la más negativa- es la de aquellos que pasan fácilmente del desconcierto a un pragmatismo a ultranza, al escepticismo moral, a la fuerte intolerancia que anida en el refugio tecnocrático”*. P VIII

Sala: *“Entre las causas del derrumbe señalaría las siguientes: la intolerancia, el economicismo, la incapacidad de manejar la unidad y el disenso, una tradición cultural no democrática”*. P VII

Julio Rodríguez: *“Una revolución (científico técnica) que ha demostrado la incapacidad de un sistema socialista basado en relaciones burocráticas no sólo para absorber sino también para estimular las fuerzas productivas. (...) Separarse de la sociedad es contraponerse a ella y por ende a los productores y los trabajadores en general. En definitiva, esto último fue lo que sucedió con la Revolución rusa expropiada por la burocracia”*. P III

Fernández Huidobro: *“...lo que se derrumbó no era socialismo. (...) contenía en esencia el 85 % de lo que contiene el sistema capitalista”*.

Rico: *“Debemos olvidar aquellas lógicas que hacían que en nuestras organizaciones el papel de cada uno estaba dado por nuestro grado de adhesión al grupo. Cada uno llegaba con su yo, con sus afectos con sus dudas, y le construíamos un súper yo fundante. Pienso que si queremos ser portador de un proyecto libertario nosotros mismo debemos ser un poco más libres”*. p X. Brecha, n° 333, 16 de abril de 1992.

³⁰⁹ La República, 18 de junio de 1990.

³¹⁰ La República, 27 de mayo de 1990, p. 14. Búsqueda, 31 de mayo de 1990.

socialdemócrata (Gatto) o el socialista (Laguarda). Entre las coincidencias vale destacar la revalorización de la democracia política, en la existencia del mercado y la aceptación general de que “la crisis de la izquierda afectaba a todos, incluso a quienes no compartieron el marxismo-leninismo ni el modelo soviético”³¹¹.

Es común que los partidos inicien un proceso de debate estratégico luego de sufrir un traspie electoral (como fue el caso de algunos partidos comunistas de Europa Occidental durante los años ochenta) pero no fue el caso del PCU. Si bien la lista integrada por el PCU pasó a ser la segunda más votada dentro del FA en 1984 con respecto a las elecciones anteriores, la caída porcentual en relación a los votos del FA no fue significativa (pasó de un 32.9% en 1971 a un 28.2% en 1984). La crisis empezó antes de la elección de noviembre de 1989, en que recuperó el primer lugar con el 46.9 % de los votos del FA, pero se instaló con toda virulencia después, cuando el partido consiguió el mayor número de parlamentarios de su historia y ocupó cargos de relevancia en el primer gobierno de izquierda de Montevideo.

Además del escenario internacional el debate interno de los comunistas también tuvo como uno de sus ejes la relación entre la teoría y la práctica³¹². Federico Martínez expresaba así el punto de vista de muchos renovadores:

“¿es posible afirmar que la teoría está afuera del reestudio cuando setenta años de práctica nos muestran fracasos tan trágicos como los que se producen en los 'países del Este'? (...) Nosotros que hemos unido tan estrechamente la teoría y la práctica como

³¹¹ La República, 31 de mayo de 1990, p. 10.

³¹² “No era nuevo no estar con el socialismo. Lo nuevo era discrepar con la vía revolucionaria de Arismendi” (Entrevista a Alicia Pintos).

elementos indisolubles para el análisis de la verdad, no podemos cometer ese error de adjudicar a Stalin la responsabilidad de todo; puede ser justificable como primera reacción de Krushev en la década del cincuenta. Pero hoy, a más de 35 años de su muerte, para quienes nos definimos defensores del socialismo científico aparece como místico. ¿Por qué no cambiamos de método?”³¹³.

Por su parte, Eduardo Viera le respondía citando a Arismendi:

“y quien fuera nuestro gran teórico, enseñaba que el movimiento marxista se ha desarrollado combatiendo dos desviaciones fundamentales: 'la desviación dogmática que proclama la adhesión a los principios...' y 'la desviación revisionista que renuncia a los principios, a la teoría y al método, a pretexto de que los nuevos datos de la realidad los han superado, es el reflejo, en las personas sin convicciones firmes y perspectivas revolucionarias de la presión de las clases dominantes'. (...) Creo que cuando la práctica ha comprobado en lo fundamental la justeza de la elaboración del partido como también su sustento leninista, debía de llevar al ocasional polemista, a un mayor respeto por la teoría”. Advertía de “la existencia de compañeros que despavoridos por los vientos de fronda se apresuran, sin argumentar nada, a declarar que los fundamentos de la teoría han sido alterados por lo que ha ocurrido en aquellos países en los que se ha adoptado una vía de construcción del socialismo que se ha mostrado como falsa...”³¹⁴.

Sorprende la forma en que se dirige Viera a Martínez (“ocasional polemista”) evitando mencionar su nombre y calificarlo como camarada, a pesar de compartir con él el

³¹³ Artículo titulado 'El viento, el techo y la teoría', en La Hora Popular, El Semanario, 28 de julio de 1990, pp. 4 y 5.

³¹⁴ Artículo titulado “Sobre elaboraciones, paraguas y sepultureros” en La Hora Popular, El Semanario, 11 de agosto de 1990, p. 7

Comité Ejecutivo. También llama la atención, a contra mano de la tradición comunista, de que dos altos dirigentes partidarios prefirieran hacer públicas sus diferencias. En el fondo sus posturas difieren sólo en las conclusiones. Para Martínez la práctica, la experiencia del campo socialista, demostraba que había que cambiar la teoría. En cambio, para Viera la práctica, la experiencia nacional, probaba la justeza de la teoría. Esta distinción fue uno de los temas fundamentales que dividió las aguas entre los que se fueron del partido y los que se quedaron. Para estos últimos la unidad del PIT-CNT y del FA, y la obtención del gobierno nacional demostraban la certeza de la estrategia y la teoría trazada por el PCU desde 1955. Como afirma Garcé

“la elaboración, al inicio de la era Arismendi, de una ‘teoría de la revolución’, cuya certeza el paso del tiempo habría ido comprobando, ha pasado a ser el elemento central de la identidad del partido” (Garcé 2012 229).

Ante la pérdida de fe en el “socialismo real” les quedaba la confianza en la teoría socialista y la estrategia partidaria³¹⁵. También los “renovadores” reivindicaban la justeza de la teoría elaborada hasta entonces por el PCU, pero también consideraban que ante el nuevo escenario mundial todo debía revisarse. Así lo reconocía el propio Valenti:

“la Perestroika nos abrió y nos puso ante la exigencia de ser críticos (...). Y con la Perestroika, pero sin la experiencia nacional no hubiéramos hecho nada” (Harnecker 1991:154).

³¹⁵ “Yo no me afilié por el socialismo real, sino por lo que hacia el PCU acá. Había que haber tomado distancia pero no rasgarse las vestiduras por la caída del socialismo real”. Testimonio de Alicia Pintos.

Los “históricos” estaban dispuestos a revisar lo que había pasado en los países socialistas, pero no la teoría del PCU. Según Viera no se trataba:

*“como algún compañero afirmara en una de las comisiones preparatorias del congreso, de una ‘nueva teoría de la revolución uruguaya’ sino del desarrollo de esa misma teoría, también en las cuestiones del partido. De ahí la cuestión a dilucidar: desarrollo de nuestra teoría, no su revisión”*³¹⁶

Uno de los puntos teóricos más discutidos fue la concepción de la democracia³¹⁷. Viera negaba que el partido hubiera sostenido, como habían asumido algunos dirigentes “renovadores”, que ésta fuera un mero instrumento para poder alcanzar el socialismo. Valenti, por su parte, reconocía que el partido había caído en la contradicción de justificar

³¹⁶ Viera, Eduardo: “Por una vía democrática sin conceptos idílicos”. Revista Estudios. N°107, octubre de 1990.

³¹⁷ Entrevistados por María Urruzola varios dirigentes intermedios del PCU se expresaron sobre este tema: “... ¿Cambió la composición de clases por la revolución científico-técnica? El partido de clase substituyó a la clase, y luego un hombre al partido? ¿Cómo fue posible?” (Carlos)

“El mayor retraso que tenemos es en la relación entre democracia y organización. El partido mantiene la misma estructura desde antes de la dictadura (...) Hay que pensar en alguna forma de federación, es decir representación por áreas de actividad y no planchas con nombres”. (Gerardo)

“Creo que hay que revisar el concepto de lucha de clases para definir cuál es hoy la integración de las clases. Y estudiar las relaciones entre los grupos sociales y la estructura económica actual del país. Y el tema del Estado, ¿se puede democratizar en el marco del capitalismo?” (Enrique Pintado)

“...Yo creo que se pueden tener distintas concepciones ideológicas, pero hace falta una misma concepción ética y un mismo proyecto político”. (Juanjo)

“...desde el 85 se han hecho dos congresos y una Conferencia Nacional., y todavía no se hizo un análisis a fondo de la sociedad real. Ni tampoco se han saldado todas las discusiones internas que se fueron planteando desde el 85...” (Graciela, Seccional Balbi)

“...¿El centralismo democrático ya no sirve? ¿Los errores fueron en los métodos de trabajo pero no en la ideología? Arismendi dijo que fuimos serviles y no se hizo un análisis a fondo de esto”. (Goldman)

“Es cierto que en ningún documento pusimos la definición de la dictadura del proletariado, pero en las escuelas del partido se enseñaba como un pilar...” (Omar – Seccional Balbi)

“Nosotros siempre propugnamos un partido que defendiera a los explotados, pero no le dimos la misma importancia al tema de la libertad. ¿Qué hacemos con los compañeros que no tienen claro el rechazo al golpe de Estado en la URSS? No se construirá una nueva concepción del socialismo democrático si no hay elaboración de ideas, y ya vemos la lucha que se ha desatado por la paternidad del socialismo democrático, desde el PGP hasta Sanguinetti”. (Mario- Agrupación del BPS) Brecha n° 303, 20 de septiembre de 1991, p. 8.

hechos que ocurrían en otros países que negaban los principios democráticos³¹⁸. Muchos comunistas vivían en forma natural la paradoja de destacar las denuncias de organismos internacionales de DDHH cuando se referían a la dictadura uruguaya pero se desestimaban cuando criticaban la situación de los países socialistas por entender de que “le hacía el juego al imperialismo”. Para los “renovadores” había que abandonar el principio de que el fin justificaba los medios y reivindicar un socialismo que se respetara la democracia, la libertad y los DDHH³¹⁹.

En el discurso del partido siempre estuvo presente la defensa de la democracia pero se marcaba también la distinción entre la democracia “burguesa” y la democracia “socialista”. Luego de la dictadura, con todos los sacrificios que sus militantes sufrieron, hubo una revalorización de la democracia. Enrique Rodríguez fundamentaba así la vía democrática al socialismo:

“El camino al socialismo se va a dar, pues el capitalismo no puede aguantar sus contradicciones. La no denigración de la democracia la aprendimos en 1935. Fue un error hablar de democracia formal y real. Se necesita contenido social pero no tomamos las elecciones con displicencia ni creemos que cuanto peor sea, mejor. Eso no lleva a la

³¹⁸ La Hora Popular, El Semanario, 3 de junio de 1990, p.4.

³¹⁹ Así lo expresaba Edgar Lanza en el CC: “en estos tres últimos años, particularmente, hemos sufrido –o al menos yo lo he sufrido- un proceso de desestructuración de la realidad del mundo y particularmente de los países del socialismo real que ha provocado una desestructuración en nuestra propia personalidad, que la alterado seriamente, básicamente en su sustento, en nuestra forma de ser, de pensar, de sentir. (...) Yo siento que los cimientos del Partido no solamente están dentro del Partido. Y por eso esta discusión necesita de todos, no apela solo al Partido. (...) Porque toda nuestra construcción teórica y práctica ha sido insuficiente, errada, errática, negativa. (...) Porque en la esencia de la crisis está la sobre estimación de todo lo que los comunistas representábamos, (...) porque en el centro de esta discusión, o el modulo de esta discusión es el socialismo. (...) esta propuesta, dan ganas de tener y querer el socialismo. (...) desde hace más de 50 años, nuestra teoría fue como traicionando la misma realidad. Y hoy lo que apelamos es a la razón. (...) el socialismo que conocimos, la revolución que conocimos quizá uno de los problemas capitales fue el de no haber sabido resolver bien los problemas de la libertad”. Intervención en el CC del 6 de septiembre de 1991. La Hora Popular 8 de septiembre de 1991.

revolución. Hay valores intrínsecos de la democracia que, además, fue lograda con sangre de obreros y vida de intelectuales desde 1789”³²⁰.

La valorización de la democracia liberal no significó que el PCU dejara de seguir denunciando lo que entendía como sus defectos. La definición de “democracia avanzada” en 1984 como un reconocimiento de los valores democráticos pero cargándolos de contenido social significó también una apuesta a ampliar sus alianzas y, por ende, su caudal electoral. En la Conferencia Nacional de 1985³²¹ el partido levantó la consigna “avanzar en democracia hacia una democracia avanzada”, dando a entender tanto que la democracia era un régimen que reunía las condiciones para aproximarse a las metas programáticas de la izquierda como también recordaba el carácter insuficiente de la misma para satisfacer las expectativas de cambio en un sentido progresista.

Otro aspecto que la renovación quería rectificar era la política de alianzas dentro de la teoría de la revolución que el PCU había sostenido desde 1955. Así lo exponía Valenti:

“No nos planteamos la utilización de los aliados. Hemos abandonado esa idea de un frente democrático, liberador, lo más santo posible, pero que en el camino va abandonando a sus aliados hasta que quedamos solos construyendo el socialismo...”

(Harnecker 1991:167).

³²⁰ Alternativa Socialista, n° 197, 1/11/1989, artículo de Carlos Montero.

³²¹ Debido que la convocatoria a un congreso implicaba la necesidad de difundir los documentos previos con meses de anticipación la dirección partidaria prefirió realizar una “conferencia” y postergar el congreso.

En el fondo el planteo implicaba renunciar a la idea de partido vanguardia que tanto rechazo generaba en el resto de la izquierda³²².

La crisis del PCU puso en entredicho los tres ejes ideológicos en que se había basado el partido, el internacionalismo, el doctrinarismo y la baja tolerancia al pluralismo interno (Garcé 2012: 227). Si bien hasta que la Perestroika se estancó el escenario internacional jugó a favor de la renovación luego del golpe de Estado en la URSS ésta terminó fracasando. Se fracasó en el intento de elaborar una nueva estrategia política, sobre todo cuando se quiso acelerar el proceso de renovación con la propuesta de hacer un plebiscito interno para decidir si se formaba un nuevo partido. Los renovadores eligieron una forma demasiado heterodoxa para decidir sobre una cuestión tan delicada como la continuidad de la existencia del partido. La propuesta de Jaime Pérez de realizar un plebiscito fue interpretada muchos militantes como un ataque a la tradición comunista³²³. Finalmente, el monolitismo interno impidió que convivieran las diferentes visiones y que las corrientes que inevitablemente se formaron compitieran en un ambiente de respeto mutuo por el apoyo de los afiliados. La violencia del debate adquirió tal magnitud que terminó por espantar a la masa de integrantes del partido dejando a las reducidas fracciones luchando por el poder.

Para la historiadora Lucía Sala se trató de:

³²² *“Había quienes veían al FA como el trampolín para llegar al socialismo y otros que lo veían como parte de un proceso. Se veía al FA como algo utilitario o como una herramienta”* (Testimonio de Óscar de los Santos).

³²³ *“La idea del plebiscito no era marxista leninista, no era parte de la cultura comunista en que la gente podía decir de frente lo que pensaba. La idea de cuerpo pueden más en el CC que las posiciones personales”* (Testimonio de Alicia Pintos).

“Perdimos porque atacamos el corazón de la identidad comunista. Jaime tiró muchos iconos” (Testimonio de Luis Garibaldi).

“una crisis ideológica sin duda, porque, aunque el marxismo es una herramienta renovadora del pensamiento y tiene aún una médula válida, se estancó y no logró mantener su capacidad crítica para el análisis del capitalismo –diferenciando, como lo hace Juan Fló, la utopía marxista del método de análisis de la realidad-. Pero también hay una crisis organizativa, en el sentido de que no se podía mantener el tipo de organización que se correspondía con otra época y no con el momento actual, en el que se necesita una concepción de partido organizado de manera diferente, pero no un partido de plebiscitos. (...) que no nos transforme en un partido de votantes, que en última instancia es profundamente antidemocrático, porque entonces las personas votan, pero no discuten.

Hay también crisis de confianza. Aunque eso es general en el país. Cada vez que alguien va a hacer algo, el otro está pensando que maldad trae atrás. Y para nosotros, que creíamos que éramos todos santos y maravillosos, que sólo nos movíamos por las cualidades más excelsas, eso nos ha llevado a que cada uno sospeche del otro.

(...) No se puede separar forma y contenido. Nosotros muchas veces aceptamos cosas que las veíamos incorrectas en nombre del objetivo final. No hay buenos fines con metodologías incorrectas.(...) No es posible renovar determinadas formulaciones y no renovar la metodología. (...) Creo que la mayoría del partido puede entender fácilmente que no podemos seguir con las mismas concepciones frente a un mundo que se derrumbó, pero para eso necesitamos una discusión real, que no permita incluso evaluar correctamente qué fue lo que se derrumbó, qué era lo que la gente quería derrumbar, qué era lo que quería mantener o no y que era lo que no aceptaba”³²⁴.

³²⁴ Entrevistada por María Urruzola. Brecha, n° 302 del 13 de septiembre de 1991, P. 7.

Como bien señala Sala era muy difícil superar la crisis ideológica y organizativa si no se lograba un ambiente de confianza que permitiera debatir sobre la necesidad de cambiar la metodología, la organización y las ideas. Para eso hubiera sido necesario que antes se hubiera realizado un cambio cultural en que las disidencias, las críticas y las dudas no fueran vistas como una amenaza sino como algo natural de la vida política interna. Veamos a continuación como la estructura organizacional jugó a favor del liderazgo de Marín en el PCCH y en contra de Pérez en el PCU.

6.3 La rigidez de la estructura interna

Según Angelo Panebianco (1988:cap.IV), los partidos fuertemente estructurados e institucionalizados (organizados verticalmente, con una Dirección centralizada, burocracias desarrolladas, rígidas rutinas y normas disciplinarias, organismos de base muy homogéneos y sin autonomía) se caracterizan por su mayor estabilidad y continuidad organizacional ya que están mejor preparados para resistir presiones externas de cambio. En este tipo de organizaciones se inhibe la posibilidad de generar transformaciones limitando el espacio político para la generación de innovaciones autónomas, se establecen obstáculos para evitar la influencia exógena, y se intenta evitar las relaciones con otros actores políticos del entorno. Los organismos de base tienen poca comunicación entre sí y están controlados por las autoridades centrales. La prohibición de fracciones da una imagen monolítica de la organización partidaria. Por eso cuando se producen innovaciones son más bien resultado de una iniciativa proveniente desde las autoridades centrales existentes o por la irrupción de

un nuevo liderazgo (como lo demuestra el ejemplo de Gorbachov).

No todos los tipos de instituciones toleran los mismos grados de adaptación (Panbianco:1993). El modelo leninista de partido facilita la comunicación vertical y dificulta el debate horizontal. Había sido creado a principios del siglo XX para poder sobrevivir durante la clandestinidad, liderar una revolución y luego mantenerse en el poder en el país más extenso del mundo y rodeado de países hostiles. Una de sus características principales es el “centralismo democrático”. En teoría las propuestas pueden surgir tanto de la Dirección como de las bases aunque lo más usual, no por impedimento estatutario sino por hábito, sea de arriba hacia abajo. Se establece un límite temporal para el debate en todos los organismos partidarios y una vez que se cierra el debate y se toma una decisión todos los afiliados deben acatar lo decidido y actuar en consecuencia. La minoría debe subordinarse a la mayoría no tolerándose ninguna expresión disidente por fuera de los organismos partidarios. Las fracciones están expresamente prohibidas. En caso de incumplimiento de las normas disciplinarias por parte de los afiliados la máxima autoridad partidaria puede imponer diferentes tipos de sanciones llegando incluso hasta la expulsión.

El principio del “centralismo democrático”, característico de los partidos comunistas, no contribuyó a generar las condiciones óptimas para un debate transversal en el PCCH y en el PCU. El contacto entre militantes de diferentes organismos de base se limitaba generalmente a los actos, congresos u otras actividades no cotidianas por lo que había poca comunicación horizontal.

Tanto el PCU como el PCCH se han caracterizado históricamente por su organización leninista clásica, con una fuerte autoridad central que controla

jerárquicamente al aparato partidario supervisando a los organismos de base a través de dirigentes intermedios, regionales y locales, organizados con un criterio territorial u ocupacional. Estatutariamente la máxima autoridad partidaria es el congreso, compuesto por delegados electos por los organismos intermedios y de base, además de los integrantes del Comité Central saliente, máxima autoridad entre congreso y congreso y elegido por éste. En los hechos las decisiones diarias recaen en un organismo más reducido de dirigentes electos por el CC, el Secretariado Ejecutivo en el caso del PCU y la Comisión Política en el caso del PCCH. En el congreso también se elige al Secretario General que tradicionalmente ha tenido un papel gravitante en la toma de decisiones de ambos partidos. Los dirigentes electos en todos los niveles suelen ser propuestos por los organismos superiores sin desmedro de que las bases pueden rechazar esos candidatos y proponer otros.

Los partidos comunistas se distinguen también por su fe en el marxismo-leninismo como doctrina teórica. Podía debatirse sobre la mejor forma de aplicar el marxismo-leninismo pero no sobre su pertinencia como modelo teórico rector de la organización.

Estos tres pilares, la homogeneidad doctrinal, basada en el marxismo leninismo, la disciplina organizacional, basada en el centralismo democrático, y la estructura jerárquica, basada en el control de los organismos inferiores por los superiores, tuvieron dos efectos importantes que distinguieron al PCU y al PCCH de otras organizaciones partidarias³²⁵.

³²⁵ Como bien resume Roberts para el explicar la crisis del PCCH: “the organizational structure of the PCCh screened out innovative or ‘heretical’ ideas that emanated from external sources while suppressing the emergence of such ideas from within the party itself. Indeed, these two mechanisms of continuity were mutually reinforcing: new ideas could not penetrate through the interstices opened by factional distinctions and internal differentiation was inhibited by the rigid ideological closure to any non-Leninist influences. With the range of debate—and the scope of change—clearly circumscribed, the party responded to its strategic constraints under authoritarian rule with ideological continuity and strategic radicalization. This

En primer lugar, protegían a la organización de posibles influencias externas y de nexos horizontales entre los organismos de base que pudieran impulsar alguna idea innovadora. Las propuestas de cambio se esperaban que siempre fueran iniciativa de la máxima autoridad. El tipo de estructura organizacional y su homogeneidad ideológica limitaba mucho la posibilidad de que surgiera una innovación desde adentro. Resultó algo excepcional que la iniciativa de incorporar la vía armada al PCCH en 1980 y la de convocar a través de una recolección de firmas a un congreso extraordinario en el PCU en 1991 hayan partido de las bases.

En segundo lugar, si bien los partidos comunistas están siempre abiertos a recibir nuevos afiliados, y de hecho es una de las metas principales que se proponen alcanzar a través de sus planes de organización, las características antes numeradas les impide sumar grupos políticos externos. Las incorporaciones se hacen en forma individual y deben pasar por un proceso de conversión doctrinal a través de cursos de formación teórica. De esta forma el partido toma sus resguardos para evitar la formación de fracciones internas. En el caso chileno, cuando pequeños grupos de izquierda (cristianos, radicales o del MIR) buscaron sumarse a un partido más grande prefirieron la flexibilidad y heterogeneidad del PSCH que la rigidez doctrinal y homogeneidad ideológica del PCCH. Este se nutrió más de los jóvenes que luchaban en las poblaciones en las protestas populares que se dieron en la década del 80 que de militantes formados en otras subculturas de izquierda. Por su parte el PCU se nutrió de exmilitantes socialistas antes de 1973 y de tupamaros luego de su derrota

combination plunged the PCCh into crisis in the late 1980s, when the party's insurrectionary strategy failed to alter the course of Chile's conservative democratic transition and its ideological universe was shaken by the collapse of East European communism" (Roberts:1994:30).

pero en mucho menor cantidad que los miles que no tenían militancia previa que se afiliaron durante la transición democrática.

Aunque ambos partidos fueron duramente reprimidos durante la dictadura fueron capaces de mantener la unidad partidaria evitando la fragmentación que sufrieron otras organizaciones políticas de izquierda. Desde la URSS Corvalán y Arismendi continuaron manteniendo la dirección de sus partidos tanto en el Exterior, en los diversos países donde estaban exiliados los comunistas, como en el Interior de Chile y Uruguay, donde preservaron una resistencia organizada clandestina.

Estas características de la estructura organizativa se vieron reforzadas por la dependencia organizacional hacia sus referentes internacionales, tanto en el aspecto ideológico como material. El apoyo de la URSS y de otros países socialistas, especialmente de la RDA, no se limitó dar refugio a los exiliados. Hacía años que el PCCH recibía ayuda financiera de la URSS (Ulianova-Fediakova:1988). Su apoyo material también fue importante para poder hacer frente a las necesidades de la organización especialmente durante los años en que duró la dictadura³²⁶. Pero la dependencia más importante hacia el PCUS provenía desde la creación de la III Internacional en 1919 y la aceptación de sus veintiún condiciones para ingresar fundando en consecuencia el PCU en 1920 y el PCCH en 1922 a partir del Partido Socialista y del Partido Obrero Socialista respectivamente. Esta lealtad doctrinal derivó en una clara ausencia de autonomía ideológica que permitiera un aprendizaje político propio y facilitara un eventual cambio doctrinario. Según Roberts, la

³²⁶ Según Roberts en el caso del PCCH fue tanta la ayuda recibida por la URSS que no necesitó apelar a otras fuentes de solidaridad internacional. "Given its strict historical alliance with the Soviet bloc, the PCCh did not have such diverse options for international solidarity. In fact, it had little need for them, since the Soviet Union and its allies helped finance and sustain the party's organization both inside Chile and in exile" (Roberts:1994:31).

falta de flexibilidad hacia los referentes internacionales impide la evaluación comparativa de diversas experiencias que podrían servir de insumos para obtener ideas y puntos de vista diferentes limitando así posibilidades de un debate ideológico.

Ambos partidos a lo largo de su historia justificaron los vaivenes de la política exterior soviética y aplicaron estrategias nacionales en línea con las posiciones internacionales del PCUS. La adopción de la estrategia insurreccional en 1980 por parte del PCCH incluso fue coherente con la evaluación soviética sobre la caída del gobierno de Unidad Popular³²⁷. Lo mismo podría decirse de su apoyo a la revolución nicaragüense de 1979, que aunque no triunfó siguiendo la vía pacífica como estrategia si contó con la bendición cubana y soviética. Para el PCCH esa revolución demostró que era necesaria una vanguardia político-militar capaz de llevar adelante distintas formas de lucha³²⁸.

La perestroika puso a los partidos comunistas ante el desafío de optar entre dos lealtades, la identidad ideológica o el referente internacional. Tanto el PCU como el PCCH optaron por la primera dando su primera prueba de autonomía política (paradójicamente siguiendo uno de los principios de la “nueva política gorbachoviana”) pero a la vez conservando el monolitismo ideológico que derivó en una crisis que casi pone fin a la existencia de ambos. Definieron a la perestroika como una respuesta a problemas domésticos de la URSS y sustituyeron el modelo socialista soviético como referente inspirador por el cubano, tanto por afinidad ideológica como por su condición de nación

³²⁷ Según Boris Ponomaryov ("La situación mundial y el proceso revolucionario", *World Marxist Review* 17 (6) (junio de 1974): 3-15.) (p.10), la caída del gobierno de Allende demostró la "tremenda importancia de estar preparado para cambiar prontamente las formas de lucha", y la importancia de desarrollar la "capacidad de repeler la violencia contrarrevolucionaria de la burguesía con violencia revolucionaria " (p.10). Citado por Roberts:1994:32.

³²⁸ Roberts:1994:32 (quien cita a Graco Darién, "Enseñanzas teóricas de la Revolución Nicaragüense", *Araucaria de Chile* 31 (1985): 59-72).

latinoamericana hostilizada por EE.UU.

De acuerdo a la teoría, la masa de afiliados, calificados por Kitschelt como “creyentes” (orientados por convicciones), deberían haber seguido a sus dirigentes “oportunistas” (orientados a cargos), especialmente en partidos como el PCCH y el PCU, tan verticales y con tanto rechazo a las fracciones. La teoría intrapartido de Kitschelt aplicada en un partido donde los dirigentes tienen mucho más poder que los afiliados puede explicar el caso chileno pero no el uruguayo, en que la mayoría de los dirigentes se terminó retirando del partido durante la crisis.

En el PCU como en todo partido comunista se rechazaba la idea de formar fracciones y recién se reconoció la existencia de tendencias cuando ya la situación era inocultable luego del XXII congreso partidario en 1990. Resulta paradójico el hecho de que los que aparecían como los defensores de la tradición partidaria terminaran formando en 1990 una fracción para poder desbancar a la mayoría de la Dirección del partido. En el PCCH en un principio del debate se toleró la existencia de corrientes de opinión hasta que luego del XV Congreso en 1990 la Dirección decidió tomar medidas disciplinarias contra la fracción opositora.

6.4 El fracaso de la estrategia política de la Dirección.

Entre las hipótesis planteábamos que la estructura de partido leninista, pensado para preparar una revolución en un escenario de clandestinidad en un inmenso y atrasado país como era Rusia a principios del siglo XX, podía conspirar en contra de la intención de

lograr un debate interno tan removedor como el que proponían los renovadores en el PCCH y en el PCU. Esto se aplica especialmente en el caso chileno dado que los comunistas debieron encausar sus debates internos en un contexto de clandestinidad o semiclandestinidad. Muy distinto era el contexto en que se dieron los debates en PCU que ya había sido legalizado desde hacía varios años. La ascendencia que tradicionalmente la Dirección había tenido sobre las bases hacía difícil que su proyecto renovador fuera resistido por los militantes. Esto hacía pensar que las características de la organización no pueden explicar, por sí solas, la derrota de los renovadores.

En un breve lapso de tiempo hubo varias instancias para debatir. Entre 1989 y 1990 el PCCH tuvo un congreso y una Conferencia Nacional. Entre 1988 y 1992 en el PCU se realizaron tres congresos, dos ordinarios y uno extraordinario, que, según el estatuto partidario, es la máxima autoridad de la organización. Si la renovación quería triunfar debía necesariamente salvar estas instancias. En el PCU la estrategia utilizada pareció ser, en un inicio, el gradualismo: asegurarse primero que el CC estuvieran integrados por una mayoría dispuesta a apoyar las iniciativas del Secretario General e ir haciendo luego pequeños cambios que no alteraran los principios fundamentales del partido. Pero el mundo cambiaba demasiado deprisa, y los renovadores, para evitar quedar desfasados, aceleraron la renovación haciendo que entre congreso y congreso (donde la autoridad máxima es el CC) se terminaran tomando las decisiones más audaces (y las más polémicas). Del análisis de los hechos no parece deducirse que haya habido un plan (como muchos creyeron³²⁹) que

³²⁹ “...hubo un plan para transformar al PCU en otra cosa, como hubo un plan para cambiar la naturaleza del Frente Amplio. Durante doce años la dictadura trató de hacer pedazos al Frente Amplio, al partido y al movimiento sindical. Pero salimos de la dictadura y la seguimos macaneando. Nos metieron mano. También reitero que eso no quiere decir que todos trabajaron para la concepción renovadora con un plan maléfico.

tuviera en cuenta todas estas etapas. Parece más plausible afirmar que los renovadores fueron elaborando su estrategia en función de los acontecimientos. Aunque dicho así parecería que hubiera sido una elaboración colectiva cuando todo indica que se trató de una serie de iniciativas personales del Secretario General y de tal vez algunos de los dirigentes más cercanos a sus posturas.

En el PCU pareció que los renovadores contaron con las condiciones óptimas desde el congreso de 1988 en que se eligió un CC, propuesto por la Dirección, que luego apoyó mayoritariamente las propuestas renovadoras desde 1989 hasta el congreso Extraordinario de 1992 en que esa mayoría cambió a favor de los llamados “históricos”. En un partido donde la tradición era aceptar disciplinadamente (lo que no significa sin discusión) por todos los niveles del partido las directivas del líder parecería que el nuevo Secretario General tenía el camino allanado para imponer su nueva impronta. La retirada del PGP y del PDC del FA significó un doble desafío para los dirigentes del PCU. Por un lado, había que revertir lo que podía ser interpretado como un debilitamiento del FA precisamente en un año electoral. La retirada de los sectores más moderados del FA podía ser la oportunidad de realizar un giro hacia la izquierda. Pero una radicalización ideológica sólo podría ahuyentar los votos del centro del espectro político y resultaba además innecesario para ganar votos a la izquierda ante la inexistencia de un desafiante fuerte más radical. Por otro lado, dejó un espacio en la interna del FA que podía ser ocupado por los sectores ubicados a la derecha del PCU en el espectro político interno. La publicidad del PCU en la campaña electoral de 1989 (en un estilo similar a la de campaña por el “voto verde”) logró levantar

No. Eso sería una grosería y una agresión gratuita. Pero alguien lo pensó. En lugar de otra dictadura, esterilizar al PCU”. Testimonio de Carlos Tutzó, en Ciganda et al (2012:183).

el ánimo de los militantes comunistas y captar el voto de muchos frenteamplistas y de nuevos votantes de la coalición de izquierda. Si, como sostienen Kircheimer y Panebianco, un alto grado de fragmentación del sistema de partidos dificulta la transformación de un partido una reducción del mismo en la interna del FA pudo tener el efecto inverso. El intento de aggiornamento no se limitó a la publicidad, la declaración de Jaime Pérez respecto a la dictadura del proletariado fue otra señal fuerte en ese sentido, de acuerdo a la teoría de la competencia racional de los partidos de Kitschelt. El muy buen resultado electoral de su lista 1001, a pesar del escenario internacional adverso para los partidos comunistas, seguramente fue interpretado como un espaldarazo para decidir profundizar la renovación en 1990.

La estructura organizativa del PCU, y en especial el principio del centralismo democrático, les daba una importante ventaja a los dirigentes sobre los afiliados que quisieran desafiarlos. Los renovadores tenían el respaldo de casi todo el CC y el CE, de todo el Secretariado, incluyendo al Secretario General, que en la tradición comunista siempre ha gozado de una autoridad prácticamente indiscutida. Sin embargo decidieron abandonar sus posiciones de poder, algunos cuando perdieron la Conferencia Departamental de Montevideo en 1991 y otros cuando perdieron el Congreso Extraordinario en 1992. Antes podrían haber expulsado a la fracción desafiante, pero no quisieron hacerlo. Toleraron que se organizaran, permitieron que recolectaran firmas para convocar un congreso extraordinario y aceptaron finalmente que se impusieran en éste. Tal vez no quisieron contradecirse con su discurso democratizador o tal vez perdieron la fe en sus convicciones. Lo cierto es que cundió el desánimo, perdieron capacidad de propuesta y

de organización. La teoría intrapartido de Kitschelt, basada en el supuesto de que los “creyentes”, las bases, deberían haber apoyado a los dirigentes, no se cumplió en este caso.

El PCU anterior a la renovación incluía la posibilidad de que las bases propusieran a los dirigentes (tanto de los organismos de base como los intermedios y superiores) pero solía prevalecer la tradición de validar los candidatos presentados por el organismo superior. A diferencia del PCCH desde 1988 se impulsaron cambios que podrían apuntar a debilitar la ley de “Hierro de la Oligarquía”³³⁰. Por ejemplo se instauró la elección por la afirmativa o por la negativa para la elección del CC, el voto secreto, la consulta plebiscitaria, y la formación de dos listas de candidatos en la elección de la dirección departamental de Montevideo de 1991. Era lógico esperar que el reclamo por una mayor democratización proviniera de fracciones o afiliados que no ocupaban cargos de relevancia en el partido. Así ocurrió en el PCCH. Pero en el caso del PCU lo llamativo es que los que más se preocuparon por poner énfasis en la democratización interna y en denunciar el autoritarismo del sistema imperante en la URSS fueron la mayoría de los dirigentes, probablemente con la intención de dotar de la mayor legitimidad democrática a su posición.

En ambos partidos sucedió que las dos tendencias enfrentadas estuvieron dispuestas a llevar sus planteos hasta las últimas consecuencias aún a riesgo de quebrar al partido, es decir tirar por la borda toda la acumulación de fuerzas que habían logrado obtener. El caso podría analizarse a través de “los problemas genéricos de la acción colectiva” expuestos por

³³⁰ La llamada ley de Hierro de la Oligarquía de Robert Michels expuesta en 1911 “en su estudio sobre sindicatos y partidos políticos, resumía las conclusiones alcanzadas por él acerca de la creación, supuestamente inevitable, de tendencias antidemocráticas en el seno de movimientos que eran esencialmente democráticos”. Olson Mancur, “Auge y decadencia de las naciones”, prefacio, p. 3.

Olson utilizando la Teoría de Juegos, con forma del llamado Dilema del Prisionero³³¹. Los dirigentes identificados con la renovación y sus desafiantes resolvieron el dilema inclinándose por la búsqueda del beneficio individual. En el PCU los primeros fueron condenados a perder la Dirección (porque abandonaron la lucha interna o porque fueron derrotados en el congreso extraordinario) y los segundos en dirigir un partido disminuido y debilitado. En el PCCH la mayoría de la Dirección se mantuvo en el partido pero no pudieron impedir perder a miles de militantes que se fueron ya sea porque pretendían una mayor renovación o porque se desilusionaron con el nivel de enrarecimiento que llegaron a tener las disputas internas.

Puede analizarse qué parte de la acción política puede ser explicada como una acción racional con arreglo a fines y qué proporción se orienta con arreglo a valores. La primera es una estrategia para obtener un determinado fin, el actor se orienta por sus conveniencias, escoge el medio más conveniente para alcanzar la meta deseada. En la segunda el actor no realiza cálculos costo-beneficio, simplemente, dirige su acción en función de sus valores, principios, e ideas. Si las fracciones minoritarias siguen sus ideas contrapuestas a la Dirección hasta el límite de romper el partido pierden todos pero si no marcan sus diferencias con claridad pueden terminar perdiendo credibilidad y apoyo. La mayoría renovadora en el PCU no quiso expulsar la fracción porque contradecía su intención de democratizar al partido pero también porque eso era un costo muy alto, la unidad que

³³¹ “La situación de dos prisioneros imaginarios que pueden conseguir, cada uno por separado, una pena menor (o la libertad) si delatan al otro; éste, a su vez, sufriría en ese caso una pena mayor. Si ambos se pusieran de acuerdo, saldrían ambos condenados, pero con pena inferior a la que sufriría el delatado. (...) Hay aquí un enfrentamiento evidente entre la racionalidad colectiva (condena menor para ambos) y racionalidad individual para uno solo (condena mínima o libertad para el delator)”. Olson Mancur, “Auge y decadencia de las naciones”, prefacio, pp. 4-5, en que se cita a R. Hardin, *Collective Action*, Baltimore, Johns Hopkins University, 1982, pp. 2-3.

siempre había sido venerada como una virtud del partido se perdería. En cambio la fracción opositora en el PCU y la Dirección del PCCH priorizaron no perder la identidad del partido aunque eso pudiera significar perder afiliados. Estos resolvieron el dilema al optar por mantener los principios que para ellos eran tan caros a la identidad comunista.

En ambos partidos en una primera etapa la estructura no parece haber conspirado contra la emergencia de un liderazgo renovador. Por el contrario, los renovadores uruguayos se aseguraron un amplio respaldo en el XXI congreso realizado en 1988 y en el XXII congreso de 1990 en que fueron electos para los organismos superiores de dirección sus principales representantes. Había cierto margen para competir por el poder entre los diferentes actores ya que los organismos de dirección eran elegidos formalmente por las bases. Pero fue recién a partir de que se iniciara la renovación que la flexibilización llegó a su máxima expresión. El ejemplo más ilustrativo en este sentido fue la Conferencia Departamental de Montevideo en 1991 donde llegaron a competir dos listas de nombres, una con los candidatos identificados con la renovación y otra con los opositores.

Lo mismo puede decirse del caso chileno. En un principio la renovación pareció triunfar al lograr que el partido hiciera una autocrítica de su derrota en 1973 y luego en el campo de la estrategia al sustituir la política de acumulación de masas por la lucha armada en 1983. Pero también en este caso la flexibilización tuvo un límite. Cuando algunos renovadores cuestionaron el centralismo democrático luego de que habían perdido en el debate interno la Dirección se mostró implacable y cortó cualquier posibilidad de disidencia interna. A diferencia de la Dirección renovadora del PCU que se inhibió de castigar a la fracción antirenovadora, que a la postre logró arrebatarse el poder, la Dirección

antirenovadora del PCCH sancionó duramente a la fracción renovadora logrando así consolidar su poder.

El cambio de estrategia del PCCH contra la dictadura puede relacionarse más con el intento de conservar el apoyo de una parte de sus militantes desilusionados por las derrotas sufridas y de darles una perspectiva que los alentara a mantenerse en la organización. Luego del fracaso de la PRPM el partido mantuvo la retórica revolucionaria lo que fue visto por algunos militantes como una contradicción con el compromiso con las instituciones democráticas que los dirigentes expresaban tener.

Para Kirchheimer un viraje de este tipo tiene sus limitaciones para un partido comunista. El discurso revolucionario puede quedar sólo como una referencia ritual pero no puede ser abandonado del todo, so pena de perder la lealtad de su clientela electoral. Este “camino del medio” es riesgoso pero puede conducir a ganar votos hacia la derecha sin perder demasiados votos por la izquierda. Esto no parece haber sido considerado por los dirigentes que apostaron a la renovación del PCCH y del PCU buscando un partido más atractivo para los electores que revaloraban a lo que hasta ese momento se calificaba como democracia “burguesa”. Por otra parte ni el PCCH ni el PCU llegaron nunca a ajustarse a las características de un partido *catch all* enumeradas por Kirchheimer (o de un partido profesional electoral al decir de Panebianco). No se dio un proceso de desideologización, no se fortaleció el peso político de los líderes en detrimento de los militantes de base, ni el partido debilitó sus vínculos con los sindicatos.

Las tensiones entre lo nuevo y lo viejo que resalta Panebianco en las organizaciones que se transforman marcaron todo el proceso de crisis de ambos partidos, pero no deberían

haber desencadenado una crisis teniendo ambas organizaciones un alto nivel de institucionalización.

De acuerdo a Panebianco y Kirchheimer un grado excesivo de fragmentación del sistema de partidos hará más difícil un cambio del partido. El número efectivo de partidos electorales en Uruguay registró un valor de 3 en 1984 y alcanzó un máximo de 3.5 en 1989 cuando surgió el Nuevo Espacio (Yaffé 2005:59). Para Yaffé

“fue esta creciente fragmentación política, producida en el marco institucional de un régimen presidencialista, la que, junto a la convergencia ideológica de sus fracciones mayoritarias en torno a las ‘reformas estructurales’, indujo a los partidos tradicionales a la búsqueda de acuerdos, progresivamente institucionalizados, que permitiesen construir mayorías parlamentarias y aseguraran la gobernabilidad” (Yaffé 2005:67).

Al quedar el FA como único partido opositor relevante y sin un desafío importante que viniera desde la izquierda estaba dado el escenario para crecer electoralmente hacia el centro del espectro político. Este mismo razonamiento sobre el FA y los partidos tradicionales podría aplicarse al PCU en relación a la interna del FA. Si pretendía competir por el espacio de centro izquierda dejado por el PDC y el PGP al retirarse de la coalición debería necesariamente moderarse. Pero, ¿qué tanto podía aggiornarse sin arriesgarse a perder votos hacia la izquierda?

Por la teoría de la competencia racional de los partidos de Kitschelt los dirigentes del PCU al proponer la renovación debieron haber considerado tanto el grado de fragmentación de la izquierda como el poco peso que tenía la izquierda radical (llamada por él “libertaria”). En el momento en que se inició la renovación (primer semestre de 1989)

Uruguay tenía un alto grado de fragmentación de la izquierda (dividida entre el Nuevo Espacio y el FA, y esta última dividida a su vez en cinco grandes fracciones) y la izquierda radical era débil (por lo menos a nivel electoral, aunque no tanto a nivel sindical). De acuerdo a la teoría de Kitschelt el PCU debería haber optado por impulsar un cambio semimoderado que, aunque no le garantizara el triunfo electoral les permitiera aumentar significativamente su peso en la coalición de izquierda. El quiebre del FA dejó un espacio a la derecha de la coalición y no había una izquierda radical fuerte que significara un riesgo relevante como para restarle votos al PCU. Si ésta fue la premisa que tuvo en cuenta la Dirección del PCU no hay duda de que resultó acertada. En las elecciones de 1989 la lista impulsada por el PCU alcanzó el 46,9 % de los votos del FA y la izquierda radical (representada principalmente por el MPP que se creó ese año) obtuvo un modesto 10,8% de los votos de la coalición. Es discutible que tanto fue el corrimiento hacia la derecha. Abandonar la idea de la dictadura del proletariado, aceptar las propuestas programáticas que había hecho el PGP, y apostar a una campaña publicitaria más frenteamplista que comunista, pueden haber sido pasos en ese sentido. Pero fue un desplazamiento hacia el centro que se puede calificar como moderado ya que el PCU continuaba denunciando a la socialdemocracia como cómplice del capitalismo y no renunciaba a la ideología marxista-leninista ni a seguir defendiendo a los países del “socialismo real”.

En el caso del PCCH la mayoría de los dirigentes prefirieron mantenerse como el partido más al extremo izquierdo del espectro político aunque eso le significará quedar por fuera de la coalición de partidos de centroizquierda y, a la postre, del primer gobierno en democracia. Se mantuvo la prohibición de organizar fracciones, acción que podría llevar a la expulsión. En los hechos se aseguraba el predominio de la Dirección, a la que los

renovadores habían llamado “la fracción legal”. Disentir con la línea oficial seguiría siendo pasible de una sanción incluyendo la expulsión. El proyecto mantenía los mismos organismos por los cuales la Dirección controlaba al partido: el Comité Central, la Comisión Política, la Comisión General de Cuadros, el Secretariado, y el Secretario General. Los encargados de controlar y sancionar continuaban siendo los mismos que tenía el poder de promover u obstaculizar nuevos liderazgos. Según Riquelme fue este modelo de estructura lo que hizo posible que la Dirección derrotara las disidencias que surgieron entre 1987 y 1990 (Riquelme 2009 249). Los renovadores que luego de perder la puja interna intentaron formar otro partido (ARCO) trataron, sin éxito, disputar el voto de centroizquierda con otras formaciones más sólidas y terminaron absorbidos por estos o abandonando la actividad política. En un documento publicado en mayo de 1991 la Dirección del PCCH se congratulaba por la autodisolución de ARCO, a la que calificaba como una organización creada por excomunistas con el fin de lograr dividir al partido con fuerte apoyo externo³³².

En ambos países los comunistas se aferraron a los principios identitarios que les permitía mantenerse unidos en torno a la fe en los objetivos y en los nuevos dirigentes aunque eso les significara una pérdida en el caudal de votantes. Pero una cosa es perder votantes en un sistema binominal dominado por dos coaliciones de las que el PCCH estaba excluido que en un sistema de representación proporcional dominado por tres lemas, uno de los cuales tenía en su seno al PCU. En efecto, el FA se constituyó en un dique de contención de la crisis. Siguiendo a Panebianco en su planteo acerca de la existencia en los

³³² “Es el momento del pueblo, de la Izquierda”, en *El Siglo*, 12 al 18 de mayo de 1991. Citado en Riquelme 2009 250.

integrantes de toda organización de incentivos selectivos e individuales, podría haberse dado una competencia entre los incentivos provenientes del PCU con los provenientes del FA. El autor ejemplificaba en términos de identidad, en términos de servicios de asistencia o de oportunidades de movilidad ascendente, pensando en los partidos socialistas decimonónicos³³³. Si para los afiliados existen alternativas externas al partido más difícil será para los líderes ejercer un poder oligárquico. Los comunistas uruguayos descontentos con el desenlace del proceso de adaptación tenían en el FA una alternativa que los cobijaba y que los salvaba de quedar a la intemperie del sistema político. Esta fue una opción que no tuvieron los comunistas chilenos disidentes.

En el caso del PCU muchos de los militantes que discrepaban con el viraje que quería imponer la mayoría del CC dieron lucha por imponer sus ideas y lograron revertir el proceso. Los que se terminaron yendo fueron la mayoría los dirigentes (y de los afiliados) identificados con la renovación ya sea integrándose a otros grupos frenteamplistas o limitándose a ser independientes dentro del FA³³⁴. En el caso del PCCH a la disidencia renovadora luego de perder la puja interna solo le quedaron tres caminos, intentar crear un partido alternativo o sumarse a alguno de los partidos de la Coalición por la Democracia o abandonar la militancia. Contreras, uno de los dirigentes renovadores más radicales recorrió los tres caminos en ese orden. El sistema político chileno condenó al fracaso la primera

³³³ *“cuanto más fácil sea encontrar en el mercado remuneraciones alternativas, tanto mayor llegará a ser el control que se ejerce sobre las zonas de incertidumbre y tanto menos desequilibrados a favor de los líderes serán los juegos de poderes verticales; esto es, tanto menor será, en igualdad de condiciones, su libertad de maniobra”* (Panebianco 1993:80).

³³⁴ Algunos llegaron a integrar las listas electorales de la Vertiente Artiguista, del Partido Socialista, de Asamblea Uruguay, Alianza Progresista y del Nuevo Espacio. Otros, aunque menos, tomaron una posición de ultraizquierda, sobre todo a nivel sindical (e incluso yéndose del FA luego de que este asumiera el gobierno nacional en 2005). Para Marina Arismendi, secretaria general del PCU luego de la crisis, “el FA y la CNT ayudaron a seguir existiendo como partido, colaboró para acolchonar la crisis y posibilitó seguir trabajando”. Declaración tomada de <http://www.rebellion.org/harnecker/frenteamplio310502.pdf>

opción. La segunda era una opción demasiado corrida al centro para quienes aún querían transformaciones estructurales. Si aún hubiera existido la UP los excomunistas chilenos hubieran tenido una alternativa similar a la que tuvieron los excomunistas uruguayos con el FA. De seguir militando en una organización de izquierda aliados con sus excamaradas pero marcando sus diferencias ideológicas.

En síntesis, eran dos partidos más preparados para la conspiración de acuerdo a la matriz leninista, que para el intercambio de ideas en forma vertical (en ambas direcciones) y horizontal. Este modelo pudo haber contribuido a que pudieran sobrevivir a la dictadura como organización clandestina, a pesar del alto número de muertos y presos, pero puede haberse convertido en un obstáculo para el debate interno cuando el PCU volvió a la legalidad y el PCCH a la semilegalidad. Pero no se puede explicar la derrota de los renovadores tan sólo por la estructura organizativa. No es que ésta impidió que los renovadores accedieran al poder. En el PCU lo tenían desde 1988 y lo fueron abandonando antes y después del Congreso Extraordinario de 1991. En el PCCH los renovadores llegaron a formar parte del CC en el XV Congreso en 1990 pero fueron derrotados y terminaron retirándose o siendo expulsados en los meses siguientes. En ambos casos parece haber sido clave el factor liderazgo. Como se describió en los capítulos anteriores Marín supo derrotar primero a la “vieja guardia” y luego a los renovadores que apostaban a radicalizar la renovación. En cambio Pérez no pudo conservar la unidad de los renovadores y derrotar a sus opositores. El liderazgo parece haber sido el factor que explicaría que ambos procesos hayan tenido un resultado diferente.

7. Conclusiones

Dos partidos de larga trayectoria con la misma ideología, golpeados duramente primero por una dictadura y luego por la debacle de su referente externo, pasaron casi simultáneamente por tensiones que les hicieron perder caudal electoral e incidencia institucional. Sin embargo, estos conflictos no tuvieron las mismas consecuencias. Los comunistas uruguayos vivieron este momento como una crisis multifacética (ideológica, organizativa, financiera y hasta cultural en la medida que se pusieron en cuestión hábitos y modos de vincularse que se creían arraigados) que tuvo su expresión más fuerte en el éxodo de miles de militantes y casi todos los integrantes de su CC al fracasar su intento de adaptación ideológica. En cambio, en el caso del PCCH, si bien también perdió integrantes (por expulsión o por motus propio), nunca estuvo en peligro su identidad ideológica en la medida que las bases apoyaron de forma contundente a la Dirección en los congresos partidarios. Sus líderes permanecieron en sus cargos a pesar de haber fracasado la adaptación de su estrategia contra la dictadura, pero pagando el precio de haber perdido afiliados y aliados políticos. Los que permanecieron en su seno, aunque eran conscientes del debilitamiento de su partido, estaban orgullosos de haber adoptado la lucha armada y luego haberse negado a participar de la salida negociada con la dictadura. Esto les daba una identidad singular que los diferenciaba del resto de los partidos opositores y, si bien el sistema binominal los perjudicaba electoralmente, podían representar a los sectores sociales que no vieron mejoradas sus condiciones socioeconómicas a pesar del retorno de la democracia.

La coyuntura encontró a ambos partidos recorriendo caminos en sentido contrario, mientras que el PCCH perdía espacios de poder que había conquistado, el PCU ocupaba

cargos en el novel gobierno municipal de Montevideo. El PCCH había logrado su mayor grado de incidencia en Chile entre 1970 y 1986, desde su integración en el gobierno de la UP hasta la derrota de su estrategia militar. El PCU lo logró entre 1967 y 1990, desde su ascendente crecimiento electoral hasta su integración al primer gobierno municipal de izquierda. Durante la dictadura ambos sufrieron una cruenta derrota. Hasta 1980 aplicaron la misma estrategia de resistencia mediante métodos pacíficos e intentando crear una alianza interpartidaria lo más amplia posible. El PCU formó parte de la creación en abril de ese año en México de la Convergencia Democrática del Uruguay junto con representantes del Frente Amplio y de sectores opositores a la dictadura del Partido Nacional. La victoria opositora en el plebiscito de noviembre fue interpretada por los comunistas uruguayos como una confirmación de estar aplicando la estrategia correcta, aunque la salida democrática aun demoraría cuatro años en concretarse. En cambio, el triunfo pinochetista en el plebiscito de ese mismo año condujo al PCCH a un viraje estratégico que se concretaría en 1983, la “Política de Rebelión Popular” que incluía la lucha armada contra la dictadura. Esta estrategia culminó en el fracasado intento de asesinato a Pinochet en 1986 y derivó en la marginación del PCCH del resto de los partidos opositores que terminaron logrando una transición pactada a la democracia. La derrota de 1973 se vio así reforzada por la derrota de 1986.

Durante la dictadura en ambos partidos hubo afiliados que quedaron descontentos porque consideraban que su partido se debía una autocrítica sobre lo actuado antes del Golpe de Estado. La situación de ilegalidad y la prioridad por derrocar a la dictadura postergó estos debates. El viraje del PCCH de 1983 y la reconversión del PCU en 1985 fueron acatadas por la masa partidaria sin oposiciones públicas. La estructura organizativa

leninista inhibió la manifestación de disidencias manteniendo unido al partido. No hubo autocritica tampoco por la derrota en 1986 de la estrategia militarista de los comunistas chilenos ni por la derrota electoral en el Referéndum de abril de 1989 del movimiento por el “voto verde” integrado por los comunistas uruguayos. Las direcciones de ambos partidos prefirieron concentrarse en cómo encarar los desafíos inminentes, el plebiscito de 1988 en Chile y las elecciones de octubre de 1989 en Uruguay. Esta vez los comunistas tuvieron motivos para festejar ya que en ambos casos se encontraron entre los triunfadores. El hecho de haber podido revertir una derrota en una victoria en tan poco tiempo podría hacer pensar en una situación interna solida, con una Dirección afianzada y sin amenazas a la unidad partidaria. Sin embargo, las tensiones internas lejos de haberse extinguido se habían mantenido latentes. Y a partir de 1990 se volvieron el eje de los debates.

Este malestar interno coincidió con la peor crisis del movimiento comunista internacional que barrería con todos los gobiernos del bloque oriental y dejaría a los partidos comunistas del mundo sin apoyos externos. Además, casi todos los partidos comunistas fueron perdiendo aliados. Los intentos del PCCH de volver a constituir la Unidad Popular fracasaron. El sector de los socialistas más afín a los comunistas chilenos decidió en diciembre de 1989 reunificarse con los otros agrupamientos socialistas e integrarse a la gobernante Concertación. Los socialistas uruguayos rechazaron la oferta de la Dirección del PCU de fundirse en un solo partido antes de que fuera también rechazada por las bases comunistas. Sin embargo, el PCU logró evitar quedar aislado políticamente al mantenerse integrado al Frente Amplio, junto con los excomunistas organizados en nuevos agrupamientos políticos. Sus pares chilenos carecían de una estructura que fungiera como

gran “paraguas” que abarcara a toda la izquierda como era el Frente Amplio uruguayo lo que derivó en su ostracismo político.

A partir de 1980 la Dirección del PCCH asumió la crítica hacía su estrategia de “vía chilena al socialismo” proveniente de la URSS y comenzó a sustituirla por la “perspectiva insurreccional”. El grupo dirigente supo mantenerse en el poder aprovechando la estructura regida por el centralismo democrático y las circunstancias de clandestinidad en las que se encontraba el partido. Cerró filas ante las críticas que comenzaron a aflorar tras la derrota de 1986 y logró conservar el poder. Por el contrario los renovadores integrantes de la cúpula del PCU acabaron fuera del partido cuando perdieron la puja interna. La nota singular de la crisis del PCU en relación a las crisis vividas por otros partidos fue que no se fracturó verticalmente en fracciones lideradas por uno o varios dirigentes. El Secretario General, la casi totalidad del CC y del Comité Ejecutivo, todos los legisladores e integrantes del gobierno municipal de Montevideo, es decir casi todos los referentes que el partido tenía, lo abandonaron luego de perder la disputa interna. En un partido que no acostumbraba a tener cuestionamientos de las bases a la línea política que les “bajaban” desde la Dirección sorprende el fracaso de ésta a la hora de convencer a la masa partidaria. El intento de llegar a las bases directamente a través de los medios de comunicación en lugar de solo recurrir a los organismos partidarios provocó el efecto opuesto al esperado. Para muchos militantes esto les resultó demasiado rupturista con las formas tradicionales de difusión de los lineamientos internos.

El factor liderazgo fue un factor clave en el desenlace de la crisis de ambos partidos comunistas que decidieron sustituir a sus históricos dirigentes casi al mismo tiempo. El

histórico dirigente Luis Corvalán fue sucedido por Volodia Teitelboim como Secretario General del PCCH en 1989 y éste por Gladys Marín en 1994. Corvalán y Marín eran profesores y Teitelboim abogado y escritor. Los tres gozaban de gran prestigio y eran dirigentes de larga data, habían sido legisladores antes del Golpe de Estado y debieron exiliarse. Corvalán estuvo preso hasta 1976 y al igual que los otros dos volvió a Chile clandestinamente. Si bien la sustitución de Corvalán primero y de Teitelboim después se realizó sin dramatismo estaba claro que los cambios respondían a una nueva correlación de fuerzas interna. Corvalán había encabezado un CC en el exilio que había sido cuestionada por la Dirección interna liderada por Marín por no cambiar la estrategia de lucha contra la dictadura. Y cuando finalmente, fruto de esta presión, se decidió modificar la estrategia el cuestionamiento vino por la demora y la tibieza en implementarla. La asunción de Teitelboim, uno de los pocos dirigentes históricos en ser reelecto para el CC, como nuevo Secretario General fue más bien una expresión de búsqueda de una figura de equilibrio entre los sectores enfrentados. La elección de Marín como su sucesora fue solo una confirmación formal de un liderazgo que ya estaba consolidado desde la salida de Corvalán del cargo. A esa altura ya habían sido expulsados los principales exponentes de la renovación ideológica o se habían retirado del partido. Esta medida extrema, la de expulsar a los disidentes, fue una acción que distinguió el caso chileno del uruguayo. Si bien no se trató de una decisión individual en partidos donde la opinión del líder fue históricamente muy influyente mucho tuvo que ver en este caso la personalidad de quien fuera el líder partidario. Mientras que los sucesores de Corvalán decidieron utilizar este mecanismo que les habilitaba el estatuto, los nuevos dirigentes comunistas uruguayos se inhibieron de hacerlo.

Rodney Arismendi fue sucedido por el obrero Jaime Pérez como Secretario General del PCU en 1988. El primero estuvo preso hasta 1975 y se exilió en la URSS. En cambio Jaime Pérez permaneció encarcelado hasta 1984. Ambos habían sido legisladores antes de la dictadura y volvieron a ser electos luego de la misma (aunque Arismendi falleció antes de poder asumir su banca de senador). El prestigio de Arismendi estuvo basado en su trayectoria como intelectual y el reconocimiento del Movimiento Comunista internacional. Pérez gestó su liderazgo a la sombra de Arismendi y acrecentó su prestigio construido por muchos años de militancia por ser un sobreviviente de la tortura durante la dictadura. En 1984 al salir de la cárcel estaba muy enfermo, pero luego de una sorprendente recuperación, fue propuesto por el propio Arismendi como su sucesor y fue recién luego de la muerte del histórico dirigente en diciembre de 1989 que su liderazgo comenzó a ser cuestionado públicamente. Más allá de las cualidades personales de Pérez como experimentado dirigente, calmo y apaciguador, no mostró tener las condiciones necesarias para liderar a su partido en el momento más crítico de su historia. Perdió la batalla interna porque no estuvo dispuesto a contradecir sus palabras con sus acciones y por no poder lograr movilizar a los renovadores con la misma decisión que lo hizo la fracción desafiante. No pudo resolver el dilema de cómo enfrentar a la oposición. Si los expulsaba contradecía el espíritu democratizador que propugnaba, pero si no lo hacía corría el riesgo de perder el control del partido como terminó sucediendo.

De acuerdo a la teoría de Kitschelt el PCU fracasó en su intento de realizar un cambio semimoderado para aumentar su peso en la coalición de izquierda. Los llamados “creyentes” por Kitschelt no siguieron a sus dirigentes hasta el final del proceso. Las tensiones entre lo viejo y lo nuevo al decir de Panebianco terminaron por derrotar el

proyecto renovador. Los hechos demostraron que las características particulares de la estructura organizativa del PCU, al igual que la de otros partidos comunistas, hicieron intolerable el grado de adaptación que quisieron imprimirle los dirigentes. Como señala Levitsky el fuerte enraizamiento social (especialmente en el movimiento sindical) y la alta rutinización del PCU determinaron que los dirigentes renovadores tuvieran limitada su capacidad de maniobra. En cambio, esa misma estructura leninista de partido permitió a la dirigencia del PCCH imponer el viraje estratégico de 1980 y evitar ser derrocados por los disidentes cuando la nueva estrategia fracasó en 1986. Al mantenerse fieles a los principios ideológicos del partido no fueron cuestionados por la mayoría de los activistas como pasó con sus pares uruguayos. La renovación que logró triunfar en 1980 liderada por Gladys Marín y Manuel Fernando Contreras se limitó solo al campo de la estrategia. Los que quisieron emprender también una renovación ideológica como Manuel Fernando Contreras y Luis Guastavino a fines de esa misma década terminaron derrotados. Guastavino, que se opuso siempre a que el partido adoptara la lucha armada terminó expulsado. Marín fue la que mejor supo expresar el sentir de los militantes comunistas dispuestos a aceptar un cambio en la estrategia, pero opuestos a modificar sus principios históricos. Por eso fue la que a la postre terminó convirtiéndose en su líder indiscutible. En cambio, los viejos dirigentes que demoraron en aceptar la estrategia insurreccional terminaron perdiendo poder como fue el caso de Luis Corvalán.

Al comenzar esta investigación nos parecía que los dos partidos habían pasado por procesos de crisis similares. Sin embargo, luego de analizar como operaron los mecanismos causales puede comprobarse que predominaron más las diferencias. El caso chileno se trató de una adaptación estratégica que fracasó al aplicarse y un intento de adaptación ideológico

frustrado que sin embargo no derivaron en una crisis de liderazgo. En cambio, en el PCU no hubo una adaptación estratégica pero si un intento de adaptación ideológica cuyo fracaso concluyó en una crisis de liderazgo. Mientras que el viraje en Chile fue una iniciativa que provino desde las bases en el caso uruguayo tuvo su origen en el propio Secretario General. Un líder comunista que no logra convencer a los suyos difícilmente podía permanecer en su cargo.

Según Sikkink y Rockman las estrategias de supervivencia de los líderes son inseparables de sus preferencias sustantivas (Garcé 2002 21). Los “renovadores” del PCU consideraron incompatible su permanencia en el partido si éste no se renovaba y los “históricos” no estaban dispuestos a aceptar que les cambiasen la tradición partidaria. Si hubieran medido los costos de sus acciones, la pérdida de la unidad y el importante caudal electoral conseguido, tal vez la crisis hubiera tenido otro cariz. Es probable que la mayoría del CC que secundó a Jaime Pérez en su proyecto de renovación creyera viable que podían cambiar al partido y conservar el apoyo de la mayoría de la masa partidaria. Pero cuando se hizo evidente que esto ya no era posible primaron los valores sobre la conveniencia de continuar dirigiendo un partido que seguía promoviendo un modelo en el que ya no creían. Esto tuvo dos consecuencias inmediatas: contribuyó a que se organizaran los opositores a la renovación y que se produjera una división entre los propios renovadores.

Por su parte la mayoría del CC del PCCH liderados por Marín no estaba dispuesta a aceptar la existencia de diferentes fracciones en aras de mantener la unidad. Consideraron que era preferible perder a los renovadores que tener que convivir con una oposición interna en los órganos partidarios. Precisamente para salvar la unidad entendían que era

necesario aferrarse a la continuidad del centralismo democrático, el principio tan cuestionado por los renovadores.

Las hipótesis centradas en la incidencia del factor internacional o en la intención conspirativa de los renovadores de “liquidar” ideológica y organizativamente al partido comunista resultan insuficientes para explicar las tensiones internas. Éstas se debieron principalmente a los problemas que ambos partidos arrastraban desde la dictadura, agravados por una serie de decisiones tomadas por la Dirección del partido a la salida de la misma y potenciados por la crisis en los países de Europa del Este. La principal diferencia en cómo se dio el proceso en ambos partidos fue el factor liderazgo. Mientras que Jaime Pérez no logró convencer con sus ideas renovadoras y terminó alejándose del partido Gladys Marín tuvo éxito en lograr el viraje estratégico primero y en impedir una renovación ideológica radical después, lo que la llevaría a ser electa como Secretaria General.

En suma, a pesar de las variables divergentes (la estrategia contra la dictadura, la revisión del pasado, el enraizamiento social, el nuevo liderazgo, la incidencia del contexto nacional y el resultado electoral) ambos partidos comparten tres factores que explican el desenlace de la crisis. A saber, el impacto de la crisis de la URSS, la rigidez de la estructura interna y el fracaso de la estrategia política aplicada por los nuevos líderes.

Realicemos para terminar una comprobación de las hipótesis planteadas al inicio de esta investigación:

Cuadro 2. Hipótesis y conclusiones empíricas.

Variabes	PCCH	PCU
Independiente 1: Las características estructurales internas	No fue un obstáculo para la adaptación de la estrategia contra la dictadura propuesta por la Dirección pero si para la adaptación ideológica propuesta por un sector del partido.	No fue un obstáculo para la reconversión organizacional propuesta por la Dirección pero si para la adaptación ideológica propuesta por la nueva Dirección.
Independiente 2: La coyuntura de cambio adverso	La coyuntura nacional marcada por la transición negociada de la dictadura a la democracia aisló al PCCH del resto de los partidos opositores. La coyuntura internacional marcada por la crisis del Socialismo real reforzó el centralismo interno al tiempo que substituyó el monolitismo leninista por una reivindicación del recabarrenismo.	La coyuntura nacional marcada por la transición negociada de la dictadura a la democracia confirmó la integración del PCU al sistema político. La coyuntura internacional marcada por la crisis del Socialismo real impulsó la renovación ideológica y organizacional por parte de la Dirección.
Independiente 3: Las tensiones internas por las consecuencias derivadas de decisiones de la Dirección	Las críticas a la Dirección de una parte del partido por la derrota militar en 1986 provocó un cambio no traumático en el liderazgo que logró mantenerse a pesar su frustrada estrategia electoral de 1988 y 1989. Solo fueron aceptados los cambios que no fueron considerados contrarios a los principios fundacionales del partido. En los renovadores primaron	Las críticas a la Dirección por haber impuesto la reconversión, provocado una crisis financiera, propuesto una renovación ideológica y la disolución del partido provocaron su caída. La Dirección trató de democratizar tanto la estructura que facilitó el ascenso de la fracción rival para disputarle el poder. En los renovadores primaron los valores por sobre las

	los valores por sobre las conveniencias racionalistas. Entre los que permanecieron en el partido primó la aversión a la diversidad ideológica y la lealtad al liderazgo emergente de Marín.	conveniencias racionalistas y en sus opositores la defensa de las características identitarias de la cultura comunista por sobre la lealtad al liderazgo de Pérez.
--	---	--

Habíamos identificado tres variables independientes: la verticalidad de la estructura interna, la coyuntura crítica nacional e internacional, y las tensiones internas provocadas por decisiones que había tomado la Dirección partidaria.

La verticalidad de la estructura interna no impidió que la Dirección del PCCH sustituyera su estrategia política tradicional por la perspectiva insurreccional ni que la Dirección del PCU lograra unificar sin fisuras las tres vertientes en la que sus militantes habían actuado durante la dictadura. Sin embargo, sí logró impedir la renovación ideológica impulsada por una parte del PCCH y por la Dirección del PCU.

Las tensiones internas derivadas de decisiones tomadas por la Dirección de ambos partidos tuvieron consecuencias diferentes. En el caso del PCCH la derrota de la vía armada tuvo como consecuencia la renovación de la Dirección. La mayoría de los integrantes del CC que se habían opuesto al giro estratégico y que demoraron en decidir su implementación fueron sustituidos por quiénes lo habían apoyado desde un inicio. Los primeros habían dirigido al partido desde el exilio mientras que los segundos habían formado parte de la Dirección del interior del país. La nueva Dirección logró sin embargo mantenerse en el poder a pesar de los errores estratégicos cuando el plebiscito de 1988 y las elecciones nacionales de 1989. En el PCU por el contrario la Dirección terminó perdiendo

el poder ante una fracción opositora que la responsabilizó por el debilitamiento organizacional, financiero e ideológico del partido a pesar de haber obtenido el mejor resultado electoral de su historia.

La coyuntura nacional fue un contexto adverso para el PCCH y favorable para el PCU. En el caso del primero la utilización de la lucha armada y su reivindicación luego de haberla dejado de aplicar le significó quedar aislado del resto de los partidos de oposición. Este aislamiento se vio reforzado por su tardía incorporación a la campaña por el NO en el plebiscito de 1988 y su “apoyo crítico” al gobierno de la Concertación. El magro resultado electoral de 1989 por el que quedó sin representantes en el parlamento debilitó más su posición en el sistema político. En cambio el PCU al formar parte de la alianza opositora que logró una transición pactada de la dictadura a la democracia quedó integrado al sistema de partidos como un reconocido interlocutor por el gobierno para negociar los temas sindicales. El excelente resultado electoral de 1989 reafirmó su posición política.

La coyuntura internacional fue crítica para todos los partidos comunistas pero tuvo consecuencias diversas para el PCCH y para el PCU. Ante la crisis del referente soviético el primero reivindicó sus orígenes nacionales identificados con Recabarren, el fundador del partido antes de que adhiriera a la III Internacional y cambiara su nombre. El leninismo no fue abandonado pero fue relegado a ser considerado como un aporte más sobre el cual se basaba la ideología del partido. Los que intentaron llegar más lejos con la renovación ideológica terminaron derrotados y se retiraron del partido o fueron expulsados. En el PCU la Dirección impulsó una renovación ideológica que incluía el abandono del concepto de dictadura del proletariado, una mayor democratización de su funcionamiento y la

disolución del partido para formar uno nuevo con otros agrupamientos socialistas. Mientras que la Dirección del PCCH tuvo éxito en su adaptación moderada sus pares del PCU terminaron derrotados al igual que los que impulsaron una adaptación radical en el PCCH.

Por último habíamos destacado la estrategia que siguieron los dirigentes ante los cambios en el contexto. En el PCCH la Dirección encabezada por Corvalán realizó una adaptación estratégica como respuesta al escenario adverso en que se encontraba la oposición a la dictadura pinochetista en 1980. Luego de haber rechazado la salida pactada impulsada por las demás fuerzas opositoras se suma tardíamente a la campaña por el No en 1988. En 1989 la nueva Dirección encabezada por Teitelboim acepta una moderada revisión ideológica. En 1990 son sancionados o expulsados los afiliados que propugnan una renovación más radical acusados de fraccionalismo. En este proceso se consolida el liderazgo de Marín, incluso antes de convertirse en Secretaria general en 1994. Un liderazgo que sobrevivió al fracaso de adaptación estratégica al que apoyó y al intento de adaptación ideológica que logró impedir. En cambio en el PCU la Dirección impulsó una mayor democratización del partido, incluyendo la aceptación de debates públicos y la competencia electoral entre fracciones. Este proceso terminó erosionando el liderazgo de Pérez llevándolo a renunciar a la Secretaría General cuando la fracción opositora triunfó en la puja interna. El resultado puede calificarse como algo más grave que una adaptación frustrada. Hubo una crisis de liderazgo que se tradujo en una crisis organizacional y financiera y, a la postre, una crisis electoral.

Aspectos a seguir investigando

Son varios los aspectos a continuar investigando sobre el tema. Sería interesante ampliar el análisis comparativo con otros casos. Sobre el PCCH y el PCU muchos puntos fueron apenas abordados y merecen una mayor investigación, como por ejemplo las causas y alcance de la crisis financiera, cómo se desarrolló el proceso en las diferentes regiones de ambos países y en los diferentes perfiles sociológicos partidarios (como los intelectuales, los jóvenes, las mujeres, el frente sindical, etc.).

El estudio de estos casos puede contribuir en la comprensión de por qué los partidos con fuerte arraigo social y/o que han logrado un buen resultado electoral pueden sufrir procesos de adaptación frustrados o crisis. Las particularidades de cada caso no contradicen los aspectos que pueden servir de insumos para el estudio de otros casos. También es importante para continuar corroborando las teorías sobre adaptación y profundizar el concepto de crisis partidaria que intentamos elaborar en este trabajo.

8 Referencias bibliográficas

8.1 Metodología de investigación

Alonso-Borrego, César Alonso-Borrego y Raquel Carrasco (2009). “Inferencia causal y Evaluación de Políticas Públicas: Metodología y Aplicaciones.” En “Metodología y diseño de estudios para la evaluación de Políticas Públicas”, J. Ignacio García Pérez, Coordinador. Antoni Bosch.

Collier, David (2011): PS, Political Sciences and Politics, vol 44, nro 4, pp. 823-830, Cambridge University press.

Cyr, Jennifer (2016). *Between adaptation and breakdown. Conceptualizing party survival*. Comparative politics, octubre 2016.

Geddes, Barbara (2003). “Paradigms and Sand Castles: Theory Building and Research Design in Comparative Politics”. University of Michigan Press.

Gerring, John y Cojocar, Lee (2016), Selección de casos para un análisis intensivo: una diversidad de objetivos y métodos. Investigación y métodos sociológicos , v45 n3 p392-423.

King, Gary, Keohane, Robert & Verba, Sydney (1994). “El diseño de la investigación social”. Madrid: Alianza. Cap. 1: “La ciencia en las ciencias sociales”.

Pérez Liñan, Anibal (2009). El método comparativo y el análisis de las configuraciones causales. Universidad de Pittsburgh.

https://www.researchgate.net/publication/45432615_El_metodo_comparativo_y_el_analisis_de_configuraciones_causales

Ragin, Charles (2007). “La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad”. Bogotá: Siglo del Hombre Editores. (Cap. 1, 2 y 3)

Rodríguez Gustá, Ana Laura (2008) “La comparación de casos en el análisis organizacional: cronología de un trabajo de campo”, Documentos y Aportes en Administración Pública y Gestión Estatal, 8 (11): 63-88.

Serra, Gilles (2016). “Prólogo: La elección racional para analizar política en el mundo de habla hispana.” Del libro de Shepsle, Kenneth, “Analizar la política. Comportamientos, instituciones y racionalidad” (1997), 2º edición, México DF, Centro de Investigación y Docencia Económicas.

8.2 Ciencia Política e Historia

Aguila, Gabriela (2009): El Partido Comunista Argentino entre la dictadura y la transición democrática (1976-1986). Revista de Historia Actual, N° 6, Universidad de Cádiz, España.

Almond, Gabriel (1954): *The Appeals of communism*, Princeton University Press.

Backes, Uwe and Moreau, Patrick (2008): *Communist and Post-Communist parties in Europe*. Vandenhoeck & Ruprecht, Germany.

Courtois, Stéphane y Andolfatto, Dominique (2008): *France. The Collapse of the House of Communism*, en Backes, Uwe y Moreau, Patrick (eds.), *Communist and Post-Communist Parties in Europe*, Vandenhoeck & Ruprecht, Germany.

Duverger, Maurice (1981): *Los naranjos del lago Balatón. Lo muerto y lo vivo en la ciencia social de Marx*, Edit. Ariel.

Eubank, William Lee; Gangopadahay, Arun and WeinbergItalian, Leonard B.: *Communism in Crisis: A Study in Exit, Voice and Loyalty*. <http://ppq.sagepub.com/content/2/1/55>

Forner Muñoz, Salvador y Senante Berendes, Heidy (2015): *La crisis del comunismo en Europa Occidental: entre el eurocomunismo y el colapso del bloque soviético*. Historia y Política, núm. 33, Madrid, enero-junio (2015), pp. 303-331

Grimson, Alejandro (2011): *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Siglo XXI editores, Buenos Aires.

Gunther, Richard y Montero, José Ramón (2003): *Los estudios sobre los partidos políticos: una revisión crítica*. Colección en la Red de Cuadernos de Trabajo.

https://www.uam.es/Derecho/documento/1242659691848/doc03_5.pdf?blobheader=application/pdf

Levitsky, Steven (2005): *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Hobsbawm, Eric (1998): *Historia del siglo XX*, Crítica.

Hounie, Analía; comp. (2010): *Sobre la idea del comunismo*, editorial Paidós, Buenos Aires.

Kirchheimer, Otto (1992): *El camino hacia el partido de todo el mundo*, p. 44, en Calanchini, Juan (comp): *Partidos políticos: tipos de partidos*, Cuadernos de Ciencias

Políticas, volumen 3, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Ciencia Política; Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.

Kitschelt, Herbert (1994a): “Los partidos socialistas en Europa Occidental y el reto de la izquierda libertaria. Explicaciones racionales y no racionales de las estrategias de los partidos”. En Wolfgang Merkel (ed.): “Entre la modernidad y el postmaterialismo. La socialdemocracia europea a finales del siglo XX”, Alianza Editorial, Madrid, pp. 121 – 174.

Kitschelt, Herbert. (1994b). *The Transformation of European Social Democracy*. Cambridge, UK: Cambridge University Press. Citado por Levitsky, Steven. *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelística, 1983-1999*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

Fuentes, Juan Francisco; La Parra López, Emilio (2001): *Historia Universal del siglo XX. De la Primera Guerra Mundial al ataque a las Torres Gemelas*. Editorial Síntesis, Madrid.

Mack, Charles S. (2010): *Cuando mueren los partidos políticos. Un análisis trasnacional de desalineación y realineación*. Editorial Praeger, Estados Unidos.

Marantzidis, Nikos (2008): *The Communist Party of Greece after the Collapse of Communism (1989-2006) – From Proletarian Internationalism to Ethno-Populism* en Backes, Uwe y Moreau, Patrick (eds.), *Communist and Post-Communist Parties in Europe*, Vandenhoeck & Ruprecht, Germany.

Mayntz, Renate; Holm, Kurt; Hübner, Peter. (1993): *Introducción a los métodos de la sociología empírica*, Alianza Editorial, Madrid

Merkel, W. (1994): *Entre la modernidad y el postmaterialismo. La socialdemocracia europea a finales del siglo XX*, Alianza Editorial.

Miliband, Ralph, *Reflexiones sobre la crisis de los regímenes comunistas*, en Robin Blackburn, ed., *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*.

Morlino, Leonardo (1996): *Crisis of Parties and Change of Party System in Italy*
<http://ppq.sagepub.com/content/2/1/5>

Olson, Mancur. (1992): *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y la teoría de los grupos*. Editorial Limusa, México, D.F.

Panbianco, Angelo. (1988): *Political Parties: Organization and Power*. Cambridge, UK: Cambridge University Press. Citado por Levitsky, Steven. (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Panbianco, Angelo (1992): *El partido burocrático de masas y el partido profesional electoral*. En Calanchini, Juan (comp): *Partidos políticos: tipos de partidos*, Cuadernos de Ciencias Políticas, volumen 3, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Ciencia Política; Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.

Panbianco, Angelo. (1993): *Modelos de partido*, Alianza Editorial.

Paramio, Ludolfo. (1989): *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI Editores. México.

Piñeiro, Rafael y Rosenblatt, Fernando (2017): *Tipos de activistas en organizaciones partidarias*. Política y gobierno. Volumen XXIV. Nro. 2. II semestre.

Priestland, David (2017): *Bandera roja*. Grupo Planeta. Madrid.

Rosenblatt, Fernando (2018): *Party Vibrancy and Democracy in Latin America*, Oxford University Press.

Romero, Eladio (2018): *Breve historia de la Guerra Fría*. Editorial Nowtilus. Madrid.

Sartori, Giovanni. 1998 (1979). *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, FCE, México.

Service, Robert (2009): *Camaradas. Breve historia del comunismo*. Ediciones B.S.A., Barcelona.

Yanay, Nathan: *Why Do Political Parties Survive: An Analytical Discussion*.
<http://ppq.sagepub.com/content/5/1/5>

8.3 Chile

Álvarez Vallejos, Rolando (2007): *La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer, tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990)*. Tesis de doctorado de la Universidad de Chile.

Álvarez Vallejos, Rolando (2011): *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1990*. LOM Ediciones, Santiago de Chile.

Álvarez Vallejos, Rolando (2012): *El partido comunista y las representaciones de las crisis del carbón: la segunda renovación, 1990-1998* en Loyola Tapia, Manuel, ed.,

Álvarez Vallejos, Rolando; Uliánova, Olga : *1912-2012: el siglo de los comunistas chilenos*. Ed. Santiago, Chile: Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.

Álvarez Vallejos, Rolando (2020): El Partido Comunista de Chile y los intelectuales: historia de una relación problemática (1960-1990). En Ana Amélia M.C. de Melo y Fernando de la Cuadra (Editores), *Intelectuales y pensamiento social y ambiental en América Latina*, Santiago, Ril Editores, pp.145-187.

https://www.researchgate.net/publication/342105309_EL_PARTIDO_COMUNISTA_DE_CHILE_Y_LOS_INTELECTUALES_HISTORIA_DE_UNA_RELACION_PROBLEMATICA_1960-1990

Arrate, Jorge y Rojas Cuéllar, Eduardo (2003): *Memoria de la izquierda chilena*. Vol. 2, cap. 8. *El surgimiento de dos estrategias de la nueva línea inserruccional del PC a la reunificación socialista (1980-1989)*. Santiago de Chile: Javier Vergara.

Casals Araya, Marcelo, Riquelme, Alfredo, Varas, Augusto (2010): *El Partido Comunista de Chile: una historia presente*. Santiago Chile: Catalonia.

Loyola, Manuel; Rojas, Jorge (2000), *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*, Impresora Valus.

Moyano Barahona, Cristina (2012): *El Partido Comunista y las representaciones de la crisis del carbón: la segunda renovación, 1990-1998*. En Ulianova, Olga; Loyola, Manuel;

Álvarez, Rolando (editores): *1912-2012 El siglo de los comunistas chilenos*, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.

Navarro López, Jorge (2017): *Volviendo a los orígenes. La reconfiguración política-cultural del Partido Comunista de Chile y el rescate de los fundadores (1988-1990)*. Páginas, año 9, n° 20 Mayo- Agosto / ISSN 1851-992X/ pp. 53-79 / 2017 <http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas>

Pairicán Padilla, Fernando (2016). *La gran crisis: las Juventudes Comunistas de Chile defendiendo su identidad en tiempos de transición y renovación democrática 1989-1992*. Izquierdas n° 30. Santiago de Chile. https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-50492016000500005

Riquelme Segovia, Alfredo (2009): *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Riquelme Segovia, Alfredo y Casals Araya, Marcel (2010): *El partido Comunista de Chile y la transición interminable (1986-2009)*. En Casals Araya, Marcelo, ed., Riquelme, Alfredo ed., Varas, Augusto ed., *El Partido Comunista de Chile: una historia presente*. Santiago Chile: Catalonia.

Roberts, Kenneth (1994), “*Renovation in the revolution?. Dictatorship, democracy, and political change in the chilean left*”, Working Paper 203. https://kellogg.nd.edu/sites/default/files/old_files/documents/203_0.pdf

Vallejos, Rolando: *1912-2012: el siglo de los comunistas chilenos*. Ed. Santiago, Chile: Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.

Varas, Augusto (2010): *De la violencia aguda al registro electoral: estrategia y política de alianzas del PC, 1980-1987*. En Casals Araya, Marcelo, ed., Riquelme, Alfredo ed., Varas, Augusto ed., *El Partido Comunista de Chile: una historia presente*. Santiago Chile: Catalonia, 2010.

Uliánova, Olga – Álvarez, Rolando (editores): *1912-2012 El siglo de los comunistas chilenos*, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.

Ulianova, Olga y Fediakova, Eugenia (1998): *Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la guerra fría*, Estudios Públicos 72 (primavera 1998), pp. 113-148.

8.4 Uruguay

Alfonso, Evana; Sosa, Álvaro (2010): *José Luis Massera y el PCU postdictadura: reconstrucción, crisis y debate*. En *José Luis Massera: ciencia y compromiso social*. Orbe-pedeciba, pp. 331-339, Montevideo.

Antía, Fernando (2000): *La economía uruguaya desde el restablecimiento de la democracia 1985-2000*. En *El Uruguay del siglo XX. La economía*. Instituto de Economía – Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, pp. 123-162.

Arismendi, Rodney (1989): *Nuevos problemas de América Latina al tramontar los 80 y el papel de la izquierda*, en revista Estudios n° 104, septiembre.

Barros Léméz, Álvaro (1990): *Comunistas*, Editorial Monte Sexto, Montevideo, Uruguay.

Caetano, Gerardo; Rilla, José P. (1991): *La izquierda uruguaya y el 'socialismo real'. Visión histórica de algunas trayectorias*, en H. Achugar: *La herencia del socialismo real*, FESUR.

Caetano, Gerardo; Gallardo, Javier; Rilla, José (1995): *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Ediciones Trilce, Montevideo.

Calzada, Ricardo (2007): *Un ejército sin comandante en jefe conocido*, entrevista a Ricardo Nene Calzada. Cuadernos de la Historia reciente 2, pp. 65-78.

Ciganda, Juan Pedro; Martínez, Federico; Olivari, Fernando (2012): *¿Nos habíamos amado tanto? Crisis y peripecias de un partido*. Editorial La bicicleta, Montevideo.

Chagas, Jorge; Ladra, Antonio; Rodríguez, Roger (1991): *Del PIT al PIT-CNT. ¿Réquiem para el movimiento sindical?*, IFIS/CAAS, Montevideo.

Congresos y documentos del P.C.U., Comisión de propaganda, 1988

De Giorgi, Ana; Garcé, Adolfo; Lanza, Federico (2010); *ponencia en congreso de Alacip*, Bs As.

De Giorgi, Ana (2011): *Tribus de la izquierda. Bolches, latas y tupas en los 60*. Montevideo. Editorial Fin de Siglo.

De Giorgi, Ana; Lanza Federico (2012): *Al partido salud*. Ponencia presentada en el 54° Congreso de ICA, Viena.

De Giorgi, Ana (2012): *De las emulfiestas y las contramarchas al abajo todos los muros. La Unión de Juventudes Comunistas entre la renovación y la crisis (1985-1991)*. Revista Encuentros Latinoamericanos, vol. VI, n° 2, pp. 423-470, Montevideo.

Gallardo, Javier (1989): *Orden hegemónico y contrahegemonía de la izquierda*, en *Contribución al análisis del comportamiento de los partidos políticos: el caso de la izquierda socialista*, en AAVV *Los partidos políticos de cara al 90*, FCU- FESUR, Montevideo.

Gallardo, Javier (1995): *La izquierda uruguaya. La parábola de los zorros y de los leones*, en Gerardo Caetano – Javier Gallardo – José Rilla: *Izquierda y tradición: un problema y su versión en Uruguay*. Ediciones Trilce, Montevideo.

Garcé, Adolfo (2002): *Ideas y competencia política en Uruguay*, Ediciones Trilce, Montevideo.

Garcé, Adolfo (2004): *Donde hubo fuego*, Editorial Fin de Siglo, Montevideo.

Garcé, Adolfo; Yaffé, Jaime (2004): *La era progresista*, editorial Fin de Siglo, Montevideo.

Garcé, Adolfo (2012): *La política de la fe. Apogeo y reconstrucción del PCU (1985-2012)*. Editorial Fin de Siglo. Montevideo, Uruguay.

Leibner, Gerardo (2011): *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Ediciones Trilce, Montevideo.

Levitsky, Steven (2005): *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Harnecker , Marta: <http://www.rebellion.org/harnecker/frenteamplio310502.pdf>

Harnecker, Marta (1991): *Frente Amplio. Los desafíos de una izquierda legal*, La República, Montevideo.

Landinelli, Jorge (1989): *Elementos para un debate sobre la izquierda socialista*, en “*Los partidos políticos de cara al 90*”, FCU-FESUR, Montevideo.

Legnani, Raúl (2010): *El flaco. Pintando sueños*. Tarma S.A., Montevideo, Uruguay.

Levitsky, Steven (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista*, 1983-1999. Siglo XXI, Buenos Aires.

López D’Alesandro, Fernando (1992): *Historia de la izquierda uruguaya. La fundación del Partido Comunista y la división del anarquismo (1919-1923)*, Vintén Editor. Montevideo.

López D’Alesandro, Fernando (2012) *La crisis del Partido Comunista de Uruguay (1989-1992)*. Inédito.

Macadar, Luis (1993): *Restauración democrática y política económica. Uruguay 1985-1989*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo

Mañana, Daniel (2009): *Enrique Pastorino. Estratega obrero, constructor de unidad*. AEBU. Montevideo.

Martínez. José Jorge (2003): *Crónicas de una derrota. Testimonio de un luchador*, Ediciones Trilce, Montevideo.

Martínez, Virginia (2003): *Los fusilados de abril. ¿Quién mató a los comunistas de la*

20?Ediciones del Caballo Perdido. Montevideo.

Martorelli, Horacio (1989), *Contribución al análisis del comportamiento de los partidos políticos: el caso de la izquierda socialista*, en AAVV *Los partidos políticos de cara al 90*, FCU- FESUR, Montevideo.

PCU (1988a): *Congresos y documento*". Montevideo.

PCU (1988b): *Proyecto de Tesis del XXI Congreso*, 7 al 11 de diciembre de 1988.

PCU (1988c): *Resolución general del XXI Congreso*, 7 al 11 de diciembre de 1988.

PCU (1990): Material de la Comisión de Tesis (aprobado en general por el CC el 4 de agosto), *Contribución de los comunistas a delinear una estrategia de cambios democráticos y revolucionarios para el Uruguay*, XXII Congreso.

PCU (1991): *Transcripción de las versiones grabadas de todas las intervenciones efectuadas en su sesión de los días 6 y 7 de septiembre de 1991*. Comité Central del P CU.

Pérez, Jaime (1986): *Nada ha sido en vano. Reportaje a Jaime Pérez*. Ediciones Pueblos Unidos. Montevideo.

Pérez, Jaime (1989): *Rechazamos que el gobierno del F.A. pueda ser una dictadura* (reportaje), en revista Estudios nº 102, p. 17 - 20, Montevideo.

Pérez, Jaime (1990): *Una reflexión sobre la base de la renovación*.

Pérez, Jaime (1991): *Informe de Jaime Pérez al Comité Centra*". PCU.

Pérez, Jaime (1996): *El ocaso y la esperanza. Memorias políticas de medio siglo*. Editorial

Fin de Siglo, Montevideo.

Pérez, Jaime (1991): *El ocaso y la esperanza* y propuesta del Comité Central del P.C.U. del 23/9/91, en revista Estudios nº 109, diciembre.

Piccardo, José Luis (2010): *En los años de plomo. El Partido Comunista y la lucha armada*. Vadenuevo.com.uy, año 2, nº 21, 2 de junio de 2010.

Presidencia de la República (2008): *Investigación histórica sobre detenidos-desaparecidos*. Montevideo.

Rico, Álvaro (Coord.) (2021): *El Partido Comunista bajo la dictadura: resistencia, represión y exilio (1973-1985)*. Universidad de la República. Fin de Siglo. Montevideo.

Rodríguez, Universindo; Visconti, Silvia; Chagas, Jorge; Trullén, Gustavo (2006): *El sindicalismo uruguayo. A 40 años del congreso de unificación*. Taurus, Montevideo.

Silva Schultze, Marisa (2006): *El Partido Comunista Uruguayo. Algunos elementos de su vida interna*, en revista La Gaceta nº 42 de la A.P.H.U., agosto.

Silva Schultze, Marisa (2009): *Aquellos comunistas*, Taurus, Montevideo.

Trochón, Yvette (1991): *La transición Eugenio Gómez – Rodney Arismendi: el mito de la renovación*, en Cuadernos de Marcha, 3ª. Época, año 7, Nº 64, octubre, pp. 13-16.

Toledo Casanova, Aníbal (2008): *Los comunistas y la historia uruguaya*, Ediciones Orbe libros, Montevideo.

Turiansky, Wladimir (2007): *Una historia de vida*. Editorial Fin de Siglo. Montevideo.

Turiansky, Wladimir (2010): *Los comunistas uruguayos en la historia reciente (1955-1991)*. Editorial Fin de Siglo, Montevideo.

Valenti, Esteban (2009): *Rodney Arismendi: un referente fundamental*, La República, 27 de diciembre de 2009, Montevideo.

Vanger, Milton (1989): *¿Reforma o revolución? La polémica Batlle-Mibelli. 1917*. Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo.

Viera, Eduardo (1989): *En torno a la dictadura del proletariado*, en revista Estudios n° 102, p. 21 - 27 Montevideo.

Yaffé, Carlos (2007): *Sobre el proceso de construcción del partido Comunista de Uruguay*. Tomo 1. Ediciones PCU. Montevideo.

Yaffé, Carlos (2010): *Sobre el proceso de construcción del partido Comunista de Uruguay (1984-2009)*. Tomo 2. Ediciones PCU. Montevideo.

Yaffé, Jaime (2005): *Al centro y adentro. La renovación de la izquierda y el triunfo del Frente Amplio en Uruguay*, Linardi y Risso, Montevideo.

9. Apéndices

9.1 Cuadro comparativo sobre el proceso de ambos partidos

Aspectos comparativos	Chile	Uruguay
Causas de tensión	<i>Estrategia PRPM (1980-</i>	<i>“Reconversión” de las tres</i>

	86) y durante la transición (1987-89)	vertientes (1985-1989)
Contexto internacional	Crisis del “Socialismo real”	Crisis del “Socialismo real”
Contexto nacional	<i>Dictadura (hasta 1990)</i>	<i>Democracia (desde 1985)</i>
Situación en el sistema político	<i>Derrota militar 1986, Aislamiento político 1987-89, y sin cargos parlamentarios en elecciones de 1989</i>	<i>2° sector más votado del FA en elecciones 1984 y 1° sector en las elecciones de 1989.</i>
Renovación del liderazgo	Sustitución del Secretario General Luis Corvalán en 1990 por Volodia Teiteiboim y luego por Gladys Marín (1994).	Sustitución del Secretario General Rodney Arismendi en 1988 (muere en 1989) por Jaime Pérez y luego de su renuncia (1992) por un colectivo y éste por Marina Arismendi.
Origen de la renovación	<i>Renovación estratégica (1980) e ideológica (1989) desde un sector de las bases</i>	Intento de renovación ideológica desde la mayoría de la Dirección (1989)
Grado del conflicto	<i>Expulsión o suspensión de</i>	<i>Ausencia de castigos</i>

	<i>los renovadores por fraccionalismo (1990).</i> Debates a través de la prensa	<i>disciplinarios a la fracción opositora a la Dirección.</i> Debates a través de la prensa
Ejes centrales de la confrontación	Debate por la <i>estrategia aplicada, por el centralismo democrático</i> y por la Perestroika.	Debate por <i>la forma de impulsar la renovación, por la propuesta de crear un nuevo partido</i> y por la Perestroika.
Desenlace	Pierden los renovadores y <i>se mantiene la Dirección (1990).</i>	Pierden los renovadores y se retiran del partido incluyendo todos los legisladores. <i>Se renueva la Dirección (1992).</i>

En el cuadro comparativo se han destacado en *cursiva* las diferencias entre ambos casos que como puede apreciarse son más que las semejanzas. A continuación desarrollaremos este cuadro con el análisis de cada uno de los casos por separado a través de un enfoque cronológico y un enfoque comparativo. En el siguiente cuadro se destacan algunos hechos de la historia de ambos partidos.

Cronología comparada

Año	Chile	Uruguay	Europa
-----	-------	---------	--------

1969	XIV congreso del PCCH. Creación de la UP.		
1970	Inicio del gobierno de la UP presidido por Allende	XX Congreso del PCU.	
1971	Máxima votación histórica del PCCH que obtiene 26 diputados.	Fundación del FA. El PCU es el sector más votado en el FA en las elecciones nacionales.	
1972		Derrota militar del MLN.	
1973	Golpe de Estado. Ilegalización del PCCH.	Golpe de Estado. Ilegalización del PCU.	
1976			En la Conferencia Paneuropea de partidos comunistas celebrada en Berlín este, el PCI, el PCE, y el PCF proclamaron su independencia política respecto al PCUS.

			<p>Criticaron el uso de la fuerza para extender el comunismo, dejaron de lado toda mención de la «dictadura del proletariado» y el término «marxismo-leninismo» fue sustituido por «las grandes ideas de Marx, Engels y Lenin».</p> <p>El PCI obtiene el 34.4% de los votos, su mejor resultado histórico.</p>
1977	<p>Autocrítica en el CC del PCCH sobre el gobierno de la UP. Se reconoce el fracaso en diseñar una política hacia las FF.AA. Se rechaza la propuesta de militantes exiliados en la RDA de incorporar la lucha armada contra la dictadura.</p>		<p>Tras un magro resultado en las elecciones municipales el PCF se aleja del eurocomunismo.</p>

1978	La Dirección del PCCH en el exterior envía a algunos de sus integrantes (como a Gladys Marín) a integrarse al EDI.		PCE se convirtió en el primer partido comunista que renunció formalmente al adjetivo «marxista-leninista» sustituyéndolo por «marxista, democrático y revolucionario».
1979			Invasión soviética a Afganistán. El PCI crítica la invasión
1980	Triunfo del Si en el plebiscito constitucional al proyecto de la dictadura. En septiembre Luis Corvalan, secretario general del PCCH declara que “todas las formas de lucha” eran válidas para poder derrocar a Pinochet. El PCCH decide	Creación de Convergencia Democrática. Triunfo del No en el plebiscito constitucional al proyecto de la dictadura en el plebiscito.	

	<p>iniciar la estrategia de la PRPM.</p> <p>Un grupo de militantes comunistas exiliados abandonan el partido atraídos por el eurocomunismo.</p>		
1981	<p>Contreras y Marín, dirigentes del EDI, defienden la estrategia militar (la “Política Insurreccional de Masas”) en el CC pero quedan en minoría.</p>		
1982	<p>Crisis económica. Se realizan las “marchas del hambre” contra el gobierno.</p>	<p>Elecciones internas de los Partidos Tradicionales. El PCU cambia su postura inicial de convocar a votar a los sectores antidictatoriales por la de votar en blanco como propuso Seregni.</p>	<p>Muere Leonid Breznev y Yuri Andropov es designado nuevo Secretario general del PCUS.</p>

1983	<p>Desde mayo (hasta octubre de 1984) se producen once movilizaciones sociales organizadas denominadas “Protestas Nacionales”. En diciembre se produce el primer apagón nacional provocado por el FPMR.</p> <p>La fracción del PSCH liderada por el secretario general Carlos Altamirano, con mayor presencia en el exilio, formalizó una alianza con la Democracia Cristiana llamada Alianza Democrática. La</p>	<p>Acto del 1° de mayo del PIT.</p> <p>Marcha en la Semana del estudiante en septiembre organizada por ASCEEP.</p> <p>Caceroleadas de protesta organizadas por movimientos sociales.</p>	<p>La URSS y EE.UU. despliegan misiles en Europa. Ruptura de la negociaciones sobre el control de armas entre EE.UU: y la URSS.</p>
------	---	--	---

	<p>fracción liderada por Clodomiro Almeyda, el ex ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Allende, con mayor arraigo en el interior del país, se mantuvo aliado al PCCH.</p>		
1984	<p>Paro Nacional del 29 y 30 de octubre. El PCCH decide desde diciembre la “Sublevación Nacional” como salida insurreccional. Fuerte represión gubernamental.</p>	<p>Legalización del FA. Pacto del Club Naval. Triunfo del PC en las elecciones nacionales con proscriptos. El PCU es el segundo sector más votado del FA luego del MGP (dos senadores y cuatro diputados).</p>	<p>Muere Yuri Andropov y Konstantin Chernenko es designado Secretario general del PCUS.</p>
1985	<p>Protestas masivas en septiembre en las poblaciones.</p>	<p>Asume como presidente Julio M. Sanguinetti. Legalización del PCU. Conferencia Nacional</p>	<p>Muere Konstantin Chernenko y Mijail Gorbachov es designado nuevo Secretario general</p>

		del PCU.	del PCUS.
1986	<p>Protestas masivas en julio en las poblaciones.</p> <p>Es descubierto el arsenal de armas del FPMR en agosto.</p> <p>En septiembre fracasa el atentado del FPMR contra Pinochet.</p>		<p>Durante el XXVII congreso del partido Gorbachov anuncia su política de reformas.</p> <p>Reunión con el presidente estadounidense Ronald Reagan para acordar la eliminación de las armas nucleares de alcance medio en Europa.</p>
1987	<p>El PCCH destituye a Raúl Pellegrín, jefe del FPMR, por lo que su Dirección Nacional (excepto dos integrantes) abandona la organización para crear el FPMR-Autónomo.</p> <p>Se inicia el proceso de registro electoral de aquellos que quisieran</p>		<p>Gorbachov y Reagan acuerdan eliminar los misiles balísticos y de crucero.</p>

	<p>votar en el plebiscito de 1988.</p> <p>Creación por casi todos los partidos opositores del Movimiento por elecciones libres. El PCCH primero lo critica y luego, en octubre, decide integrarlo.</p>		
1988	<p>Creación enero del “Comando por el No” por casi todos los partidos opositores. El PCCH se suma a la campaña por el No en junio luego de fracasar su iniciativa de crear un “Comando contra el fraude”.</p> <p>Creación del Partido</p>	<p>XXI Congreso del PCU. Arismendi delega la Secretaría General a Pérez.</p>	

	<p>Por la Democracia (PPD) por socialistas del sector de Altamirano y por excomunistas como María Maluenda.</p> <p>Triunfo del No en el plebiscito (5 de octubre).</p>		
1989	<p>XV Congreso del PCCH (mayo).</p> <p>Cae el muro de Berlín (noviembre).</p> <p>Elecciones presidenciales y parlamentarias (diciembre). El PCCH, aún ilegal, apoyó al democristiano Patricio Aylwin que triunfó con el 55% de los votos pero con una votación de un 15,8 % en</p>	<p>Triunfa en Referéndum el mantenimiento de la ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado (16 de abril)</p> <p>Declaración de Jaime Pérez en contra de la Dictadura del Proletariado (28 de abril).</p> <p>El PGP (ex MGP) y el PDC se retiran del FA (mayo).</p> <p>El FA gana las</p>	<p>Caen los gobiernos comunistas en Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia Y Rumania.</p> <p>Victoria electoral del partido Solidaridad en Polonia.</p> <p>Caída del muro de Berlín.</p> <p>Ejecución de Nicolae Ceausescu en Rumania.</p>

	<p>promedio, quedó sin escaños parlamentarios.</p>	<p>elecciones municipales de Montevideo y el PN las presidenciales. El PCU logra su mejor votación histórica (cuatro senadores y diez diputados) y vuelve a ser el sector más votado del FA (noviembre).</p> <p>Fallece Rodney Arismendi (diciembre).</p>	
1990	<p>Se realizaba el IX pleno del CC (abril) que advierte a Hales, Guastavino, Samaniego y Contreras que se habían extralimitado con sus críticas a la Dirección. Halles, Samaniego y Contreras se retiran del partido en abril. Guastavino es</p>	<p>XXII congreso del PCU (octubre) respalda las propuestas renovadoras de Pérez.</p>	<p>Reunificación de Alemania.</p>

	<p>expulsado en agosto.</p> <p>Conferencia Nacional del PCCH (29 de mayo-2 de junio).</p> <p>El PCCH logró el registro para su proceso de legalización a más de 58.000 adhesiones.</p>		
1991		<p>Pérez propone crear el Partido del Socialismo Democrático y convoca a un plebiscito interno (septiembre).</p> <p>Fracción opositora inicia recolección de firmas para convocar a un congreso.</p> <p>Renovadores pierden la mayoría de la Dirección del partido de Montevideo (noviembre).</p>	<p>Fin del Pacto de Varsovia.</p> <p>Los presidentes de Bielorrusia, Rusia y Ucrania acuerdan la disolución de la URSS.</p> <p>Gorbachov renuncia a su cargo de presidente de la Unión el 25 de diciembre.</p> <p>El Soviet Supremo declara disuelta la URSS el 26 de diciembre.</p>

		<p>“Históricos” llegan a las firmas requeridas. El CC suspende la convocatoria al plebiscito y convoca a un congreso extraordinario (diciembre).</p>	
1992	<p>En las elecciones municipales el PCCH obtiene un 6.6% de los votos (logrando treinta y tres concejales y dos alcaldes), el PSCH un 8 % y el PPD un 9%.</p>	<p>Pérez renuncia a la Secretaría General y al CC (febrero). Los ultrarenovadores se retiran del partido. Victoria de los “históricos” en el Congreso (abril). Los renovadores moderados se retiran del partido.</p>	

9.2 Siglas y protagonistas del caso chileno

Para facilitar la comprensión del proceso se presentan a continuación un cuadro con el significado de las siglas referidas a organismos relacionados con el PCCH, otro con la

descripción de las principales tendencias dentro del PCCH y otro con datos sobre los principales protagonistas durante el período de la crisis.

Siglas

Sigla	Significado	Explicación
CC	Comité Central	Máximo organismo de Dirección del PCCH entre congreso y congreso.
CP	Comisión Política	Máximo organismo de Dirección del PCCH entre CC y CC.
EDI	Equipo de Dirección Interior	Grupo de Dirección del PCCH que funcionaba dentro del país subordinado a la Dirección del partido radicada en el exterior.
FPMR	Frente Patriótico Manuel Rodríguez	Organización militar creada por el PCCH (aunque no la reconoció como su “brazo armado” hasta luego de terminada la dictadura) para luchar contra el gobierno de Pinochet. Su primera acción fue en 1983. En 1987 se divide en dos organizaciones independientes.
JJCC	Juventudes Comunistas	Organización juvenil del PCCH
MIR	Movimiento de Izquierda	Partido de izquierda creado en 1965.

	Revolucionario	
PAIS	Partido Amplio de Izquierda Socialista	Formación política que creó el PCCH junto con algunos aliados, principalmente socialistas almeydistas, para las elecciones de 1989 que obtuvo un 15.8% de promedio de los votos.
PCCH	Partido Comunista de Chile	Integró el gobierno de la UP. Opositor al gobierno de Pinochet y a los gobiernos de la Coalición por la Democracia.
PDC	Partido Demócrata Cristiano	Opositor al gobierno de Allende (1970-1973) y al de Pinochet (1973-1990). Partido mayoritario de la coalición que gobernó Chile luego de recuperada la democracia durante dos décadas.
PPD	Partido por la Democracia	Un partido “instrumental” para eludir la prohibición legal dictatorial sobre los partidos de izquierda históricos creado en 1988 por socialistas del sector de Altamirano y por excomunistas como María Maluenda.
PRPM	Política de la Revolución Popular de Masas	Estrategia política aplicada por el PCCH entre 1980 y 1987 consistente en utilizar medios pacíficos y armados para lograr

		derrocar al gobierno de Pinochet.
PSCH	Partido Socialista de Chile	Aliado al PCCH durante el gobierno de la UP. En 1983 la fracción liderada por el secretario general Carlos Altamirano, con mayor presencia en el exilio, formalizó una alianza con la Democracia Cristiana llamada Alianza Democrática. La fracción liderada por Clodomiro Almeyda, el ex ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Allende, con mayor arraigo en el interior del país, se mantuvo aliado a los comunistas aun luego de que en 1987 decidió participar en la coalición Concertación y en la campaña del 'No' contra Pinochet. En 1989 el partido se reunificó. Desde entonces integró la Concertación por la Democracia junto al PDC y otros partidos.
UP	Unidad Popular	Coalición de varios partidos de izquierda creada en 1969 y disuelta en 1981. Gobernó Chile entre 1970 y 1973.

Tendencias internas en el PCCH (1983-1990)

Las corrientes son denominadas según la clasificación realizada por Rolando Álvarez.

Nombre	Integración y principales referentes	Postura ante la renovación estratégica (1980-1987).	Postura ante la renovación ideológica (1987-1990)
"derecha"	Constituida por la mayoría de la Dirección en el exterior con sede en Moscú (como por ejemplo Luis Corvalán, Patricio Hales, Volodia Teitelboim y Alejandro Toro) y por algunos dirigentes del Interior (como por ejemplo Luis Guastavino y Augusto Samaniego)	No aceptaban ubicar a lo militar como eje de la política del partido.	Asumen posturas diferentes. Unos se mantienen fieles a la ortodoxia. Pero pierden la mayoría en la Dirección en 1989 (como Corvalán) o se mantienen en la misma al unirse al Centro (como Teitelboim). De los que promueven la renovación criticando el centralismo democrático se unieron a la Izquierda contra el Centro y terminaron expulsados del partido en agosto de 1990 (como

			Guastavino) o retirándose (como Samaniego, Hales y Toro).
“centrista”	Identificada con la Dirección interna. Gladys Marín,	Defendían el carácter estratégico de lo militar en la política pero compartían con la “derecha” su preocupación por evitar “desviaciones militaristas”.	En 1989 se alían con la izquierda en el XV Congreso contra la Dirección a la que acusan de antidemocrática y de haber demorado la estrategia militar y luego se enfrentan a la Izquierda a quienes acusan de querer cambiar la cultura comunista.
“izquierda”	Formada por algunos de los militantes con formación militar en Cuba.	Desconfiaban de las vacilaciones de la Dirección y creían en el papel determinante	En 1987 una parte abandona el PCCH y el FPMR y crea el FPMR-Autónomo (como Pellegrín). Otros

	Manuel Fernando Contreras Raúl Pellegrín	de la lucha armada.	abandonan la postura insurreccional e intentan democratizar al partido. Para eso se unen primero con el Centro en el XV Congreso y luego con la Derecha. Algunos abandonan el partido en abril de 1990 (como Contreras).
--	---	---------------------	--

Protagonistas principales

Alejandro Toro	Senador comunista de la Unidad Popular. Abandonó el PCCH en abril de 1990.
Alejandro Valenzuela	Dirigente sindical y del PCCH. Expulsado del partido en agosto de 1990.
Antonio Leal	Dirigente del PCCH del sector renovador. Integrante de la Comisión de Relaciones Internacionales. Separado de su cargo en agosto de 1990 acusado de fraccionalista.
Américo Zorrilla	Dirigente del PCCH en el exterior. En 1980, siendo integrante de la CP, no era

	partidario de la lucha armada.
Augusto Samaniego	Historiador. Director del Instituto Alejandro Lipzchutz. Dirigente comunista integrante de la EDI. Integrante del CC del sector renovador. Abandonó el PCCH en abril de 1990.
Carlos Altamirano	Secretario general del PSCH. Líder de la fracción con mayor presencia en el exilio. Formalizó en 1983 una alianza con la Democracia Cristiana llamada Alianza Democrática.
Clodomiro Almeyda	Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Allende. Líder de la fracción del PSCH con mayor arraigo en el interior del país que se mantuvo aliada al PCCH.
Fanny Pollarolo	Médico Psiquiatra. Integrante del CC del sector renovador. Abandonó el PCCH en abril de 1990.
Gladys Marin	Profesora. Diputada (1965-1973). Integrante de la EDI desde 1978 enviada por la Dirección en el exilio. En 1980 se declaró partidaria de la lucha armada.

	Secretaria General (1994-2002) y Presidenta del PCCH (2002-2005).
Guillermo Teillier	Profesor. Diputado (2010-2018). Dirigente del PCCH en la clandestinidad. En 1980, siendo integrante de la CP, era partidario de la lucha armada. Jefe de la Comisión Militar del PCCH en 1985. Electo para la CP en 1988. Secretario General (2002-2005) y Presidente del PCCH (desde 2005).
Leonardo Navarro	Integrante del CC del sector renovador. Abandonó el PCCH en abril de 1990.
Luis Corvalán	Profesor. Senador (1961-1973). Secretario General del PCCH (1958-1989).
Luis Guastavino	Diputado comunista de la UP. Mantuvo siempre una postura contraria a la insurrección militar. Expulsado del PCCH en agosto de 1990.
Manuel Fernando Conteras	Sociólogo. Exiliado en la RDA. Ingresó clandestinamente a Chile en noviembre de 1980 para liderar el Frente 17 (llamado luego el “Frente Cero”). Integrante del CC

	del sector renovador. Abandonó el PCCH en abril de 1990.
Manuel Riesco	Miembro suplente del CC del sector renovador. Abandonó el PCCH en abril de 1990.
María Maluenda	Actriz. En 1987 declaró públicamente su discrepancia con la línea política oficial del PCCH y se sumó al Movimiento por Elecciones Libres. Primero fue tolerada y finalmente expulsada. En 1988 fue una de las fundadoras del PPD junto con el sector socialista de Altamirano.
Orlando Millas	Diputado. Ministro de Economía y Hacienda del gobierno de Unidad Popular. Integrante de la CP. Opositor a la PRPM.
Patricio Aylwin	Presidente demócratacristiano entre 1990 y 1994.
Patricio Hales	Encargado de Relaciones Políticas del PCCH hasta 1989. Abandonó el PCCH en abril de 1990.
Salvador Allende	Presidente socialista entre 1970 y 1973.
Raúl Pellegrín	Jefe del FPMR destituido en 1987 por el

	PCCH por ser considerado demasiado extremista lo que lo llevó a fundar el FPMR-Autónomo. Fue asesinado en 1988 luego de ser capturado.
Volodia Teitelhoim	Abogado. Diputado (1961-1965) y Senador (1965-1973). En 1980, siendo integrante de la CP, no era partidario de la lucha armada. En el XV Congreso de 1989 fue uno de los pocos dirigentes en ser reelecto. Secretario General desde entonces hasta 1994.

9.3 Siglas y protagonistas del caso uruguayo

Al igual que se hizo con el PCCH para facilitar la comprensión del proceso se presentan a continuación un cuadro con el significado de las siglas referidas a organismos relacionados con el PCU, otro con la descripción de las principales tendencias dentro del PCU y otro con datos sobre los principales protagonistas durante el período de la crisis.

Siglas

Sigla	Significado	Explicación
--------------	--------------------	--------------------

CC	Comité Central	Máximo organismo de Dirección del PCU entre congreso y congreso.
CE	Comité Ejecutivo	Máximo organismo de Dirección del PCU entre CC y CC.
CNT	Convención Nacional de Trabajadores	Central sindical única creada en 1965. Luego de la dictadura pasó a llamarse PIT(Plenario Intersindical de Trabajadores)-CNT al unirse los sindicalistas que habían estado presos, exiliados o clandestinos con los sindicalistas surgidos del PIT, creada en 1983. En ambas organizaciones los comunistas tuvieron una presencia destacada.
FIDEL	Frente Izquierda de Liberación	Alianza política de izquierda creada en 1962 integrada por el PCU. A partir de 1971 se integró al FA como una organización aliada al PCU.
FA	Frente Amplio	Coalicón de partidos progresistas y de izquierda creada en 1971 integrada por el PCU.
PSU	Partido Socialista del Uruguay	Partido integrante del Frente Amplio desde 1971.
MLN-T	Movimiento de Liberación	Organización guerrillera de izquierda creada

	Nacional-Tupamaros	en 1962. Derrotada en 1972. Integrada, como partido político, al FA en 1989.
--	--------------------	--

Tendencias internas en el PCU (1989-1992)

Nombre	Integración y principales referentes	Postura
“Renovadores radicales”	Jaime Pérez, Esteban Valenti, Rafael Sanseviero,	Propusieron abandonar las características leninistas del partido y formar un nuevo partido. Se retiraron antes del Congreso Extraordinario de abril de 1992 y crearon un nuevo agrupamiento partidario, el Encuentro por el Socialismo Democrático (ESD).
“Renovadores moderados”	León Lev, Enrique Rodríguez, Jorge Mazzarovich.	Procuraron que la renovación fuera a un ritmo más lento para evitar la ruptura del partido. La mayoría se retiró del Congreso de 1992 pero

		algunos permanecieron en el partido. Para las elecciones nacionales de 1994 crearon el agrupamiento Confluencia Frenteamplista (CONFA) y sumaron votos junto al ESD.
“Históricos radicales”	Albero Altesor, Eduardo Viera,	Se opusieron en minoría en el CC a las propuestas renovadoras de Pérez desde 1989. Sus posiciones triunfaron en el Congreso de 1992.
“Históricos moderados”	Marina Arismendi, Alicia Pintos	Se opusieron a la propuesta de Pérez de formar un nuevo partido. Triunfaron en la Conferencia Departamental de noviembre de 1991. Intentaron sin éxito evitar la ruptura del partido en el Congreso de 1992.
“Centristas”	Lucía Sala, Julio Rodríguez, José	Estaban de acuerdo con

	Luis Massera.	algunas propuestas de los renovadores pero discreparon con los métodos utilizados por las dos tendencias enfrentadas. Sala y Rodríguez se retiraron de la política activa al fracasar su intento de conciliarlas antes del Congreso de 1992. Massera se mantuvo en el partido pero ya no como dirigente.
independientes	Alcira Legaspi, Wladimir Turiansky	Se mantuvieron al margen de los debates internos en la crisis absteniéndose de realizar declaraciones públicas. Luego de la crisis volvieron a aproximarse al PCU.

Protagonistas principales

Alberto Altesor	Ferrovionario. Miembro del CE y secretario de Organización
-----------------	--

	<p>hasta su detención por la dictadura y del CC hasta 1990. Su hijo Héctor falleció luchando por el FSLN en 1979 en Nicaragua. Junto con Eduardo Viera se opuso en el CC a la renovación propuesta por Jaime Pérez.</p>
Alcira Legaspi	<p>Maestra. Miembro del CC antes de la dictadura. Secretaria de Educación luego de 1985. Exiliada en la URSS.</p>
Alicia Pintos	<p>Maestra. Miembro del CC desde 1990. Junto con Marina Arismendi lideró la fracción que logró la mayoría en la Convención Departamental de Montevideo en 1991.</p>
Carlos Tutzó	<p>Integrante de la Secretaría General Colectiva que dirigió al partido luego de la renuncia de Jaime Pérez entre 1992 y 1998.</p>
Daniel Banina	<p>Integrante de la Secretaría General Colectiva que dirigió al partido luego de la renuncia de Jaime Pérez entre 1992 y 1998.</p>
Eduardo Viera	<p>Miembro del CC y director del diario El Popular antes de la dictadura. Exiliado en la URSS luego de haber sido detenido. Secretario de RR.EE., director del semanario El Popular y miembro del CE luego de 1985. Junto con Alberto Altesor se opuso en el CC a la renovación propuesta por Jaime Pérez.</p>
Enrique Rodríguez	<p>Zapatero. Electo diputado en 1946 y senador en 1962 y</p>

	1971. Exiliado en Checoslovaquia. Encargado de la audición radial del PCU en CX 30. Falleció el 8 de agosto de 1990 a los 80 años.
Esteban Valenti	Secretario de Propaganda 1985 hasta 1990. Líder de la fracción más radical de los renovadores hasta su derrota en la Convención Departamental de Montevideo en 1991.
Jaime Pérez	Secretario General desde 1988 a 1992 cuando renunció al ser rechazada sus propuesta de hacer un plebiscito interno para resolver la formación de un nuevo partido. Diputado desde 1972 a 1973 y Senador desde 1990 a 1995. Preso entre 1975 y 1984.
Jorge Mazzarovich	Secretario General de la UJC antes de la dictadura. Miembro del CC luego de 1985. Se retiró del PCU en 1992. Embajador de Uruguay en Cuba y Venezuela durante los gobiernos del FA. Luego fue presidente de la comisión de asuntos internacionales del FA. Durante la crisis se mantuvo al margen de las disputas entre fracciones.
José Luis Massera	Ingeniero, integrante del CE. Diputado electo en 1962 y 1966. Preso de 1975 a 1984. Intentó, junto con Julio Rodríguez y Lucía Sala, evitar la lucha entre fracciones.
Julio Rodríguez	Historiador. Renunció al CC tras ser electo en 1990. Apoyó la renovación pero sin integrar ninguna fracción. Intentó,

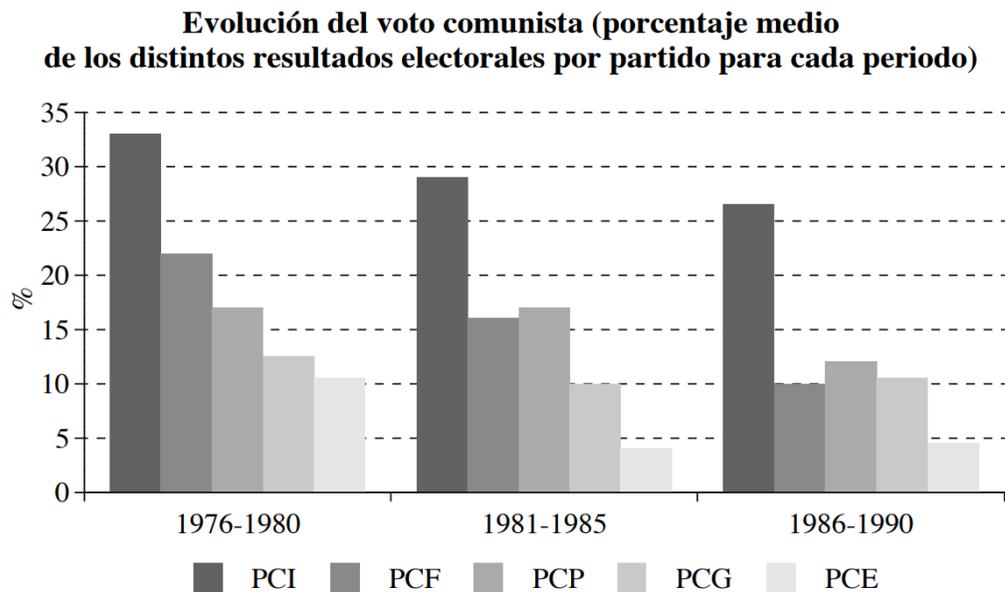
	junto con José Luis Massera y Lucía Sala, evitar la lucha entre fracciones.
León Lev	Secretario General del PCU desde 1979 hasta su detención. Secretario General de la UJC entre 1985 y 1987. Secretario General Departamental de Montevideo. Diputado entre 1990 y 1995. Líder de una de las corrientes renovadoras.
Lucía Sala	Historiador. Miembro del CC entre 1990 y 1991. Apoyó la renovación pero sin integrar ninguna fracción. Intentó, junto con José Luis Massera y Julio Rodríguez, evitar la lucha entre fracciones.
Marina Arismendi	Maestra y Licenciada en Ciencias Sociales. Exiliada en la RDA. Miembro del CC desde 1990. Integrante de la Secretaría General Colectiva que dirigió al partido luego de la renuncia de Jaime Pérez entre 1992 y 1998. Secretaria General del PCU entre 1998 y 2006. Electa senadora en 1994, 1999 y 2004. Ministra de Desarrollo Social entre 2005 y 2010 y entre 2015 y 2020. Una de las principales líderes de la oposición a la renovación propuesta por Jaime Pérez.
Pedro Balbi	Profesor de Física. Integrante de la Secretaría General Colectiva que dirigió al partido luego de la renuncia de Jaime Pérez entre 1992 y 1998. Uno de los líderes de la

	oposición a la renovación propuesta por Jaime Pérez.
Rafael Sanseviero	Secretario General de la UJC desde 1987. Miembro del CC entre 1985 y 1991. Miembro del CE entre 1990 y 1991. Diputado entre 1990 y 1995. Integrante de la corriente más radical de los renovadores liderada por Esteban Valenti.
Rodney Arismendi	Secretario General desde 1955 a 1988. Diputado desde 1967 a 1973. Exiliado en la URSS desde su liberación en 1975. Fallecido el 27 de diciembre de 1989.

10. Anexos

Cuadros sobre el resultado electoral de los principales partidos comunistas de Europa

Occidental.



Fuente: DE WAELE, J. M. y SEILER, D. L., Les partis de la gauche anticapitaliste en Europe (2012): 70-73.

**Porcentajes de voto a partidos comunistas
en las cuatro elecciones anteriores y posteriores a 1990**

Partido	Antes de 1990				% medio	Después de 1990				% medio
PCI/RC	34,4 (1976)	30,4 (1979)	29,9 (1983)	26,6 (1987)	30,3	5,6 (1992)	6,0 (1994)	8,6 (1996)	5,0 (2001)	6,3
PCF	20,6 (1978)	16,2 (1981)	9,8 (1986)	11,3 (1988)	14,4	8,9 (1993)	9,6 (1997)	4,9 (2002)	4,5 (2007)	7,0
PCP	16,8 (1980)	18,1 (1983)	15,5 (1985)	12,1 (1987)	15,6	8,8 (1991)	8,6 (1995)	11,3 (1999)	9,6 (2002)	9,5
PCG	12,2 (1981)	11,5 (1985)	13,1 (1989)	11,0 (1989)	11,9	10,3 (1990)	4,5 (1993)	5,6 (1996)	5,5 (2000)	6,5
PCE/IU	10,8 (1979)	4,0 (1982)	4,6 (1986)	9,1 (1989)	7,1	9,6 (1993)	10,5 (1996)	5,5 (2000)	5,0 (2004)	7,6

Fuente: DE WAELE, J. M. y SEILER, D. L., *Les partis de la gauche anticapitaliste en Europe* (2012): 70-73. En las elecciones de 1981 y 1985: suma de votos del PCG y del PCG-Interior; en las dos elecciones de 1989 (junio y noviembre) el PCG formó parte de la coalición de Izquierda y de Progreso.